LOS JUEGOS DEL AMOR 3

Punto robado



GRACE REILLY

Punto robado

LOS JUEGOS DEL AMOR 3

Punto robado

GRACE REILLY

Traducido por Nieves Calvino Gutiérrez



TITANIA

Argentina • Chile • Colombia • España
Estados Unidos • México • Perú • Uruguay

Título original: *Stealing Home*
Editor original: Moonedge Press, LLC
Traducción: Nieves Calvino Gutiérrez

1.ª edición febrero 2025

Todo el contenido del presente libro, incluidas las imágenes e ilustraciones de cubierta, es original y se encuentra sujeto y protegido por las actuales normativas de Propiedad Intelectual españolas y europeas. Su uso y/o reproducción, ya sea total o parcial, para el entrenamiento de tecnologías o sistemas de inteligencia artificial, así como cualquier tipo de minería de datos, queda terminantemente prohibido. El editor en tanto que titular de los derechos de la obra ejecutará las acciones que considere necesarias ante cualquier uso no autorizado.

Reservados todos los derechos. Queda rigurosamente prohibida, sin la autorización escrita de los titulares del *copyright*, bajo las sanciones establecidas en las leyes, la reproducción parcial o total de esta obra por cualquier medio o procedimiento, incluidos la reprografía y el tratamiento informático, así como la distribución de ejemplares mediante alquiler o préstamo público.

Copyright © 2023 *by* Grace Reilly
Published by arrangement with Triada US Literary Agency through IMC,
Agencia Literaria S.L.
All Rights Reserved
© 2025 de la traducción *by* Nieves Calvino Gutiérrez
© 2025 *by* Urano World Spain, S.A.U.
Plaza de los Reyes Magos, 8, piso 1.º C y D – 28007 Madrid
www.titania.org
atencion@titania.org

ISBN: 978-84-10365-82-7

Fotocomposición: Urano World Spain, S.A.U.

Para todos los que se lo han preguntado:
vuestros sueños valen la pena. Seguid adelante.

Nota de la autora

Aunque en este libro he procurado ser fiel a las realidades del béisbol y los deportes universitarios en general, existen algunas inexactitudes tanto voluntarias como involuntarias.

Por favor, visita mi página web para ver todos los avisos de contenido, ya que se tratan temas sensibles en este libro.

1
Sebastian

18 de febrero

Juro por Dios que Mia Di Angelo se ha puesto esos putos vaqueros para torturarme.

La mejor amiga de Penelope Ryder es muchas cosas, pero la única descripción que me viene ahora mismo a la cabeza es la de «arpía».

Está bailando con Julio y él tiene las manos lo bastante bajas en sus caderas como para rozarle el trasero. Su largo cabello oscuro desciende por sus hombros desnudos. Entre el top de escote halter de color verde vivo y los vaqueros negros que se amoldan a ella tan bien como si lo llevara pintados, me resulta imposible dejar de mirar. Su forma de bailar es hipnótica, el único problema es que lo está haciendo con mi compañero de equipo y no conmigo.

Miro su tonificado abdomen y escucho su risa mientras se restriega contra él. Agarro el vaso con más fuerza.

Hace dos noches le metí la lengua en el ombligo para hacerla reír antes de ponerme de rodillas.

Hace dos semanas me arrastró a un aula de la quinta planta de la biblioteca y me besó hasta dejarme sin aliento.

Hace dos meses me sonrió por primera vez. Miró a Penny y a mi hermano Cooper, luego volvió a mirarme a mí y me sonrió. Juro que el universo se salió de su eje durante medio segundo. No podía respirar, no podía moverme, no podía hacer otra cosa que mirar esa sonrisa y derretirme. Puedo ver ese rostro en mi cabeza con todo detalle; el pequeño hueco entre los dientes delanteros. El pintalabios negro. La raya en esos ojos marrón tierra.

No había parado de mirarme con el ceño fruncido, como si yo fuera

personalmente responsable de lo que cojones fuera que la estuviera molestando en ese momento, y de repente, me regaló una sonrisa.

La sonrisa de un ángel.

Oigo a lo lejos a los compañeros de Cooper bromeando. A su amigo Evan Bell preguntando si creen que podría con Mia.

No.

Sé exactamente quién puede manejarla, y no es él. Tampoco Julio.

Bebo un trago de mi bebida y le doy una palmada en el hombro a Evan.

—Tío, con todo respeto, te comería vivo y escupiría tu suspensorio.

Mickey, otro compañero de equipo de Cooper, silba.

—Yo podría lidiar con eso.

No se me da nada bien disimular mi expresión amenazadora. No me cabe duda de que Mickey podría conseguir meterse en la cama de Mia, pero le costaría mucho quedarse.

He estado con ella cuatro veces.

Y cada vez, me dice que es la última.

Pero si va a follarse a alguien esta noche, es a mí. Sé que debería dejar que se fijara en Julio, en Mickey o en cualquier otro que le interese. Me ha dejado claro que nuestra relación no puede ir más allá de lo físico. No sé si soy capaz de hacerlo, así que debería dejarla en paz.

Es más fácil decirlo que hacerlo.

Cuando Cooper va a buscar a Penny (algo sobre jugar a meter la pelota en vasos), me aparto de la pared y atravieso la pista de baile.

—¿Te importa si la saco a bailar?

Julio enarca una ceja, pero no parece muy mosqueado. No le he contado a nadie del equipo mis idas y venidas con Mia. De hecho, nadie lo sabe, excepto ella y yo.

—Depende de la dama —dice.

Mia se mueve al compás de la música durante la siguiente canción y me fulmina con la mirada. Lleva una especie de maquillaje que hace que le brille la cara. La purpurina desciende por su cuello y la turgencia de sus pechos.

Su voz contiene la dosis precisa de malicia. Una fachada. Eso espero.

—¿En serio?

—Un baile.

La canción se termina y le tiendo la mano cuando empiezan las notas de la siguiente.

—Vale. —Hace ademán de besar a Julio en la mejilla—. Ya sabes dónde encontrarme.

La acerco a mí. Para que bailemos, claro, pero también para sentirla, para experimentar su calor.

—¿No podrías haber elegido a uno de las dos docenas de jugadores de hockey *de esta casa para provocarme?*

Ella gira, apretando contra mí ese tentador trasero. Pierdo el paso un instante antes de extender la mano sobre su vientre, manteniendo su cuerpo pegado al mío.

—¿Provocarte? —dice, girándose, de modo que sus labios quedan contra mi oreja.

La agarro con más fuerza.

—Julio es uno de mis chicos.

—Entonces, Evan.

—No. —La hago girar, y el inesperado paso de baile la hace sonreír. Memorizo esa sonrisa. Tiene muchas expresiones, pero las mejores son sus sonrisas. Una rareza—. Yo.

—¿Quién dice que sigo interesada?

Dejo que mi aliento roce su oreja. Ella se estremece a pesar de que aquí hace calor.

—Es más que evidente, Di Angelo.

Se gira, mirándome a los ojos; con sus tacones altos, prácticamente tenemos la misma altura. Quiero quitarle los tacones y después despojarle de esos vaqueros muy despacio. Sus ojos parecen chocolate fundido, resaltados por su característico delineador.

—Penny va a pasar la noche aquí.

—Como si Cooper fuera a perderla de vista.

—Puedes venir a la habitación.

Le sonrío. Quizá haya una parte de ella, aunque esté enterrada, a la que le guste mi sonrisa.

No debería albergar esperanzas, pero por Dios que las tengo.

2
Mia

6 de mayo

Entro en el Centro de Ciencias Bragg con un minuto de margen antes de mi reunión con la profesora Santoro. Si hay algo que odia es la impuntualidad, así que subo corriendo las escaleras hasta la cuarta planta. No debería haber aceptado ir de copas anoche con Erin, una de las estudiantes de último curso del Departamento de Física (ya que no fueron solo copas, claro, sino que acabamos en su casa después de unas cuantas rondas), pero tenía ganas de hacer locuras y ahora estoy pagando el precio.

Casi vomito mientras me tomo un respiro en el rellano del tercer piso. Sin duda estoy pagando el precio. Parece que me estén golpeando la cabeza con un mazo una y otra vez. Y el rollo ni siquiera valió la pena. Demasiada saliva.

Siempre he tenido malas ideas. Experimentos explosivos en el laboratorio de química de la Academia St. Catherine. Fiestas con fogatas en el bosque a las afueras de mi ciudad natal, en el sur de Jersey. Rollos de todo tipo en armarios, aulas y baños públicos. Últimamente he tenido un montón de malas ideas.

Al fin y al cabo, me resulta más fácil lanzarme de cabeza a ligar y salir de fiesta en mi tiempo libre que pensar en él.

Sebastian Miller-Callahan. Es majo hasta decir basta. Es increíble lo bien que se le da hacer que me corra. Y, para colmo, es un as jugando al béisbol. Eso es algo que debería haberme hecho sospechar; las cosas nunca son sencillas con los deportistas.

Sin mencionar el hecho de que es el hermano del novio de mi mejor amiga Penny. No. El señor «Dios del Béisbol Dorado» está en mi vida a largo plazo, y ningún número de rollos puede cambiar ese hecho.

Eso no me ha impedido intentarlo desde hace más de un mes. No me ha impedido desear ser otro tipo de chica. Si hubiera sido una buena chica y hubiera merecido a Sebastian, tal vez no me habría cabreado el día en que su hermano nos sorprendió a punto de empezar a enrollarnos.

Me atuso el pelo mientras corro por el pasillo. Puede que tenga resaca y esté más afligida de lo que jamás reconocería, pero de ninguna manera voy a dejar que eso arruine este proyecto. Conseguir un puesto en el laboratorio de la profesora Santoro este verano, a pesar de que solo voy a empezar el penúltimo año, es algo que me niego a dar por sentado. Me dejé la piel en el instituto para entrar en McKee y en su Departamento de Astronomía, que está entre los cinco mejores de la universidad, precisamente por esto. Una oportunidad de dedicarme a investigar de verdad, de empezar lo que espero que sea una larga carrera observando las estrellas y darle un empujón a mi solicitud para el programa de estudios de astrofísica en la Universidad de Ginebra.

Recuerdo el momento exacto en que me enamoré del espacio. Como es natural, antes ya era consciente de su existencia, pero no fue hasta una fogata de verano durante unas vacaciones familiares cuando levanté la vista y lo vi de verdad. Mi abuelo, un soñador en una familia de gente pragmática, llevó un telescopio a la playa, y mientras todos bebían vino en vasos de papel y reían alrededor de la hoguera, yo lo seguí hasta un lugar tranquilo junto a las dunas.

—Vamos a buscar un planeta —dijo mientras instalaba el telescopio—. Quizá podamos ver a Marte o Júpiter. El verano es una buena época para cazar planetas.

Contemplar el cielo a través del telescopio parecía algo mágico. Los encontramos, y también a Saturno. Yo tenía los ojos como platos mientras pegaba la cara al objetivo.

—Tal vez un día encuentren a otra niña mirando al cielo a través de un telescopio, preguntándose por la Tierra —sostuvo, con las manos en los bolsillos de sus pantalones de lino, mirando hacia arriba con la misma veneración que mostraba cuando rezaba en la iglesia—. Quizá seas tú quien lo haga, María.

Siempre me decía que podía hacer cualquier cosa. A medida que crecía y mi interés por el espacio me consumía, me enviaba artículos de la NASA que

leíamos juntos. Me animó a apuntarme a clases avanzadas de matemáticas y ciencias y a unirme al club de robótica. La mañana antes de fallecer de un infarto, me recogió del colegio, pues otra vez me había metido en problemas con las monjas, y me dijo que sabía que estaba destinada a algo grande.

Cuando llego al despacho de la profesora Santoro, llamo a la puerta y me paso los cinco segundos de espera acomodándome el pelo revuelto. ¡Uf! ¿Por qué he vuelto a liarme con Erin?

Porque no me quito a Sebastian Miller-Callahan de la cabeza, por eso.

Se acabó. Tengo que centrarme en el trabajo del laboratorio. En entrar en un programa de estudios en el extranjero. En planear un futuro (hola, NASA) que está lejos de Nueva Jersey y de la familia Di Angelo.

Nada de eso incluye a cierto jugador de béisbol de ojos verdes.

De todos modos, fui yo quien lo dejó.

Seguro que no ha pensado en mí para nada.

—Entre —dice la profesora Santoro.

Empujo la puerta con suavidad.

La profesora Beatrice Santoro es una de las principales razones por las que elegí la Universidad McKee por encima de todas las demás ofertas, algunas con mejores becas, cuando me aceptaron en la universidad. Es una formidable mujer mayor, nacida en Italia, que con solo echarme un vistazo comprendió mis orígenes, tanto los retos como el amor. Y ahora, después de dos años trabajando como una mula en este departamento para ganar credibilidad, por fin estoy en su laboratorio. Rara vez deja entrar a estudiantes universitarios en su sanctasanctórum a menos que estén en el último año, pero me he ganado este puesto. Con trabajo impecable en el laboratorio y asistencia perfecta. Fluidez en Python y C++. Voluntariado en el planetario del campus. Asistencia a todas las conferencias y simposios.

Mi abuelo era el único que me había dicho que creía en mí, hasta la profesora Santoro.

«Tienes un futuro brillante, Mia. Un futuro en las estrellas, si eso es lo que quieres. Si estás preparada para trabajar por ello».

He pasado dos años trabajando para ser digna de esas palabras y ahora estoy

lista para demostrarlo.

—Mia —dice con voz cálida—. ¿Cómo estás hoy?

El despacho de la profesora Santoro es un pequeño rinconcito. Hay libros por todas partes, fotografías enmarcadas del espacio y de las estrellas en una pared de la galería, y sus títulos colgados en fila detrás de su escritorio. Toma apuntes a mano, a pesar del programa informático que esté utilizando, y montones de cuadernos pequeños flanquean su mesa igual que centinelas.

Mientras me siento, se ajusta sus gruesas gafas negras, que dan un toque singular a su rostro, envejecido con elegancia. Su cabello veteado de plata cae suelto sobre los hombros.

Consigo sonreír, aunque me dan ganas de vomitar encima de su mesa.

—Genial. ¿Y tú?

La profesora Santoro apoya la espalda en el respaldo de su silla y une las yemas de los dedos.

—Estoy bien. Muy contenta de que seas mi investigadora de pregrado este verano. Creo que este proyecto será un buen reto para ti, dado tu interés en el descubrimiento de exoplanetas.

Casi me pongo a menear la pierna de la emoción, pero consigo contenerme. Los exoplanetas son un descubrimiento relativamente reciente, ya que oficialmente fueron algo teórico hasta la década de 1990, y ahora los científicos han descubierto miles. Son planetas que orbitan alrededor de una estrella distinta de la nuestra. De los miles de millones que existen, uno podría ser capaz de albergar vida extraterrestre. La profesora Santoro ha participado en esta investigación desde el principio, y la idea de trabajar con ella, aunque sea a pequeña escala, para descubrir y clasificar estos planetas, es suficiente para que todo lo demás se desvanezca.

—Alice te enviará por correo electrónico el horario del laboratorio. Se te asignarán lecturas para nuestras mesas redondas semanales, así que asegúrate de venir preparada. Quiero que trabajes con ella para reescribir el programa que hemos estado utilizando para medir las atmósferas de los planetas. Creo que tu ojo para el código nos ayudará a racionalizarlo. Quiero una versión de prueba lista y funcionando para cuando publiquen los nuevos datos de James Webb y

que así pueda formar parte del análisis de mi artículo actual.

Asiento con la cabeza.

—Por supuesto.

Su mirada se torna astuta.

—¿Cómo van las cosas, Mia? ¿Qué tal está tu familia?

—Bien.

—¿Siguen pensando que estudias magisterio?

Me sonrojo y bajo la mirada a mi regazo. Mi familia considera la carrera de una mujer como algo temporal; dar clases hasta que tenga mis propios hijos. Mi abuela lo hizo. Mi madre y su hermana también. Mi hermana mayor, Giana, dará clases un año más antes de tener hijos con su marido, aunque de pequeña quería ser abogada. Es lo que creen que estudio, y no les he corregido. Pero si entro en el programa de Ginebra, podré utilizarlo como la prueba irrefutable de que estoy hecha para esto y explicárselo todo. A fin de cuentas, no quiero mentir sobre algo tan importante.

—Es más fácil así. No lo…, no lo entenderán.

—Aun así, son tu familia —dice—. Mis padres tampoco entendían mi deseo de pasarme las horas muertas con un telescopio, pero acabaron aceptándolo.

—Tu padre era médico —comento—. Mi padre instala sistemas de climatización.

Se quita las gafas y las dobla con cuidado.

—Voy a organizar un simposio a finales de junio. Vendrán colegas de varias universidades y quiero que hagas una exposición de nuestra investigación. —Me sostiene la mirada—. ¿Lo entiendes?

Se me corta la respiración.

—Sí.

—Hazlo bien y no necesitarás una recomendación mía para el programa de Ginebra. Robert Meier te escuchará en persona. Ya le he dicho que podrá ver a mi alumna más prometedora cuando asista. —Se levanta, indicando que la reunión ha terminado. Me cuelgo la bolsa al hombro—. Espero que consideres la posibilidad de invitar a algunos familiares a verlo.

Me doy cuenta de que no es una simple sugerencia, pero no digo nada. No

cuando la única persona a la que querría invitar está muerta.

Asiento con la cabeza.

—Nos vemos el lunes.

Ella ya se ha vuelto hacia la estantería a rebuscar entre los tomos, pasando ya al siguiente problema del día.

—Hasta el lunes.

3
Sebastian

La casa está en silencio a estas horas de la mañana.

Me levanto de la plancha, respirando por la nariz, y cojo un juego de mancuernas de cinco kilos para la siguiente serie de ejercicios. Cooper hace lo mismo a mi lado. No hay necesidad de hablar, no cuando llevamos años haciendo juntos esta misma rutina. A veces ponemos música, pero hoy no lo hemos hecho. No hay más distracciones que las que tengo en mi cabeza.

Dado que Cooper está en el equipo de *hockey* y yo en el de béisbol, podríamos haber ido al estupendo gimnasio del campus, que está abierto las veinticuatro horas y es exclusivo para deportistas. Pero dentro de unas horas él se va con su novia, Penny, de viaje en coche después del semestre y quería pasar un poco más de tiempo con la gata que ahora mismo está sentada en la escalera.

La gata nos mira con sus enormes ojos ámbar, que transmiten una inquietante inteligencia. A mí me gustan más los perros, pero Mandarina me ha conquistado. Cooper y Penny la rescataron el otoño pasado y, desde entonces, se ha convertido en otra habitante más de la casa. Aún no le he perdonado del todo que me dejara un ratón muerto en la bota, pero es una monada. No sé si ser su único cuidador mientras ellos están de viaje y nuestra hermana pequeña, Izzy, está en Manhattan de prácticas, hará que nos llevemos mejor o acabará atacándome mientras duermo.

Mueve la cola de un lado a otro, como si se lo estuviera pensando, mientras hacemos los ejercicios. Dejo las mancuernas en el suelo al terminar el último y me paso la mano por el despeinado pelo. «El pelo de jugardor de béisbol», lo llama siempre Izzy en plan de broma. Ahora lo tengo más largo que el de Cooper; después de que su equipo llegara a la Frozen Four y ganara, su novia le suplicó que se recortara la barba y se cortara un poco el pelo.

Cooper me mira.

—Estás más callado que de costumbre.

—Llevo despierto un rato. —Me estiro; mi hombro protesta por la última serie de repeticiones. Durante un partido hace un par de días, me estampé contra la valla mientras perseguía una bola alta. Atrapé la pelota. Y me hice un moretón. Aun así, perdimos. Ya van cuatro partidos seguidos. Si queremos llegar a los *playoffs*, tenemos que enderezar el rumbo y rápido.

Cooper hace un ruido comprensivo.

—Pensé que estaba mejorando.

Me encojo de hombros mientras bebo un trago de agua.

—Va y viene. Anoche no conseguí dormirme. Pero pude practicar con el cuchillo. Y vi un documental sobre la elaboración del pan en Francia.

Cooper sacude la cabeza.

—Me preguntaba por qué había tanta cebolla cortada en la nevera. Tu afición es rara a veces, tío.

—Picada, no cortada. Y ya puedes decir que es raro, pero te comes todo lo que cocino.

—Y con mucho gusto. Está delicioso. —Deja las mancuernas y se estira. Mandarina se acerca con pies ligeros y se restriega alrededor de sus piernas desnudas. Él la coge y la abraza contra su pecho. La gata ronronea con satisfacción—. Pero es una putada. ¿Quieres hablar de ello?

—¿Todo listo para el viaje? Vais a ver a James y a Bex primero, ¿verdad?

—Sebastian.

Los oscuros ojos azules de mi hermano adoptivo están llenos de preocupación. Alarga la mano para apretarme el hombro.

—¿Tuviste…?

¿Una pesadilla? ¿Una de esas nauseabundas pesadillas recurrentes que años de costosa terapia no han logrado eliminar del todo, a pesar de lo mucho que sus padres, mis padres adoptivos, lo intentaran?

Trago saliva. Se me forma un nudo en la garganta.

—No. No fue una pesadilla.

No fueron unas fauces de metal aplastado y cristales rotos. Ni sangre en los

asientos de cuero. Ni un grito, silenciado por una tráquea seccionada. Con qué facilidad puedo evocar el recuerdo incluso una década después. Es imposible mirar a los ojos sin vida de tu madre con once años y no recordarlo como si alguien te hubiera abierto el cráneo y grabado la imagen allí.

Cooper me agarra con más fuerza. Una vez me dijo que se da cuenta cuando me sumerjo en el recuerdo. Teníamos catorce años y estábamos sentados debajo de las gradas durante uno de los muchos partidos de fútbol americano de los viernes por la noche de nuestro hermano mayor, James, cada uno con una cerveza robada en la mano. Una rara noche de otoño en la que Cooper no tenía partido y yo no tenía sesión de entrenamiento. Era octubre y por fin estaba refrescando en Long Island tras una tardía ola de calor. Creo que lo desencadenó la repentina lluvia. Estábamos secos y a salvo, y el partido seguía en marcha, pero me quedé paralizado mientras contemplaba el aguacero y Cooper tuvo que zarandearme para devolverme al presente.

Me encojo de hombros para zafarme de él.

—Es que…, no podía dormir.

Su mirada se torna astuta.

—Por ella.

Nunca se lo diría a Cooper, porque la relación que tiene con su padre ha sido tensa y solo está empezando a mejorar (y las cosas también se pusieron tensas entre nosotros durante un tiempo a principios de este año, cuando el capullo de su tío volvió arrastrándose a Nueva York e intentó estafarle su fondo fiduciario), pero cuando pone esa cara, se parece a Richard Callahan, hasta en el ceño fruncido.

Todos los Callahan se parecen, con su pelo oscuro y sus profundos ojos azules. Nadie diría que no son familia. Richard Callahan, una leyenda del fútbol americano. Su hijo James, dos años mayor que Cooper y que yo, que acaba de terminar su primera temporada en la NFL. Cooper, mi mejor amigo y casi mi hermano gemelo. Nuestra hermana pequeña, Izzy, una vibrante bola de energía con un saque de voleibol letal y suficiente arrogancia como para meterla en problemas a diestro y siniestro.

Yo he sacado el pelo rubio de mi difunta madre y los ojos verdes de mi difunto

padre, y ahora llevo el apellido Callahan, que he lucido en la parte trasera de mi camiseta de béisbol desde que cumplí doce años. Cooper y su familia han sido mi familia durante una década, gracias a un pacto que hicieron Richard y mi padre, Jacob Miller, cuando no eran más que unos jóvenes con esperanzas de futuro en la NFL y la MLB. Richard y Sandra me acogieron en su familia con los brazos abiertos tras la muerte de mis padres y les estaré eternamente agradecido por ello.

Teniendo en cuenta todo eso, somos hermanos desde hace suficiente tiempo como para que Cooper sepa cuándo me estoy guardando algo. Acaricio a Mandarina entre las orejas. El silencio lo confirma; no he logrado sacarme a Mia Di Angelo de la cabeza.

«Disfruta viéndome marchar, Callahan».

Sus palabras me atormentan. Ha pasado más de un mes y aún resuenan en mi cabeza. La tenía en mi cama, en mis brazos, a punto de pedir más, y de repente me soltó aquello, como si nunca más fuera a verla. La he visto desde entonces, porque es la mejor amiga de Penny y es imposible ignorar a alguien que va a la misma universidad, pero ha actuado como si cada rollo, cada conversación, cada momento que compartimos no significara nada.

—¿Vas a contarme alguna vez lo que pasó en realidad?

—La viste irse.

Cooper exhala un suspiro.

—No la entiendo. Sé que Penny la quiere, pero puede ser…, complicada.

—¿No ha dicho nada de mí?

No soporto el patetismo de mis palabras, pero no puedo evitar hacer la pregunta. Jugueteo con la medalla que una vez perteneció a mi padre, entre el pulgar y el índice.

Se encoge de hombros, sin duda recordando el momento en que nos pilló juntos. No estábamos en plena faena, solo nos besábamos. Pero en cuanto Mia lo vio, ese lado vulnerable que había conseguido sacar a la luz se esfumó. Volvió a colocarse esa coraza, tan sólida como el acero.

—Si lo ha hecho, le pidió a Penny que no me lo dijera. Seguramente porque sabe que yo te lo diría.

—Genial.

—No es que me hayas contado mucho sobre lo que pasó.

Hago una mueca.

—No. Y no lo haré.

—Vaya par de idiotas —dice Penny desde lo alto de las escaleras. Baja descalza y con una camiseta con un dragón que seguro que es de mi hermano. Tiene tanta ropa de friqui que podría rivalizar con una convención de fans. Su melena pelirroja, tan diferente del negro cabello de Mia, es prácticamente un nido de pájaros—. Que conste que a mí tampoco me ha dicho nada. Se niega a hablar de ello.

Resulta fácil percibir la preocupación en su voz. A fin de cuentas, Mia es su mejor amiga. Yo también he estado pendiente de Mia, y aunque sé que no me incumbe, parece que no le ha faltado la compañía. Por supuesto, está en todo su derecho, y yo estoy haciendo lo mismo. Pero después de lo que tuvimos…

Cada vez que pienso en aquel momento en mi habitación, veo su pintalabios corrido y sus brillantes ojos castaños. Mientras nos besábamos, la invité a cenar por segunda vez (solo una cena, una cita de verdad después de meses de citas secretas), y ella dijo que sí. Luego, aproximadamente un minuto después, Cooper se tropezó con nosotros y más o menos al cabo de otro minuto, se colgó la bolsa de la NASA al hombro como si fuera un escudo y se largó.

«Disfruta viéndome marchar, Callahan».

Desde entonces, ha actuado como si hubiera conseguido borrarme de su vida de un plumazo. No he sido capaz de contarle a Cooper todos los detalles. Me presenté a la cita que habíamos planeado y esperé más de dos horas por si aparecía, pero me dejó plantado. No quiero confesárselo a mi propio hermano. No cuando su novia es la mejor amiga de Mia.

—¿Seguro que no te importa quedarte solo un tiempo? —me pregunta Cooper; mira a Penny—. ¿Prefieres que nos quedemos? ¿Que vayamos a tus partidos? Sé que Mia…

Sacudo la cabeza.

—No, disfrutad del viaje. Saludad a James y a Bex de mi parte. Estaré bien.

Penny besa a Cooper en la mejilla. Él la acerca más, meciéndola mientras

apoya la barbilla en su cabeza en un gesto inconsciente. Reprimo una punzada de celos. Cuando James encontró a Bex, fue algo normal, ya que siempre estuvo destinado a vivir un gran amor. Una esposa que fuera su alma gemela, hijos, la valla blanca, el perro. Cuando Cooper encontró a Penny, fue una sorpresa para todos, pero es evidente que le sienta bien tener una persona en la que centrarse, una persona a la que amar. Nunca lo he visto más feliz, lo que lo hace peor, porque echo de menos que los dos seamos un par de chicos de relaciones casuales.

Mis hermanos merecen ese amor. Pero es una mierda estar solo y suspirando por una chica que al parecer prefiere pisar caca de perro antes que tener que ver algo conmigo.

—Le dijimos a mi padre que desayunaríamos con él antes de ponernos en marcha —cuenta Penny.

Me aclaro la garganta.

—Vale. De todas formas tengo que ir a entrenar.

—Envíame un mensaje si tienes más noticias sobre el *draft* mientras estamos fuera —dice Cooper con una sonrisa relajada. Como él está de vacaciones, ha tenido mucho tiempo para centrarse en otras cosas, como con qué equipo cree que acabaré firmando después del *draft* de la MLB en julio. Cada vez que pienso demasiado en ello, se me forma un nudo en el estómago—. ¿Papá mencionó algo sobre los Marlins? Miami estaría genial.

Consigo devolverle la sonrisa. No he tenido valor para decirle ni a él ni a nadie que el *draft* que se avecina se cierne sobre mí como una tormenta que se acerca a gran velocidad. Es ridículo, porque se supone que es mi destino. Mi padre quería crear un legado, así que se aseguró de que amara este deporte desde el mismo instante en que cogí un bate de béisbol. El béisbol siempre ha sido mi vida, y una vez que me elijan en el *draft*, será mi futuro.

Pero últimamente, una pequeña parte de mí, lo bastante fuerte como para no poder ignorarla por completo, se pregunta si es el futuro correcto.

Cuando rechacé la primera oferta del *draft* el verano después de terminar el instituto y me comprometí con McKee, conllevó que no podrían elegirme de nuevo en el *draft* hasta que cumpliera veintiún años. Es lo que hacen muchos de

los mejores jugadores de béisbol; ven cuál es la oferta, continúan en la universidad y planean los siguientes pasos un par de temporadas más adelante, cuando han mejorado su juego. Si los artículos que Richard me envía casi a diario son correctos, me elegirán en la primera ronda, probablemente los Miami Marlins o los Texas Rangers. Ya se habla de que los Reds de Cincinnati podrían hacer un intercambio para tenerme con ellos más adelante, así el equipo tendría a otro Miller en sus filas.

Es lo que mi padre quería. Si cierro los ojos y me concentro, aún puedo oírle hablar del béisbol, de la belleza del juego, de su historia, de la simetría que lo ha hecho perdurar en la cultura estadounidense. Era famoso por su paciencia, un derroche de energía comprimida en la caja de bateo, lista para batear. El récord de jonrones de la Liga Nacional, que estableció él en su última temporada antes del accidente, sigue sin batirse.

Hay mucha gente ahí fuera que espera que sea yo quien lo bata.

Resulta poético que a su hijo lo elijan en el *draft* una década después del trágico accidente que se llevó antes de tiempo la vida de uno de los mejores jugadores de la historia del béisbol. No había habido una tragedia mayor en el mundo del béisbol desde la muerte de Thurman Munson en aquel accidente aéreo. *The Sportsman*, la revista deportiva más antigua del país, me llamó el otro día para pedirme una entrevista, pero aún no he contestado.

Por mucho que me interese el béisbol, por muy vivo que me sienta cuando persigo una bola alta, cuando bateo una bola rasa, cuando me deslizo hasta la base, no es solo mío. Cuando comience mi futuro en la MLB, las comparaciones irán cada vez a más. «El hijo del gran Jake Miller».

Defraudar a mi padre no es una opción. Esto era lo que él quería para mí. Murió de manera fulminante, horrible e injusta, con el brazo extendido, como si eso pudiera proteger a mi madre de la muerte, además de a él mismo. Puede que ahora lleve el apellido Callahan en la espalda de mi camiseta, pero una vez que este sea mi trabajo, las expectativas serán diferentes.

Así que mantengo esa maldita sonrisa fija en mi cara.

—Claro —le digo a mi hermano—. Puede que sea Miami. Que tengas buen viaje. Te lo has ganado.

4
Mia

13 de marzo

Acabo de abrir el mensaje de Penny («Los chicos están bien, me quedo a pasar la noche en casa de Coop») *cuando llaman a la puerta.*

Me levanto de la cama y me estremezco cuando mis pies descalzos tocan el suelo. Me duele la cabeza por el alcohol que bebí en el Red's, a lo que seguro que he contribuido al mirar el portátil en la oscuridad, dejando que toda esa luz azul me bañara. Pero tenía dos opciones; mirar al techo o terminar el trabajo para mi curso de astronomía estelar, y no se entra en los laboratorios de investigación financiados por la NASA holgazaneando.

Y sí, vale, tal vez quería distraerme de él.

Sebastian Miller-Callahan.

Sebastian, que me ha estado sonriendo desde que nos vimos en el cine el otoño pasado.

Sebastian, que me llama «amor» *cuando me corro.*

Sebastian, que propinó un puñetazo por mí.

¿Quién coño hace eso?

Por lo visto, los chicos Callahan. He oído las historias de Penny sobre el hermano de Sebastian, Cooper, del que está enamorada hasta las trancas. Me daría asquito, pero la quiero y me encanta verla feliz. Es la clase de chica que quieres llevar a casa de tus padres. La clase de chica que merece una relación amorosa.

Y luego estoy yo.

No debería seguir dejando que Sebastian se acerque. De una forma u otra, acabaré haciéndole daño. Ya lo intenté antes, llevé la camiseta de un compañero

de Cooper al partido de hockey *después de que Seb me pidiera que no lo hiciera y él se limitó a mirarme de arriba abajo y a ignorarlo. Paciente como siempre. Y luego, en el bar, un cretino intentó grabarnos en vídeo a Penny y a mí y me apartó del alboroto antes de lanzarse de cabeza a la pelea junto a Cooper.*

Me dirijo a la puerta y la abro.

—Eh —susurra. Su voz suena ronca, no solo por el golpe que se llevó en la garganta durante la pelea, sino también por el partido de antes. Su voz era la única que rivalizaba en potencia con la de Penny. Ella y yo ya habíamos hablado antes de que nunca habíamos visto a dos hermanos tan unidos—. ¿Puedo entrar?

Tiene la mirada apagada y exhausta y la mejilla hinchada por un moratón que le está saliendo, y que tiene mala pinta. También tiene un corte en la frente, medio oculto por el despeinado cabello.

Lo cojo de la mano y lo llevo dentro. Se sienta con cautela en el pequeño sofá de la zona común. Tenemos una mini nevera, así que cojo una bolsa de hielo del congelador y la envuelvo en una camiseta antes de dársela.

—¿Seguro que no tienes una puñetera conmoción cerebral? —pregunto, quedándome junto a la puerta.

Se vuelve hacia mí despacio, como si intentara minimizar el dolor. El movimiento le hace estremecerse. Reprimo la punzada de preocupación que me recorre.

—Me han examinado en urgencias y estoy bien. A Cooper han tenido que darle puntos.

La preocupación aumenta, como un agujero negro que se expande de manera veloz y amenaza con absorberme.

Se metió en una pelea por mí.

Eso no importa.

Intento fruncir el ceño. Eso es seguro. Son las sonrisas las que me meten en problemas, no el ceño fruncido.

—Yo no te pedí que fueras mi caballero de brillante armadura.

—No iba a dejar que ese gilipollas te pegara. Ni a Penny. Ni a Cooper, claro. —Su voz es tajante y no admite discusión. Me irrita un poco, aunque a una parte

de mí, pequeña pero molesta e insistente, le gusta el tono y lo que podría augurar.

Suelto un bufido.

—Cooper tiene unos trece kilos más de músculo que ese tipo. Era una pluma. Podría haberlo tumbado.

—No iba a dejar que eso pasara.

—Puedo cuidarme sola.

—No he dicho que no puedas. —Se levanta, se acerca a mí y me aprieta contra la puerta. Trago saliva, mirando esos preciosos ojos verdes que me devoran siempre que estamos juntos en una habitación. Lo nuestro es un secreto, pero tonterías como defenderme en una pelea pública amenazan con revelarlo. Debería decirle que se vaya a casa y que deje de mandarme mensajes—. Es que nunca te dejaría pelear sola.

No puede ser más que un rollo. No puede haber nada más que estos momentos, los dos solos por la noche, como si fuéramos las dos únicas personas vivas sobre la faz de la Tierra, con mi cuerpo ardiendo de deseo por el suyo. Reacciones químicas en nuestros cuerpos, una red de conexiones desplegándose entre nosotros. Levanto la mano, trazo el moratón y él sisea, acercándome más a él.

Apenas unos centímetros separan nuestros labios y nos arrimamos para cubrir ese espacio. Los dos, como imanes.

Le muerdo el labio. Él gime y a mí se me encoge el estómago. Sonríe y luego me muerde el labio para no ser menos. Sus manos me agarran las caderas con la misma facilidad con la que agarran un bate de béisbol, y yo deslizo las uñas por su espalda a través del fino jersey que lleva. Cuando los dos jadeamos, nos separamos, pero volvemos a acercarnos aún más. Tiene la pierna anclada con firmeza entre las mías de manera desenfadada, pero dominante, y yo tengo las manos enroscadas en su pelo. Los rubios mechones, tan diferentes de los de su familia adoptiva, aún están fríos por el aire de marzo.

Quiero arrastrarlo a mi habitación. Penny no volverá esta noche, ya que tiene que cuidar de su novio, al que le han dado puntos. Lo que estoy haciendo con Sebastian se asemeja peligrosamente a eso, pero hay suficientes diferencias

como para apartar ese pensamiento. Casi. Retrocedo, aunque estoy atrapada entre él y la puerta.

Tal vez es más acertado decir que me tiene sujeta más que atrapada.

—Mia —empieza él.

No le doy la oportunidad de terminar la frase. O bien se queda en mi habitación o en el pasillo, y el pasillo sería más seguro, pero no puedo echarlo a la calle esta noche. No cuando tiene un moretón en la cara por mi culpa. No cuando me agarró por la cintura y me dijo que me quedara quieta, como si fuera frágil. Como si yo fuera la clase de chica que necesita un caballero de brillante armadura, espada al hombro, uno de los héroes fantásticos de Penny de carne y hueso.

Nunca lo he necesitado, pero alguna parte de mí debe desearlo, porque lo llevo a mi dormitorio, cierro la puerta y le pido que me haga gritar.

5
Mia

Al día siguiente, mientras cruzo el campus con un café en la mano, Giana me llama.

Por lo general, me llama para dos cosas; para quejarse de nuestra familia o para interrogarme y trasladar esa información a nuestra familia. Ninguna de las dos cosas me resulta apetecible en este momento, sobre todo porque aún sigo muy emocionada por la conversación con la profesora Santoro. Mi mente es un hervidero de ideas sobre la forma de contribuir a su proyecto. Su investigación está vinculada a la NASA y forma parte de la misión para descubrir los miles de millones de exoplanetas que se esconden en la vasta oscuridad del espacio. El objetivo es encontrar otro planeta Tierra, pero cada exoplaneta revela algo nuevo sobre el universo.

Como no podemos ver los exoplanetas directamente con la tecnología actual, tenemos que buscarlos por otros medios. La profesora Santoro está trabajando en una nueva forma de medir las propiedades atmosféricas para determinar detalles sobre los exoplanetas, y si puedo reactualizar el código del programa que ha estado utilizando, podríamos obtener datos mucho más precisos sobre los exoplanetas confirmados.

Imaginar todos esos planetas ahí fuera, hermosos y desconocidos, basta para que me detenga a mirar al cielo, aunque sea de día. Adopto una expresión neutral antes de responder a la videollamada.

Al menos el campus se ha vaciado casi por completo durante el verano, así que no hay nadie cerca que pueda escuchar mi conversación. El cielo está salpicado de nubes altocúmulos, cada una tan esponjosa como un trozo de algodón de azúcar. Hace un par de años, los científicos descubrieron WASP-121b, un exoplaneta cubierto de nubes metálicas que derraman piedras preciosas líquidas.

Lluvia, como en la Tierra, pero completamente extraña, y a ochocientos cincuenta y cinco años luz de distancia. Cuando le hablé a Penny de él, dijo en broma que era mi equivalente en planeta.

—Hola, Mi-Mi —dice Giana. Aún no ha terminado el curso en la escuela primaria de Nueva Jersey, así que debe de estar en la hora del almuerzo. Puedo ver la pared que tiene a su espalda, cubierta de coloridos carteles. Lleva el pelo recogido en una coleta y unos pequeños diamantes en las orejas—. ¿Qué tal todo?

Intento reprimir una sonrisa al oír el apodo de mi infancia. Es la única que me llama así. Y a su vez yo soy la única que la llama Gi-Gi.

—Bien.

—Parece que hace bueno allí.

Sigo caminando.

—Hace mucho calor.

—Sí, ¿verdad? Los niños creen que ya están en vacaciones de verano. Ya no quieren hacer nada. —Bebe un sorbo de agua y añade—: ¿Has empezado ya la tarea? Mamá estaba preguntando.

—Eh, no. —Miro los árboles con los ojos entrecerrados—. Se trata de recuperación de ciencias, así que primero tengo que esperar a que termine el semestre. Quiero decir su semestre.

—Deberías venir unos días antes de empezar. Este año ni siquiera has venido a verme en Pascua.

No quería saber nada de la Pascua. Ni de la misa católica, ni del cordero al romero de la abuela, ni siquiera de la pastiera napolitana de mamá. Ni de la búsqueda de huevos en el patio, ni de mis primitos correteando con sus trajes almidonados y sus dedos sucios. En lugar de eso, me pasé el día haciendo deberes, a pesar de que estábamos en las vacaciones de primavera. No me gustan las vacaciones desde que murió mi abuelo.

—Estoy haciendo turnos extra en la cafetería antes de que cierre.

Purple Kettle, la cafetería del campus en la que trabajo durante el semestre, cerró hace dos días por el verano. Otra mentira que añadir al montón. Mi familia cree que me quedo en Moorbridge para ayudar a estudiantes de secundaria que

suspendieron ciencias a recuperar los créditos, como parte de mi título acelerado de profesora. Pero no he pasado ni un segundo en ese departamento. Si alguna vez enseño, será como la profesora Santoro. Una extensión de mi investigación y una parte de mi carrera, no toda. Y, desde luego, no será introduciendo el concepto de formación de nubes a estudiantes de secundaria o lo que sea que mi familia crea que es lo máximo que puedo hacer.

—Bueno, si tienes un descanso, a todos les encantaría verte. No lo sé con certeza, pero creo que Michelle está embarazada de nuevo.

Rezo una plegaria. Mi hermano puede ser un imbécil a veces, pero su mujer es maravillosa.

—Qué bien.

—¿A que sí? Quiero que esta vez seamos tías de una niña. Ya basta de niños.

—Anthony no sabría qué hacer con una niña. —Tiene gemelos y son dos auténticos terremotos en miniatura. Giana y su marido no se quedarán atrás. Seguro que si Michelle está embarazada, y si es una niña, Giana no aguantará hasta Navidad para intentar tener un bebé propio.

Me estremezco solo de pensarlo. El espacio no me asusta lo más mínimo. Pero ¿el embarazo? ¿Ser responsable de mantener a un bebé con vida? Nunca me ha interesado. De hecho, me asusta si lo pienso demasiado. Es otra mentira que le cuento a mi familia: «Pues claro que estoy deseando casarme y tener hijos». La única vez que le dije a mi madre que no estaba segura de querer casarme y tener hijos, me echó en cara mis deberes como mujer y con la familia.

—¿A que no? —dice Giana—. De todos modos, si no puedes venir a vernos ahora, al menos ven a la barbacoa en junio. La nana llorará si no vienes.

—La abuela nunca ha derramado una lágrima en su vida. —Es una de las muchas cosas que respeto de ella, aunque nuestra relación sea difícil en el mejor de los casos. En el funeral del abuelo, permaneció de pie, con la espalda erguida y su velo negro, con el rostro cubierto de maquillaje y los ojos tan secos como el lecho de un río en plena ola de calor. No lloró durante el velatorio ni durante el funeral. Ni lo hizo durante la reunión familiar privada posterior, en la que mi padre y mis tíos se emborracharon con *grappa* y brindaron para celebrar su vida.

Yo no fui tan fuerte. Me encerré en mi habitación y lloré hasta que no pude

respirar.

Subo una de las muchas colinas de McKee, sosteniendo mi teléfono más alto para que mi cara siga en el encuadre. La residencia en la que me alojo durante el verano es uno de los antiguos edificios de estudiantes de primer año a las afueras del campus, en lo alto de una de las colinas más empinadas. Casualmente, es la misma en la que conocí a Penny. Yo llegué primero, y estaba decidiendo dónde colgar mi póster de la galaxia de Andrómeda cuando ella entró de repente, como un torbellino pelirrojo lleno de pecas y energía. Llevaba más libros que ropa y unos patines de hielo colgados del hombro. Se fijó en mi chaqueta de cuero negro, en mis botas militares y en la energía desafiante y despreocupada que debía de irradiar, parpadeó y me tendió la mano.

Ella me entendía mejor que nadie. Mejor que mi propia hermana. Aún lo hace.

Al teléfono, mi verdadera hermana suspira. Me doy cuenta de que solo tres segundos me separan de un sermón, así que le digo:

—Voy a una reunión. Luego hablamos.

—Dime que vendrás a la barbacoa —insiste—. Por mí, Mi-Mi, por favor. No te preocupes por nuestros padres, ni por nana, ni por los primos.

Paso la tarjeta para entrar en el edificio y empujo la pesada puerta. Aquí también hace un calor sofocante. Pasar el verano sin aire acondicionado va a ser un infierno para mi pelo.

Al menos mi habitación está en el primer piso. Al fin y al cabo, el calor sube.

—Vale —accedo. Una tarde rodeada de mi numerosísima familia, los amigos del barrio, todos los de la iglesia…, puedo soportarlo. No sé por qué ni cómo empezaron mis padres esta tradición, pero ha durado más de veinte años; la gran barbacoa de verano en casa de los Di Angelo. No he pasado tiempo con mi hermana desde Navidad, y aun entonces estuvo la mitad del tiempo con la familia de su marido, Peter.

—¡Yupi! —Su sonrisa me conmueve—. Te quiero, Mi-Mi.

Se me corta la respiración.

—Yo también te quiero, Gi-Gi.

Y es verdad. Quiero tanto a mi familia que me duele saber que no soy la hija que desean. La que esperaban. Intenté encajar en ese molde en lo referente a mi

sexualidad y a mis intereses, y no funcionó. Fue imposible para mí quedarme ahí, reprimida, y poder respirar con normalidad. El abuelo era el único que lo entendía.

Si estuviera vivo, estaría apoyando mis aspiraciones profesionales y yo no estaría atrapada en esta estúpida mentira. En el pasado, Giana lo intentó, pero desde que se casó, actúa igual que nuestra madre y nuestras tías.

A pesar de todo, sigo queriéndolos a ellos y a mi herencia. Y puedo ser amable en pequeñas dosis. Penny lo ha dicho.

Casi resbalo mientras recorro el pasillo hacia mi habitación. Miro al suelo y hago una mueca al ver que está cubierto de agua. Puede que algún idiota se haya dejado abierto el grifo del baño.

Cuando llego al final del pasillo, empujo la puerta, que está atascada.

Se me desencaja la mandíbula.

—¡Mierda!

Mi habitación está inundada.

Sin que la puerta detenga el flujo, el agua se precipita hacia el pasillo, calándome las zapatillas. Levanto la vista y veo que el agua mana de una grieta del techo, empapándolo absolutamente todo. La cama. Mi ropa, que casi toda sigue aún en la maleta abierta en el suelo. Los zapatos flotan en el agua.

Mis preciosas botas de ante, mis favoritas, están empapadas. Destrozadas.

Doy un paso adelante y tropiezo. Intento agarrarme al somier, pero caigo en la fría y asquerosa agua.

No puedo evitar soltar un grito muy vergonzoso.

6
Sebastian

—¿Y ella? Está buena.

Le lanzo una mirada de desaprobación a Rafael. El muy cotilla se está asomando por encima de mi hombro para ver mi móvil. No le he pedido su opinión, pero está claro que la chica del perfil es atractiva. Es evidente que sabe que con su sonrisa puede conseguir que los tíos se paren a mirarla.

También resulta que es morena.

Deslizo hacia la izquierda.

—Tío —dice—. Has deslizado la pantalla a la izquierda al menos diez veces.

A un par de metros de distancia, estirado en el banquillo como si fuera un viejo y cómodo sofá, Hunter enarca una ceja. Se quita la gorra de béisbol de McKee para secarse el sudor de la frente. Aunque estamos a principios de mayo, la humedad del verano neoyorquino ya ha hecho acto de presencia. El entrenamiento ha terminado hace unos minutos, pero nos hemos quedado para charlar sobre el primer partido de la serie que jugaremos mañana contra la Universidad de Bryant y hacer planes para más tarde. Es un partido en casa, programado para la tarde, así que podremos salir esta noche, tomar unas cervezas en el Red's mientras vemos el partido de los Mets, y seguir con nuestras rutinas previas al partido sin problemas.

Los preparativos de Hunter para el día del partido son meticulosos y están impregnados de superstición. Nunca me han interesado esas cosas; las probabilidades de que haga un jonrón son las mismas si llevo unos calzoncillos negros o unos azules. Pero nunca se lo diré. Lo que sea para que volvamos a batear, un problema que nos ha estado aquejando toda la temporada. A menos que ganemos un buen número de partidos en las próximas semanas, nos quedaremos fuera de los *playoffs*. Nuestro récord no afectará mucho a mi valor

en el *draft*, pero tengo que encontrar la forma de subir mi media de bateo antes de que se publiquen las estadísticas oficiales.

Echo un vistazo al siguiente perfil. Es rubia. Buenas tetas. Una sonrisa torcida, un poco pícara. Deslizo hacia la derecha. No me sorprende, hacemos *match*.

—Por fin nos entendemos —dice Raf. Golpea su hombro contra el mío—. Seguro que te manda un mensaje en tres, dos…

Aparece la notificación. Sonríe.

—Qué predecible.

Lo ignoro mientras le respondo. Se llama Regina. Me resulta vagamente familiar, pero no me quedo con la incógnita mucho tiempo, porque está deseando contarme que el semestre pasado nos sentamos en la misma mesa en clase de Ética. En una hora está libre. Se aloja en una de las residencias durante el semestre de verano.

Demasiado fácil.

—Solo tú convertirías la abstinencia en una forma de ligar con más chicas de lo normal —dice Hunter. Se aprecia un tonillo cauteloso en su voz, como si fuera una broma antes de soltarme algo en serio, y hay preocupación en su rostro, de un claro tono marrón.

Me levanto. No estoy de humor. No me apetece escuchar que he estado dejando que Mia Di Angelo campe a sus anchas en mi cabeza desde hace ya un mes y medio. Cooper ya me ha dado bastante la tabarra con eso. A fin de cuentas, Hunter tiene novia; mantiene una relación a distancia con su novia del instituto desde que lo conozco. Los consejos serios de Rafael eran más fáciles de digerir. Me sentó, me sonsacó la historia y me dijo, con sorprendente seriedad: «Solo tienes que follar para superarlo».

Me pregunto quién le dio a Mia ese mismo consejo. Desde luego no fue Penny.

«Disfruta viéndome marchar, Callahan».

La única manera de hacer que su voz desaparezca, al menos un rato, es encontrar a otra con quien distraerme. Es eso o caer en la depresión. La verdad es que no tengo derecho a quejarme de los ligues de Mia porque yo también he estado intentando encontrar compañía durante mi tiempo libre, siempre que no sea una morena.

—Está pasando por una fase —dice Raf.

—¿La de follarse a todas las rubias del campus de McKee? —replica Hunter.

—Bueno, no —admite Raf—. También debería follarse a las morenas.

Me cuelgo la bolsa al hombro.

—Tomo nota.

—Hay más chicas italianas en el mundo. Menos locas, también.

Me detengo con el pie en el escalón del banquillo.

—No está loca.

—Ella es la hostia —murmura Hunter.

—No hagas eso —digo—. No la llames loca solo porque ha roto conmigo. No llames loco a nadie, es de muy mala educación.

Rafael y Hunter intercambian una mirada. Las pobladas cejas de Raf se pierden en su pelo igual de poblado.

—¿Puedes romper con alguien con el que no estás saliendo? ¿Si en realidad te niegas a etiquetarlo, al final dices que sí a una cita cuando te lo piden por segunda vez y después huyes y le ignoras por completo?

El calor tiñe mis mejillas. Dicho así, mi persecución suena patética.

—Basta.

—Solo estoy haciendo la pregunta.

—Basta —repito, con un tono más áspero. Mi corazón late por la necesidad de defenderla, a pesar de cómo terminaron las cosas. No se lo conté todo a mi hermano, pero tenía que contárselo a alguien, así que elegí a mis dos mejores amigos fuera de mi familia. Me arrepentí en cuanto las palabras salieron de mi boca, sobre todo porque me di cuenta de que Raf se estaba conteniendo para no decir algo muy grosero sobre Mia. Como ahora. El tacto es un concepto que le resulta ajeno. Jamás debí contarle que esperé dos horas en el Vesuvio’s por si ella aparecía—. No hables de ella.

Raf casi parece triste.

—Te hizo daño, tío. Tienes que lidiar con ello.

—Va a pasar aquí el verano, ¿verdad? —aduce Hunter. Su tono vuelve a ser cauteloso, como si temiera que fuera a perder los estribos.

—Te vas a cruzar con ella. Tienes que encontrar la forma de pasar página.

—Estoy bien. De verdad. —Me quito la gorra de béisbol de la cabeza, la guardo en la bolsa y me paso la mano por el pelo sudado.

Solo necesito una ducha, cambiarme de ropa y un polvo a media tarde con Regina, de la clase de Ética, y estaré listo para salir. Mia está aquí este verano, trabajando en el proyecto de investigación de su mentora, pero estoy seguro de que me ignorará si nos cruzamos en Starbucks o Stop & Shop. Veré su preciosa melena oscura y me asaltarán pequeños recuerdos. Los mensajes de texto a altas horas de la noche. La única vez que conseguí cocinar para ella (solo el desayuno, pero algo es algo) y me dijo que era mejor que un orgasmo. Las miradas que nos echábamos cuando nadie nos veía, ni Cooper ni Penny ni ninguno de nuestros amigos.

Tal vez Rafael tenga razón. Necesito follarme a una morena.

—Nos vemos luego en el Red's.

—Reservaré mesa —acota Hunter—. Julio, Levine y Big Miggy también vienen. A lo mejor se apuntan Hops y Ozzy.

—Entonces, la mitad del equipo —digo con sequedad—. Necesitaremos dos mesas.

—Esta es la mejor época del año —sentencia Raf—. El Red's está tranquilo.

—No es que no nos guste el equipo de *hockey* de tu hermano —dice Hunter con una sonrisa.

Esa sonrisa es una ofrenda de paz. El visto bueno para desaparecer por la tarde. Asiento y cruzo el campo hacia los vestuarios.



Cuando llego al pequeño rincón del campus en el que se encuentra la residencia, ya estoy sudando otra vez. El trayecto no ha sido lo bastante largo como para que el aire acondicionado haga efecto. Regina me recibe en la puerta, con el mismo aspecto que recordaba vagamente de la clase de Ética (el pelo rubio dorado y la sonrisa torcida) y un vestido naranja que se ciñe a su cuerpo de forma sugerente.

—Siento que no haya aire acondicionado en este edificio —dice, me coge de la mano y me arrastra hasta las escaleras.

Su habitación está en el tercer piso. Nuestros pasos resuenan en el edificio, que debe de estar casi vacío. Lleva chanclas y las suelas golpetean el desgastado suelo de madera, que por alguna razón está mojado. Mia no me parece una chica de chanclas. Seguro que lleva sandalias si hace demasiado calor para llevar zapatos cerrados. Lo que sí sé es que se pinta las uñas de los pies de negro.

Me obligo a dejar a un lado ese pensamiento. No es el momento de pensar en las uñas de los pies de Mia Di Angelo. No cuando Regina «no sé qué» me está mirando con ojos de deseo. Los tiene castaños, y supongo que son bonitos, pero de un tono mucho más claro que los de Mia. Los de Mia me recuerdan a la tierra recién arada. Hermosos de un modo natural.

Regina se pone a juguetear con los tirantes de su vestido aún antes de abrir la puerta de su habitación, dejando que resbalen por sus tonificados brazos.

—El otro día fui a tu partido —comenta, y su sonrisa se vuelve socarrona mientras desliza las uñas por mi pecho—. ¿Tienes algún moratón de cuando atrapaste esa bola?

Me inclino, casi rozando sus labios, pero sin llegar a hacerlo.

—Sí.

—¿Quieres que te lo bese para que se mejore? —Gira la cabeza y su aliento mentolado me acaricia la oreja antes de tomar el lóbulo entre sus labios. El calor recorre mi cuerpo ante la provocación, la tentación, aunque sea con la chica equivocada. Sus manos agarran el dobladillo de mi camisa y tiran de él, hasta que capto la indirecta y me la quito.

—Esa no es la única parte de ti que quiero besar, Sebastian.

Esto es fácil, muy fácil. No hay que pensar más allá de decidir si quiero dejar que me la chupe o si quiero follármela como es debido. Me aseguré de llevar un condón en el bolsillo antes de bajarme del coche. Le subo la pierna a mi cintura, gimiendo mientras me besa. No puedo evitar hacer comparaciones otra vez. Su beso es demasiado húmedo. Me gusta la sensación de tener sus pechos apretados contra mí, pero no son ni por asomo tan firmes como los de Mia. Además, su olor no es el adecuado; huele a cítricos en vez de a jazmín.

Abre la puerta, y en cuanto estamos dentro, se arrodilla. Le brillan los ojos cuando levanta la mirada hacia mí. Me agarra la cinturilla con sus largas uñas rosas.

La miro, paralizado.

—Cielo…

Alguien grita.

El sonido perfora el aire y hace que salga pitando. Casi atropello a Regina con las prisas por llegar a la puerta. Ella me llama, pero hago oídos sordos y bajo las escaleras de dos en dos. Tengo el corazón en un puño, latiendo al compás de mi respiración.

Conozco ese grito. Me encanta ese grito. Pero este no es un sonido de placer. Es de pánico.

Y es de Mia.

7
Sebastian

Incluso calada como una sopa, Mia Di Angelo es la mujer más guapa que he visto nunca.

Mi corazón, que se ha acelerado en cuanto la he oído gritar (ese grito tan familiar que he oído tanto en mis pesadillas como en mis sueños), empieza a calmarse mientras contemplo la escena. Me agarro al marco de la puerta y me esfuerzo por respirar con normalidad.

No está herida. No la están asesinando a hachazos. Solo está empapada, rodeada por algo más de treinta centímetros de agua sucia en este minúsculo dormitorio y por todas las pertenencias con las que estuve familiarizado de la habitación que compartía con Penny. Una gota de agua le resbala por la mejilla. Se limpia la cara de forma furiosa, con el pecho agitado.

Una inmensa sensación de alivio recorre todo mi ser. Ella tiene una expresión ceñuda y prácticamente está gruñendo. Parece un ángel, con esos hermosos ojos oscuros rebosantes de emoción. Me recuerda a Mandarina cuando Cooper la baña, malhumorada y descontenta con toda la situación, pero al menos está bien físicamente.

Le brindo una sonrisa porque creo que es la mejor forma de obtener una reacción de su parte.

—¿Vas a nadar, Di Angelo?

—¿Qué coño haces tú aquí?

—Estaba en el barrio.

Me echa un vistazo de arriba abajo. Me pongo tenso un instante al recordar la sensación de sus labios sobre mi tatuaje del nudo celta, el símbolo que comparto con mis hermanos y que llevo sobre el corazón.

Cuando habla, su voz es tan seca como la brisa del desierto.

—¿Sin camiseta?

—Déjame ayudarte.

—¿A quién te estabas tirando? —pregunta, con tono de sorna—. ¿A la dicharachera petarda de arriba que tiene voz de delfín?

—Ay, Dios mío —dice Regina, asomándose por la puerta. Salta de un pie a otro mientras me da la camiseta—. ¡Qué asco!

Mia cruza los brazos sobre el pecho.

—Qué predecible, Callahan.

¿Me ha parecido ver un destello de dolor en su expresión? Lo más probable es que sean imaginaciones mías. Me pongo la camiseta y avanzo por el agua helada. Casi tropiezo con algo, pero consigo apoyarme en el marco de la cama. Una enorme gota de agua me cae en toda la cara.

—Déjame que te ayude a sacar esto de aquí.

—Menos mal que no ha pasado en mi piso —comenta Regina.

—Oh, claro, qué suerte la tuya —suelta Mia con sarcasmo.

Regina parpadea, pero intervengo antes de que se pueda replicar.

—Regina, llama a la oficina de vivienda y diles que tienen que enviar a alguien a cortar el agua del edificio.

—Pero…

Le aprieto el brazo.

—Será de gran ayuda.

Ella me lanza una mirada coqueta, agitando las pestañas.

—Tengo el móvil arriba.

Le dedico mi mejor sonrisa, la que hace que las ancianas se rían a carcajadas y que las chicas de mi edad quieran llevarme a la cama.

—¿Por favor?

Se inclina hacia mí y me besa, ahuecando la mano sobre mí mandíbula. Incluso me muerde el labio, un gesto claramente posesivo.

—Solo porque tú me lo pides, Sebastian. —Antes de irse, añade, mirando a Mia—: Eres un auténtico cielo por ayudar a esta pobre chica. No tardes mucho.

He visto la cara que pone Mia cuando está considerando cometer un asesinato y diría que su expresión en estos momentos es la misma. Prácticamente enseña

los dientes cuando Regina se marcha contoneando las caderas. Pero en cuanto nos quedamos a solas, se muerde la uña del pulgar y la preocupación traspasa su máscara.

—Joder —dice, con la voz entrecortada—. ¿Qué voy a hacer?

Contemplo el batiburrillo de ropa, zapatos y otras pertenencias empapadas. Una preciosa chaqueta negra forrada de seda, que no hace mucho le quité despacio, está arruinada de forma irrecuperable.

—Como he dicho, vamos a sacar esto de aquí. Voy a por mi bolsa de deporte, que es lo bastante grande para que al menos quepa parte de la ropa.

—No pienso meter mi ropa en tu asquerosa bolsa del gimnasio.

—No te ofendas, pero ya está hecha un asco. —Cojo un sujetador de encaje y lo cuelgo de la punta de mi dedo. Me lanza una mirada pétrea—. Vamos, en cuanto saquemos todo esto de aquí, podemos pensar en algo.

—Tengo mi coche —dice—. Lo meteré ahí.

—De todas formas, vamos a por la bolsa. —Empiezo a caminar por el pasillo sin mirar atrás. Puede que no quiera tener nada que ver conmigo ahora mismo, pero no es tonta. Aceptará la ayuda que le ofrezco—. Seguro que tienen otro lugar en el que puedas quedarte.

Ella resopla, pero me sigue.

—Tal vez. Están reformando muchos de los dormitorios este verano. Supongo que deberían haber incluido este en la lista.

—¿Y tu portátil?

Echa un vistazo a su bolso.

—Estaba en su funda, así que está bien. Y mi teléfono parece estar bien. —Teclea la contraseña, mirando la pantalla con el ceño fruncido.

—Me alegro.

Su risa suena chillona.

—Menos mal. Ahora mismo no tengo dinero para reemplazar a ninguno de los dos.

Abro mi coche y busco mi bolsa en el maletero. Está llena de los bates que he estado usando, mi guante y un par de cosas más, pero lo saco todo.

—Siento lo de la ropa y los libros de texto.

Mia vuelve a morderse el pulgar.

—Gracias.

Nos lleva un par de viajes, pero conseguimos trasladar todas sus cosas de la habitación inundada al asiento trasero de su coche. Algunas prendas solo necesitan un buen lavado, pero Mia tira la chaqueta y el par de botas altas de ante que sé que adora. El agua ha estropeado algunos libros de texto, lo que debe de doler. Los libros que yo necesito para la carrera de Historia también suponen un gasto considerable. Sin embargo, sé que sería un error ofrecerme a reemplazarlos. Me echaría la bronca y ahora que estoy con ella otra vez, aunque sea por poco tiempo, no quiero desperdiciarlo.

Prácticamente puedo oír la voz de Cooper. «¿Encoñado por una chica que no te da ni la hora?».

No puedo evitar preocuparme mientras la miro. Tiene ojeras y una expresión tensa. Se merece un buen lugar en el que quedarse este verano mientras se concentra en su investigación y, al menos de momento, no lo tiene. La veo cerrar la puerta del coche y pasarse la mano, con la uña del pulgar mordida, por el pelo mojado.

Me entran unas ganas absurdas de invitarla a quedarse en mi casa, pero las reprimo con la misma rapidez. Ella tampoco querría esa ayuda y, de todas formas, yo no puedo dársela. No invitas a una chica a vivir contigo mientras estás intentando olvidarte de ella. Es como decidir dejar de fumar y salir corriendo a comprar un nuevo vapeador.

Mantengo la mirada fija en la furgoneta de mantenimiento que entra en el aparcamiento. Al personal le va a costar mucho deshacerse del agua, y aún más arreglar las tuberías y los techos. Echamos un vistazo al cuarto de baño contiguo a la habitación de Mia y, como cabía esperar, también se había inundado.

—No sabía si volvería a ver tu ropa interior, Di Angelo.

—Cállate —dice, pero me dedica una pequeña sonrisa.

Casi levanto el brazo en señal de victoria.

—Sebastian —empieza, suspirando mientras se apoya en el coche—. Yo… te agradezco tu ayuda. Gracias.

—No hay de qué. ¿Seguro que estás bien?

—Supongo que me pasaré por el Departamento de Alojamiento Estudiantil. Preguntaré si tienen otra habitación a la que pueda mudarme.

Asiento, protegiéndome los ojos del sol de la tarde. Desde este ángulo, la luz del sol parece un halo, que resalta las tonalidades claras de su cabello. El agua ha hecho que se le ricen las puntas y me viene a la mente un recuerdo. Los dos, duchándonos juntos en mi casa después de una de nuestras raras salidas. El olor de mi champú en su pelo, viéndola maquillarse en el baño. La abracé por detrás y ella soltó una risita, una risita sincera, cuando le besé el cuello.

¡A la mierda!

No puedo volver a pasar por eso, pero a pesar de lo sucedido, soy su amigo, y los amigos se ayudan entre sí. Aunque el amigo en cuestión sea más arisco que un cactus y no te haya hablado desde hace más de un mes.

—Si no pueden alojarte en otro sitio, ven a quedarte conmigo.

Ella parpadea. Una vez. Dos veces.

—No.

—Ahora mismo estoy yo solo en casa. La gata y yo. Podrías quedarte en la habitación de Izzy. Tiene su propio baño.

Cruza los brazos sobre el pecho, dejándome ver su ombligo.

—No puedo.

—¿No puedes o no quieres?

Ella sonríe, enmascarando lo que sea que esté pasando dentro de su brillante cabeza.

—Sabes que no sería una buena idea.

—Somos amigos.

Mia ladea la cabeza.

—¿Lo somos?

«Disfruta viéndome marchar, Callahan».

Sea cual sea la conexión que hayamos podido compartir, ella ya no quiere explorarla. Puede que no me guste nada, pero no puedo obligarla a estar conmigo, aunque sienta la necesidad de estrecharla entre mis brazos y besarla como si fuera un dolor físico.

—Nos vemos —dice al fin—. Suerte en tu partido de mañana.

La veo entrar en su coche y salir del aparcamiento.

A pesar de su pregunta (¿lo somos, lo somos, lo somos?), tengo que morderme el interior de la mejilla para no sonreír. Sabe que mañana tengo partido. Está prestando atención, al menos a cierto nivel.

«¿Lo somos?».

Más nos vale.

Regina me manda un mensaje preguntando adónde he ido.

Luego envía una foto. No hay ni rastro por ningún lado del vestido naranja.

Sin embargo, me subo al coche.

8
Mia

2 de abril

—¿Te importa?

Sebastian no levanta la cabeza de mis tetas. A pesar de que terminamos hace un par de minutos, seguimos entrelazados. Tengo la mitad de su polla dentro de mí y su boca, en mis sensibles pechos. Deslizo las uñas por su cabello y gimo cuando me chupa un pezón.

—¿El qué? —dice.

Contengo una oleada de vergüenza. Al fin y al cabo, no hay nada de lo que avergonzarse, ya que es una parte de mí que no puedo cambiar y que, además, no quiero cambiar. No importa lo que piense mi familia.

—Que sea bisexual.

Entonces él levanta la vista.

—¿Por qué debería importarme?

Me aparto. Estamos en mi habitación (Penny está otra vez con Cooper; han ido al partido de los Rangers con sus padres) y mi cuerpo protesta por abandonar la cálida burbuja, por abandonarlo a él. Me rodeo las piernas con los brazos y apoyo la barbilla en las rodillas.

Me dije que esto no me afectaría. Es una pregunta justa que hacer al chico con el que me acuesto en exclusiva desde hace meses.

—La gente asume muchas cosas negativas sobre mí por eso. Mis padres apenas lo entienden. Intento no hablar del tema con ellos.

Él también se incorpora, tan desinhibido con su cuerpo como siempre. La medalla de plata que me dijo que era de su padre brilla a la luz de la luna, resaltada por los oscuros trazos del tatuaje sobre su corazón.

—Es parte de ti. Parte de lo que te hace ser Mia. Me gustas, Mia. Cada parte.

—Pero la gente…

—La gente es gilipollas y bifóbica —me interrumpe. Alarga la mano y me roza la mejilla con los nudillos—. No me importan un montón de estereotipos que, de todas formas, no significan nada. Lo único que me importa es que te gusto.

Suelto una pequeña carcajada.

—Sí que me gustas.

—Entonces ven a cenar conmigo.

Me paralizo. Las palabras calan lentamente. Debe de notar que se me agarrota el cuerpo, porque aparta la mano y pone un poco de distancia entre nosotros.

—Al Vesuvio's —dice. Se ríe un poco mientras se frota la nuca. Tiene el pelo más largo. Aunque es jugador de béisbol, me recuerda a un surfista. Dorado de la cabeza a los pies—. Por fin podríamos tener una cita en condiciones.

El Vesuvio's es el restaurante más bonito de Moorbridge. Cuando mis padres me dejaron en McKee en mi primer semestre, fuimos a cenar allí para celebrarlo. Me imaginé que la próxima vez que fuera, sería para mi cena de graduación. Puede que mi padre ya tuviera una reserva hecha. Pero ¿ir allí en una cita? ¿Con Sebastian?

Qué fácil sería ceder. Pero hacerlo significaría ponerle una etiqueta a esto y daría lugar a expectativas que no podré cumplir.

Trago saliva, buscando otra cosa en la que concentrarme. Cualquier cosa menos sus penetrantes ojos verdes.

—No puedo.

—¿No puedes?

—Todavía…, no.

Me mira. Me pregunto si tal vez se va a ir, si lo he echado antes de tiempo, pero entonces sacude ligeramente la cabeza.

—Vale —dice—. Esperaremos un poco más.

Me besa y yo le devuelvo el beso.

Y siento una extraña desazón en mi corazón.

9
Mia

Cuando cae la noche, termino en el Red’s. Llevo mi carné falso en la cartera, pero casi nunca me lo piden. Es uno de esos locales que aprovecha el hecho de ser un bar universitario.

Necesito desesperadamente una copa. Ese es el primer objetivo de la noche.

Después de que Sebastian me ayudara a cargar mis cosas en el coche, me fui directa a la oficina de vivienda y les expliqué la situación. La respuesta, hablando en plata, fue una mierda. Hasta que reorganicen las cosas, estoy jodida. Me recomendaron que me quedara en un motel, cosa que no puedo permitirme, o que me quedara en casa de un amigo. Luego, en la lavandería, la mitad de mi ropa encogió en la secadora. No tenía planeado renovar mi armario este verano, pero entre eso y la ropa que se estropeó con la inundación, apenas tengo ropa interior para pasar la semana.

Al menos mi portátil no ha sufrido daños. Lo necesito para trabajar en el código para la profesora Santoro, a no ser que quiera pasarme cada momento en el laboratorio. Y puede que haya perdido mi par de botas favoritas, pero aún conservo mi dignidad.

Esta noche no hay demasiada gente, ya que la mayoría de los estudiantes se ha ido a pasar el verano. Durante el semestre, los sábados por la noche la cola llega hasta la puerta. Los habitantes de Moorbridge también se reúnen aquí, así que no está vacío, sino tranquilo. En una televisión tienen puesto el partido de los Mets y en el otro, el de los Yankees. En la tercera hay un partido de *hockey*.

Antes de que Penny empezara a salir con Cooper, no me importaba una mierda el *hockey*. Para ser sincera, todavía me confunde. El fútbol también me confunde, aunque mi padre y mi hermano son grandes fans de los Eagles.

A mi abuelo le gustaba el béisbol, así que veía bastante a los Mets cuando era

más joven, y jugué al sóftbol en secundaria y bachillerato. Me siento en la barra frente al televisor y pido una cerveza.

Segundo objetivo: encontrar a alguien que me lleve a casa a pasar la noche.

Mientras conducía antes, sopesé mis opciones. Podría pedirles a mis padres que me pagaran un motel, pero eso abriría la puerta a conversaciones que no me interesa tener ahora mismo. En lo que a «amigos» se refiere, como dicen en el Departamento de Alojamiento Estudiantil de la Universidad McKee, Erin fue la primera persona en la que pensé, pero en realidad no somos amigas. Aún no estoy tan desesperada como para preguntarle a la profesora Santoro si tiene una habitación libre. Podría llamar a Penny y preguntarle si puedo quedarme con su padre, pero su novia acaba de mudarse, y de todas formas, está haciendo un gran viaje romántico en coche con su novio. Sebastian no es una opción, aunque esté solo en una bonita casa con aire acondicionado central y una gata mimosa que resulta que es de mi mejor amiga. Prefiero caminar descalza sobre cristales rotos que enfrentarme a la tentación cuando ni puedo tenerlo ni lo merezco.

Así que mi mejor opción es un extraño.

Puede que esté viviendo temporalmente en mi coche, pero he conseguido arreglarme en el minúsculo y mohoso baño de la lavandería, así que, mientras entre por la puerta alguien razonablemente atractivo y soltero, estaré bien. No suelo ponerme este vestido rosa de flores, ya que es demasiado llamativo para mi gusto, pero así me aseguro de que todo el que entre por la puerta se fije en mí. Aunque la persona en cuestión sea pésima en la cama, seguirá siendo una cama. Es mejor que dormir en mi coche en el aparcamiento de la residencia y esperar que la seguridad del campus no se dé cuenta.

—¿Fan de los Mets?

Un hombre, probablemente de unos veintitantos, se sienta en la silla contigua a la mía. Hace un gesto al camarero.

—Tomaré lo mismo que ella, y ponle otra.

Me obligo a sonreír. No es poco atractivo, solo corriente. Barba, pelo castaño rizado, que se le riza sobre el cuello de la camisa, dientes blancos y rectos. Su tez blanca está empezando a ponerse morena. Si sabe dónde está el clítoris, lo tomaré como una victoria.

—Gracias.

—No hay de qué, cielo. —Inclina su cuerpo hacia el mío. Debe de venir del trabajo, porque lleva un traje azul marino con una camisa blanca. Miro su mano, que tamborilea sobre la barra, y casi me pongo a bailar al no ver una alianza—. ¿Vienes por el partido o por la bebida?

Doy un largo trago a la cerveza. La espuma quema bajando. No es mi bebida preferida, pero no quería empezar con algo más fuerte cuando se supone que tengo que ligarme a alguien.

—¿No pueden ser las dos cosas?

Choca su cerveza contra la mía.

—Una mujer como a mí me gusta.

—¿Vienes del trabajo?

Él asiente y deja la cerveza después de beber un trago.

—Finanzas, en la ciudad. Tenía que salir de Manhattan, ¿sabes? No me importa el trayecto si al final del día tengo algo de tranquilidad.

Finanzas. Si no está mintiendo para impresionarme, y no lo creo, dada la calidad del traje, debe de tener una bonita casa. Me recojo el pelo detrás de la oreja e inclino el cuello hacia un lado. Elegí un collar lo bastante largo como para que el colgante, una simple barrita de oro, se asiente en el hueco entre mis pechos, y por la forma en que lo mira, veo que le gusta. Se acerca un poco más, con una mirada ardiente.

Finjo que estoy sopesando sus palabras.

—Lo entiendo. A mí también me gusta la tranquilidad. Soy estudiante de posgrado en la universidad.

—¿Qué estudias? Aunque no necesitas hacer mucho más que lucir ese cuerpo. —Me pone la mano en el muslo.

Casi me atraganto con mi siguiente trago de cerveza. Convierto mi sorpresa en una sonrisa.

—Química —digo.

Decidí mentir antes incluso de llegar, pero después de eso, este tío no merece saber la verdad. Que piense lo que quiera, mientras sea un buen polvo y no me haga daño.

No creo que sea ese tipo de persona, solo un poco atrevido. Ser descarado no es malo en este caso.

—Química —repite. Me agarra de forma un poco más intencionada, empujando la tela de mi vestido como si quisiera subírmelo para verme las bragas.

—¿Soy solo yo, o estoy sintiendo un poco de química en este momento?

¡Vaya! ¿Sí? ¿No?

Da igual. Una cama es una cama.

Me arrimo a él y dejo que mi aliento le roce la oreja. Siento que se estremece.

—No lo sé —murmuro—. Tendría que llevar a cabo un experimento más exhaustivo.

—Aquí estás, cariño —dice una voz—. Siento llegar tarde.

10
Mia

Me echo hacia atrás…, y me encuentro frente a los ojos verde esmeralda de Sebastian.

Él baja la mirada y hace una mueca de desagrado al ver dónde tiene la mano el tipo. Se coloca entre los dos, le aparta la mano de mi muslo y le da unas palmaditas en el brazo, en un gesto casi de consuelo.

—Gracias por hacerle compañía a mi chica, tío.

Frunzo el ceño, esperando que oiga la malicia impresa en cada una de mis sílabas.

—¿Qué cojones te crees que haces?

El tipo levanta las manos, sin saber si centrarse en mí o en Sebastian. Se humedece los labios y me lanza una mirada acusadora.

Sebastian tiene una expresión pétrea en la cara, como si de verdad acabara de descubrir a un tipo que está a punto de manosear a su chica. Ojalá pudiera darle una patada. Dada mi posición, me caería del taburete si lo intentara. La indignación me recorre como un reguero de pólvora. ¿Cómo se atreve a meterse en esto?

—No sabía que tuviera dueño. Lo juro.

Sebastian ladea la cabeza.

—Interesante. ¿Eso convierte a las mujeres en una propiedad?

—¿Qué? No, yo solo…

—Ella es dueña de sí misma. —Se encoge de hombros, aún despreocupado, aunque algo oscuro hierve en su mirada, como si deseara golpear la cabeza del tipo contra la barra del bar—. Así que tenlo en cuenta la próxima vez que abras tu asquerosa boca.

—Te juro que no lo sabía. Ella fue la que se me insinuó. —Me señala a mí y el

interés que perduraba en su expresión se desvanece para dar paso al desprecio—. Si yo fuera tú, estaría más preocupado por la zorra de tu…

Sebastian arroja un billete de veinte sobre la barra.

—Largo.

—Yo no…

—Adiós. —Mueve la cabeza en dirección a la puerta—. Vete a que te chupen tu patética polla a otro sitio.

El tipo mira a su alrededor, pero todo el mundo nos ignora de forma intencionada. Incluso el camarero está dejando que la situación fluya, al menos de momento.

—No puedes echarme sin más —protesta—. Esto es una gilipollez.

—Claro que puedo. —Sebastian se arrima tanto que puedo oler su colonia. Contrae ligeramente los músculos, mostrando esa poderosa fuerza que es fácil de olvidar cuando se trata de él—. Puedes irte por las buenas o puedo hacer que te duela primero, tú eliges.

El tipo se escabulle del taburete y sale del bar.

Tan pronto como se ha ido, me giro sobre Sebastian.

—¿Qué coño ha sido eso?

—¿Que qué coño ha sido eso? —Se ríe con incredulidad—. ¿Qué estabas haciendo, Mia?

—No es asunto tuyo.

Sebastian hace una mueca.

—No puedo creer que esta fuera tu gran solución.

Doy un paso más hacia él. Con estos tacones, casi tenemos la misma altura, pero él aún me saca unos centímetros. Y tiene músculos suficientes para lanzarme sin esfuerzo, algo que mi cuerpo recuerda con demasiada facilidad.

—¿Qué solución, Sebastian? Sé concreto.

—Veamos —dice, extendiendo la mano y enumerando las razones con los dedos mientras habla. Su voz es lo suficientemente baja como para que nadie más que yo pueda oírle, pero la fuerza de su contundencia es muy clara—. La universidad envió un correo electrónico hace dos horas diciendo que están reorganizando la residencia después de que se produjera una inundación en una

de las residencias abiertas a los estudiantes de verano. Si tuvieras un sitio donde quedarte, estarías trasladando tus cosas, no aquí. Estás bebiendo cerveza, pero prefieres el *bourbon*. Llevas un vestido rosa, y odias el rosa. Estabas coqueteando con un auténtico pringado, dejando que te tocara cuando detestas que los desconocidos te toquen. —Ladea la cabeza—. ¿Quieres que siga?

Noto que me pongo roja, pero mantengo la cabeza en alto.

—Eso no es lo que era.

—No quieres quedarte conmigo, vale. Pues llama al padre de Penny. No te tires a un desconocido solo por tener una cama.

—A lo mejor me gustaba.

Él se ríe brevemente.

—Sé lo que te gusta, bonita, y no es eso.

Cruzo los brazos sobre el pecho. No soy de llorar, pero puedo sentir que la emoción se abre paso dentro de mí, fruto de un día lleno de estrés, y tengo que tragar saliva.

—Tú ya no tienes ni idea de lo que me gusta.

Sebastian deja otros veinte sobre la barra, recordándome una vez más ese privilegio especial que supone ser un Callahan; la riqueza. La familia está forrada, y tanto él como sus hermanos cuentan con un fondo fiduciario. Mientras que yo tengo una cantidad justa de dinero ahorrado y pienso tocarlo lo menos posible este verano.

—Venga —dice—. Nos vamos a casa.

Me agarra del codo, pero me zafo de un tirón.

—Estoy bien. Tengo dónde quedarme.

—Somos amigos. —Una expresión dolida surca su rostro, como un rayo que precede a una tormenta de verano—. No me mientas.

Erin. Ella me dejará que pase la noche en su casa.

—No te miento.

—No pienso dejar que duermas en tu puto coche.

—¿Que no piensas dejarme? Tú no eres mi padre. —Resoplo—. Tampoco eres mi puto novio.

No muerde el anzuelo. Se limita a sacudir la cabeza, tranquilo como siempre.

—Hablaremos de esto en casa.

—No.

—Pues fuera del bar.

Miro a mi alrededor. Sus compañeros de equipo están repartidos en dos de los reservados de cuero rojo, riendo mientras se toman unas cervezas. Deben de haber entrado mientras yo estaba concentrada en mi posible ligue y Sebastian ha visto lo que pasaba.

—¿Es que tienes miedo de que te oigan?

Su expresión se suaviza un poco.

—No pienso contarle a todo el mundo tus cosas. Yo no te haría eso.

Dejo que me lleve fuera.

Se apoya en la pared de ladrillo del bar y la preocupación que irradia es como un letrero luminoso. Busco mi móvil en el bolso. Una noche con Erin y puede que mañana me arme de valor para preguntarle a Penny si puede hablar con su padre. No es que su padre no me caiga bien, es un buen hombre, pero no quería imponerme, dar por sentado que soy lo bastante amiga de Penny como para pedirle ese tipo de favor. Es la primera amiga de verdad que he tenido en años y no quiero hacer nada que lo estropee.

—Ven a la casa conmigo —dice Sebastian—. Nadie tiene por qué enterarse a menos que tú quieras. Puedes dormir en el monstruoso dormitorio rosa de Izzy y te prometo que no te molestaré. Mañana tengo partido, así que me iré temprano.

El semestre pasado entablé cierta amistad con Izzy y ya he estado en su habitación. Su cama es muy cómoda, aunque muy rosa. Apenas pegué ojo anoche en ese mal ventilado dormitorio y la idea de quedarme frita entre todos esos cojines de seda es más que tentadora.

Si no fuera porque el dormitorio de Sebastian está al lado.

—No puedo pagarte nada —digo.

—No quiero tu dinero.

Sacudo la cabeza.

—Y no puedo aprovecharme de ti así.

—No te estás aprovechando. —Se inclina hacia mí y por la forma en que levanta la mano antes de meterla en el bolsillo, apostaría los veinte dólares que

acaba de dejar en la barra a que una parte de él quiere abrazarme. Casi había conseguido olvidarme de su propensión al contacto físico. Debería irme pitando, ponerme a salvo, pero no me atrevo a moverme. Está tan cerca que siento su aliento en mi oreja—. Pero si te hace sentir mejor, no te quedarías gratis. Necesito que me digas una cosa.

Deseo que mi voz suene firme.

—¿El qué?

Se aparta lo suficiente para que nuestras miradas se crucen. Me pregunto si su expresión es igual de penetrante cuando está en la caja de bateo. El sol se ha escondido tras el horizonte, así que su cara está en parte bañada por la luz de la farola, dejando un ojo velado y el otro iluminado. Es muy guapo. Prácticamente bruñido en oro. Su cercanía me acelera el corazón. Mi cuerpo se tensa de forma traicionera, caldeando lugares que son demasiado difíciles de ignorar.

—Por qué accediste a tener una cita conmigo y luego me dejaste plantado.

11

Sebastian

Unas cuatro horas después de darle las buenas noches a Mia, sigo en vela y con la vista clavada en el techo, viendo a una araña avanzar por la ligeramente rugosa superficie. Cooper sería incapaz de conciliar el sueño si la viera y encontraría la forma de atraparla y echarla a la calle de inmediato. A mí no me importa dejar que se quede conmigo. Hace que la noche sea un poco menos solitaria.

Debería haber sabido que no podría pegar ojo si traía a Mia a casa. A veces me resulta fácil conciliar el sueño, pero con demasiada frecuencia mi mente se niega a relajarse. Solía pensar que era por las pesadillas, pues las temía y le suplicaba a mi mente que no sucumbiera a ellas y acabara despertando con un grito en la garganta. Pero ahora no estoy tan seguro. Tal vez sea algo químico.

En cualquier caso, estoy completamente despierto, con la única compañía de una araña. Mandarina está en la habitación de Izzy; salió corriendo detrás de Mia en cuanto se fue a acostar.

Ella está al final del pasillo, a salvo y profundamente dormida, y eso debería reconfortarme, pero mi mente no ha dejado de dar vueltas desde que la vi con ese capullo en el bar.

Como es lógico, sé que puede hacer lo que quiera. No estamos saliendo, y en realidad nunca lo hemos hecho.

¿En ese momento?

Tuve que contenerme para no partirle la cara de un puñetazo.

El recuerdo de su mano en el muslo de ella, agarrando la tela, me atormenta. Actuaba como si se hubiera ganado el derecho a ser posesivo con ella. El lenguaje corporal de Mia parecía forzado. Se estaba poniendo en una situación en la que, en el peor de los casos, podría haber acabado herida o, en el mejor, se

habría sentido fatal al día siguiente. Y todo porque fue incapaz de tragarse su orgullo y mandarme un mensaje para preguntarme por la habitación.

¿Fui para ella una fase pasajera que no desea repetir? ¿Significó algo para ella?

Sé que sí. Sé que la forma en que la follaba no era lo único que le gustaba. Algo cambió en el último momento y no tengo ni idea de qué fue.

El sueño no llega. Esta noche me elude. Me levanto de la cama y voy al baño. Me lavo la cara con agua fría, aunque no es que necesite despertarme.

Esta noche, cuando le he dicho cuál era mi precio (porque Mia necesitaba un precio o no consentiría venir a casa conmigo, por mucho que eso fuera lo más sensato) ha sonreído. Si tuviera que catalogar sus sonrisas, la pondría en la categoría de «máscara». La audacia la sorprendió y trató de disimularlo fingiendo que no le afectaba.

—¿Sigues pensando en aquel día? —me dijo.

—Sé que tú también.

No volvió a intentar mentir. Solo asintió una vez, como si pensara que lo que le estaba pidiendo fuera justo, y dijo que se reuniría conmigo en casa.

Me seco la cara con una toalla de manos, clavándome los dientes en el labio.

Hay una razón por la que aceptó la cita y luego salió huyendo. Algo más profundo que la vergüenza de que Cooper irrumpiera en mi habitación y nos pillara a los dos a medio vestir. Algo que le hizo echarse el pelo por encima del hombro y decir: «Disfruta viéndome marchar, Callahan», como si intentara salir de la vida de todos nosotros a la vez.

Cuando llegamos a la casa, cerré la puerta y me volví hacia ella. Mia echó un vistazo al salón (a fin de cuentas, no había vuelto a la casa desde aquella mañana), y algo surcó su rostro mientras cogía a Mandi y la estrechaba contra sí. Mandarina parecía encantada con la situación. Tal vez reconocía algo de Penny en su amiga.

—Dímelo —insistí—. Por favor, Mia.

Acarició a Mandi entre las orejas.

—No se te da muy bien negociar.

—¿Qué?

—He dicho que te lo diría, pero no cuándo. Puede que te lo diga dentro de un mes. O dentro de un año. O de diez.

Di un paso más.

—Mia…

—Esta noche no, Sebastian.

Su voz cansada, y que me llamara por mi nombre y no mi apellido adoptivo, hizo que desistiera de golpe. La miré mientras entraba en la habitación de mi hermana y no intenté llamar a la puerta.

No sé cómo, pero aquel día la cagué. Hice algo que la hizo dudar de salir conmigo. Incluso sobre dejarme estar en su vida. Tan pronto como descubra qué fue, pienso disculparme todo el tiempo que sea necesario para recuperar su confianza.

Me presiono los ojos con las manos hasta que veo estrellas y salgo del baño en silencio. Veo luz bajo la puerta de mi hermana.

Mia no duerme con la luz encendida, así que debe estar despierta.

Podría llamar a la puerta. Podría rogarle que me dijera la razón por la que huyó. Pero dudo que obtuviera respuesta esta noche, y no quiero discutir.

Normalmente, cuando no puedo dormir, me pongo a cocinar, pero no quiero que Mia se entere y venga a investigar, así que opto por salir a correr en su lugar. Dormiré unas horas por la mañana antes de ir a las instalaciones para el calentamiento y el partido. Mientras llegue a tiempo y rinda razonablemente bien, nadie sospechará nada, y así tengo que seguir durante el resto de la temporada. Me guste o no, a mediados de verano estaré negociando mi primer contrato profesional.

Salgo de casa por la puerta de atrás y emprendo una ruta conocida por las estrechas aceras del céntrico barrio residencial de Moorbridge. No escucho música, sino que me concentro en mi respiración, en el golpeteo de las suelas de mis zapatillas contra el pavimento. Aparte de alguna que otra farola, no hay mucha luz. Acelero, casi esprinto por las tranquilas calles, asustando a un gato y haciendo que alguna otra criatura se mueva bajo un arbusto.

Sobre mi cabeza, las estrellas. La luna creciente.

Mia conocería estas constelaciones.

¡Pum!

Dijo que iría a cenar conmigo.

¡Pum!

Pensé que yo le gustaba.

¡Pum!

Ella me gustaba.

¡Pum!

Podía imaginarme enamorándome de ella.

¡Pum!

Ella se fue.

Tomo una curva cerrada. Algo me hace resbalar, tal vez hojas o basura, y acabo en el suelo, de espaldas. Las lágrimas me escuecen en los ojos mientras resuello, buscando entre los árboles un atisbo de luna. Me quedo ahí hasta que oigo acercarse un coche y entonces me levanto de un salto. Me apoyo en un árbol mientras recupero el aliento, rascando la áspera corteza con los dedos y casi espero tener que sacarme algunas astillas de debajo de las uñas. Aprieto el hombro magullado contra el árbol, apoyando en él todo mi peso, y disfruto de mi gemido de dolor.

Quizá sí la amaba. No de un modo consciente, ni absoluto, ni de la forma en que mis hermanos les han entregado el corazón a sus parejas, pero casi, casi. Tal vez confundí su forma de tocarme, de besarme, con afecto sincero, cuando no era más que otra máscara.

No es lo mismo, porque ya nada volverá a ser igual a aquella noche lluviosa; nada puede compararse al horror de quedarme completamente solo en el mundo de manera inesperada. Pero yo la tenía a ella, y ella me dejó.

Ocurrió la segunda cosa peor, como siempre acaba pasando.

Puede que Mia esté en mi casa, durmiendo en la habitación de al lado, pero no es mía. Nunca lo fue y nunca lo será.

Y si no encuentro el modo de ganarme su amistad, no formará parte de mi vida.

12
Mia

Me despierto a la mañana siguiente con la boca llena de pelo de gato.

Mandarina está roncando plácidamente sobre mi cara y no protesta cuando la muevo. Si no fuera tan mona, sospecharía que ha intentado matarme por asfixia. Me quito un pelo naranja de la lengua. Necesito agua. Un café. Uno de esos dispositivos de borrado de memoria de *Hombres de negro*.

¿Por qué coño acepté pasar la noche en casa de Sebastian?

Por desesperación, es verdad.

Duele estar aquí. Cada rincón de la habitación de Izzy está llena de recuerdos del pasado. Me preparé para la fiesta de cumpleaños de Cooper en ese baño, ayudé a Izzy a peinar a Penny, y la mirada que me echó Sebastian cuando nos encontramos en la cocina…, en fin, casi me hizo soltar la bandeja de magdalenas que llevaba en la mano.

También hizo que bailara tanto con Julio, porque me aterrorizaba que la gente nos viera y atara cabos. Nadie nos vio, y acabé dejándole entrar en mi habitación después de la fiesta. A la mañana siguiente me dolía el cuerpo de un modo muy agradable. Me folló contra la puerta y luego otra vez en la cama, abrazándome tan fuerte que me sentí envuelta por su fuerza. Segura. Le mordí el hombro y él se rio y me dijo que lo hiciera otra vez, con más ganas.

Me froto la cara con las manos, deseando que mi mente borre el recuerdo.

Necesito centrarme en el presente.

Agua. Café.

Primero debería orinar y peinarme.

Cuando salgo del baño, que todavía está lleno de los muchos productos de belleza de Izzy (supongo que cuando eres Izzy Callahan, no tienes problemas para comprar otro envase de sus caros productos para la piel mientras pasa el

verano en Manhattan) y me visto, ya me siento mejor. Da igual de qué forma sucediera, el caso es que necesitaba una buena noche de sueño, y lo he conseguido, al menos en parte. En cuanto tenga una dosis de cafeína en la mano, podré revisar el código que Alice me envió. Quizá tenga suerte y el Departamento de Alojamiento Estudiantil me llame pronto.

Me hago un moño, me pongo el portátil bajo el brazo y cojo a Mandi antes de salir al pasillo a hurtadillas.

Despejado.

Respiro hondo. Probablemente esté desayunando.

Sin embargo, cuando bajo las escaleras, es evidente que estoy sola. La casa está en silencio, bañada por la luz de la mañana y limpia como una patena. Incluso ha doblado la manta sobre el respaldo del sofá de forma impecable. Me asomo por las cortinas y veo que su coche no está en la entrada. No bromeaba con lo de madrugar.

En la cocina, dejo a Mandarina en el suelo. Va directa a su cuenco de comida y engulle el desayuno que le han dejado.

Es mejor que esté sola. Quizá pueda trasladar mis cosas a una nueva habitación antes de tener que verlo. Y entonces podré trabajar en mi proyecto secundario de verano; «Olvidar a Sebastian Miller-Callahan». OASMC. A la NASA le encantan sus siglas. Se me ocurrió anoche mientras me dormía, haciendo todo lo posible por olvidar que él estaba justo al lado.

A partir de ahora, el Proyecto OASMC está oficialmente en marcha.

Pero… hay una nota en la encimera de la cocina.

Cómo no iba a dejar una nota. No puedo evitar que se me dibuje una sonrisita en la cara al ver esa letra desordenada, pero al final vuelvo a fruncir el ceño.

Oye, Di Angelo:

Estoy en el campo de entrenamiento. Hay cápsulas de Nespresso en el armario encima de la cafetera y la leche de avena que te gusta está en la nevera. He preparado avena con

manzana y almendras, que también está en la nevera. No olvides la canela.

S

P.D.: Si quieres venir al partido, pregunta por Billy. Dejaré una entrada bajo el nombre de Capitán Kirk.

P.D. 2: Somos amigos.

Doblo la nota en un minúsculo cuadrado y la dejo con cuidado en la encimera. Esto es bueno para el Proyecto OASMC. Nada consigue que salga corriendo en dirección contraria más rápido que el que me digan lo que tengo que hacer. Al menos fuera del dormitorio. Puede que diga que somos amigos, pero yo sé que no es así. Nunca podría ser solo su amiga y él se merece algo mejor que yo. Es tan simple como una ecuación matemática o una línea de código. Con un poco de suerte, orbitaremos el uno alrededor del otro durante años sin cruzarnos nunca, por el bien de Penny y de Cooper, y un día lo veré con otra chica. Ella será perfecta para él y yo sonreiré y diré que hacen una bonita pareja. Se convertirá en la mejor amiga de Penny, y cuando vea fotos de ellos en cualquiera que sea la próxima versión de Facebook, seguiré sonriendo.

Necesito esa taza de café más que respirar.

Mientras la cafetera se pone en marcha, caliento los copos de avena en el microondas, añadiendo canela por encima, y abro el portátil.

Necesito trabajar, no pensar. No darle vueltas a todo, o lo que sea que mi mente quiera hacer.

Sin embargo, después de echar un vistazo de forma distraída al código durante cinco segundos, no puedo evitar sacar el móvil.

Hago una mueca al ver el hilo de mensajes abandonados que compartí con Sebastian. No me ha enviado mensajes últimamente, pero hay una cadena entera que dejé sin contestar. No me atrevía a escribir una respuesta, no cuando significaba tener que enfrentarme a lo mal que me porté con él.

4 de abril

SEBASTIAN

Mia, hablemos de hoy.

A Cooper y Penny en realidad no les importa que estemos juntos.

Hablemos. Por favor.

9 de abril

Me preocupo por ti, Mia. Como amigo, si eso es ya lo único que quieres.

Háblame.

13 de abril

Estoy esperando, si quieres venir.

Supongo que no querías venir.

20 de abril

Vale, Di Angelo. Exclúyeme a mí, pero no excluyas a Penny.

Trago saliva, sintiendo que el rubor se extiende de mis mejillas al cuello. Fue doloroso verle escribirme mientras yo ignoraba cada uno de sus mensajes. Pero no quería darle pie a nada. Fue por su propio bien. Cuanto antes me odiara y se olvidara de mí, antes podría empezar a enamorarse de una chica que de verdad lo mereciera.

Pero ahora me ofrece esta… esta amabilidad. Me ha acogido en su casa gratis (bueno, salvo por lo que le prometí que le contaría, si algún día reúno el valor) y me ha preparado el desayuno. Tiene todo el derecho a odiarme, pero ha dicho que somos amigos. Voy al final del hilo, después de su último mensaje, y respondo antes de que pueda pensarlo mejor.

Gracias.

Por el desayuno. Por dejar que me quede a dormir.

SEBASTIAN

De nada, Di Angelo.

Pero no puedo ir al partido más tarde. Tengo trabajo.

Está bien. Asegúrate de que Mandi tiene agua antes de irte, ¿vale? También hay golosinas para gatos en el cajón junto al fregadero.

Me escuecen los ojos cuando respondo. Puede que sea porque estoy sola. O porque el verano me tiene ya agotada, y eso que solo llevamos tres días.

Esta noche no tengo que trabajar, pero tampoco quiero verle, no cuando mi cuerpo me suplica que le pida cosas que no merezco ni he merecido jamás. Solo volvería a enredar las cosas y hacerle daño otra vez.

Que prepare gachas de avena para otra. Que deje entradas en la taquilla con apodos bonitos para otra chica.

Claro, eso está hecho.

Varias horas después, me he trasladado al sofá, arropada con la manta, y Mandi está calentita junto a mi portátil. Después de ceder a trabajar en casa de Sebastian (pensé en salir, pero la tranquilidad y el grato frescor de la casa eran demasiado tentadores como para resistirse), me he ido haciendo poco a poco una especie de nido. Cargador del portátil. Agua, con mucho hielo. Mis gafas con filtro de luz azul, el cuaderno que he estado usando para tomar apuntes. *The Mindy Project* en la tele, en silencio y con subtítulos. He preguntado si alguien necesitaba ayuda con el planetario del campus más tarde, así que haré una presentación pública sobre el sistema solar. El planetario está lejos de los campos de béisbol, así que las posibilidades de toparme con Sebastian son nulas.

Trabajar así es el paraíso.

Me ruge el estómago, pero lo ignoro. Debería pedir comida a domicilio, ya que no quiero asaltar su nevera, pero eso requeriría mucho más esfuerzo que descifrar un fragmento más de código.

Mi teléfono, que descansa sobre la mesita, suena al recibir una llamada entrante. Es Izzy. Después de desayunar, le mandé un mensaje para avisarle de que había pasado la noche en su habitación. Cojo el teléfono y lo sostengo entre el hombro y la oreja mientras anoto con rapidez una idea.

—Hola, Izzy.

—¡Mia! —Debe de estar fuera, porque oigo ruido de coches y de gente—. ¿Estás bien?

—Um, sí. Estoy bien. Siento haber usado tu habitación.

—Oh, eso no me importa. Un segundo. —Se interrumpe un momento, sigue hablando, pero no capto lo que dice—. Lo siento, voy a pillar algo de comer antes de volver a la oficina. Los fines de semana no existen en el mundo de la organización de bodas. Bueno, no es una oficina en el sentido empresarial, pero mi jefa tiene una bonita *suite* en su apartamento que utiliza como oficina. Cuenta con una entrada independiente y todo. Estos edificios en el Upper East Side son muy lujosos. En fin, ¿qué estás haciendo? ¡Hace siglos que no hablo contigo! ¡Ni siquiera pude verte antes de irme fuera durante el verano!

Por fin hace una pausa. Aprovecho la oportunidad y sonrío sin poder evitarlo. Es un torbellino, pero adorable.

—Es que no quería…

—¿Estar cerca de mi hermano después de haberle dejado?

Hago una mueca.

—Sí.

—¿Ya habéis vuelto juntos?

—¿Qué? No.

En su voz se percibe claramente la decepción.

—¿Así que has pasado la noche en nuestra casa y ni siquiera te has enrollado con él?

—Me he quedado en tu habitación, Izzy. Además, nunca estuvimos…

—Oh, no me importa si te lo montas en mi cuarto —me interrumpe con un suspiro—. No es que yo tenga mucho movimiento allí. Ya se aseguran de eso Cooper y Sebastian.

—No parece…

—¡Ay, Dios!

—¿Qué?

—Oh, no. Qué mal. Me ha parecido ver a Alexander Skarsgård, pero solo era otro rubio buenorro. —Se aclara la garganta—. Sabes, creo que también hay uno en Moorbridge. Juega al béisbol.

Pongo los ojos en blanco, aunque ella no puede verme.

—¿No es tu hermano?

—Cuando un hombre es atractivo, te das cuenta, Mia.

Tiene razón.

—Es que…, es demasiado. Es demasiado majo.

Tararea.

—Se esfuerza mucho.

—¿Con qué?

—Con ser majo. Con ser Sebastian.

—¿Qué quieres decir?

Izzy le da las gracias a alguien.

—Ya tengo mi sándwich. Deja que me siente primero.

Casi me rechinan los dientes mientras espero a que encuentre un lugar para sentarse. Pienso en preguntarle dónde está exactamente, pero eso la distraería y, muy a mi pesar, quiero oír lo que tiene que decir. Por qué se esfuerza tanto en ser Sebastian.

—Vale —dice al fin—. Esto es impresionante. La espera ha merecido la pena.

—Izzy —empiezo—. Aunque agradezco los detalles…

—Lo sé, lo sé. Es que no ves morir a tus padres delante de ti y no estás un poco jodido, ¿no? No lo sé con certeza, porque si habla con alguien, es con Cooper, pero creo que tiene pesadillas. Es un buen chico, pero eso es porque se esfuerza mucho por ser positivo.

Se me encoge el estómago. Estoy segura de que salió anoche. Le oí en el pasillo cuando me desperté, pero me quedé en la cama. Estuve a punto de mandarle un mensaje, pero me lo pensé mejor.

Conozco la historia en líneas generales. Sus padres murieron en un accidente de coche cuando él tenía once años. Richard Callahan era el mejor amigo de su padre, así que su mujer y él lo adoptaron después del accidente. Supongo que como está tan integrado en los Callahan, nunca pensé mucho en la familia que tuvo antes. En los padres que debió amar y perder. No puedo imaginar perder a mis propios padres, por mucho que choquemos.

—Eso es horrible.

Su voz también suena suave.

—Sí. Si ya no te gusta, da igual. Pero debes haberle causado una gran impresión, porque estaba deprimido y él nunca lo está, así que… sé su amiga, ¿vale? Un amigo nunca está de más.

13
Sebastian

La mejor parte de mi rutina previa al partido es la práctica de bateo.

A pesar de mi talento en el jardín izquierdo, y de que me encanta perseguir las bolas altas e impedir que el jugador gane la base, me siento más cómodo con el bate en las manos. Siempre he tenido buen ojo para los *strikes*, y cuando solo se trata de un entrenamiento, me lanzan muchas pelotas buenas para batear. Mi padre era célebre por eso, y a lo largo de los años, todos los entrenadores de bateo con los que he trabajado han comentado que tenemos casi la misma forma de golpear la pelota. El mismo movimiento de pierna, la misma manera de manejar el bate.

Mientras Ozzy, un zurdo con una fantástica bola curva, habla con nuestro entrenador de pícheres, yo salgo de la caja de bateo. Me guardo la medalla debajo de la camiseta, me ajusto los guantes y golpeo los tacos con el extremo de mi bate. No soy supersticioso, pero sigo una rutina.

Va a ser un buen partido. Lo noto. El pícher de Bryant para esta noche es el último de su rotación. Si puedo mantener la concentración, voy a hacer algo de daño en las bases, y ojalá eso nos ayude a salir de la racha que tenemos desde hace un par de semanas.

Es probable que me concentre mejor si Mia no aparece.

Eso no me impidió dejarle una entrada a Billy, el encargado de las taquillas de los programas de béisbol y sóftbol de McKee. Una entrada para el Capitán Kirk. Espero que le parezca gracioso. Le gustan tanto las estrellas que pensé que era una apuesta segura.

Justo cuando vuelvo a la caja de bateo, el entrenador Martin me hace señas para que me acerque. Está de pie en el territorio de *foul*, con un portapapeles bajo el brazo.

—Callahan, quiero hablar contigo.

Miro a Ozzy mientras me encojo de hombros y salgo corriendo. Hunter entra en la caja de bateo en mi lugar.

Me ajusto la gorra de béisbol para protegerme del reflejo del sol.

—¿Entrenador?

Admiro al entrenador Martin desde el momento en que lo conocí. Es alguien que lleva mucho tiempo ligado al mundo del béisbol y su amor por este deporte se mantiene inquebrantable, incluso cuando la gente se pregunta si el juego de Estados Unidos es demasiado lento, demasiado aburrido o requiere demasiado tiempo. Cuando Cooper decidió que iba a jugar al *hockey* en McKee (o mejor dicho, Richard lo decidió por él y le dio a elegir entre un par de las mejores escuelas de *hockey*), la opción lógica era acompañarlo. Por suerte para nosotros, el programa de béisbol de McKee no estaba nada mal. La temporada anterior fue un desastre y también lo está siendo esta, pero no porque el entrenador Martin no lo haya intentado. A veces, en los deportes, la suerte juega un papel más importante de lo que nadie quiere reconocer. A veces, das lo mejor de ti, pero otro equipo te supera.

Se acaricia la perilla con su curtida mano, de un tono marrón oscuro, mientras me mira.

—He pensado que podríamos empezar a charlar sobre el *draft*.

El entrenador Martin nunca llegó a las ligas mayores. Jugó en el sistema de liga menor de los Dodgers antes de sufrir una lesión que puso fin a su carrera y decidió dedicarse a entrenar. Sabe lo duro que puede ser llegar a lo más alto.

Asiento, apoyándome en mi bate.

—¿Qué pasa con eso?

—Ese era el plan para hoy —dice—. Quería saber qué piensas. Pero esta mañana he recibido una llamada de *The Sportsman*.

¡Mierda! Aún no he contestado a la periodista, pero supongo que seguirá adelante con el reportaje de todas formas. Si ha llamado al entrenador, Richard y Sandra serán los siguientes en la lista. Al fin y al cabo, hicieron un reportaje sobre Richard cuando se retiró de la NFL. Recuerdo a Sandra corriendo de un lado a otro, muy estresada, mientras un equipo de decoración arreglaba toda la

casa para la sesión de fotos familiar.

—¿Y?

—Tienen la misma idea que yo, pensar en el *draft*. Por fin ha llegado la hora del hijo de Jake Miller.

—Sí, señor.

—¿Quieres que hable con ella? —Me mira con ojos serios—. Me dijo que aún no sabía nada de ti.

—Me dejó un mensaje. Yo… no sabía qué decirle.

Él asiente.

—No me cabe duda de que querrá que hables de tu padre.

A lo largo de los años, la gente ha intentado husmear, pero, por lo general, Richard y Sandra me han protegido de eso. Segmentos documentales. Conmemoraciones de los Reds y del mundo del béisbol en general. Solo concedí una única entrevista cuando era adolescente. El verano en que cumplí dieciséis años, los Reds retiraron el número de mi padre y me querían en la ceremonia. Pero, en general, todo esto me resulta ajeno. La idea de que un periodista se entrometa en esos recuerdos me da escalofríos, y eso sin contar con la pequeña duda sobre el futuro que tengo en la cabeza, más terca que una mula y que se niega a desaparecer.

No es algo que haya expresado en voz alta. Soy jugador de béisbol, fin de la historia.

—Estoy seguro, señor.

—No tengo por qué hablar con ella. Es tu decisión. Estaré encantado de alabar tu trabajo, hijo, pero entiendo que quieras pasar desapercibido. Soy tu entrenador, con o sin *draft*, y protegerte forma parte de mi trabajo.

Trago saliva porque la emoción ha hecho que se me forme un nudo en la garganta. Durante estas charlas, me recuerda a Richard, que en realidad es como un padre para mí.

Cada vez que Richard y yo hablamos de béisbol, me vienen a la memoria recuerdos ahora desdibujados, pero lo bastante vívidos como para poner de manifiesto las conversaciones que solía mantener con mi padre sobre los mismos temas. Iba a todos mis partidos que podía, a pesar de que estaba siempre de

viaje. El béisbol profesional exige mucho de un jugador. No solo el juego en sí, sino también preparación y tiempo. Es un maratón que va desde los entrenamientos de primavera hasta la postemporada, en el que cada día hay un nuevo partido, con pocos descansos.

—Gracias —consigo decir.

El entrenador me aprieta el hombro con su ancha mano.

—¿Por qué no te pones en contacto con ella y decides? —sugiere—. Puede que Richard tenga también algunas ideas.

Le dirijo una sonrisa irónica.

—Si hay algo que Richard siempre tiene, son opiniones.

El entrenador se ríe.

—Eres un buen chico, Callahan. Ve a dirigir algunos ejercicios en el jardín antes de que empecemos con el calentamiento de todo el equipo.



Por fin tengo ocasión de mirar el móvil justo antes del partido. Después de nuestra conversación de esta mañana, esperaba ver más mensajes de Mia, pero no hay nada. Por lo que sé, cuando vuelva a casa más tarde, se habrá ido y se habrá instalado en otra residencia.

Espero que no. Si quiero convencerla de que al menos seamos amigos, esta es la mejor opción. En cuanto ya no duerma al lado, quién sabe si la veré hasta el semestre de otoño.

Sin embargo, tengo un mensaje de voz de Richard. Sé más o menos lo que dice (seguro que la periodista se ha puesto en contacto con él para una entrevista), así que marco su número.

Esa voz profunda y familiar asalta mi oído.

—¿Sebastian?

Antes incluso de que se convirtiera en mi padre, ya lo consideraba una figura imponente. Cuando era pequeño, me encantaba cuando los Callahan venían de visita, no solo por ver a James y a Cooper, sino también a Richard. Los recuerdo a mi padre y a él en nuestro extenso jardín, lanzándose la pelota de fútbol americano. James tenía nueve años, lo que significaba que Cooper y yo teníamos siete, y nos turnábamos para hacer de corredor. Aquella noche, ser *quarterback* sonaba mejor que ser jardinero izquierdo. Cuando se lo dije a Richard, mi padre y él se miraron y estallaron en carcajadas, un poco achispados.

—Hola —digo—. He recibido tu mensaje.

—El partido empieza pronto, ¿verdad?

Echo un vistazo al reloj de pared colgado sobre las taquillas. La mayoría de los chicos ya están en el banquillo, calentando antes del primer lanzamiento, pero yo tengo que terminar de ponerme el uniforme.

—Tengo un momento.

—¿Has hablado ya con la reportera?

—No. —Apoyo la cabeza contra mi taquilla con un golpe sordo, mirando el «17» grabado en bronce en la parte superior del panel de madera—. No contesté al teléfono la primera vez que llamó.

—Sabes que no tienes que hablar con ella.

Asiento, aunque recuerdo que no puede verme.

—Sí, señor.

—Siempre podemos reconducirlos. Tengo cierta influencia ahí. No quiero que lo hagas si te distrae de tu juego. Sabes lo importante que es darlo todo hasta el final de la temporada.

—Lo sé.

Él suspira.

—Yo hablaría con ella para ver cuánto quiere saber. De qué manera quiere incluir a tu padre en esto. Ya eres un hombre, Sebastian. Nadie más que tú puede proteger el legado de tu padre. Conecta la cámara, que quiero verte.

Lo hago, y cuando su rostro llena la pantalla, esos ojos azules, a los que tanto se parecen los de mis hermanos, me miran con esa seriedad tan familiar. Aunque Richard Callahan lleva años retirado del fútbol, está en buena forma física, es mentalmente fuerte y capaz de fulminar a un hombre con una simple mirada. Su retiro no ha sido tanto unas vacaciones como un giro hacia los medios de comunicación y la retransmisión deportiva, y no me cabe duda de que mantiene su influencia en *The Sportsman*.

—Estaría orgulloso de ti, hijo. Estás llegando al lugar que siempre soñó para ti.

Parpadeo. Oírlo hablar con tanta franqueza de esta manera es raro. Tal vez Cooper lo ha cambiado más de lo que pensamos.

—Gracias.

Se ríe un poco y se pasa una mano por el pelo, que sigue siendo espeso, aunque ahora lo tiene plateado en las sienes.

—Al menos has salido jugador de béisbol. Uno que además de bueno, es cada vez mejor. Jake nunca me lo habría perdonado si no lo hubieras sido.

Los extremos de la habitación se desdibujan durante medio segundo mientras mi corazón late con fuerza y rapidez en mi pecho. El elogio me hace sonreír, pero no puedo ignorar la ligera sensación de pánico que también me provoca.

14
Mia

Sebastian no dijo de forma expresa que pudiera hacer lo que quisiera en la casa.

Tampoco es que dijera expresamente que no pudiera. Y cuando hablé con Izzy antes, me sugirió de todo corazón que hiciera lo siguiente: usar sus productos para el cuidado de la piel; ver lo que quisiera usando las cuentas de *streaming* compartidas de los Callahan; jugar con los videojuegos de Cooper y Sebastian; acostarme con su hermano; usar la mezcla para *brownies* que dejó en la despensa; aprovechar la mezcla para margaritas que también dejó en la despensa; leer una de las muchas novelas románticas obscenas que Penny y ella se han intercambiado; cantar en privado *Mamma Mia*, algo que ha hecho sola más de una vez, y en una rarísima ocasión, con un James Callahan muy borracho; pegarme una buena llorera con *El diario de Noa*; o, y esto lo mencionó dos veces, o puede que tres, acostarme con su hermano.

Frunzo el ceño mientras rebusco en la nevera. Prefiero pillarme un pedo a base de margaritas, una bebida tontísima, y balbucear las canciones de ABBA antes que acostarme con Sebastian. Incluso dejaría que Izzy lo grabara si así no tuviera que volver a ver su preciosísimo rostro nunca más.

Encuentro un cartón de huevos y un poco de beicon. A pesar de los múltiples intentos de mi madre, mi abuela y mis muchas tías, nunca se me ha dado bien la cocina. Carezco de la paciencia que requiere (mi madre me lo dijo hace dos Navidades, cuando estuve a punto de estropear la lubina), y al final casi todos mis intentos acaban sabiendo insípidos, y eso en el mejor de los casos. Aunque preparar unos huevos no debería ser demasiado complicado. Hasta yo sé freír un huevo y un poco de beicon.

Mi estómago gruñe con fuerza. Acabé trabajando sin parar hasta que tuve que ir al planetario y en la máquina expendedora de allí solo había patatas fritas con

sal y vinagre, así que me limité a beber agua e ignorar el dolor de estómago mientras presentaba el espectáculo. No hubo mala afluencia para ser domingo por la noche, en su mayoría era gente mayor que buscaba algo que hacer.

También he evitado pasar por el campo de béisbol. Estoy orgullosa de mí misma por eso. Con suerte, cuando Sebastian vuelva, yo ya estaré encerrada en la habitación de Izzy. Puede que incluso pruebe a leer una de las novelas románticas.

Busco una sartén, bajo la llama azul que cobra vida cuando enciendo el fogón y empiezo con el beicon.

Si leyera una de esas novelas románticas y me entraran ganas de hacer algo…, tendría que ser antes de que él llegara a casa. Echo un vistazo a mi móvil. Es probable que tenga tiempo. Necesito algo que me tranquilice. Estar en esta casa, aunque útil para mi trabajo, ha hecho que me resulte difícil sacármelo de la cabeza. Por desgracia, la inundación ha averiado mi vibrador favorito, pero me las apaño.

Estuve a punto de ir al restaurante la noche que planeó que tuviéramos la cita, a pesar de no haber hablado con él durante la semana anterior.

Me compré un vestido nuevo y todo, color verde bosque de corte cruzado que realzaba muy bien mi figura. Me maquillé y me ricé el pelo. Pero no fui capaz de dar el paso. No quería presentarme y descubrir que él no estaba. Y si estaba, no sabía si de verdad quería seguir por ese camino.

¿Qué hace la gente en una cita? ¿De qué hablan? ¿El hecho de ponerle una etiqueta no hace que todo resulte incómodo? No es lo mismo una relación que hablar con rollos casuales, así que ¿cómo podía saber siquiera que quería tener eso conmigo?

Respiro por la nariz y no huelo a delicioso beicon.

Está quemado.

¡Mierda!

—¿Mia? —dice Sebastian en el momento exacto en que suena la alarma.

El penetrante pitido me perfora el oído y hace que apriete los dientes. Me lanzo a apagar el fogón, pero rozo el lateral de la sartén con la mano. Un agudo dolor se extiende por mis nudillos.

Sebastian entra en la cocina vestido de calle, con la mochila al hombro. Maldice cuando me ve, con los ojos como platos y otra vez con cara de tonta. Aprieto los dientes con tanta fuerza que podría romperme una muela mientras él aparta la sartén al fondo de los fogones, enciende el extractor y me arrastra hasta el fregadero con expresión seria y decidida.

Abre el grifo y coloca con suavidad mi mano debajo. Casi gimo al sentir el escozor, pero consigo reprimirme.

—No la muevas de ahí —ordena. Abre la puerta de la cocina, coge una carpeta de la mesa y abanica con ella la alarma de incendios hasta que deja de sonar. Apenas hay humo, pero aun así me hace toser. El corazón me da un vuelco al oír su tono autoritario, una reacción traicionera que hace que me aferre a la encimera con la otra mano.

Primero la inundación. Ahora esto. Seguro que piensa que soy una auténtica incompetente. Solo de pensarlo me dan ganas de darle una patada a algo. Nunca he sido una damisela en apuros, pero esta es la segunda vez en dos días que él aparece para salvarme, y ni siquiera somos amigos.

Se vuelve hacia mí, todavía con esa expresión cuidadosa. No sé si es de rabia o de preocupación. Espero que sea de ira. La ira es más fácil de eliminar que la preocupación.

—¿Estás bien?

Frunzo el ceño.

—Genial.

Mira el beicon quemado.

—Lo has calcinado.

—Me he… —Me quedo en blanco, luego me reafirmo—. Me he distraído. Lo siento.

Él saca una bolsa de hielo del congelador y la envuelve en un paño de cocina.

—Toma. Siéntate.

—No es tan malo.

—No quiero que te salgan ampollas —dice—. Cógelo.

Lo observo con atención. ¿Estará pensando en la noche después de la pelea del bar, cuando vino a verme con un moratón en la cara? Aquella vez fui yo quien le

ofreció la bolsa de hielo. Cuando me folló después, lo hizo despacio, con una lenta ternura que contradecía todo lo que había ocurrido antes. Sus manos acariciaban mi piel con tanta dulzura que no podía imaginármelo dando un puñetazo, aunque lo había visto hacerlo esa misma noche. Por Penny y por Cooper, pero también por mí.

Contengo el revoltijo de palabras que se agolpan en mi garganta y cojo la bolsa de hielo. Me siento en uno de los taburetes de la isla y lo observo mientras tira el beicon quemado, friega la sartén, luego la seca y la vuelve a poner en el quemador.

—No tienes que hacer eso —digo mientras pone más beicon.

—No quiero que te mueras de hambre —alega—. No has comido nada desde la avena de esta mañana, ¿verdad?

Enderezo la espalda.

—Eso no es asunto tuyo.

—Así que tengo razón. —Saca una cerveza de la nevera y la destapa con la mano, en un gesto tan casual y, por desgracia, tan sexi, que me quedo mirando mientras se bebe la mitad de un trago—. Te he visto cuando te pones a trabajar, ¿sabes? Estoy seguro de que podría lanzarte una pelota de béisbol y no te darías cuenta hasta que te golpeara en el estómago.

Pongo los ojos en blanco, pero acepto la cerveza que me da.

—Tú nunca harías eso.

—No —reconoce. Se vuelve hacia los fogones y prepara el beicon con mucho más cuidado que yo. Saca un bol, y mientras lo observo, casca varios huevos y los bate con sal, pimienta y pimentón. Saca queso *cheddar* rallado y crema agria de la nevera y los añade a la mezcla de huevo. Sé que lo estoy mirando, pero no puedo evitarlo. Se maneja con tanta destreza que me da envidia. Me recuerda a la forma en que nana se desenvuelve por la cocina, tan a gusto como un marinero en la proa de un barco.

—¿Por qué crema agria? —pregunto.

—Le aporta un puntito ácido —dice—. Y hace que sean esponjosos.

—Nunca los he comido así.

—A Izzy le chiflan.

—He hablado antes con ella. —Jugueteo con el dobladillo del paño de cocina mientras él saca otra sartén y enciende otro quemador.

También le da la vuelta al beicon. En la cocina flota un olor delicioso, nada agrio, que junto con el aire nocturno que entra por la puerta trasera, hace que la escena resulte acogedora. Casi hogareña.

—Me sugirió que bebiera margaritas y cantara mientras veía *Mamma Mia* como tu hermano.

Sebastian sonríe. Su sonrisa ilumina su, ya de por sí, atractivo rostro y casi se me corta la respiración al verla.

—Fue increíble —asegura—. Sé que solo has visto a James una vez, pero créeme si te digo que apenas bebe, así que cuando lo hace, es toda una fiesta.

Bebo un trago de cerveza.

—Decidí que desayunar para cenar era una opción más apropiada.

—No se puede darle demasiado calor al beicon de golpe porque se te quemará. —Coloca varios trozos bien crujientes en un plato forrado con papel de cocina y vierte los huevos en la otra sartén. En su voz se aprecia cierto tono afectuoso, como si lo hubiera dicho antes. Seguro que fue a Izzy.

—¿Sebastian?

Mira por encima del hombro mientras remueve los huevos con una espátula. Todavía tiene el pelo mojado de la ducha que debió de darse después del partido.

Me humedezco los labios.

—¿Habéis ganado?

Su expresión se cierra en banda.

—No. Perdimos en las entradas adicionales.

—Lo siento.

La frustración desaparece de su rostro en un abrir y cerrar de ojos. Se encoge de hombros.

—Tenemos una racha complicada.

Unos minutos después, me pone un plato delante. Un montón de huevos, espolvoreados con pimentón, dos crujientes lonchas de beicon y una tostada con mantequilla.

—Comamos fuera —sugiere—. Hace buena noche.

Lo sigo fuera, ignorando el dolor de mi mano. Ignorando las ganas que tengo de darle un beso de agradecimiento, en vez de expresárselo con palabras.

Hay una hoguera aquí, además de sillas agrupadas alrededor de una pequeña mesa. Me acomodo frente a él, contemplando el cielo, pero esta noche está nublado. Apenas puedo ver la luna, aunque será llena dentro de un par de días. La cálida brisa agita las copas de los árboles y un pájaro canta en algún lugar de la noche.

Pruebo los huevos y gimo de inmediato.

Hay huevos revueltos y luego hay *huevos revueltos*. ¡Madre del amor hermoso! Sebastian me sonríe, claramente satisfecho. Tenía razón, la crema agria los lleva a otra dimensión. Intento no comer como una salvaje, pero tengo tanta hambre que es difícil. Por su parte, Sebastian come tan rápido como yo y luego va a por otra cerveza.

El silencio es más cómodo de lo que debería. Casi me relajo del todo, disfrutando del aire de la noche y del amargo sabor de la cerveza en mi lengua. Sebastian está sentado frente a mí, sujetando el botellín de cerveza por el cuello.

Resulta… agradable. Incluso normal. Como si nos hubiéramos mensajeado esta mañana, hubiéramos hecho estos planes, y él fuera a besarme antes de entrar.

Me obligo a desterrar eso de mi cabeza. Quemé ese puente y la bondad innata de Sebastian es la única razón por la que estoy sentada aquí ahora mismo. Nada más. Cuanto antes me convenza de ello, antes podré seguir adelante y centrarme en lo que importa; en las estrellas y en mi propio futuro, no en el hombre que tengo enfrente. Pronto estará jugando al béisbol de manera profesional y se merece una compañera que esté dispuesta a que eso sea lo más importante en la vida de ambos.

—No creo que este año lleguemos a los *playoffs* —afirma.

Hago una mueca.

—Lo siento.

—No estamos bateando lo suficientemente bien. Nuestra defensa es buena, pero el bateo no tanto. —El apretón en su cerveza se estrecha—. Incluido el mío.

—El *draft* es pronto, ¿no?

Él asiente.

—En julio.

—Tal vez solo estás estresado por eso.

—Tal vez. Quién coño sabe. —Sacude ligeramente la cabeza. Observo su nuez de Adán mientras traga. Se ríe de algo que se le pasa por la mente y deja la cerveza—. Mia, ¿qué coño hice?

Me quedo paralizada con la cerveza a medio camino de los labios.

—¿A qué te refieres?

—Ya sabes a qué. ¿Te he molestado? ¿Te he hecho daño? ¿Qué hice para que decidieras que no querías saber nada de mí?

—No hiciste nada.

Se arrima lo suficiente para que nuestras rodillas casi se toquen. Vuelvo a sentirme atraída por sus ojos. Incluso en la penumbra, iluminados únicamente por la suave luz de la cocina, sigo pudiendo ver su profundidad. Podríamos estar en el vacío, los dos solos. Seguro que somos los únicos que están despiertos en este barrio pasada la medianoche y sin apenas universitarios por aquí en verano.

—Dijiste que me lo contarías.

Me estremezco cuando una fuerte ráfaga de fresco viento nocturno se abate sobre nosotros. Le despeina el pelo, pero él ni siquiera pestañea. Puede que sea adoptado, pero posee la misma vehemencia que Cooper. Los Callahan tienen algo eléctrico. Me dejé atraer por la órbita de Sebastian y ahora lo sigo con obstinación, aunque intente escapar. Si él es el sol, yo soy un cometa que arde por el contacto tan cercano.

—No me hiciste daño —asevero, mordiéndome el interior de la mejilla—. Es solo que…, no puedo.

—¡Y una mierda! —Me pone la mano en la rodilla con cuidado, de forma calculada. Solo ese pequeño contacto hace que se me encoja el estómago. Tengo la rodilla fría y siento su mano caliente a través de las mallas. Estaría aún más caliente sobre mi piel desnuda. Si subiera la mano unos centímetros, se acercaría peligrosamente a esa parte de mí que en silencio ruega por su tacto—. Yo te importaba. Te importaba lo nuestro. Dime qué fue lo que cambió.

No cambió nada. Solo me alejé antes de la inevitable crisis. Y admitir eso sería

más doloroso que encerrarme en la habitación de Izzy toda la noche.

Pero está tan cerca y deseo sentir su calor. Yo también me inclino hacia él y una parte de mí se alegra al oír que se le entrecorta la respiración.

Podríamos besarnos muy fácilmente.

Pero entonces él se aparta, recuperando la compostura. Siento la decepción como un jarro de agua fría en la cara, pero yo también me aparto.

—Buenas noches, Mia —dice. Su voz es suave, aunque tiene todo el derecho a estar enfadado. Este es el Sebastian por el que no pude evitar sentir algo y el Sebastian del que tengo que alejarme. Majo. Comprensivo. Bueno—. Cuídate esa mano.

Un millón de cosas amenazan con escapar de mis labios, pero todo lo que consigo decir es:

—Buenas noches, Sebastian.

15
Sebastian

A la mañana siguiente, salgo corriendo de mi habitación mientras me pongo la camiseta. Después de darle las buenas noches a Mia, estropeando cualquier posible momento emocional que se estuviera creando, ya fuera bueno o malo, con mi mano en su muslo, me he dormido…, y no he oído el despertador. Lo que significa que llego tarde al entrenamiento. Tenía que haber salido hace diez minutos, pero no encuentro a la gata.

No puedo haber perdido a la puñetera gata.

—¿Mandarina? —La vuelvo a llamar—. ¿Dónde estás?

Mia está despierta, la oí moverse mientras corría de mi habitación al baño y viceversa, pero no sé si anoche invitó a Mandarina a la habitación de Izzy. Es probable que sí, pero no voy a ser responsable de la pérdida de la gata que mi hermano ama con una pasión solo comparable a la que siente por su novia. Además, a mí también me gusta la gata, por muchas veces que me ponga el culo en la cara.

Ya he mirado abajo, incluido el cuarto de la colada, y no la he visto. Tampoco está en la habitación de Cooper, lo que significa que el único otro lugar de la casa donde podría estar es en la habitación de Izzy. Si no está ahí, si anoche, mientras estaba sentado fuera con Mia, pensando en la puta barrera de acero que nos separaba, perdí a la gata, no podré perdonármelo.

Llamo a la puerta de Izzy.

—¡Mia! ¿Está Mandarina ahí?

Dice algo, pero suena amortiguado. Puede que esté en el baño. Intento girar el pomo de la puerta; no ha echado el pestillo, así que empujo la puerta.

—¿Has visto a la…?

—¡Fuera! —grita Mia.

Me quedo paralizado porque Mia Di Angelo está como Dios la trajo al mundo en la habitación de mi hermana, secándose el pelo con una toalla.

Me invade un anhelo tan grande que casi me hace ver las estrellas. Llevo semanas sin ver ese cuerpo, y por un momento, lo único que puedo hacer es quedarme mirando. La suave curva de su vientre, sus anchas caderas, sus preciosos y turgentes pechos, el antojo en sus costillas, hacen que cada recuerdo se agolpe en mi mente. Mis manos recorriendo su cintura. Los pequeños jadeos que me exhalaba cuando chupaba sus erectos pezones. Su sabor, intenso y con un toque salado, y lo mucho que le gustaba que le mordiera el interior de los muslos. Besarla mientras enredaba las manos en su suave y oscuro cabello, hasta que ambos nos quedábamos sin aliento.

La echo de menos.

Mi corazón late con fuerza, deseando tenerla lo bastante cerca como para sentir su latido junto al mío. Echo de menos su cuerpo y extraño el privilegio de tocarla y saborearla, pero lo que añoro por encima de todo es a ella, su mordacidad, su inteligencia.

Aunque no nos enrollamos hasta enero, empecé a sentir algo por ella en cuanto la vi en el cine el otoño pasado. Cooper no pudo resistirse a colarse en la fila para hablar con Penny, por lo que Mia y yo intercambiamos una mirada al ver a nuestros amigos flirteando. Esos sentimientos solo se han intensificado desde entonces. Hasta hace un par de días, apenas la había visto desde hacía semanas, pero eso solo había hecho que crecieran, alimentados por un anhelo constante, y que sus raíces se enroscaran alrededor de mi corazón y se clavaran en él.

La realidad me golpea de inmediato. Los amigos no se miran desnudos. Ella no ha decidido por arte de magia que puedo volver a verla así, lo que significa que estoy violando su intimidad con cada segundo que estoy allí, contemplando descaradamente ese hermoso cuerpo.

Me doy la vuelta y trago saliva.

Amigos. No puedo convencerla a ella ni a mí mismo de que seamos amigos si sigo haciendo este tipo de cosas.

—¿Qué coño estabas haciendo? —exige.

—Intento encontrar a Mandi.

—¿No está contigo?

Consigo resistirme a mirar por encima del hombro.

—No. ¿Está contigo?

—No —responde ella.

¡Joder! No puedo evitar darme la vuelta. Mia se ha cubierto el torso con la toalla. Aún parece muy enfadada, pero también preocupada, cuando se da cuenta de lo que eso implica con respecto a Mandarina.

—Deja que me vista —añade—. Te ayudaré a buscarla.

—Coop me matará si dejo que le pase algo a la gata.

Mia resopla, coge un montón de ropa de la cama y se mete en el baño.

—Y Penny me matará a mí —dice—. A menos que se lo hayas dicho a Cooper, ella ni siquiera sabe que ahora estoy aquí.

Registro la habitación de Izzy mientras ella se viste, pero no la veo entre los cojines ni entre la ropa del armario. Tampoco está debajo de la cama, atacando las pelusas. Me rasco la nuca mientras examino la habitación, atento a cualquier señal de ese pelaje naranja.

Mia sale del baño con unos vaqueros ajustados y una camiseta que deja ver parte de su abdomen. Capto el delicado y seductor aroma a jazmín cuando pasa a mi lado. Se pone unas sandalias de cuero.

—¿No la has visto hoy?

Niego con la cabeza y la sigo escaleras abajo.

—Ya he mirado abajo también. No ha tocado su comida.

—Joder. —Se pasa la mano por el pelo—. ¿Crees que salió a la calle anoche?

—Tal vez —admito, aunque me avergüenzo solo de pensarlo. La llamada a mi hermano. «Hola, ¿qué tal el viaje? Por cierto, tu gata anda correteando sola por las calles de Moorbridge».

Echamos un vistazo al salón, llamándola, y revisamos una vez más los armarios y el cuarto de la colada. No está en el cuarto de baño, ni escondida entre el sofá y la ventana, ni oculta en la camita con forma de castillo junto al televisor que Izzy se empeñó en que necesitaba.

Mia se endereza con expresión seria.

—Tenemos que registrar el patio trasero.

Engancho un par de premios para gatos de la despensa antes de salir al exterior. La brisa huele a madreselva, y aunque es temprano, la humedad en el aire deja claro que va a ser otro día caluroso. Nos dispersamos para buscar entre los arbustos, los árboles y alrededor de la hoguera. Tengo la cabeza metida debajo de una silla y las manos y las rodillas manchadas de tierra, cuando Mandi maúlla.

—Seb —dice—. Ahí.

Mia está señalando uno de los árboles, un viejo y nudoso ejemplar con varias ramas que se extienden hacia los lados. Mandi está acurrucada en una de las ramas. Nos mira sin pestañear, al parecer molesta por nuestra presencia, aunque ella es la que ha pasado la noche en un árbol.

Siento un gran alivio. Al menos está aquí, no aplastada por un coche en alguna carretera. Me sacudo la tierra.

—¿Cómo ha llegado hasta ahí?

—Supongo que nos siguió fuera. —Mia frunce el ceño—. ¿Bajará sola? ¿Hay que llamar a los bomberos para esto?

—No tengo ni idea de si eso es real o solo un invento de las películas. —Doy un par de pasos hacia el árbol mientras lo pienso—. Es probable que pueda saltar, pero a lo mejor se hace daño. Espera aquí mientras voy a ver si hay una escalera en el garaje.

De camino al garaje, saco el móvil. Tengo una ristra de mensajes de texto de Hunter, aunque por suerte todavía no ha llegado ninguno del entrenador Martin.

HUNTER

¿Dónde estás? Hace media hora que ha empezado el entrenamiento.

El entrenador está muy callado, como hace cuando está enfadado.

Que sepas que tenemos una reunión antes del partido de esta tarde.

¿Sigues con Mia?

El sexo matutino solo funciona si lo planeas.

Me limito a ignorarlo; Rafael y él me dieron mucho la lata cuando llevé a Mia a casa desde el bar. Ojalá fuera el sexo matutino la causa de todo esto. Sería maravilloso.

Qué guapa está. Podría pasarme las horas muertas mirándola, observando cada ángulo, cada detalle, y no aburrirme nunca.

En el garaje, un espacio estrecho en el que solo he estado unas pocas veces, encuentro una escalera. Me la cargo al hombro y vuelvo con Mia, que está debajo del árbol, manteniendo un duelo de miradas con la gata.

Esbozo una sonrisa.

—¿Quién va ganando?

—Cállate, me vas a distraer.

—He encontrado la escalera.

Mia aparta la mirada de mala gana.

—Ah, bien. Puede que debas subir tú, ya que está más acostumbrada a ti.

—Creo que tú le caes mejor. Nunca quiere dormir en mi habitación.

—A lo mejor es que le gusta la habitación de Izzy y no yo específicamente.

La miro.

—Súbete a la escalera, Di Angelo.

Ella cruza los brazos sobre el pecho y su expresión se vuelve pétrea.

—¿Que me suba a ese trasto viejo y me rompa el brazo?

—No dejaré que te caigas. —Sujeto la escalera—. Estaré pendiente.

Se sube a la escalera con cuidado. La sujeto todo lo firme que puedo sobre el irregular terreno, procurando ignorar lo cerca que estamos y la perfecta vista que tengo mientras sube de su firme trasero en esos vaqueros oscuros. Respira hondo cuando está en equilibrio en el último peldaño. Mandarina se mueve un poco, pero no tanto como para que Mia no pueda alargar el brazo y cogerla.

—¿Mia?

—Cállate y deja que me concentre.

—Agárrala rápido.

—Dame un segundo —dice, y su voz suena más cortante—. No me gustan las

alturas.

—El espacio está muy alto, ¿sabes?

—Eso es diferente. —Exhala un resoplido mientas estira el brazo y se tambalea—. No tienes que subirte a una escalera para ir al espacio.

—Baja. Yo lo haré.

—No. —Se apresura a decir—. Yo puedo hacerlo.

—No tienes que ser tan cabezota…

—Puedo hacerlo —me interrumpe. Vuelve a estirar la mano y yo le rodeo la espalda con el brazo para sujetarla. Está temblando.

Me muerdo la lengua para no soltar una palabrota. Es demasiado terca.

—No te habría hecho subir a la escalera si me hubieras dicho que no te sentías cómoda.

—No es una cuestión de comodidad. Ven aquí, Mandi.

—Si te comunicaras de verdad en lugar de guardártelo todo dentro…

—¡Esto no tiene nada que ver con eso! —Se pone de puntillas, coge a Mandi del árbol y la acuna en sus brazos. Se tambalea de nuevo, en una posición mucho más precaria que antes—. Esto solo tiene que ver con la puñetera…

—Mia, cuidado…

Se cae de la escalera.

La rodeo con mis brazos por instinto cuando su cuerpo choca con el mío, haciendo que ambos caigamos sobre el césped. Mandarina empieza a maullar de inmediato. Araña para zafarse de los brazos de Mia. Una vez libre, sale disparada y se acomoda a unos metros de distancia. Giro la cabeza hacia un lado para mirarla mientras jadeo. Al menos la escalera ha caído de lado y no encima de nosotros.

Estrecho a Mia con más fuerza, intentando calmar mi acelerado corazón. Tengo su pelo en la boca, y en lugar de madreselva, vuelvo a oler a jazmín.

—¿Estás bien?

—Odio las escaleras —asevera con vehemencia. Intenta zafarse de mí del mismo modo que Mandarina acaba de hacer con ella, resollando también mientras se incorpora. Me mira desde arriba, con el pelo cayéndole sobre el rostro, con la piel enrojecida. La fina cadena de oro que lleva al cuello se

balancea.

Está a horcajadas sobre mí.

En esta posición podría inclinarse y besarme.

Me incorporo sobre los codos. Ella parpadea. Pasa un segundo, luego otro, mientras nos miramos.

Es otro duelo de miradas diferente. Ni siquiera me atrevo a acercar la mano para apartarle el pelo por miedo a que salga corriendo y utilice este momento como otra excusa para reforzar la barrera que nos separa. Siento que mi cuerpo reacciona a su cómodo peso encima de mí.

Ya la he perdido. Lo sé. Pero cada átomo de mi cuerpo anhela ese beso y todo lo que podría venir después.

—Callahan —empieza.

Un pitido rasga el aire.

Mia hace una mueca, saca el teléfono y contesta.

—¿Hola?

—¿Tienes un tono de llamada? James es la única otra persona que conozco con un tono de llamada de verdad.

Me tapa la boca con la mano.

—Sí, estoy de camino. He tenido un…, uh…, un pinchazo. He tenido que cambiar la rueda.

Le lamo la mano. Me clava las rodillas en los costados.

—Sí, lo entiendo. No volverá a ocurrir.

Es más fuerte de lo que parece, pero consigo apartar su mano lo suficiente para decirle:

—Qué boba eres.

—Te daré una patada en las pelotas —amenaza.

—¿Un tono de llamada de verdad? —digo—. ¿También usas un radiocasete?

—Sebastian. —Su voz es dulce y alegre—. Tengo un hermano mayor y más primos varones de los que puedo contar. No tientes la suerte.

Invierto las posiciones y soy yo quien la sujeta. Mia abre los ojos como platos. Le agarro las muñecas y se las inmovilizo contra el suelo a ambos lados de la cabeza. Se retuerce, pero mi peso la mantiene en su lugar. Ahora es la medalla

que perteneció a mi padre la que oscila entre nosotros.

Es tan hermosa que se me corta la respiración. Siempre me quedo sin aliento cuando estoy cerca de ella y esta vez no es diferente.

—Admite que somos amigos —digo.

Me fulmina con la mirada.

—Suéltame. Llego tarde a trabajar.

—Yo también llego tarde —replico mientras me acomodo mejor. A fin de cuentas, así le gusta a ella, aunque nunca más vuelva a decirlo en voz alta—. Pero di que somos amigos y así nos iremos los dos.

Ella frunce el ceño.

—¿Qué más da?

—Es importante. Tenemos que ser amigos, aunque solo sea por Cooper y por Penny.

Por alguna razón, he dicho algo que no debía. Veo el cambio que se obra en ella de inmediato; se pone tensa y su rostro se torna inexpresivo de manera premeditada.

—Suéltame.

Su voz destila desprecio suficiente como para que lo haga.

16
Mia

—Mañana hay que llegar puntual, Mia —dice Alice al pasar junto a mi puesto de trabajo—. Tenemos poco tiempo para trabajar en esto.

Me quito los auriculares y la miro. Cuando trabajo, intento concentrarme, lo que suele significar escuchar música *rock* a todo volumen, poner el teléfono en silencio y recogerme el pelo en un moño.

Se coloca la carpeta bajo el brazo mientras se pasa la mano por la impecable melena con mechones.

—Tierra llamando a Mia. —Se ríe de su propio chiste tonto—. ¿Me has oído?

—Sí. —Hago una mueca mientras me froto la frente—. Lo siento, no volverá a pasar. Es que se me ha pinchado la rued…

—No me importa la razón —me interrumpe—. A ver, no te ofendas, pero aquí no hay excusas que valgan.

Intento por todos los medios que no se note mi irritación. Esta mañana ha sido un completo desastre de principio a fin. Aun después de transcurridas unas horas, todavía puedo sentirlo encima de mí, reteniéndome, y cada vez que he perdido la concentración, ahí es adonde vaga mi mente. Estaba medio empalmado cuando logré escaparme, y aunque jamás lo admitiría, yo también estaba tan excitada que apenas fui consciente de nada durante el trayecto hasta el campus.

Si no hubiera vuelto a sacar el tema de que somos amigos, me lo habría tirado allí mismo en la hierba.

—Tienes razón —digo, aunque me imagino el gusto que me daría apuñalarla con mi lápiz. Al menos ella no sabe la verdadera razón por la que he llegado tarde—. Como dije, lo siento.

—Tú asegúrate de estar aquí trabajando cuando yo te lo diga —repone—.

Puede que Beatrice te tenga mucho aprecio, pero sigues siendo una estudiante universitaria. Me tienes que rendir cuentas a mí y necesito que me hagas quedar bien.

Se ríe otra vez. Me quedo mirándola porque no sé si habla en serio o si está bromeando y lo está haciendo de pena. Lo entiendo, es una estudiante de posgrado trabajando en su tesis, así que se juega mucho, pero yo también. Para mí no es una broma; es mi vida entera.

Cabría pensar que, al ser las dos únicas mujeres del laboratorio aparte de la propia profesora Santoro, querría ser más solidaria, pero ahora mismo se comporta como los chicos del departamento que aspiran a trabajar en Space-X. Es decir, como una completa idiota.

—Vale —digo en medio del incómodo silencio—. Voy a seguir trabajando. Avísame si necesitas algo.

Cuando se va, suelto un suspiro y me arreglo el moño.

Si esto es un adelanto de lo que va a ser el verano, voy a tener que ajustar mis expectativas. Cuando yo sea la estudiante de posgrado a cargo de los estudiantes universitarios, seré mucho más amable. Al fin y al cabo, todos somos compañeros.

Me quedo mirando la pantalla del ordenador, pero ahora estoy demasiado alterada. Mi mente se niega a concentrarse. Me froto la quemadura en los nudillos. No es nada grave, no me han salido ampollas, pero el ligero dolor me recuerda a Sebastian. Nuestra cena de anoche estuvo bien, al menos hasta que dejó de estarlo. Todavía puedo oír su voz serena dándome las buenas noches.

¿Qué me dijo con esa voz en una ocasión?

«Buena chica, Mia Angel».

Hasta ahora, el Proyecto OASMC ha sido un fracaso absoluto.

No entiendo su obsesión con asegurarse de que seamos amigos. Lo de ser amigos también es una etiqueta, una promesa de algo que no estoy segura de poder cumplir. Aun así, ¿no debería odiarme? Lo he ignorado. Falté a mi palabra. Tiene todo el derecho a ser él quien me cierre la puerta, y en cambio, su presencia ha sido una constante los últimos días.

Se ilumina la pantalla de mi móvil, que tengo al lado de mi codo, y aunque

debería ignorarlo, no puedo evitar cogerlo cuando veo el nombre.

SEBASTIAN

Voy al supermercado después del partido.

¿Quieres algo?

Compraré esa leche de avena que te gusta.

Creo que voy a hacer pollo *scarpariello* para la cena.

Solo unas barritas de proteínas, gracias. Te las pago luego.

Eso no es comida, Di Angelo.

¿Te ha gustado mi regalo?

¿¿¿???

Connor, otro estudiante graduado en el laboratorio, dice:

—Alguien acaba de dejar un paquete para ti, Mia.

¿Qué has hecho?

Sebastian elige ese momento para dejar de responder, así que exhalo un suspiro y me levanto de la mesa de trabajo. Hay una caja de zapatos en un escritorio desocupado junto a la puerta, llena de papeles y una vieja maqueta del sistema solar.

Alice enarca una ceja al pasar.

—No serán las correcciones del artículo que Beatrice está esperando, ¿verdad?

Hay una nota pegada en la parte superior. La letra es de Sebastian.

—No. Es para mí.

—Avísame cuando lleguen —dice, bebiendo un trago de su termo. Se mete en su despacho, tarareando algo de forma muy desafinada. A pesar de su actitud, la admiro, pero su empeño en centrarse en el enfoque artístico y no en los datos concretos resulta frustrante.

Hay una razón por la que su código es desordenado; no presta atención a los detalles correctos.

Connor echa un vistazo a la caja de zapatos y se sube las gafas.

—¿Quién es «S»?

—Nadie. —Llevo la caja a mi escritorio. Está claro que hay zapatos dentro, y a juzgar por el tamaño de la caja…

Dejo la nota a un lado y abro la caja. Tal como espero, hay un par de botas negras de ante, idénticas a las que tuve que tirar, envueltas en el papel de seda. Reviso el número de inmediato. El 40. Me van a quedar perfectas.

Vuelvo a poner la tapa y centro la atención en la nota.

Hola, Di Angelo:

No puedes ser una guerrera sin la armadura adecuada.

S

P.D.: La entrada para el partido del miércoles por la noche está a nombre de Princesa Leia.

P.D. 2: Somos amigos.

No me había dado cuenta de que se fijaba tanto en mis zapatos.

¿En serio, Sebastian?

Uso un 41.

Su respuesta no se hace esperar.

No es verdad.

Y de nada.

En una escala de uno a espeluznante, sin duda esto está cerca de lo más alto.

No si has visto a alguien con ese par de botas y nada más, créeme.

Mis dedos vuelan sobre las teclas, escribiendo y luego borrando. Pensar en ese recuerdo sería sin duda un punto en contra del Proyecto OASMC.

Eres tú el que sigue empeñado en que somos amigos.

¿Agitando la bandera blanca?

No. Solo repito lo que tú dices. Eso que no dejas de repetir, debo añadir.

Sí que somos amigos.

Es que tengo mucha memoria.

No llegues tarde a cenar.

La verdad es que mi plan era trabajar hasta sentirme desfallecer, pero el pollo *scarpariello* suena tentador. Es un plato que hace años que no pruebo, pero que recuerdo de las muchas cenas familiares. Lo que no quiero es irme antes que los demás porque aquí soy la más joven y tengo más que demostrar. Tampoco puedo llegar tarde otra vez.

A partir de mañana voy a llegar al laboratorio aún más temprano. Con un poco

de suerte, ni siquiera veré a Sebastian, con lo que todos saldremos ganando. Nada de distracciones por culpa de un deportista sexi y una hora extra para trabajar antes de que Alice se cierne sobre mi hombro como un ave de rapiña de plumas rosas.

Tal vez.

Me conformo con un tal vez :)

17
Sebastian

—Por supuesto, te informaremos con antelación de lo que decidamos publicar. Nos interesa tu historia. Lo que has estado haciendo todo este tiempo, viviendo con los Callahan, preparándote para tu futura carrera.

La periodista, una mujer llamada Zoe Anders, apenas ha dejado de hablar durante toda la conversación. Pensé que una reunión por vídeo sería menos incómoda que una llamada telefónica, pero he estado casi todo el tiempo en silencio, asintiendo con la cabeza cuando era necesario y respondiendo con monosílabos. La verdad es que parece que ya sabe lo suficiente sobre mí como para escribir el reportaje. Ya tiene el enfoque decidido; va a escribir sobre la forma en que el recuerdo de la carrera de mi padre ha influido en mi juego.

Por fin hace una pausa y me dedica una amplia sonrisa.

—Bueno, ¿qué te parece?

Para ser sincero, siento un poco de náuseas, pero no se lo digo. Estoy agotado después del partido de esta tarde, que por suerte hemos ganado, y todo esto me resulta abrumador.

—Parece… intenso.

Ella se ríe brevemente.

—Sebastian, esto es solo un pequeño adelanto de lo que experimentarás en tu carrera. Predicen que pasarás tal vez dos años en las ligas menores antes de que te asciendan.

Ojalá pudiera cerrar mi portátil. Cuando era adolescente, resultaba muy fácil no pensar en el futuro, no prestar atención a los cazatalentos en las gradas durante ciertos torneos, ni a los apretones de manos de hombres que me miraban y veían a Jake Miller y no a su hijo.

Ahora, está casi a la vuelta de la esquina, y aunque estoy protegido por un año

más de carrera, mis obligaciones con el club que me elija empezarán pronto. Comenzaré a ser alguien, una versión de Sebastian con una imagen pública. Está la versión de James que conozco, la de mi hermano y amigo, y la que está en los equipos de fútbol soñados de la gente. Aunque pudiera ignorar todo el ruido, Zoe tiene razón; este es el inicio de más cobertura mediática, más interés, más expectativas. Si llego a las ligas mayores y me va mal, decepcionaré a todo el mundo. Si lo hago bien, mostrarán mis estadísticas junto a las de mi padre. Si juego extraordinariamente bien, toda la atención podría ser solo mía, pero eso podría hacer que mi nombre se conociera a nivel nacional y convertirme en un Mike Trout o en un Aaron Judge, en lugar de ser solo alguien conocido en el mundillo del béisbol.

A juzgar por el brillo en los ojos de Zoe, está tratando de llevarme a esa última opción lo más rápido posible. A fin de cuentas, la gente siempre quiere leer una historia que tenga algo que ver con Richard Callahan.

No quiero huir de ello, aunque me ponga la piel de gallina. No quiero llamar a Richard y pedirle que cancele la historia, porque otro escribirá algo que no me incluya en absoluto, y Richard tiene razón; es a mí a quien corresponde proteger el legado de mi padre.

—Tal vez —admito—. No me preocupa demasiado cuando llegue a las mayores.

Ella se remueve en la silla.

—Pero tus planes no habrán cambiado, ¿verdad?

Me pregunto qué diría si le dijera que sí. Seguro que se daría cuenta en el acto de que tienen entre manos una historia mucho mayor que la que imagina ahora. Un hijo que sigue los pasos de su padre tras una trágica pérdida es una buena historia, pero renunciar a ese camino y seguir uno diferente…

En fin, no es que eso vaya a pasar. Sería idiota si dejara de lado lo único en lo que siempre he destacado. Y tampoco tengo otra vocación que considerar. La cocina no es una opción real. No es que vaya a convertirme en el próximo Gordon Ramsey y todo el mundo espere grandes cosas de mí.

—No —digo—. Claro que no.

—Si te viene bien, puedo estar en Moorbridge para la eliminatoria contra

Binghamton. Haré el resto de las entrevistas por teléfono, pero quiero escuchar tu versión en persona. Traeré a mi equipo y haremos una sesión de fotos.

Mantengo la sonrisa en la cara, aunque por dentro me esté desanimando.

—¿Además de la grabación en vídeo?

—Eso lo haremos más tarde, si puedes venir a nuestro estudio cuando quede menos para el *draft*.

Simplemente fantástico.

—Me parece genial —digo.

—Estupendo. Me encargaré de que mi asistente envíe los detalles para confirmar.

Cuando cuelgo, me restriego la cara con las manos de inmediato. Entrevista. Sesión de fotos. Reportaje de vídeo. Ya suenan fatal por separado, ¿pero juntos? Todo un calvario. En fin, no se me da bien hablar de mí. Más le valdría limitarse a emitir algunas imágenes de un partido.

Al menos tengo otra cosa en la que concentrarme: mi pollo *scarpariello.*

Mi amor por el béisbol me viene de mi padre, pero mi amor por la cocina es cosa de mi madre. Aún recuerdo cuando me subía con cuidado a un taburete y la ayudaba a estirar una masa o a marinar pollo. Nunca le molestó que la ayudara, ni siquiera cuando era pequeño. Me explicaba cómo seguir una receta y qué cambios hacía para darle su toque personal. Siempre he admirado que con solo modificar un pequeño detalle de una receta, puedes crear algo nuevo. No soy artista, pero me parece algo parecido al arte. Y no es solo una obra de arte que admirar. Es arte útil, capaz de nutrir el cuerpo y el alma a la vez.

Seguí cocinando durante mi adolescencia, incluso cuando mi agenda de béisbol se hizo más intensa. Ayudaba al chef a preparar la cena después de clase, o a Sandra, si ella cocinaba en su lugar. Ahora que estoy en la universidad y vivo en el campus, soy yo quien cocina casi todo durante el semestre. Izzy lo quema todo y a Cooper solo le interesa comer. Cuando estaba Bex, cocinábamos juntos, pero no hemos coincidido en la cocina desde las vacaciones de Navidad.

Acaricio a Mandarina, que está acurrucada en el sofá, me lavo las manos y saco los ingredientes. Preparar pollo *scarpariello* no es complicado, solo requiere un poco de tiempo. Los ingredientes también son sencillos, cosa que

agradezco. Un pollo entero, troceado. Salchicha dulce italiana, con hinojo, por supuesto. Chiles banana en conserva, además del zumo, y pimientos frescos. Vino blanco, caldo de pollo, ajo y romero. El resultado, si se añaden patatas fritas, es un delicioso plato único, con una salsa ácida fuerte y picante que podría beberme sola con mucho gusto.

Reto a Mia a que se lo coma y siga insistiendo en que no somos amigos. No comparto mis mejores recetas con cualquiera.

Pensé que le resultaría más fácil de aceptar si fingía que era solo por Cooper y Penny, pero eso no ayudó. Comprarle las botas de repuesto probablemente tampoco ayudó, pero no pude resistirme. Llevaba esas botas la primera vez que la vi. Son como una prolongación de ella y quiero volver a vérselas puestas. Espero que sonriera al leer la nota y que vuelva a casa a tiempo para la cena.

Si no, le guardaré un plato en la nevera, pero quiero verla. Hablar con ella. Recordarle que aunque no quiera estar conmigo, tenemos una conexión. Prefiero ser su amigo antes que no tener nada con ella. Los últimos días han sido un lujo cálido en comparación con el gélido páramo en el que he estado viviendo, esperando un mensaje suyo, un atisbo de su sonrisa cuando nos cruzamos o incluso una expresión ceñuda. Prefiero un ceño fruncido por su parte a la sonrisa de cualquier otra persona.

Qué mona estaba esta mañana mientras me inmovilizaba. Y aún más cuando invertí nuestras posiciones. Ojalá hubiera dicho algo sobre su miedo a las alturas, porque entonces nunca habría hecho que se subiera a la escalera, pero si algo sé de Mia Di Angelo es que prefiere morderse el brazo antes que admitir un punto débil.

Preparo todos los ingredientes y coloco lo que necesito junto al fuego. Primero las patatas, cortadas en dados y doradas al fuego para que queden crujientes, y luego el pollo y las salchichas. Se terminan de hacer en el horno, pero es importante dorarlas bien para que adquieran sabor y para la salsa. También pongo música; mi lista de reproducción de *rock* clásico favorita.

Estoy tarareando a Van Halen cuando la puerta de entrada se cierra de golpe.

18
Sebastian

—¿Mia?

Mia aparece en el umbral con la caja de zapatos bajo el brazo y el bolso colgado del hombro. Lleva el pelo recogido en un moño que se inclina hacia un lado, como si el glaseado resbalara de una tarta demasiado caliente. Tiene el ceño fruncido y la punta de la nariz roja.

Respira hondo, como si intentara calmarse.

—Estaré arriba —dice.

Dejo las pinzas de cocina que llevo en la mano y doy un par de pasos hacia ella.

—Pareces molesta.

—Solo estoy estresada.

—¿Ha pasado algo?

Se suelta el moño y se sacude el pelo.

—He perdido un fragmento de código en el que estaba trabajando. Tengo que intentar reconstruirlo antes de que la estudiante con la que trabajo se dé cuenta. Es tan… Estoy segura de que lo guardé, y el programa hace una copia de seguridad de forma automática, así que no sé qué puede haber pasado.

—Menuda putada.

Ella exhala un suspiro.

—Pues sí. Estaré trabajando arriba.

Hago un gesto hacia la mesa de la cocina, que está despejada gracias a que los torbellinos de mi vida llamados Cooper e Izzy no están en casa.

—Quédate aquí abajo. Puedo cambiar la música o apagarla si te distrae.

—De todas formas esto es lo que yo estaría escuchando —admite, dejando el bolso en una silla y sacando el portátil. No tiene pegatinas, como es típico en

Mia. Cuando se trata de trabajar, es siempre muy profesional.

Me permito sonreír.

—Lo sé, Mia. Ya te he visto trabajar.

—Entonces, ¿por qué te has ofrecido a apagarla?

—Para ser amable con mi nueva compañera de piso.

Mia rebusca en su bolso y saca un cuaderno, un lápiz y una funda de gafas.

—¿Eso es lo que somos?

—Pensé que era una opción relativamente segura. —Añado los pimientos a la sartén y lo agito todo—. ¿Te llamaron?

—Hoy no.

—Así que somos oficialmente compañeros de piso. —Le doy la vuelta a las patatas—. Esas gafas te quedan muy bien.

No estaba bromeando; me gustan las gafas. Las lentes redondas con montura metálica me recuerdan a un viejo profesor de matemáticas encorvado, pero por la razón que sea, ella se sonroja.

—Son solo para la luz azul del ordenador. No las necesito para ver.

—Así que son tus gafas especiales para codificar. Como una máscara de superhéroe.

—Huele que alimenta —dice para cambiar de tema, pero veo que pone los ojos en blanco con aire esperanzado—. No lo he comido en años.

—Es uno de mis platos favoritos.

Me mira y me obsequia una sonrisa poco habitual.

—El mío también.

Se vuelve hacia su portátil. Sus dedos se mueven con rapidez sobre el teclado. Tiene las uñas pintadas de negro, casi cortadas a rape. Se arrima a la pantalla y frunce el ceño, haciendo que se le formen unas adorables arruguitas en la frente. Una parte de mí, que no debería ser tan insistente, quiere acercarse, apartar el portátil y el cuaderno y tumbarla sobre la mesa.

Nunca he sido de los que se comen el postre antes de cenar, pero ahora mismo solo tengo antojo de una cosa.

Qué pensamiento tan bonito entre amigos. Es una tortura, sobre todo cuando mi polla da señales de vida, pero vuelvo a los fogones. Me las arreglo para

terminar de cocinar sin mirar todo el rato por encima del hombro. El ruido de las teclas es una señal de que está trabajando y no quiero distraerla.

La universidad ha sido para mí una forma de jugar al béisbol y experimentar con los cursos más interesantes y novedosos que ofrece McKee, pero para Mia es diferente. Esta es la base de su futuro, lo que la va a llevar a la cima de su campo algún día. Ella tiene que aprovechar cada momento de estos cuatro años mientras que yo he terminado mi carrera de Historia y tengo suficientes créditos para graduarme después del próximo semestre si quisiera.

Está tan absorta que no se da cuenta de que le he dejado un plato y un vaso de vino. Le aprieto el hombro de camino a mi asiento.

Mia se sobresalta, parpadea y se sube las gafas.

—Oh. Gracias.

Cierra el portátil y lo empuja hacia el centro de la mesa. Cuando come el primer bocado, gime de inmediato. Bebo un sorbo de vino para disimular una sonrisa, pero su reacción hace que sienta mariposas en el estómago. No hay nada mejor que el momento en que alguien prueba lo que cocino. Es incluso mejor que hacer un jonrón.

—Esto está delicioso. —Se quita las gafas y se acomoda en la silla—. Gracias. Estás siendo… muy amable. Por alguna razón, hace que me entren ganas de apuñalarte con el tenedor.

Casi me atraganto con el vino.

—Tú come, Di Angelo. ¿Has comido algo en todo el día?

—Me comí una barrita de proteínas.

—Eso no es comida.

—Algo es algo.

—No es comida de verdad.

Ella toma un pequeño bocado.

—¿Cómo es que sabes cocinar tan bien?

—Un poco por mi madre. Y por Sandra.

—Si no fueras jugador de béisbol, podrías ser chef. —Bebe un sorbo de vino con cuidado—. Podría verlo. La chaquetilla blanca te quedaría bien.

Si anunciara que quiero trabajar en un restaurante en vez de jugar al béisbol,

podría provocarle un infarto a Richard. Mi padre se revolvería en su tumba. Pero una parte de mí, una pequeña parte secreta, desearía poder graduarme antes y emplear mi herencia, el dinero que me dejaron mis padres, al que tendré acceso cuando termine la universidad, para viajar. Tal vez trabajar en diferentes cocinas para aprender diversas gastronomías y decidir si podría convertirse en mi profesión. Después de una sola conversación con Zoe Anders ya me siento agotado. La idea de jugar partidos televisados casi todos los días de la semana durante la mayor parte del año empieza a parecerme una tortura, por mucho que ame el juego en sí. En una cocina, formaría parte de otro tipo de equipo y nadie me compararía con mi padre cada vez que sellara un filete.

Es más fácil no pensar en ello. No puedo arruinar mi vida; no es una opción real. En realidad no es algo que la gente como yo haga. Cuando pase el *draft* y sepa adónde iré el año que viene, me tranquilizaré.

Primero tengo que llegar al final de la temporada.

Mia sigue mirándome, así que sonrío.

—¿Acabas de decir que estoy bueno?

—¿Desde cuándo decir que te queda bien es lo mismo que decir que estás bueno?

—Acabas de decir que estoy bueno.

Con toda la tranquilidad del mundo, pincha una patata y se la mete en la boca.

—Yo no he dicho eso.

Me apoyo en el respaldo de la silla, con el vaso en la mano. Sé que yo también tengo que comer, pero es más divertido verla disfrutar de la comida. Ojalá no fuera su primera comida de verdad desde la mañana, pero eso lo puedo ir cambiando.

—Esperaba que vinieras a casa con las botas puestas.

Mia enarca una ceja.

—¿Cómo has encontrado las mismas? Las compré hace años.

—¿Crees que no me fijo?

—En esas cosas no.

—Puede que Izzy me haya ayudado un poco.

—Ah, eso ya me cuadra más.

—Pero que conste que me acordaba. Solo necesitaba que me las consiguiera. —Le doy un golpecito con el pie por debajo de la mesa.

Ella me da una patada en la espinilla.

Bebo un trago de vino para contener la sonrisa.

—Por ejemplo, recuerdo perfectamente que me dijiste que si rompía la cremallera mientras te desnudaba, no dejarías que te lo comiera. Te las quité como si fueran de cristal.

Ella se limita a cortar un trozo de pollo, aparentemente indiferente a mis palabras.

—Dijiste que tenías buena memoria.

—También me acuerdo de esta mañana.

—¿De qué parte? ¿Esa en la que olvidaste de llamar a la puerta o en la que casi me matas?

—Siento ambas cosas.

—Así que las botas eran una disculpa.

—No. Las botas eran un regalo.

Ella sacude la cabeza.

—Mira que eres rarito.

—Tú también. —No es mi mejor respuesta, pero me distraen sus labios carnosos. Por Dios, tiene una boca pecaminosa. Bebo otro trago de vino. El trabajo siempre es un tema inofensivo, ¿no?—. Cuéntame en qué estás trabajando.

Ella enarca una sola ceja.

—¿En serio?

—Sí. Estás trabajando con tu tutora, ¿verdad? ¿La profesora Santoro?

Ella asiente.

—Soy su ayudante de laboratorio. Normalmente no contrata a nadie que no esté en el último curso, pero me dejó entrar un año antes para ayudarme a conseguir plaza en un programa de estudios en el extranjero la próxima primavera en la Universidad de Ginebra.

—Eso sería increíble.

Ella sonríe mientras bebe vino.

—Sí, es un programa intensivo, pero me permitiría trabajar en el observatorio de la universidad, que recibe datos de un telescopio increíble que opera en La Silla, en Chile. Y también podría visitar muchos otros observatorios de investigación: por ejemplo, hacen viajes al Observatorio de la Esfinge, que es el más alto de Europa, y al Observatorio de Haute-Provence, en Francia. Me ayudaría a pensar si quiero hacer el doctorado aquí o en Europa y, al mismo tiempo, a establecer más contactos en este campo. Además, podría ver algo del mundo, porque nunca he viajado a ningún sitio. El cielo aquí es precioso, pero quiero verlo desde todo el mundo, ¿sabes?

Al final de su discurso, suena tan emocionada que eleva un poco la voz. No me molesto en contener la sonrisa. Su entusiasmo es contagioso. Si hay alguien que merece un puesto en el programa, es ella.

—¿Sería la primavera que viene?

—Sí. Primavera y verano.

—Genial. Y estás estudiando…, ¿cómo se llaman?

Me acuerdo. Lo recuerdo porque le hice esta pregunta mientras tenía la boca pegada a sus tetas y ella lo dijo jadeando. Exoplanetas. Pero finjo que no, porque sé que dará pie a más conversación, y si hay algo que quiero conseguir con esta comida es pasar tiempo con ella. Oírla hablar con entusiasmo mientras gesticula con las manos y ver la pasión en sus ojos, aunque no sea por mí, sino por otra cosa. Es alguien que tiene claro su futuro. Tiene cabeza y pasión por lo que le gusta hacer.

Yo tengo las aptitudes para mi deporte y la ética de trabajo, pero no sé adónde ha ido la pasión.

Menea ligeramente la cabeza, pero no me lo reprocha.

—Exoplanetas. Planetas que orbitan alrededor de una estrella distinta de la nuestra. Una de las cosas más emocionantes del programa es que el telescopio de La Silla trabaja con algo llamado espectrógrafo CORALIE, y juntos se dedican a descubrir grandes exoplanetas. Así que seguiría aprendiendo y trabajando en mi campo antes incluso de matricularme en un programa de posgrado.

—Eso suena genial. Aunque no tengo ni idea de lo que es un espectrógrafo.

Ella se ríe.

—Es… ¿Seguro de que quieres oír hablar de esto? ¿No te aburro?

—No. —Le sonrío cuando entrecierra los ojos. No soy tan tonto como para decirle en este preciso momento que está adorable, pero me resulta muy tierna, pues prácticamente vibra de entusiasmo en plan empollona—. Me gusta verte tan emocionada. Cuéntamelo todo.

Su cara me dice que no me cree del todo, pero aun así me da el gusto y presto atención a cada palabra.

19
Mia

Me doy la vuelta en la cama para poder mirar por la ventana y las sábanas se me enredan en las piernas.

No he dormido. Mi cuerpo palpita de necesidad. Mi clítoris pide atención a gritos y aun así lo ignoro y muerdo la almohada mientras contemplo la luna.

Mi cuerpo no solo ansía aliviarse, sino que también lo desea con una persona en particular.

Y está en su propia cama, separados solo por una delgada pared.

Una noche más.

Me costó mucho separarme de Sebastian después de cenar. Estuvo escuchando toda mi mini conferencia sobre el trabajo que estoy haciendo y parecía interesado todo el tiempo, lo que no suele ocurrir. La gente se interesa al principio, piensan en los extraterrestres y quieren saber más, y luego esa curiosidad se esfuma a medida que entro en detalles. Sebastian me hizo preguntas muy interesantes, a pesar de que no se dedica a la física ni a la astronomía. Incluso resolvió un problema con el código al que yo le había estado dando vueltas simplemente haciendo una pregunta que generó una nueva línea de pensamiento, que sin duda necesitaba después de haber perdido hoy esa condenada parte del trabajo. Me quedé cenando y tomando una copa de vino, y me debatí si tomarme otra, pero logré contenerme.

Es la última noche y él ni siquiera lo sabe. La universidad me envió un correo electrónico justo antes de que saliera del laboratorio con información sobre una habitación a la que puedo mudarme mañana. Estuve a punto de decírselo durante la cena, pero no quería ver la decepción en su cara.

Ahora, no puedo dormir. Ni siquiera me apetece intentarlo. Estoy completamente despierta, pensando en las ásperas manos de Sebastian, en lo

guapo que estaba en la cocina y en las ganas que tenía de lamerle la garganta. Cada vez que bebía un sorbo de vino, a mí se me encogía el estómago. Tengo ganas de tocarme, pero no he tenido tiempo de sustituir a Lucinda, mi vibrador favorito, después de que falleciera en la inundación, y hacerlo solo con la mano no es ni de lejos tan satisfactorio.

Pero sería silencioso. Lo único peor que masturbarme pensando en Sebastian una vez más sería que él lo oyera.

Es más de medianoche. Hace horas que no lo oigo moverse.

Meto la mano dentro de mis pantalones cortos de dormir.

Mientras rodeo mi clítoris con el dedo, inspiro bruscamente. Ahogo ese sonido contra la almohada, cierro los ojos y me concentro en las sensaciones. La mano de Sebastian sería más grande, sus dedos más ásperos. Él empezaría así, acariciándome el clítoris, nada dispuesto a ceder, pero recordándome el objetivo final. Luego ahuecaría la mano sobre mi coño, así que lo hago, deslizando los dedos por la humedad. Y me murmuraría alguna guarrada al oído.

Tal vez usaría ese apodo especial y ridículo. No soy para nada un ángel, pero eso nunca pareció detenerlo.

Hundo la boca contra la almohada con un jadeo cuando rozo mi clítoris con el dedo. Mi cuerpo anhela que lo llenen, que me follen con tanta fuerza que lo sienta por la mañana. En lugar de eso, me conformo con los dedos, introduciendo uno y luego otro, curvándolos para que toquen ese punto que me hace temblar. No son lo bastante grandes, ni por asomo. Los muevo dentro y fuera mientras me froto el clítoris con el pulgar.

Se me hace un nudo en el estómago, pues ansío alcanzar la liberación, ese momento de pura claridad en el que mi cuerpo se deja llevar por el placer. Pero incluso añadir un tercer dedo solo hace que gima de frustración. Los recuerdos se agolpan en mi mente como deseos. Casi puedo fingir que él está aquí conmigo, observándome con esa intensidad silenciosa y adictiva. En mi fantasía, lo estoy provocando, haciendo que se quede quieto mientras me toco. Él lo consiente, deja que actúe, pero si me demoro demasiado en dejar que se ocupe de mí, me dará unos azotes antes de dejar que me corra.

La primera vez que lo hizo, casi me corro sin tocarme. Fue toda una sorpresa

sentir el estallido de dolor, oír su voz suave como el terciopelo cuando me dijo que fuera una buena chica y lo aceptara. Y después, cuando me escocía el culo y el placer me recorría como un reguero de pólvora, me asió la mandíbula y me dijo que abriera la boca, que tenía que humedecerle bien la polla antes de que me follara.

Sacudo la cabeza. Tengo que dejar de sumirme en momentos que no puedo recuperar. Él ya no me gusta, ya no puede gustarme.

Si al menos pudiera aliviarme…

Otro gemido más sale de mi garganta mientras meto y saco los dedos.

—Sebastian…

—¿Ángel?

Me quedo paralizada. No ha sido mi imaginación. Miro hacia la puerta, que sigue cerrada a cal y canto.

—¿Seb? —Un calor tan intenso estalla en todo mi cuerpo que no me sorprendería si empezara a iluminarme. Trago saliva para suavizar el repentino nudo que se me ha formado en la garganta mientras me subo los pantalones y me limpio los dedos en la camisa a falta de una alternativa mejor—. ¿Qué estás haciendo?

—Si necesitabas ayuda, podías haberla pedido.

¡Madre del amor hermoso! Respiro hondo y me levanto de la cama.

—Vete a acostar.

—¿Puedo abrir la puerta?

Me acerco hasta que puedo apoyar la cabeza en la puerta. Saber que está al otro lado hace que, de algún modo, se intensifique este doloroso anhelo. ¿Lo habré despertado? ¿Estará despeinado? ¿Llevará pijama? ¿Cuánto tiempo lleva ahí, escuchándome?

—Yo…, no lo sé.

—Pareces frustrada. Déjame ayudarte.

Estoy a punto de gritarle que claro que estoy frustrada, pero consigo contenerme.

—No es una buena idea.

—Es más de medianoche. —Su voz es aún más queda—. Déjame entrar, Mia.

Puedo oír lo que implican sus palabras. Pasada la medianoche significa que no cuenta por la mañana, como le he dicho en más de una ocasión.

No debería dejarlo entrar. Al final, nada de lo que se susurra en la oscuridad se queda ahí.

Sin embargo, abro la puerta.

Va sin camiseta, con unos pantalones de chándal grises a la altura de las caderas. Tiene el pelo revuelto y le cae sobre los ojos. Tiene un atisbo de sonrisa en la cara, pero se desvanece cuando nos miramos y respiramos en silencio. Oigo latir mi corazón como si estuviera fuera de mi cuerpo.

Es hermoso. Tengo tantas ganas de tocarlo que el deseo me recorre desde la punta de los dedos hasta los pies.

Él me coge la mano, me la aprieta y luego me da un brusco beso en la palma.

—Por favor —dice.

No puedo hablar. No quiero estropearlo diciendo algo mordaz e inoportuno. Es una mala idea, pero siempre me han gustado las malas ideas. Es una imprudencia, pero nunca me ha gustado tanto ser imprudente como cuando estoy con él.

Asiento.

Me arrastra hasta su dormitorio. Como si temiera que fuera a cambiar de opinión, me besa antes de que crucemos el umbral y sus grandes y cálidas manos enmarcan mi rostro. La brutal presión de sus labios contra los míos enciende el resto de mi determinación; soy yo quien lo empuja a la cama. Me subo a su regazo y me aprieto contra él. Él contraataca, palmeándome el trasero. El apretón de su mano hace que interrumpa el beso con un gemido y él suelta una carcajada.

—Esto no significa nada —digo, sin aliento, porque su mano asciende por mi camiseta. Me coge el pecho y me lo aprieta, con esos ásperos dedos que no he podido dejar de imaginar acariciándome el pezón.

—Claro, Mia Angel. Lo que tú digas.

El familiar juego de palabras me hace tragar saliva. *Mia Angel, mi ángel.*

—Eres tú el que me estaba espiando.

—Tampoco ha sido muy difícil —dice, pellizcándome el culo—. De hecho, recuerdo que eras así de ruidosa. Aunque normalmente no estabas tan frustrada.

Al menos esto está oscuro. Es más difícil ver que me sonrojo.

—Me las apañaba con los dedos.

Él emite un sonido comprensivo mientras continúa acariciándome los pechos.

—Y no eran para nada suficiente. Sé que necesitas que te llenen.

Hago un esfuerzo por mantener un tono cáustico, no entrecortado.

—¿Me vas a ayudar o te vas a quedar ahí, a decir obviedades?

Su sonrisa es un destello blanco en la oscuridad.

—Depende. ¿Vas a ser una buena chica y hacerme caso?

Esas dos palabras son un canto de sirena que destroza lo que queda de mis defensas. En respuesta, le cojo la mano y me llevo sus dedos a la boca. Paso la lengua por sus nudillos primero, luego por cada dedo y por último me meto dos en la boca. Los chupo hasta que están bien mojados. El alivio me inunda al ver la expresión en su rostro. No podría ocultar su deseo aunque lo intentara.

No me odia. Todavía me desea. Puede que haya arruinado cualquier oportunidad de que tengamos algo más, pero al menos aún significo algo para él.

—Te he echado de menos —murmura—. Joder, echaba de menos esto. Date la vuelta, cielo.

Me sienta en su regazo, de espaldas a su pecho. Me quito la camiseta, ya casi sin aliento, y él me rodea la cintura con un brazo y aprieta fuerte. Después coloca mis piernas sobre las suyas y las separa, manteniéndome sujeta, inmovilizada por su cuerpo. Con la otra mano acaricia mis bragas, ya mojadas.

Me da un beso en la cabeza.

—¿Habías llegado muy lejos?

—No lo suficiente.

—Tú también me has echado de menos, ¿verdad? Diciendo mi nombre en mitad de la noche mientras estoy al lado.

El aliento se me atasca en la garganta.

—Seb.

Él vuelve a besar mi cabello.

—Mia.

Sus dedos rozan la cinturilla de mis bragas.

—Vamos, dímelo.

Intento retorcerme, pero él me lo impide. Sigue provocándome, jugueteando con el trozo de tela que cubre el lugar donde necesito que me toque. Sé que no voy a obtener más hasta que le dé una respuesta, pero no pienso ceder tan fácilmente. Me meneo, de forma que mi culo se apoye con más firmeza contra su dura polla, y disfruto al oír que se le entrecorta la respiración.

—Echar de menos es mucho decir.

Me frota el clítoris por encima de las bragas. Mi vientre se tensa.

—Vamos, ángel. Sé sincera conmigo.

—¡Ay que joderse! Vale. Te he echado de menos.

Me baja las bragas y me acaricia el coño.

—¿Tan difícil ha sido?

—Supongo que no —refunfuño.

Sebastian suelta una carcajada mientras me acaricia los pliegues con lentitud. A pesar de toda su actitud provocativa, no espera a meterme un dedo. Luego introduce otro y los mueve como una tijera mientras busca mi clítoris con el pulgar. Apoyo la cabeza en su hombro y mi cuerpo se hunde, buscando un contacto aún mayor.

No he olvidado ni un solo detalle; ni su aroma a limpio, ni su suave cabello, ni su ancho pecho, pero experimentarlos de nuevo me embriaga. Es tan fuerte que su brazo me rodea como un cinturón, manteniéndome en mi sitio sin esfuerzo. Aumenta la presión sobre mi clítoris, arrancándome un pequeño sollozo. Estoy al borde del abismo, tambaleándome pero sin caer del todo, y cada roce hace que salten chispas.

—Bien —exhala—. Córrete para mí, preciosa.

Me mete un tercer dedo, que me dilata tanto que resulta un buen sustituto de su polla, y utiliza la otra mano para estimularme el clítoris. El efecto es sin duda obsceno; estoy abierta de piernas, gimiendo mientras me toca por todas partes con esos largos y prodigiosos dedos. Una lejana parte de mí se pregunta si mañana me arrepentiré de esto, pero ahora mismo… Esto es todo cuanto he deseado, cada momento de cada día, desde que me alejé de él.

—Sebastian —digo sin pensar. Mi voz se quiebra a mitad de su nombre, haciendo que quede suspendido en el cálido silencio.

Él murmura algo, no para silenciarme, sino un sonido tranquilizador, y encoge los dedos dentro de mí a la vez que me responde.

—Mia Angel.

Jadeo y le clavo las uñas en los muslos mientras me corro. Los ojos se me llenan de estrellas que me impiden ver la oscura y ordenada habitación. Retira los dedos lentamente, la sola fricción aporta ya de por sí un placer adicional, y me los pone en la boca.

Acepto lo que me ofrece y los lamo mientras me acaricia el pelo con la otra mano. Siento el caliente y macizo bulto de su polla debajo de mí; no logro decidir si quiero tenerla en mi boca o en mi coño. Consigo darme la vuelta y no perder el equilibrio sobre su regazo mientras me acerco para darle un beso. Enrosco la mano en su pelo mientras con la otra recorro los duros planos de sus abdominales hasta llegar a la cintura de su pantalón de chándal.

Por mucho que me guste cómo llena mi coño, quiero sentirlo en mi boca. Quiero deleitarme con su sabor salado y almizcleño. Ya se me hace la boca agua solo de pensarlo y noto esa familiar punzada de deseo que vuelve a agitarse en lo más profundo de mi ser.

Sebastian me mordisquea el labio.

—¿Mejor?

Asiento, aún sin aliento, y me arrimo para besarle el cuello. Lo muerdo con suavidad.

—Quiero chupártela.

Él me agarra la mano antes de que llegue más lejos.

—Todavía no.

Suelto un bufido.

—¿Qué?

—Hacer que te sientas bien ha sido un favor —dice—. Si quieres tocarme, necesito algo de ti primero.

20
Sebastian

El ceño de Mia siempre es adorable, pero este, con las mejillas sonrojadas y el pelo revuelto, es el mejor de todos. Tiene unos morritos tan carnosos que me encantaría aceptar su ofrecimiento a chupármela, pero he llamado a su puerta sabiendo que sería la última vez que eludiría el tema de que somos amigos y ahora no puedo echarme atrás. Si no hubiera oído mi nombre, la habría ignorado. He hecho todo lo posible por olvidarlo y no mencionárselo nunca. Pero he oído mi nombre y he estado a punto de caer de rodillas en el pasillo al darme cuenta de que estaba pensando en mí.

Ella no me odia. Todavía me desea. Hasta que la oí, no sabía que tenía tanto miedo de haberlo echado todo a perder para siempre. Estropeé cualquier oportunidad que tuviéramos de tener algo más, pero ahora mismo, si ella admite que somos amigos, ignoraré mis sentimientos más profundos y estaré con ella del modo que ella quiera.

Ser amigo con derecho a roce de ella es mejor que tener una relación seria con cualquier otra persona. ¿Por qué me engañé a mí mismo sobre eso aunque fuera solo por un segundo? El desasosiego que me atenazaba el pecho se mitigó en el mismo instante en que la besé.

Puede que Mia Di Angelo no quiera ser mi novia, pero ¿por estos momentos? Es un precio que estoy dispuesto a pagar.

Cruza los brazos sobre el pecho. Eso hace que baje la mirada hacia sus tetas perfectas. Entonces se aclara la garganta (así que nada de mirarle los pechos ahora mismo, entendido) y si es posible, se pone aún más guapa mientras frunce los labios.

—Continúa.

—Si vas a tocarme, necesito que admitas que al menos somos amigos.

—¿Al menos?

Le retiro el pelo de los hombros, deslizando las yemas de los dedos por su clavícula. Esto es arriesgado, pero no puedo evitarlo.

—Sé que la historia no acaba ahí. Pero no voy a presionarte ahora.

Ella intenta agarrar la cintura de mi pantalón una vez más, pero la detengo chasqueando la lengua.

—Vamos. Te gustan las reglas. Esto es una regla.

Mia prácticamente rechina los dientes.

—Entonces, si admito que somos… amigos, ¿puedo chupártela?

—Puedes hacer lo que quieras —digo con una sonrisa—. Chupármela, pedirme que te folle hasta que grites, morderme tan fuerte como quieras; sé lo mucho que te gusta eso. Solo te gusta más cuando hago que duela un poco, ¿verdad, mi dulce niña?

Mia se muerde el labio inferior con los dientes delanteros.

—Eres ridículo.

Me encojo de hombros.

—O puedes darme las gracias por el orgasmo y volver a la habitación de Izzy.

—Has dicho que es más de medianoche.

—Eso podría haber funcionado hace tres meses, pero no ahora. Reconoce que somos amigos, Mia. No por Cooper y Penny; no debería haber dicho eso ayer. Somos amigos porque nos gusta pasar tiempo juntos, ya sea así o cenando como antes.

—Si tan seguro estás, ¿por qué tengo que decirlo?

—Un poco de comunicación directa nunca hace daño a nadie.

—Y una mierda que no —murmura—. ¿Desde cuándo un tío no quiere simplemente una mamada?

Espero, casi conteniendo la respiración. Si la he presionado demasiado y no lo dice, o si simplemente se va, no sé qué haré. Pero no puedo seguir así ahora que ha vuelto a mi vida. Si no me deja cuidarla hasta el final, vale. Me conformaré con cenar con ella, con animarla a que me hable de trabajo y aliviarle el estrés de forma juguetona. Seré su amigo y algo más para siempre, si eso es todo lo que me ofrece, y si más adelante hay una mínima posibilidad de que haya más entre

nosotros, ahí estaré esperando.

Mia parpadea. Me inclino hacia ella y le rozo la mejilla con los labios mientras acaricio su columna con la mano. Siento, más que veo, que se estremece.

—Vale —dice, con la voz amortiguada contra mi cuello. Me rodea con los brazos para que sigamos estando así de cerca, como si solo pudiera mantener esta conversación si no tiene que mirarme a los ojos—. Eres ridículo, pero somos amigos. —Se pone de rodillas delante de mí antes de que pueda detenerla —. ¿Ya puedo tocarte?

Le agarro la barbilla con los dedos y le levanto la cara. Presiono la yema del pulgar contra su labio inferior, justo en el medio.

—Gracias.

Sus manos recorren mis piernas, deteniéndose cerca de donde he estado deseando que me toque. Gimo y me acomodo mejor en el borde de la cama.

Ella sacude la cabeza.

—¿Alguna vez te han dicho lo rarito que eres?

Me inclino y le doy otro beso en los labios.

—Mis hermanos me lo dicen con demasiada frecuencia, pero me gusta más viniendo de ti.

—Claro que sí. —Me pasa la mano por el pantalón, imitando la forma en que yo la he excitado antes. Incluso el pequeño roce hace que mi polla palpite; ha sido una tortura ignorar lo excitado que estoy. Me baja el chándal y los calzoncillos a la vez y libera mi polla, dándole un tirón brusco que me hace jadear.

—Lo siento —murmura. Introduce la mano entre sus piernas, se la lubrica y me masturba, presionándome el glande con el pulgar.

Mis caderas casi salen despedidas de la cama. Ella suelta una carcajada. Sus ojos brillan en la penumbra.

—Alguien está impaciente.

Mi voz suena ronca cuando consigo articular palabra.

—¿Contigo en mi cama? ¿Quién coño podría culparme?

Se lleva el glande a la boca y lo chupa con suavidad. Entre la sensación de su cálida y húmeda boca y su mano moviéndose por mi polla, estoy al borde del

clímax en cuestión de segundos. Me introduce aún más en su boca muy despacio, centímetro a centímetro, hasta que no eyacular me resulta doloroso. Enredo la mano en su pelo, tirando tan fuerte que es probable que le duela. Mi cuerpo suplica a gritos que le permita levantar las caderas, tomar el control, pero no quiero hacerle daño.

Gimo, clavándole las uñas en el cuero cabelludo mientras traga. Mi respiración es rápida y entrecortada. Le echo la cabeza hacia atrás, incapaz de resistirme a metérsela un poco más adentro. Sus ojos se cruzan con los míos. Ella consigue asentir, y la inclinación de su barbilla le hace parecer arrogante, aunque soy yo quien la sujeta con firmeza.

Algo en lo más profundo de mi cuerpo se relaja al tener su permiso. La insto a que se aparte y me pongo de pie. En esta posición, la supero en altura. Mi cuerpo es todo músculo, esculpido hasta este punto gracias a años de entrenamiento de béisbol, y nunca me había alegrado tanto de ello como al ver el deseo tan evidente en su rostro al mirarme. Le rozo los labios con los dedos, resbaladizos por la saliva y el líquido preseminal, y como para compensar su mirada lujuriosa, intenta morderme.

Arrodillada, parece más baja de lo que es, con su oscuro cabello enredado cayendo sobre sus hombros desnudos. Una sonrisa se dibuja en sus labios, sin duda porque sabe que yo también la contemplo a ella.

—Tan delicada —murmuro, acariciándole la nuca.

Tal como esperaba, su sonrisa de satisfacción se convierte en un ceño fruncido.

—Vete a la mierda.

Dibujo la forma de su oreja.

—Solo digo lo que veo, ángel.

—No soy delicada. Y tampoco soy tu ángel.

Me enrosco su sedoso cabello alrededor de mi mano y tiro.

—Yo no he dicho que seas mía.

Sigue con el ceño fruncido, pero vuelve a meterse mi polla en la boca como si ya la echara de menos, tragando profundamente mientras respira por la nariz. Ahueco ambas manos sobre su nuca y empujo de forma tentativa. Cuando veo que puede con ello, aumento la intensidad. Puedo sentir que el clímax se propaga

desde mi ingle hasta los dedos de los pies. Dejo escapar un profundo gemido mientras establezco un ritmo pausado e indolente. ¿Cómo he podido vivir sin esto? ¿Sin ella?

—Eres increíble —jadeo. Quiero decir mucho más, pero ahora no puedo retener las palabras en mi mente. No mientras tengo a Mia arrodillada ante mí, masturbándome con su hábil boca.

Mia murmura. Las vibraciones hacen que mi estómago se tense aún más. Tiemblo por el esfuerzo de contenerme un momento más, pero entonces me clava las uñas en el muslo y me lleva al límite con un último embate.

—Joder —jadeo. Es demasiado tarde para apartarme, para darle la opción de otra cosa que no sea tragarse mi semen. La tengo tan cerca que noto la rápida elevación y el descenso de su pecho contra mis piernas.

Se traga hasta la última gota y se retira con un suave y húmedo sonido, como el descorche de una botella. Se limpia la comisura de los labios con el pulgar, pero es inútil. Tiene la barbilla cubierta de saliva. Agarro mi camisa y le limpio la cara antes de que pueda protestar.

Se pone de pie, respirando tan agitadamente como yo.

—Mierda —murmura.

Durante un momento, ella me mira y yo le devuelvo la mirada. Me siento exhausto, como si me hubiera librado del peso que me impedía conciliar el sueño. A pesar de estar cansado, mis extremidades están relajadas y mi corazón más ligero que en mucho tiempo. No puedo evitar sonreír, aunque estoy seguro de que está a punto de dar media vuelta y salir de la habitación. Decido tentar la suerte y la beso.

Ella suspira contra mi boca. Maldice de nuevo. Espero un segundo, luego dos. Siento mi sabor en sus labios.

Mia se aparta y se deja caer en mi cama.

—¿Mia?

Ella se arropa con la sábana.

—Ven aquí, idiota.

21
Mia

Acurrucada.

Estoy acurrucada con Sebastian Miller-Callahan.

Soy idiota.

Llevo varios minutos despierta y necesito ir al baño, pero estoy tan apretada contra Sebastian que no podría moverme aunque lo intentara. Tengo la cabeza apoyada en su pecho, sus anchos brazos me rodean la espalda y tiene una mano en mi culo. Los dos estamos desnudos y puedo sentir su polla, un poco erecta, contra mi vientre. No soy especialmente baja, pero esta postura me hace sentir diminuta.

Es el paraíso.

Es un infierno.

Él me oyó y vino a ayudarme. Y yo dejé que lo hiciera. Quizá fue la quietud de la noche que nos rodeaba, o la cena previa, aunque una sola copa de vino no pudo desinhibirme tanto. Dejé que me llevara a su habitación. Practicamos sexo, y había jurado no volver a hacerlo con él. El Proyecto OASMC se desmorona con cada momento que paso envuelta en su ridículo, encantador y posesivo calor. Si fuera una misión de la NASA, la declararían fallida y la archivarían junto a otros experimentos del pasado.

Me ha encantado cada momento. Su forma de sujetarme en su regazo, sus dedos contra mis dientes. Sentir su polla en la mano y luego en la garganta. Apenas podía respirar mientras me follaba la boca y fue tal y como yo quería. Me llamó delicada, pero no actuó como si lo creyera.

Estoy segura de que no piensa eso. Solo disfruta tocándome las narices. Debería estar cabreado conmigo, y con razón. En cambio ha conseguido que admita que somos amigos, mientras me ayudaba a desfogar todo ese deseo con el

que yo sola no puedo. Y tuvo el descaro de sonreírme como si yo fuera una preciosa estrella y no un agujero negro.

Frunzo el ceño contra su pecho.

Al menos esta noche tendré otro lugar donde quedarme. Podré volver a evitarlo, y tal vez esta vez funcione. Luego llegará el otoño, aguantaré un semestre viéndolo cuando esté con Penny, y para cuando vuelva de estudiar en el extranjero, él ya se habrá graduado.

Algo se retuerce en mi vientre y tira de mí.

Yo no quiero eso. No quiero que sea un extraño.

Pero todos queremos cosas que no podemos tener.

Es mejor que aprenda a odiarme ahora y no después de haberle entregado mi corazón. Cualquier futuro con él terminaría como el de mi hermano y su mujer. Mis abuelos. Mis padres. Estaríamos juntos, haciéndonos desgraciados. Sé que sería demasiado terca para poner en peligro mi carrera por la suya, o para irme si las cosas no funcionaran. Sebastian ya ha demostrado ser un cabezota igual de testarudo. Nos destrozaríamos hasta que no quedara nada.

Le arruinaría la vida.

Lo primero que tengo que hacer es irme ya. Lo de anoche no debería haber pasado, y desde luego no puede volver a suceder.

Me zafo de sus brazos con cuidado.

Se despierta justo cuando me estoy poniendo los pantalones.

—Buenos días —dice, bostezando.

Me pongo la camiseta, procurando que mi voz suene neutra, aunque la suya suena ronca por el sueño y más sexi que el pecado.

—Hola.

Mira su móvil con los ojos entrecerrados.

—Apenas son las seis.

—Tengo que llegar temprano al laboratorio.

—Vale, pero deja que te prepare el desayuno.

Me sujeto el pelo detrás de las orejas mientras busco mi móvil, pero sigue en la habitación de Izzy, junto con el resto de mis cosas. Tengo que recoger mis cosas para estar lista para irme más tarde.

—No hace falta.

—Necesitas comer.

Salgo disparada hacia la puerta.

—Me comeré una de esas barritas de proteínas.

—Eso no es comida —me dice, alzando la voz para que aún le oiga en el pasillo.

Cojo la bolsa y empiezo a meter cosas en ella. La dejaré en el coche y ya veré qué hago con el resto esta tarde.

—Mia.

Levanto la vista a mi pesar.

—¿Qué?

—¿Qué estás haciendo?

Sebastian está de nuevo en la puerta, con los brazos cruzados sobre el pecho, solo con los calzoncillos. Tiene el pelo muy alborotado, pero eso no merma la atracción que me atraviesa el estómago al verlo. Me humedezco los labios, distraída por su pecho. Es tan ancho que podría aferrarme a él como un ridículo koala.

En lugar de eso, engancho un par de vaqueros y los aplasto hasta hacerlos una pequeña bola en el fondo de mi bolsa.

—Recogiendo mis cosas.

—No tienes que irte.

—La verdad es que sí. —Me enderezo, con la bolsa en las manos—. Tienen un dormitorio listo para mí.

Ese aire relajado desaparece de su cuerpo. Se endereza, dejando caer las manos a los lados.

—¿Qué?

—Me enviaron un correo ayer.

—¿Y no me lo dijiste?

—Tampoco es que esto fuera permanente. —Respiro hondo—. Gracias por dejar que me quede aquí unos días. Te lo agradezco.

—Somos amigos —dice—. Tú lo has dicho.

—Lo somos. Pero lo de anoche no fue algo propio de… amigos.

Él traga saliva, haciendo que su nuez se mueva. Es más fácil fijarse en esos detalles que en la expresión de su cara.

—Lo siento —dice—. Si te empujé a hacer algo que no querías hacer. Creía que…

—No —digo, cortándole—. No es eso. Sí que lo deseaba. Es que…, te mereces…

—No me digas lo que merezco. —Da un paso hacia mí. Sujeto la bolsa contra mi pecho a modo de escudo—. Sé lo que merezco, que es lo que quiero. Y lo que quiero es que formes parte de mi vida, sea como sea. ¿No quieres que yo también forme parte de la tuya?

Trago saliva. Su mirada es un infierno. Me está matando, pero no puedo apartar la mirada.

—Vete a la mierda, Sebastian —susurro.

Él parpadea. Sus ojos se cierran y las emociones que se arremolinan en sus profundidades se apagan.

—Sé sincera y dime que no me quieres en tu vida y te dejaré en paz para siempre. Olvídate de que seamos amigos. Ni siquiera tendremos que hablar.

—No debería haber dicho que sí a esa cita. —Giro la cabeza, buscando una distracción, pero no hay nada más que el escritorio de Izzy, ahora abarrotado con mi ordenador, un bloc de notas y montones de artículos a medio terminar. Tengo que seguir adelante. Continuar con la mentira porque es por su propio bien—. Siento haberte hecho creer que quería más.

Sebastian suspira.

—¿Por qué sigues mintiéndome, Mia? ¿Por qué sigues mintiéndote a ti misma?

—Pero quiero conocerte. —Las palabras salen de mí como un puñetazo—. Quiero formar parte de tu vida, y que tú formes parte de la mía.

Él se acerca de golpe y me besa. Mi cerebro sufre un cortocircuito al sentir sus labios contra los míos, pero cuando vuelve a funcionar, no puedo evitar devolverle el beso.

Después de un largo momento, me arde el pecho por la falta de aire. Me aparto, resollando.

—Pero esto no es lo que querías.

—Quiero conocerte, de la forma que sea.

—Si volvemos a como estábamos antes…

—Sí —murmura bruscamente—. Sí, joder, me parece bien. Pero deja de ignorarme. Y quédate aquí. Es mejor que un dormitorio y puedes tener todo el espacio que necesites para trabajar.

Me besa de nuevo y me enmarca el rostro con las manos, cortando de raíz toda protesta. Tiene razón, esto es mejor que un dormitorio, y aunque sea una mala idea quedarme y encariñarme aún más, es demasiado tentador como para dejarlo pasar. Ya se me ocurrirá algo. Encontraré una nueva forma de mantener el Proyecto OASMC en marcha.

—Vale —digo.

Se echa hacia atrás para brindarme una sonrisa, tirándome del pelo.

—Te prepararé almuerzos para la semana —dice—. Nada de barritas de proteínas a menos que sean tentempiés.

22

Mia

13 de mayo

PENNY

Perdona, ¿qué?

Sé que lo has leído bien.

Estás con Sebastian. Estás en la casa con SEBASTIAN.

… ¿Cuándo volvéis?

Ni siquiera querías hablar de él, mucho menos estar cerca de él.

Dormitorio inundado, botas destrozadas.

Por desgracia, él era la mejor opción.

Que sepas que te estoy mirando con los ojos entrecerrados.

A distancia.

¿Puedes sentirlo?

Estoy poniendo los ojos en blanco.

Así que puedes sentirlo.

¿Lo sabe Cooper?

Ni idea.

Ten cuidado.

O no, ya sabes.

No hagas que me arrepienta de habértelo contado.

Seb es buen tío.

Esto sería bueno para ti.

No está pasando nada.

Claro, lo que tú digas.

14 de mayo

¿La chaqueta también, Callahan?

SEBASTIAN

No puedes quedarte solo con las botas y no con la chaqueta.

Deja que te la pague.

¿No sabes cómo funcionan los regalos?

15 de mayo

Buena suerte en el partido.

SEBASTIAN

:)

Espero no volver muy tarde.

Si es así, me voy a la cama.

Nada de entradas extra, lo pillo.

17 de mayo

Gracias por el almuerzo.

Puede que me salve la vida ahora mismo.

Aunque quiera lanzárselo a la cara a Alice.

SEBASTIAN

¿Un mal día?

No es el trabajo, es toda la mierda que lo rodea.

Ella etiquetó mal algunos datos, así que desbarató por completo mi modelo.

Pero no sé cómo, la culpa es mía.

De todos modos, gracias. ¿Qué es? Está delicioso.

Chana masala.

He hecho mi propio pan *naan* antes, pero ahora no tengo tiempo.

20 de mayo

SEBASTIAN

¿De verdad jugabas al sóftbol?

Era pícher.

No me puedo creer que nunca me lo hayas contado.

Siento que estoy hablando con otra persona.

Ja, ja, ja

No he dicho que fuera buena.

Venga ya.

Era… pasable. Tuve un buen lanzamiento.

Tienes que enseñármelo algún día.

21 de mayo

SEBASTIAN

Volveré tarde esta noche. Voy a salir con algunos del equipo.

De todas formas, esta noche tengo acceso al observatorio.

¿Dónde te busco después?

No hagas preguntas con una respuesta obvia.

No estaba seguro de que fuera tan obvia.

Me pondré ese conjunto que te gusta.

¿El de encaje azul o negro?

22 de mayo

¿Doctora Ellie Arroway? ¿En serio?

SEBASTIAN

Sé cuánto admiras a Jodie Foster.

¿Has visto *Contact*?

No.

Pero añadámoslo a la lista.

No voy a ir al partido.

Dejaré una camiseta fuera por si acaso.

Espera, ¿qué lista?

Una lista de películas para ver.

Juntos.

¿Es algún tipo de código?

Por desgracia, yo no hablo binario como tú.

Eres lo peor.

Ya lo sabes.

Empezamos con un clásico.

No se puede luchar contra ella.

Vale, ¿con cuál?

Le llaman Bodhi.

Obviamente.

¡Joder!

Lo sabía, te encantan las películas de los 90 como a mí.

¿Quién puede resistirse a Patrick Swayze?

En mi caso, es por el surf y el homoerotismo.

No se me da nada mal el surf, ¿sabes?

A Cooper se le da de pena.

Lo cual resulta cómico.

Por favor, dime que tienes un vídeo.

23 de mayo

SEBASTIAN

Añado *Clueless* a la lista de pelis.

¿Por qué?

Ya tenemos muchas películas de acción.

¿Por qué ver una película sin acción?

Si quisiera ver a gente hablando, me sentaría en el patio.

Una mujer como yo.

Sigo añadiéndolo a la lista.

Estoy poniendo los ojos en blanco. Para que lo sepas.

Cuando estés lista, tengo la lista y una receta de palomitas de maíz para morirse.

¿Desde cuándo se necesita una receta para las palomitas?

Yo hago las cosas bien.

Ya deberías saberlo, ángel.

No.

Oye, tenía que intentarlo.

Buena suerte en el partido fuera de casa.

24 de mayo

Mi puñetero vibrador se jodió en la inundación.

Y odio lo dramático que ha sonado esto.

SEBASTIAN

¿Es una invitación?

Puede.

Es claramente una llamada para echar un polvo.

Uf.

:)

Estaré en casa en diez minutos. Acabo de salir de la instalación.

Quiero que tengas el coño bien mojado, preciosa.

23
Mia

Me instalo en el banco, suspiro hondo y busco mi almuerzo en el bolso. Después de una larga mañana pegada al ordenador, la luz del sol y el aire fresco me sientan bien, aunque no haya conseguido una buena mesa junto al estanque. Antes de conocer a Sebastian, probablemente me habría comido una barrita de proteínas en la mesa y me habría dado por satisfecha. Sin embargo, desde hace una semana y media, me pone en las manos un almuerzo empaquetado con esmero antes de que pueda escaparme por la mañana. El primer día fue un sándwich de pavo con crujiente lechuga y mayonesa picante. El segundo, fideos fríos con pollo y salsa de sésamo. Hoy es una ensalada griega, con el aliño aparte en un recipiente para que la lechuga no se empape, y tostones de pan pita. Incluso ha incluido un *brownie*, que estoy casi segura de que ha hecho él mismo.

No pensé que tuviera tiempo, pero se despierta mucho durante la noche.

Desde que rompí esa barrera y volvimos a como estábamos antes, paso la noche en su habitación. Tengo toda la intención del mundo de dormir en la habitación de Izzy, pero entonces me besa y resulta imposible resistirse al áspero roce de sus dedos en mi cintura y a sus suaves labios contra los míos. Sin embargo, a diferencia de antes, vivimos en la misma casa, así que cuando acabamos, no hay adónde ir. Ni dormitorio en una residencia, ni excusas para huir. Me duermo en sus brazos, pero la mayoría de las veces me despierto un par de horas más tarde, sola salvo por el gato.

Por lo general, la luz se derrama desde la cocina hasta la oscura sala de estar, pero no me he atrevido a ir a sentarme con él. Una cosa es dejarlo volver a mi vida y otra permitirme intimar con él de nuevo. Darme por enterada de este problema suyo llevaría de forma inevitable a otro nivel de intimidad, algo más profundo que el deseo físico. Fracasé en lo que respecta al deseo, pero puedo

mantener los sentimientos a raya.

Vierto el aliño sobre la ensalada y pincho con el tenedor.

Puede que él diga que se conforma con que seamos amigos con derecho a roce, pero se merece más que eso. Un momento de debilidad, y bien podría ser marzo otra vez. Es egoísta de mi parte, pero tenerlo me gusta tanto que solo quiero aferrarme con más fuerza a él. No hemos vuelto a tener sexo con penetración, pero hemos disfrutado mucho con otras cosas. ¿Cómo se supone que voy a mantenerme alejada cuando estar cerca de él hace que sienta mariposas en el estómago?

Quizás haya conseguido salir de su órbita para cuando Penny regrese de su viaje. Ella sabe que me estoy quedando con él, pero desconoce todo lo demás.

Me meto un bocado de ensalada en la boca mientras miro el móvil. Tengo un mensaje de Giana sobre el nuevo novio de nuestra prima Raquel. Le respondo y luego paso el pulgar por el contacto de Sebastian.

Izzy me llama antes de que pueda decidirme a enviarle un mensaje.

Cuando acepto la videollamada, no puedo evitar sonreír al verla. Lleva un vestido amarillo de verano con manga acampanada, y de algún modo, algo tan atrevido le sienta bien. Una diadema a juego le sujeta el pelo. Sus ojos azules brillan mientras me saluda con la mano. Es la tercera vez que me llama en tres días. No sé cómo ha decidido que soy la persona con la que quiere hablar en su hora de comer, pero no me importa.

—Hola —me dice—. ¿Qué estás comiendo?

Levanto el recipiente de la ensalada.

—Cortesía de Sebastian.

Ella levanta su propia ensalada.

—Ni siquiera sé por qué me he pedido esto. Siempre me emociono por comer sano, y luego empiezo a comer y se me hace eterno, ¿sabes? Me siento como un conejo.

Miro mi ensalada con el ceño fruncido.

—Tienes razón. Voy a tener que llevarme la mitad a mi mesa.

—A tu cueva, querrás decir.

Pongo los ojos en blanco.

—Claro.

—Todavía te prepara la comida —dice—. Interesante.

—No sé ni cómo tiene tiempo para todo. —Le enseño el *brownie*—. Creo que los ha hecho él mismo, así que tu mezcla para *brownies* aún está en la despensa.

—Solo saca los dulces para la gente que le cae bien. —Menea las cejas—. Y hablando de…

—No —la interrumpo—. Somos amigos. Eso es todo.

—Parecía sospechosamente feliz cuando me llamó el otro día.

—Lo cual no tiene nada que ver conmigo. —Mantengo una expresión neutra, aunque mi mente se complace en proporcionarme imágenes de las últimas noches. Hemos retomado nuestra vieja rutina tan rápido que es difícil recordar por qué le puse fin. De una forma u otra, acabamos en la cama. Anoche, nos enrollamos en la ducha, y después, me devoró hasta que estuve a punto de llorar. Lo odié y me encantó a partes iguales, y por sus bromas sé que él se dio cuenta.

Me lanza una mirada, pero no me desmiente.

—Pensaba ir a uno de los partidos contra Binghamton. Probablemente al último, si puedo escaparme. ¿Te apuntas?

—Me ha estado dejando entradas para los partidos —admito. Me abstengo de mencionar que dejó la última a nombre de mi personaje favorito de Jodie Foster. Que yo sepa, nunca ha visto *Contact*, lo que significa que se ha puesto a investigar. Quiere que la veamos juntos, pero si lo hacemos, tendríamos que verla de verdad, no usarla como excusa para enrollarnos. Jodie se merece algo mejor.

—Interesante —vuelve a decir, y luego ladea la cabeza—. ¿Has ido?

—Estoy intentando entrar en un programa de estudios en el extranjero muy competitivo —digo sin rodeos.

Ella suspira.

—Mia. Admiro tu concentración, pero eres algo más que un genio del espacio.

—Tampoco es que estemos saliendo —replico—. No tengo que ir.

—Pero tú quieres. —Al ver que no la contradigo de inmediato, sonríe con satisfacción, como si acabara de sacarme una confesión. Puede que esté decidida a dedicarse a la organización de eventos, pero quizá debería plantearse ser

abogada. Podría ser una Elle Woods en la vida real—. No pasa nada por admitir que quieres.

—¿De qué lado estás?

—Del lado del amor.

Pongo los ojos en blanco.

—No puedes trabajar sin parar.

La primera vez que hablamos, pensé que esto era mejor que confesarme con Penny, pero ahora no estoy tan segura. La tenacidad de Izzy no tiene límites.

—Puedo hacerlo si me tomo en serio la preparación de este simposio.

Izzy se queja y se deja caer en la silla. Parece que está en su despacho, con portadas de revistas nupciales enmarcadas en la pared. Si yo tuviera que ayudar a alguien a planear bodas todo el día, me volvería loca.

—Eres una aguafiestas —dice—. Nadie va a pensar que estás enamorada hasta las trancas porque vayas a un partido de béisbol y le animes. Lo único que tienes que hacer es no ponerte su camiseta.

Aunque no llevara su camiseta, mi presencia sería como entrar en la cocina a las dos de la mañana. Una invasión de un espacio al que no pertenezco, aunque duela admitirlo. No puedo burlarme de él ni de mí misma con cosas que no podemos tener.

—Tal vez —digo, sobre todo porque es más fácil darle la razón.

Supongo que, técnicamente, podría fingir que solo soy fan del equipo de béisbol de McKee. Ella hace que todo parezca tan fácil, y para ella, la mayoría de las cosas lo son. Es posible que esté siendo injusta, pero ¿desde cuándo algo le resulta difícil a Izzy Callahan?

—Nada de tal vez, solo compromisos en firme —concluye con una sonrisa.

—Voy a ir a este partido contigo, Cooper y Penny pueden venir si han vuelto para entonces, y tomaremos algo antes porque me gusta más el béisbol cuando estoy un poco pedo. Va a ser increíble.

24
Sebastian

—Bueno, ¿qué? —pregunta Hunter mientras lanza la pelota en mi dirección—. ¿Ahora estáis juntos?

Atrapo la pelota con el guante y se la devuelvo. Yo juego en el jardín izquierdo, Hunter en el central y Levine, un veterano con muy buena puntería, en el derecho. Formamos un buen equipo. Llevamos un par de temporadas jugando juntos y eso se nota. La comunicación es importante en todas las posiciones, pero el campo exterior tiene su propio ritmo. Tenemos que estar pendientes los unos de los otros para hacer jugadas, apoyarnos cuando sea necesario y evitar entorpecernos.

En mi primer partido en McKee, perseguí una bola alta, pero me olvidé pedirla, y Hunter y yo (ambos novatos muy atentos), chocamos y acabamos en el suelo. Lo que más dolió no fueron las tres carreras que anotaron ni el codazo accidental en el estómago que me dio Hunter, sino la mirada de exasperación que nos dirigió el pícher, un veterano que sin duda ya estaba harto de los novatos de ese año.

No he vuelto a cometer ese error, pero lo sigo recordando muy a menudo. Una vez soñé con ello, pero luego dio paso mi pesadilla habitual.

Hunter da un par de pasos hacia atrás, aumentando la distancia entre los dos. El entrenador Martin ha decidido utilizar el doble entrenamiento de hoy para simular primero un partido y luego acabar analizando las grabaciones. Hemos estado lanzando la pelota de un lado a otro, esperando a que el pícher calentara para poder empezar el partido.

Hablamos mucho cuando nos lanzamos la pelota, pero cuanto más se aleja, más tenemos que alzar la voz para mantener la conversación. Vale que le cuente a Hunter lo que está pasando con Mia, pero prefiero no contárselo a todo el

equipo. Muchos de los chicos no saben quién es y, sinceramente, tampoco les importa mucho, pero mencionar su nombre hará que Rafael, que está en la tercera base, preste atención. También Julio, que está en la primera base.

Observo mientras atrapa una bola baja, se la lanza rápidamente a Raf en la otra punta del campo y luego recibe un buen lanzamiento del pícher. El entrenador Martin está viendo si uno de los pícheres novatos, que regresa de una lesión, vuelve a estar al nivel. Si no…, bueno, podría ser una media entrada dura, una vez que empecemos.

Atrapo la pelota que Hunter lanza hacia mí. El sol reina en el cielo, pero mis gafas de sol me protegen de su resplandor.

—Es complicado.

—¿Qué es esto, el Facebook de 2013?

Me encojo de hombros.

—Es la verdad.

Hunter escupe y se coloca bien la gorra. Espero a que termine antes de devolverle la bola. La atrapa limpiamente y corre hacia mí. Me pone la mano en el hombro.

—Sabes que no tienes que hacer lo que ella quiera.

—Es lo que quiero.

—Lo que querías era una buena cena. Con velitas y esas cosas.

Le arrebato la pelota del guante.

—Vamos. Si el entrenador nos ve holgazaneando, nos echará la bronca.

Pero Hunter no se aparta. Mira al diamante y luego a mí, entrecerrando los ojos a pesar de la gorra de béisbol.

—¿Cómo ha pasado?

—Se ha estado quedando en mi casa. —Lanzo la pelota al aire y la atrapo con las manos desnudas, ya que Hunter se niega a alejarse para atraparla como es debido—. Y seguirá quedándose conmigo. Es un lugar tranquilo para que trabaje.

—No es responsabilidad tuya proporcionarle eso.

—Quiero hacerlo.

Él sacude la cabeza.

—Ten cuidado, tío. Es todo lo que voy a decir.

—Forma parte de mi vida. —Me entran ganas de sonreír al decirlo, pero consigo contenerme. Después de semanas de lluvia y oscuridad, ahora el sol vuelve a mi vida. Puede que no sea exactamente como yo quiero, pero es suficiente. Si Hunter no lo entiende, no puedo obligarle a que lo haga—. De todas formas, ella estaría en mi vida, y así me gusta más.

—¡Kirby! ¡Callahan! ¡Basta de cháchara!

Miro a Hunter.

—Buen trabajo.

—¡Entendido, entrenador! —Mientras corre de nuevo a su posición, suelta un bufido—. Un lugar tranquilo para trabajar, claro.

Me pongo la gorra en la cabeza, me ajusto el guante y lo golpeo con el puño en el centro dos veces. Me gustaría seguir pensando en Mia, pero el pícher está listo para empezar.

Es fácil dejarse llevar por el ritmo del juego. La gente me ha preguntado en alguna ocasión si me aburro en el jardín, pero nunca me he sentido así, ni siquiera de pequeño. El béisbol no es un movimiento continuo. Se trata de estar al acecho, listo para actuar en el momento justo, y esa expectación me mantiene siempre alerta.

Dos horas y media después, salgo del campo con las rodillas manchadas de hierba, una quemadura de sol en la nuca y el ceño fruncido.

Un fotógrafo.

En el entrenamiento.

Por mí.

Es totalmente ridículo, porque solo estábamos jugando un partido de entrenamiento y, además, no es que yo sea una celebridad. No hay razón para fotografiarme en ningún lado, y menos en un entrenamiento aleatorio entre semana. Se coló por la valla e hizo un montón de fotografías, y aunque al principio estábamos confusos, no tardó en quedar claro en quién se centraba. El entrenador salió a hablar con él, pero estaba lo bastante lejos de la propiedad del campus como para que no pudiera obligarlo a marcharse.

Me negué a mirarlo, pero sentí el objetivo de la cámara todo el tiempo. Me recordó a los fotógrafos que vinieron al funeral de mis padres.

Me arriesgo a echar un vistazo por encima del hombro al llegar al banquillo. Ya no está, se habrá ido a enviar las fotografías a cualquier publicación que las quiera.

Hijo de puta.

—Sebastian —dice el entrenador. Mis oídos se agudizan al oír mi nombre de pila—. Quédate un momento, ¿vale?

—¿Por qué Miller anda con cara larga? —murmura Ozzy al pasar—. Él sabe dónde se está metiendo.

—Vamos, hombre —dice Hunter.

—¿Qué? —dice Ozzy—. Seguro que él ha pagado al fotógrafo.

Lo fulmino con la mirada. Él se limita a sonreír y me saluda con descaro. Consigo no poner los ojos en blanco, aunque a duras penas.

No es que llamarme Miller sea despectivo, pero los chicos saben que uso el apellido Callahan. Es como si insistiera en llamar Oswaldo a Ozzy aunque sé que odia su nombre completo. Su valor en el *draft* no es tan elevado como el mío, y lleva picado por eso desde el comienzo de la temporada. El *draft* de la

MLB es más impredecible que, por ejemplo, el de la NFL. En el caso de James, fue asombroso que llegara alto en la primera ronda. Es un honor saber que los equipos creen que merezco una gran inversión inicial, pero tal y como van las cosas, es posible que Ozzy y yo acabemos en las ligas mayores al mismo tiempo, dentro de un par de años. Todos, hasta los jugadores universitarios con más talento, juegan unas cuantas temporadas en las ligas menores. Aprender a golpear la bola curva de las grandes ligas no es moco de pavo.

—¿Por qué no nos das su nombre y así podremos estar prevenidos la próxima vez? —dice Ozzy.

—Perrin —advierte el entrenador—. Sigue así y te pongo a dar unas cuantas vueltas alrededor de las bases.

Ozzy se calla, pero su irritación es palpable durante la reunión posterior al partido. Cuando el entrenador manda a todos los demás a los vestuarios para que se aseen y descansen antes de la segunda parte de nuestro doble entrenamiento, yo me quedo en el banquillo, contemplando el campo vacío. Hunter también se queda. Me da una palmada en la espalda con tanta fuerza que me escuece.

—¡Ay! —digo con sequedad.

—Ni caso —dice—. Siempre ha sido gilipollas.

—¿Eso no tenía nada que ver con la entrevista? —pregunta el entrenador Martin.

Lo miro por encima del hombro.

—No, señor. Eso no ocurrirá hasta que juguemos contra Binghamton aquí en casa.

—¡Mierda! —Se frota la barba mientras suelta un suspiro—. Hablaré con la universidad, a ver qué sugieren que hagamos.

Aunque Richard es uno de los hombres más conocidos de Estados Unidos, Sandra y él se han esforzado mucho por mantener eso separado de su vida privada con nosotros. No me había dado cuenta de lo normal que era todo en mi vida, independientemente del intenso programa de entrenamiento, hasta que llegué a la universidad. Me deshice de todas mis redes sociales al mes de empezar en McKee. Con el tiempo, Izzy me convenció y me hizo un Instagram público, que tiene exactamente dos fotos, ambas mías de uniforme en el campo.

Nunca lo uso, así que no tengo ni idea de por qué tiene miles de seguidores. La idea de parecerme en algo a James, que ya ha tenido que pedir un par de órdenes de alejamiento para protegerlo a él y a Bex, me resulta aterradora. No quiero ese tipo de futuro.

Solo soy un jardinero izquierdo con un buen *swing*. No soy digno de un reportaje en una página web de cotilleos deportivos, o dondequiera que vayan a parar estas fotografías. Ese fotógrafo solo quería mi foto, no la de Ozzy, ni la de Hunter, ni la de nadie más, porque mi padre biológico era Jacob Miller y mi padre adoptivo es Richard Callahan.

Richard se va a pillar un buen cabreo cuando se entere de esto.

—Gracias, señor —le digo al entrenador—. Lo siento.

—No tienes nada de qué disculparte. —Se acerca y me da un apretón en el brazo para tranquilizarme—. ¿Entiendes? Deberían saber que no pueden hacer este tipo de cosas. El Departamento de Deportes no lo permitirá.

—¿Irá a peor?

Suelto las palabras antes de pensarlo mejor, con la cara ardiendo. Miro el suelo polvoriento del banquillo. Es ridículo quejarse. No me extraña que toda esta situación molestara a Ozzy. Pobre de mí, tan talentoso y privilegiado que la gente actúa como si ya estuviera jugando en las grandes ligas.

Al menos aún me queda una temporada universitaria después de esta. Una temporada más jugando con los compañeros de equipo a los que he llegado a querer en un lugar en el que me siento cómodo. El *draft* me ha estado atormentando, pero mi futuro aún no ha llegado.

—No lo sé —dice despacio el entrenador Martin—. Esa sería una pregunta mejor para Richard. Pero sí sé que el talento conlleva el escrutinio y tú tienes talento de sobra.

—Me encanta el béisbol, pero todo lo demás…, no puedo con eso.

—Claro que puedes —repone—. Puedes hacer cualquier cosa que te propongas, eso nunca va a ser un problema para ti. Te conozco, Sebastian. No eres de los que salen corriendo. Agachas la cabeza y trabajas duro. Céntrate en lo que importa: prepararte para el siguiente partido.

Debería ser así de fácil. Desde luego, Richard hace que lo parezca, y mis

hermanos y mi hermana también. Cuando Izzy está en plena temporada de voleibol, nunca se obsesiona con los errores ni con los puntos perdidos.

Antes era más fácil ignorar lo superfluo. Pero ¿qué pasa cuando está justo al borde de la valla, apuntándote a la cara con una cámara? ¿Y con los compañeros de equipo que te llaman por el apellido que por derecho deberías seguir usando, aunque lleves años formando parte de otra familia? ¿Y si cuando te miras al espejo es tu padre quien te devuelve la mirada?

¿Y si mientras tanto sueñas con otra cosa?

A lo largo de los años he deseado muchas veces pasar más tiempo con mis padres. Solía jugar a un juego yo solo en el que negociaba en silencio. Nunca volvería a hablar con Cooper si eso significara mantener otra conversación con mi padre. Nunca aceptaría otro abrazo de Sandra si así volvía a oler el perfume de mi madre. Me criaría con los parientes lejanos de mi madre en vez de con los Callahan, si antes pudiera estar cinco minutos más con mis padres.

Ahora mismo, lo que más deseo es volver a hablar con mi padre.

Pero como no tengo esa opción, una vez que el entrenador nos envía a Hunter y a mí a los vestuarios para que nos duchemos antes de la segunda parte del entrenamiento, llamo a Richard.

25
Mia

Después de cenar, mi intención es encerrarme en la habitación de Izzy durante la noche. Sebastian dejó una bandeja de pasta al horno en la nevera; comí un poco de pie en la encimera. Apenas esperé a que se enfriara antes de ponerme a comer.

Luego me arrastré escaleras arriba, me permití quince minutos justos para navegar por Instagram y me senté con mis rotuladores y bolígrafos. Durante las últimas tres horas he estado haciendo anotaciones en artículos para la mesa redonda de mañana con la profesora Santoro y el resto del equipo. Alice me lo ha recordado hoy varias veces para asegurarse de que tenía algo útil que aportar. Yo me he limitado a decirle que se centrara en su propio análisis, lo que seguro que no me ha hecho ganar puntos con ella.

Pero en cuanto veo los faros en la entrada, dejo el rotulador. No le mentí a Izzy la última vez que hablamos. No estamos saliendo. Pero eso no significa que no sea consciente de Sebastian cada vez que está cerca. Aún me queda un artículo y medio por leer, y puede que si no lo veo ahora mismo consiga no meter las manos en la masa, pero a pesar de esos pensamientos tan racionales que me cruzan por la cabeza, me veo bajando las escaleras a toda prisa.

Llego al último escalón mientras él abre la puerta.

Una parte de mí, mayor de la que me gustaría, quiere lanzarse a sus brazos. Consigo contenerme y en su lugar meto las manos dentro de las mangas de la sudadera. Durante medio segundo, nos sonreímos. Es ridículo, pero me siento como un ama de casa de una película antigua. «Hola, cielo».

—Seb…

Me aprieta contra la puerta principal, haciendo fuerza para cerrarla, y me besa hasta dejarme sin aliento. Sabe a bálsamo labial y a sudor. El aire del atardecer

sigue pegado a su piel, ligeramente fresco. Me deshace el moño y tira de unos mechones mientras me muerde el labio inferior.

Besar a Sebastian me da hambre. No de comida, ni de aliento, ni siquiera de él. Mi alma se expande, anhelando algo en el horizonte. Algo que puedo saborear en sus besos, sentir en sus manos y percibir en el aire como un espejismo.

Hace un ruido sordo al separarse, y cuando se inclina de nuevo hacia mí, lo atraigo con fuerza por el cuello, lamiéndole la garganta antes de volver a buscar sus labios. Solo lo suelto cuando me arden los pulmones, y aun así, alargo la mano y entrelazo mis dedos con los suyos.

Solía odiar los besos, pero algo cambió cuando él apretó sus labios contra los míos por primera vez. Era un crudo día de enero, se me habían caído los guantes en un charco fuera de la biblioteca y tenía el móvil lleno de mensajes suyos. Cuando me sonrió entre las estanterías, no pude evitarlo, algo se rompió dentro de mí, y lo arrastré al espacio privado más cercano; una vieja sala de seminarios escondida en la quinta planta de la biblioteca. Estaba en silencio y hacía un par de grados más de lo debido. Sentí el deseo en ambos, que se iba saciando poco a poco con cada beso.

Ahora, me aprieta los dedos mientras me sonríe.

—Yo también me alegro de verte.

Me enderezo y me echo el pelo por encima del hombro. Siento unas ganas locas de darle otro beso, pero no me muevo de mi sitio.

—Seguro que te mueres de hambre.

La mirada que me dirige me hace sentir desnuda, a pesar de que llevo una sudadera y unos *leggins*.

—No me vendría mal comer algo.

Logro componer una expresión que espero que sea lo bastante severa, aunque el estómago me da un vuelco. No creo que se haya duchado antes de volver a casa, y me estremezco solo de pensar en enredarme con él mientras saboreo la sal de su piel.

—La pasta que hiciste.

Finge pensárselo.

—No. Voy a empezar por el postre.

Me coge en brazos y sube las escaleras.

—¡Sebastian! —Me retuerzo, o al menos lo intento, ya que es demasiado fuerte. Cuando le pellizco, él se limita a sonreír.

—Mia —repite, con cierta diversión en la voz—. No puedes saludarme con este aspecto y esperar que no haya consecuencias.

Me deja en el suelo delante de la puerta de su habitación. Me miro.

—Tienes ojos, ¿verdad? ¿Deberíamos ir a que te los revisen?

—Siempre estás guapa —dice.

Me ruborizo lo suficiente como para no tener más remedio que ocultarlo con un beso. Él suelta un gemido de aprobación y me hace entrar en su habitación mientras me mordisquea el labio. Tironea de mi sudadera, así que me la quito por la cabeza y la dejo caer al suelo. Me bajo los *leggins* mientras él se despoja de la ropa y la tira al cesto. Vuelvo a sus brazos. El roce de sus manos en mis caderas me produce un calor intenso en el vientre. Cuando nos besamos, es menos frenético que antes, más exploratorio.

Aun así, me empuja a su cama. Reboto una vez y me incorporo sobre los codos para admirarlo. Me pregunto si al besarme siente las mismas cosas que yo. Cuando me mira, ¿siente ese mismo intenso e inagotable deseo?

Por la oscura promesa en sus ojos, creo que sí.

—Recuéstate, cariño.

Hago lo que me dice y trago saliva mientras miro al techo. Yo he sido quien ha puesto esto en marcha en el momento en que he salido de la habitación de Izzy.

Si de verdad quiero mantener las distancias, tendría que establecer límites.

Tengo que esforzarme más.

Solo que…, esta noche no.

Me atrapa debajo de él y me besa mientras recorre mi costado con una mano. La posa en mi muslo, amoldándola de forma posesiva al tiempo que con el pulgar roza la suave piel del interior. Creo que dice algo, pero no puedo concentrarme en eso, no cuando de repente está tan cerca de tocar mi sexo.

Se me encogen los dedos de los pies ante la expectativa de ese contacto y puedo sentir cómo se intensifica mi excitación, que se disparó en el momento en que nos besamos.

Él desliza la lengua sobre la mía. Le clavo las uñas en la espalda y levanto las piernas para rodearle las caderas. Me da otro beso abrasador en los labios antes de descender por mi cuello y mi pecho. Deposita un reguero de besos hasta llegar a mis pechos, metiéndose un pezón en la boca mientras me pellizca el otro. Arqueo la espalda, esperando sentir un contacto mayor, pero en lugar de eso, él desliza la boca por mi vientre.

—Sebastian —no puedo evitar gimotear—. No juegues.

—No podría contenerme aunque quisiera —dice contra mi piel. Me separa las piernas y se acomoda entre ellas. Ahora tiemblo, deseosa de contacto. Me da un casto beso en la parte superior de mi sexo. Le tiro con fuerza del pelo y él suelta una carcajada. ¡Qué cabronazo!

—Tranquila —dice.

—No soy un caballo.

Él se ríe más fuerte, lo que me hace resoplar.

—Lo digo en serio.

Sebastian me mira.

—Yo también, Mia Angel.

Maldito sea. Siempre sabe el momento adecuado para soltar esa frase. Le clavo el talón del pie en la espalda como castigo.

—Pensé que habías prometido que no ibas a jugar.

—Sí, ¿verdad? —murmura.

Luego lame una larga franja por mis pliegues.

Profiero un sonido estrangulado y se me encoge el estómago. Siento su risa más que oírla, pero es una sensación demasiado buena como para responder. Sabe bien dónde tocarme para hacerme temblar, incluso cuando evita mi clítoris. Me muerdo la lengua para no hacer algo vergonzoso como rogarle que me lo chupe. Sabe que eso es lo que necesito, y aunque haya dicho que nada de jugar, sí que me está provocando al menos un poco.

Bueno, pues que le den. No pienso claudicar.

Me folla con la lengua mientras me acaricia con los dedos, evitando adrede ese pequeño manojo de nervios. Levanto las caderas para intentar forzar el contacto, pero él no cede. Estoy empapada, y aunque tengo un nudo en el estómago, no me

correreé sin ese estímulo extra.

—Tengo un regalo para ti —me dice contra el interior del muslo.

Le paso la mano por el pelo.

—¿Otra vez?

—Creo que este te va a encantar. —Me chupa la sensible piel y luego me muerde. Exhalo un suave jadeo—. Me ha llevado bastante encontrarlo, pero por fin me ha llegado.

—Tienes que dejar de comprarme regalos.

Él me sonríe.

—No, de ninguna manera. ¿Quieres que te lo dé ahora o después de correrte en mi cara?

—Sebastian.

—Quédate quieta para mí —ordena mientras se levanta de la cama.

Casi gimo otra vez por la pérdida de su calor.

—Te odio.

Se me acelera el corazón ante semejante mentira. Estoy muy lejos del odio, el desagrado o incluso la indiferencia. No he sido indiferente a Sebastian desde el momento en que nos conocimos a la salida del cine.

Se acomoda con una bolsa en la mano.

—Qué mentirosilla.

Suena tan petulante que rodeo mi clítoris con el dedo.

—A lo mejor me las apaño yo solita.

Me agarra de la muñeca y me sujeta la mano. Aunque enarca una sola ceja de forma fría, serena, percibo el calor posesivo que se esconde debajo.

Puede que esté intentando provocarme, pero yo también sé hacer lo mismo con él.

—No te atreverás —replica.

Curvo los labios en un mohín.

—Tú mírame.

—Es tentador —aduce—. Pero hoy no. Abre la bolsa.

Ya la reconozco; es la bolsa de terciopelo en la que venía Lucinda. Como las botas y la chaqueta, e incluso los almuerzos. Hago una pausa, sintiendo que se

me acelera el corazón. Creo que sería una persona considerada con cualquiera que forme parte de su vida, pero aun así se ha esforzado en acordarse de lo que me gusta. Aunque no paro de pedirle que no me compre regalos, en realidad no quiero que deje de hacerlo.

Saco el juguete. Hasta es del mismo tono morado que el que tenía antes. Mi coño se contrae al pensar en sentir esa fricción justo donde la necesito. Sebastian pulsa el botón y el juguete cobra vida en mi mano.

—Enséñame tu configuración favorita —dice. Acto seguido, se agarra la polla con la mano y se acaricia. Lo miro con descaro; está completamente duro, grueso, y sin duda anhelante como yo—. Enséñamela y así sabré cómo ocuparme de ti, ángel.

26
Sebastian

La última semana ha sido una tortura.

Una tortura perfecta y hermosa.

Y ver en estos momentos a Mia usar ese bonito juguete morado en su coño empapado es el mayor suplicio hasta ahora.

Hace clic en los ajustes mientras presiona el extremo curvado contra su clítoris. Su voz surge entrecortada mientras habla. No he querido estimular ese punto a propósito, así que debe estar muy sensible.

—No puedo creer que hayas encontrado otra Lucinda.

Logro contener a medias un bufido. Le acaricio el muslo con la mano.

—¿Tenía nombre?

—Obviamente —dice—. Lo voy a llamar… Cleopatra. Cleo para abreviar.

—Pues claro.

Su sonrisa tiene un toque desafiante, incluso mientras jadea.

—Presta atención.

Clavo mis uñas romas en su muslo.

—Siempre, ángel. Aún no he terminado de comer.

El juguete tiene un diseño de conejo: una parte gruesa y ligeramente curvada para introducirla en el interior y otra para estimular el clítoris. Rodea su entrada con el extremo más largo, mojándolo con su propio fluido. Respira de forma entrecortada y separa aún más las piernas, exhibiéndose completamente para mí. Vuelvo a agarrarme la polla y me acaricio con fuerza. Tengo los testículos tensos, pesados y doloridos por la necesidad de correrme.

No voy a follarla. No es que lo haya decidido de manera explícita, pero dadas las circunstancias, lo lógico es mantener algún tipo de límite. Hablaba en serio cuando le dije que no me importaba que solo fuéramos amigos con derechos si

eso era cuanto podía ofrecerme. Pero hasta que consiga aclarar mis propios sentimientos, necesito mantener cierta distancia. Aunque me muero por estar dentro de ella, sé que removería demasiadas emociones. Es mejor seguir con las caricias y los juguetes que mirarla a los ojos mientras estoy enterrado dentro de ella, buscando indicios de sentimientos verdaderos.

Puedo vivir con que seamos amigos, sobre todo si incluye tener a Mia tumbada en mi cama, follando con su juguete favorito, igual que una puñetera obra maestra.

Es suficiente. Tiene que ser suficiente.

Se introduce el extremo más largo entre jadeos y yo aprieto con fuerza la base de mi polla para no estallar al oír su exquisita voz ronca. La observo con avidez mientras se masturba, haciendo que las orejas de conejo del juguete le rocen el clítoris a cada embate. Tiembla por el esfuerzo de mantener las piernas separadas, así que me apiado de ella y la ayudo, separándole aún más mientras me acaricio la polla.

—¿Cómo haces para correrte? —pregunto con la voz grave. El silencio reina en la habitación, salvo por nuestras respiraciones y el zumbido del juguete—. ¿Sigues hasta que no puedes evitarlo? ¿En qué piensas, Mia?

«¿En qué pensabas cuando me alejaste?», tengo ganas de preguntarle. No lo hago. No ahora, no en este momento perfecto. No cuando he decidido que esto es más que suficiente para mí. Puede que esté fracasando a la hora de mantener la concentración en lo que al béisbol se refiere, pero esto puedo hacerlo, aunque tenga que apretar los dientes.

Ella gime y echa la cabeza hacia atrás mientras empuja el juguete hasta el fondo. Estiro el brazo y le rodeo la mano con la mía, manteniendo el juguete dentro. Mia se resiste, pero no cedo. Está especialmente guapa así, con sus pechos meciéndose con suavidad a cada respiración y las caderas casi despegadas de la cama.

—Sebastian —gimotea.

—Mírame, preciosa.

Sus ojos se clavan en los míos. Presiono más el juguete.

—Dímelo.

Sus labios se curvan antes de soltar de golpe:

—En ti.

—¿Piensas en mí? —Me inclino. El movimiento cambia el ángulo del juguete y ella suelta un agudo gemido. Rozo su pecho con los labios. Ella me agarra la nuca y me clava las uñas. Deslizo la lengua en círculos alrededor de su erecto pezón—. ¿Así?

Me pellizca la espalda.

—Normalmente, me dejas correrme.

Le muerdo el pezón con suavidad a modo de represalia. Las cosas nunca son dulces con Mia. Siempre hay un borde, y me encanta pincharla lo suficiente como para que me deje verlo.

—Detalles, ángel.

—Me masturbo tan fuerte que puedo fingir que eres tú. —Habla deprisa, como si esperase que no me diera cuenta de su confesión, pero bien podría haber escrito a fuego esas palabras en el aire.

El corazón me palpita con fuerza mientras las palabras calan en mí. El deseo de sacar el juguete y hundirme dentro de su aterciopelado interior es casi insoportable. Estaría tan apretada que tendría que esforzarme para no correrme en cuanto la penetrara.

—¡Joder!

Me pellizca de nuevo. Esta vez, deslizo los labios por su esternón. Meto la lengua en su ombligo y ella suelta una carcajada de sorpresa, igual que hizo la primera vez, hace ya meses. Vuelvo a colocarme entre sus piernas, saco el juguete y lo sustituyo por dos dedos. Los encojo. Cuando rozan su punto G, ella se contrae a su alrededor. Entonces llevo la lengua hasta su clítoris y lo chupo con fuerza. Su siguiente grito suena sospechosamente parecido a un sollozo.

—Córrete para mí —susurro contra su lubricada piel—. Deja que te oiga.

El juguete debe de haberla puesto tan al límite que apenas aguanta, porque en cuanto le doy la orden, grita. El sonido queda amortiguado por el pliegue de su codo. Me aprieta los dedos con tanta fuerza que no podría sacarlos aunque quisiera. Agarro el juguete y presiono las orejas de conejo contra su clítoris, provocándole una nueva oleada.

—Cielo —dice con voz ronca—. No puedo…, joder…

Le doy otro lametón en el clítoris antes de apartarme.

—Buena chica.

Me clava el pie en el costado.

—Córrete conmigo.

Suelto un grave gemido.

—¡Virgen santa!

Su sonrisa se vuelve felina.

—Déjame ayudarte.

Se incorpora, me agarra la polla con la mano y me masturba con fuerza. Mi siguiente aliento sale estrangulado. Desliza una uña por la vena que recorre toda la polla, provocando un intenso dolor a su paso. Aprieto los glúteos para no correrme, pero es inútil. En lugar de eso, la acerco más a mí, respirando el olor de su pelo, y la ayudo a masturbarme. No puedo pensar en otra puta cosa que no sea el deseo de marcarla, de derramar mi semilla sobre su piel y ver la prueba de que poseo alguna parte de ella, por pequeña que sea. Cuando me aprieta los testículos, me corro con un gemido ahogado, salpicando sus pechos y su vientre.

El sonido que escapa de su garganta desprende una voracidad igual a la mía. Entonces nos besamos, tan inmersos el uno en el otro que no sé dónde acabo yo y dónde empieza ella. Le acaricio la espalda con una áspera mano y le aprieto el culo. Su lengua se enreda con la mía. A pesar de haberme corrido, el anhelo sigue ahí, en lo más profundo de mi ser; el deseo de tenerla así tanto como sea posible. Si intento reprimirlo, volverá con más fuerza, así que por un momento me dejo llevar por la fantasía. Introduzco una mano entre nosotros, deslizo el dedo por su piel manchada y luego se lo llevo a los labios. Ella se mete el dedo en la boca y lo saborea.

Cierro los ojos un instante para concentrarme en el delicado aroma a jazmín de su pelo. Mía. Mi Mia.

—El entrenamiento ha sido una mierda —admito en voz baja—. Esto ha mejorado las cosas.

Ella clava sus ojos castaños en los míos cuando retiro el dedo de su boca.

—¿Por qué ha sido una mierda?

Sacudo la cabeza.

—¿Qué tal tu día?

Ella frunce el ceño.

—No muy bien. La profesora Santoro estaba muy estresada por tener que preparar las revisiones de sus pares del artículo que va a publicar y mi último modelo no funciona bien, ni siquiera con los datos actualizados. Tengo a Alice encima todo el rato. ¿Por qué ha sido una mierda, Seb?

Deslizo un dedo por su suave brazo. La siento estremecerse. Trago saliva, pero no me salen las palabras. Debería ser fácil de explicar, ya que no es para tanto, pero de algún modo, a pesar de estar literalmente desnudo en la cama con ella, con mi semen secándose en su cuerpo, me parece demasiado personal.

—Voy a por la pasta. —Me aparto de ella y me levanto de la cama. Cojo un par de calzoncillos limpios de la cómoda y me los pongo, junto con un pantalón de chándal.

Ella sigue con el ceño fruncido.

—Si vas a por comida, tráeme un plato.

Le agarro la barbilla con la mano y le rozo los labios con los míos. Y luego lo repito una vez más por si acaso.

—Traeré el resto de la bandeja.

—¿Vemos *Le llaman Bodhi*? —pregunta.

Eso me hace sonreír a mi pesar.

—¿Te apuntas?

Finge pensar un momento y se golpea la barbilla con la uña.

—Veamos. Creo que tengo sitio en mi vida para otro rubio razonablemente bueno.

—Y para que quede claro, ¿quién es el primero?

—Bueno, tengo un agujero del tamaño de Hemsworth en el corazón desde que vi *Thor.*

—¿Es por su martillo? Puedes decírmelo.

Le tiemblan los labios, pero contiene la risa.

—La verdad, puede que sea porque tiene la suerte de besar a Natalie Portman.

—Y jugar con los agujeros de gusano.

Ella se lleva la mano al corazón.
—Sebastian, eso ha sido casi sexi.
Pongo los ojos en blanco.
—¿Cerveza, *bourbon* o vino?

27
Mia

Esos artículos no se escribirán solos, pero no puedo sentirme mal por dejar el trabajo a un lado si eso significa más pasta al horno, una película de acción cursi (mi favorita) y las caricias de Sebastian. Mientras él bajaba a por el resto de la pasta, además de un vaso de *bourbon* con hielo para mí y una cerveza para él, yo aproveché para asearme en el baño, ponerme una camiseta de tirantes y unos pantalones cortos de pijama, y peinarme. Normalmente, no soy muy fan de acurrucarse, pero he disfrutado durante la última hora viendo la película entre sus brazos. Normal. Si no pienso en nada más allá de este momento, puedo fingir que al mirarlo solo veo a un amigo que me resulta atractivo.

Sebastian me besa con suavidad en el cuello.

—Alguien ha estado haciéndome fotos durante el entrenamiento.

Aparto la mirada de su portátil, donde Keanu Reeves y Patrick Swayze están desfilando en todo su esplendor de los años 90, y frunzo el ceño.

—Espera, ¿qué?

Su mano, que está sobre mi rodilla desnuda, se tensa un poco.

—Es probable que algún canalla esté vendiendo las fotos a una publicación mientras hablamos. He hablado con Richard y va a intentar que se retire todo lo que aparezca, pero aun así. Me pregunto si lo ha hecho por su cuenta o si lo ha contratado alguien. Y si lo han hecho, ¿por qué? Porque es muy raro.

Alargo la mano y pongo la película en pausa. Sea lo que fuere lo que pensaba que estaba ocultando antes, no era esto. Imaginé que solo había tenido un entrenamiento duro, lo que debe ocurrir a veces, incluso cuando estás concentrado. La última vez que hablamos de béisbol, hace un par de días, seguía teniendo problemas en el plato. ¿Pero esto? Esto está en un nivel completamente diferente.

La indignación se apodera de mí ante la mera idea de que violen su intimidad de un modo tan cruel.

—Eso suena horrible.

—Es una tontería, sé que hay mucho interés en mí y debería estar agradecido, pero es que… me gustaría que parara.

Me giro para ponerme frente a él en vez de estar recostada contra su pecho y le aparto el pelo de la cara.

—No es ninguna tontería. Tienes derecho a tu privacidad.

—Ya acordé hacer una entrevista pronto, y eso llevará aparejado una sesión de fotos. —Hace una mueca. No le culpo; algo me dice que estarán mucho más interesados en su vida personal que en sus opiniones sobre el béisbol. Yo tampoco podría con eso—. Esto hace que desee poder cancelarlo todo.

—¿No puedes?

—Puede que si lo hago, disuada a otras personas de hacer este tipo de cosas.

—O tal vez suscite aún más interés.

—Va a haber interés pase lo que pase —afirma—. Por el *draft* y porque ya han pasado diez años desde el accidente.

—Oh —digo en voz baja.

Tuerce el gesto. Le paso las uñas por el cuero cabelludo con la esperanza de tranquilizarlo. Nunca sé qué decir en estas situaciones; normalmente, cuando abro la boca, acabo metiendo la pata de alguna manera. Pero tiene razón, si tenía once años cuando sus padres fallecieron, ha pasado una década. Una década de una familia diferente, una vida diferente. Aunque era pequeño cuando ocurrió, lo recuerda todo, y dada la mirada perdida que tiene, apostaría a que es en eso en lo que está pensando ahora mismo.

—Está bien —dice al final—. No tenemos que…, yo solo…, joder.

—La universidad lo sabe, ¿verdad?

—No estaba en terrenos de la universidad, pero el entrenador dijo que avisaría al Departamento de Deportes.

—Bien.

Hace una mueca.

—Es una estupidez. Debería estar agradecido, ¿sabes? Probablemente me

elijan en la primera ronda. Voy a estar preparado, si logro superar por las menores y me llaman en el momento adecuado.

—Eso no significa que no puedas tener sentimientos al respecto. Aunque esos sentimientos no sean lo que crees que deberían ser.

—Todo el mundo está entusiasmado. —Se muerde el labio—. ¿Por qué yo no estoy más entusiasmado?

Antes de que pueda responder, me rodea y vuelve a poner la película.

Deslizo mi mano desde su pelo hasta su nuca, apretando ligeramente.

—Seb.

—Vamos a ver la película.

—¿Estás seguro?

—Por favor, Mia.

Me humedezco los labios. Las ganas de presionar están latentes justo bajo la superficie, pero a veces lo que alguien necesita es una distracción, así que me doy la vuelta y me acomodo de nuevo entre sus brazos. Me rodea el vientre con un brazo. Su peso me calma.

—Gracias —murmura.

Espero que esto también lo esté calmando.

Me despierta un rodillazo en el estómago.

Jadeo y abro los ojos. Mientras parpadeo en la penumbra, recuerdo dónde estoy. En la cama de Sebastian. *Le llaman Bodhi* y pasta al horno. Béisbol y fotógrafos. Nos quedamos dormidos casi en cuanto empezaron los créditos, abrazados.

Me duele la tripa al respirar. Los brazos de Sebastian siguen rodeándome, apretando con fuerza, pero él se agita.

Estamos peligrosamente cerca del borde de la cama. Mi corazón late con fuerza y el pánico se apodera de mis sentidos, que están medio despiertos.

—Seb.

—No —dice, con la voz llena de angustia—. No, no, no…

—Sebastian —digo, y se me quiebra la voz en medio de la palabra. Me quedo paralizada; tengo que moverme para que no nos caigamos al suelo. Intento zafarme de él, pero es demasiado fuerte—. Sebastian, despierta.

—No lo hagas —grita—. Por favor.

Ese «por favor» me atraviesa como una bala. Tiro de sus brazos hasta que consigo liberarme. Jadeando, con el pelo revuelto, cayéndome, lo empujo contra la cama. Casi me aparta, pero aguanto, clavándole las uñas en los brazos.

—¡Sebastian, despierta!

Pensé que había entendido lo que Izzy quería decir cuando me dijo que tiene pesadillas. Esto está en un nivel completamente distinto, y la adrenalina que me recorre el cuerpo no disminuye ni mucho menos. Prácticamente puedo sentir el corazón en la garganta mientras le ruego que se despierte. ¿Qué se hace cuando alguien no se despierta de una pesadilla? ¿Darle una bofetada? ¿Zarandearlo? ¿Seguir suplicando hasta que se despierta? ¿Por qué coño no sé la respuesta?

—Sebastian —repito, con voz más aguda. Por el rabillo del ojo veo una mancha naranja. Es Mandarina, que sale corriendo de la cama, sin duda asustada por los ruidos—. Estás teniendo una pesadilla. ¡Despierta!

Por fin abre los ojos, pero son tan salvajes como los de un animal. Su cuerpo está rígido. Le acaricio la mejilla; tiene la piel fría y sudorosa.

Susurro su nombre esta vez, frotando mi mejilla contra la suya.

El alivio disminuye la adrenalina cuando siento su mano acariciarme la nuca. Sus dedos acarician mi enredado cabello con suavidad.

—Mia —murmura con voz ronca—. ¿Qué…?

—Creo que estabas teniendo una pesadilla. —Me aparto para poder mirarlo a los ojos—. No conseguía que te despertaras.

Él cierra los ojos un breve instante.

—Joder. Lo siento.

—¿Estás bien?

—¿Y tú?

Hago una mueca de dolor, pero no quiero mentirle.

—Me has… dado una patada. Pero no pasa nada, no es…

Se incorpora tan rápido que casi me tira hacia atrás.

—¿Qué?

28
Sebastian

Le he hecho daño.

Le he hecho mucho daño.

Me incorporo de inmediato, con el corazón latiéndome aún más fuerte que antes, si es que eso es posible. Estoy muy alterado, ya que las pesadillas siempre me dejan con más adrenalina de la que puedo manejar. A veces me echo al suelo y hago flexiones para expulsar de mi mente las sangrientas imágenes, pero eso no es una opción ahora mismo.

—Enséñamelo. ¿Cuánto te duele?

La cara de Mia se ve pálida en la oscuridad y tiene los ojos desorbitados y casi negros. El pelo, más despeinado que antes, le cae alrededor de su rostro, así que se lo sujeta detrás de las orejas.

—Solo mi estómago. Estoy bien.

—Y una mierda. —Acerco la mano de forma tímida y le rozo el estómago. La camiseta de tirantes se le ha arrufaldado sobre las costillas mientras dormía, así que le acaricio la piel desnuda. No se estremece, pero conociéndola, podría estar conteniéndose—. ¡Joder!

—Estoy bien, Seb.

—No mientas —digo, con demasiada brusquedad. Trago saliva. Necesito calmarme de una puta vez, pero la pesadilla sigue siendo una bestia rabiosa que merodea por mi mente. Cristales rotos. Sangre sobre el cuero.

Mi padre gritando, echando el brazo por encima a mi madre como si eso pudiera ayudar más que su cinturón de seguridad.

El recuerdo se repite en bucle, cambiando con cada impacto. Richard y Sandra en el asiento delantero en su lugar. James y Cooper. Izzy, su cuerpo destrozado, sangre goteando de su boca.

En la última versión antes de que Mia me despertara, yo conducía y Mia iba en el asiento del pasajero. Estiraba el brazo para salvarla, pero no podía. De repente ella estaba gritando y acto seguido se quedó en silencio.

—Estoy bien —responde Mia—. ¿Y tú? ¿Qué ha pasado?

—Yo…, a veces tengo pesadillas. —Hago una mueca, pasándome la mano por el pelo—. Lo siento mucho. No quería hacerte daño.

—No seas idiota, ya lo sé. —Se acerca y toma mi mano entre las suyas. La aprieta con fuerza—. Ya ni me duele. ¿Quieres hablar de ello?

—Por eso prefiero no dormir. —Estoy temblando, así que le devuelvo el apretón, esperando que no se dé cuenta. Lo último que vi antes de despertarme fue a ella, con esos ojos castaño dorados con la vista perdida y la cara manchada de roja sangre. Un trozo de cristal se le había clavado en la garganta, seccionándole la arteria. Me obligo a estudiarla. Está bien. No hay sangre ni cristales rotos. Estamos a salvo en mi habitación y ella está ilesa, dejando a un lado el golpe que le he dado.

Necesito recobrar la compostura.

—Cuéntamelo —insiste. Su voz vuelve a ser suave y me incita a responder—. No te lo guardes.

Aparte del terapeuta que tuve durante toda la secundaria y el bachillerato y de Cooper, aunque no le he contado todos los detalles, nunca he hablado de mis pesadillas. Pero esta es Mia. No el doctor Barnes ni mi hermano.

Solo Mia.

Ella es mi refugio.

La atraigo hacia mí en un abrazo tan fuerte que me preocupa estar haciéndole daño otra vez, pero antes de que pueda obligarme a soltarla, ella me devuelve el abrazo, apretándome con la misma fuerza. Hundo el rostro en el lugar donde su cuello se encuentra con su hombro y respiro hondo, de forma entrecortada. Las lágrimas arden en mis ojos.

Huele a jazmín.

Es mi refugio.

Es mi amiga.

Está sana y salva y dispuesta a escuchar.

—Sueño con el accidente —susurro. Me acosté sin camiseta; sus dedos se clavan en mi espalda desnuda. No me duele, pero la presión me mantiene conectado al presente. Es como la mano de Cooper en mi hombro, pero mejor—. Pero no son solo ellos. Son… Richard y Sandra, y mis hermanos. Incluso esta vez te he visto a ti.

Ella parpadea; una franja de luz de luna ilumina parte de su rostro. Sus largas pestañas enmarcan sus ojos a la perfección. ¿Cómo es que nunca me he fijado en sus pestañas? La he mirado tantas veces y la he estudiado como si fuera un cuadro colgado en el MET, pero ahora mismo podría estar viéndola por primera vez. Tiene una peca en el lóbulo de la oreja en la que tampoco había reparado.

—¿Qué ha pasado? —pregunta ella—. Sé que estabais en el coche.

—Salimos los tres a cenar —digo—. Acababa de empezar la temporada y era la primera noche libre de mi padre en dos semanas. Se acercaba el cumpleaños de mi madre. Recuerdo…, joder, recuerdo que no quería estar allí. Me parecía aburrido, así que me alegré de que me dejaran llevar un libro al restaurante.

—¿Cuál era?

—¿Qué?

—El libro.

—Era una biografía para niños sobre Joe DiMaggio.

—Cómo no.

Su leve burla hace que se me curven los labios.

—Aquella noche llovía a cántaros. Nos empapamos en los treinta segundos que tardamos en llegar del restaurante al coche. Pero mis padres estaban de buen humor. Mi padre había empezado bien la temporada y le regaló a mi madre un collar de diamantes por su cumpleaños. Se lo dio antes de tiempo, ya que el día de su cumpleaños tenía que estar en la Costa Oeste para jugar un partido fuera de casa.

Por absurdo que parezca, aquel collar de diamantes no se rompió en el accidente. A mi madre se le clavó un cristal en la garganta, pero ese collar permaneció intacto, brillando a la luz de las sirenas. Ahora lo tiene Sandra, junto con el resto de las joyas de mi madre. Richard y ella se encargaron del patrimonio de mis padres, y todas esas cosas están guardadas, esperando a que

yo decida qué hacer con ellas.

—Qué bonito —dice. Me frota los nudillos con el pulgar—. Seguro que le encantó.

—Así es. Y le encantó que pasáramos toda una tarde con mi padre. Durante la temporada…, es difícil, ¿sabes? Él estaba presente cuando podía, si había un día entre eliminatorias o un partido diurno en lugar de nocturno, pero la mayor parte del año estábamos solos mi madre y yo, y muchas llamadas telefónicas. —Trago saliva, intentando deshacer el nudo que tengo en la garganta. Es difícil imaginar que eso me pase a mí algún día, así que es más fácil no pensar en ello—. Todo ocurrió muy rápido. Íbamos conduciendo y de repente chocamos con un árbol. Dicen que mi padre no debió de ver la curva de la carretera, y cuando intentó corregir el rumbo, ya era demasiado tarde. La carretera estaba mojada y acabamos perdiendo el control.

Mia me agarra la mano con fuerza. Una invitación silenciosa a que continúe.

Hago acopio de todo mi valor y prosigo.

—Él extendió el brazo para intentar…, ya sabes. Salvar a mi madre y… a mí. Pero no sirvió de nada. Recibieron el impacto de lleno.

—Oh, Sebastian.

Su voz es muy suave, y normalmente me encantaría oírla hablar con tanta ternura, pero ahora mismo podría hacerme llorar. No dice que lo siente, ni trata de consolarme, ni hace ninguna de las cosas que han hecho otras personas al escuchar esta historia. Simplemente sigue mirándome mientras me acaricia los nudillos. Deja que yo marque el ritmo de nuestra conversación. Podría parar aquí, y ella lo aceptaría.

Pero sigo adelante. Nunca he sentido la necesidad de compartir todos los detalles de esta historia con nadie, pero siento que es importante, de alguna manera; me parece que es importante que llegue hasta el final. Quiero que ella lo sepa. Confío en ella. Con cada caricia de su pulgar contra mi piel, el pánico se desvanece un poco más.

—Así que a veces…, vuelvo a soñar con ello. Estoy atrapado en el asiento trasero, las personas a las que quiero mueren ante mis ojos y no hay nada que pueda hacer más que mirar.

Me muerdo el interior de la mejilla, contemplando el vago resumen de nuestra velada juntos; la bandeja vacía en la que habíamos comido la pasta; mi botellín de cerveza y su vaso de *bourbon.* Mi portátil, decorado con una pegatina de OBX, en la mesilla de noche junto al libro de memorias de Anthony Bourdain que estoy leyendo. Después del lío de antes con el fotógrafo, mi noche acabó siendo perfecta, porque cualquier momento con Mia es perfecto, pero eso no importó una vez que me dormí.

—Ojalá hubiera podido ayudarles. Me quedé paralizado. Creo que ni siquiera grité. Me quedé inmóvil, mirándolos, y al final un coche que pasaba avisó del accidente. Ni siquiera se me ocurrió buscar uno de sus móviles.

—Solo eras un niño —dice—. Nadie esperaba que lo hicieras.

—Aun así. —Se me quiebra la voz—. Tal vez si hubiera pensado un poco, podría haber evitado perderlos a los dos.

Al final de la frase, mi voz es tan alta que resuena en el aire.

He pensado en ello desde aquel momento, pero nunca lo he dicho en voz alta.

Lo más probable es que nada de lo que hubiera podido hacer hubiera cambiado el resultado.

Pero no lo sé, porque no actué y los perdí.

Y esta noche, en mi puta pesadilla, no actué, y perdí a mi familia y a Mia, uno tras otro.

Ella se acerca y ahueca la mano sobre mi nuca. Luego enrosca los dedos en mi pelo. Cuando sus labios rozan los míos, siento que una lágrima resbala por mi mejilla. Cierro los ojos con fuerza. Contengo la respiración, tratando de reprimir el sollozo que quiere salir de mi garganta.

—Respira —susurra—. Lo haremos juntos. Aguanta y cuenta hasta cinco.

Me lleva un par de intentos, pero lo consigo. Tres segundos. Cuatro segundos. Cinco segundos y luego exhalo.

—No estás allí —dice. Me da otro beso en la boca, tan fuerte que nuestros dientes chocan. Las sensaciones me atan a ella. A la realidad—. Estás aquí conmigo.

Me tira del brazo hasta que caigo de nuevo en la cama con ella. Termino con la cabeza apoyada en su vientre, sintiéndolo subir y bajar con suavidad al ritmo de

su respiración. Me pasa los dedos por el cabello. Es un gesto tranquilizador, una sensación natural de bienestar. Parece como si estuviéramos en una pequeña burbuja, aislados del resto del mundo. Es un lugar cálido y seguro, y los recuerdos son solo recuerdos, por mucho que intenten atacarme y desgarrarme.

Después de una pesadilla suelo quedarme en vela el resto de la noche, pero los párpados me pesan. Al menos esta noche, no tengo que afrontarla sola.

El sueño llega de nuevo, y esta vez, es profundo y plácido.

29

Sebastian

3 de junio

RICHARD

Están hablando del *draft* en la sección universitaria de ESPN.

Estás en el puesto 10.

Vaya.

Estoy más arriba que antes; me pregunto por qué.

El dueño de los Reds dijo públicamente que espera que al final estés en el equipo.

También hablamos con la periodista, Zoe Anders.

Se centró en ti y en tu potencial.

Nos encantaría ir a un partido pronto.

¿Cómo van las cosas por casa?

Bien. Me voy para un par de partidos contra Albany mañana.

¿Y la gata de Cooper? ¿Has encontrado una niñera?

Tengo una invitada viviendo en casa conmigo. Ella se ocupará de la gata.

¿Ella?

Sí, solo es una amiga. En realidad es amiga de Penny.

El *draft* está casi aquí. Céntrate en tu objetivo, Sebastian.

4 de junio

¿Se está portando bien Alice hoy?

MIA ANGEL

A duras penas.

Cómo me gustaría poder darle una buena patada.

Ojalá pudiera darle una patada a Raf.

En todos los huevos.

Se ha pasado todo el viaje haciendo gallos mientras.

cantaba las canciones del musical *Hamilton*.

Creía que te gustaba la historia.

Eres la única persona que conozco que lee no ficción por diversión.

Una cosa es la historia y otra Rafael Domínguez fingiendo que sabe rapear.

Esto es un viaje de 3 partidos, ¿no?

Sí. Gracias de nuevo por cuidar de Mandi.

Le he mandado a Penny un montón de fotos esta mañana.

Deberían estar en casa poco después de que vuelvas de Albany.

4 de junio, más tarde

MIA ANGEL

Buena suerte en el partido de hoy.

Gracias, ángel.

No me hagas fruncir el ceño.

¿Y si te digo que me gusta?

:(

:)

¿Qué tal dormiste anoche?

Albany tiene un campus feísimo.

Echo de menos mi cocina.

5 de junio

MIA ANGEL

No puedo creer que también me hicieras la cena.

El bol de arroz estaba delicioso, gracias.

No quería que nuestra futura líder de la Federación pasara hambre.

¿Has visto alguna vez una película de ciencia ficción o solo te basas en la cultura pop?

¿Cuenta Marvel?

Sí, pero está en una subcategoría diferente.

Entonces sí.

Estoy añadiendo varias pelis a la lista.

Por fin.

Está en el cuaderno de mi escritorio.

¿Cuándo vuelves a casa mañana?

¿Demasiado tarde para ver una?

Eso nunca me ha detenido.

Pero nada de películas hasta que te salude como es debido.

Define «como es debido».

:)

30
Sebastian

—¿Seguro que no quieres salir con nosotros? —pregunta Rafael desde la puerta —. Julio ha encontrado un bar decente. Podrías tantear el terreno.

Me tapo la cabeza con la camiseta y reprimo un bostezo y una mueca de dolor. Me he torcido el dedo al deslizarme para atrapar una bola durante el partido, y aunque no es nada grave, el entrenador me ha mandado a la habitación con una bolsa de hielo enorme y con instrucciones estrictas de que le avise si el hematoma parece preocupante.

—Tengo que ponerme hielo en el puto dedo.

—Ah, sí. —Escribe un mensaje con su móvil y se lo mete en el bolsillo—. Se me había olvidado. ¿Quieres que vea si alguna chica está interesada en venir después? Un par de chicas en el partido te estaban mirando.

—Sabes que sigo con Mia.

Él cruza los brazos sobre el pecho y tamborilea con los dedos en el brazo.

—¿Me he perdido algo? ¿Ahora estáis saliendo?

—No. —Cojo la bolsa de hielo y me la pongo en el dedo. Lo tengo hinchado y sensible al tacto, pero el hematoma no es demasiado grave—. Solo estamos pasando el rato.

—¿Quién te dice que no está por ahí ahora mismo, ligando con alguien?

—No lo está. —Probablemente lo digo demasiado deprisa, pero no puedo contener el instinto posesivo que me corre por las venas ante la mera idea de que se haya liado con otro. No lo hemos hablado de forma explícita, pero sé que volvemos a ser exclusivos. Puede que no estemos saliendo, pero ninguno de los dos va a buscar a otra persona para mantener relaciones sexuales.

Rafael resopla.

—Vale, tío. Haz lo que quieras.

Le dirijo una mirada mordaz.

—Lo que quiero es llamarla, pero para eso necesito estar solo.

Rafael levanta las manos de manera conciliadora mientras retrocede.

—Como quieras. Disfrutad. Mándame un mensaje si al final quieres unirte.

Cuando la puerta se cierra, me tumbo en la cama.

Lo bueno de que la mayoría de los chicos se vayan es que Hunter, que duerme conmigo en este viaje, también se va, así que tengo intimidad para llamar a Mia.

Cierro los ojos y respiro el olor a lejía de las sábanas del hotel. Hubo un tiempo en que todos los viajes eran emocionantes. Los torneos del instituto eran divertidos y los viajes durante los *playoffs* en mi primer año en McKee eran una fiesta. Sin embargo, últimamente es más una molestia que otra cosa. Prefiero estar en casa con Mia que llevar todo mi equipo a la puñetera Universidad de Albany. Ya estoy temiendo la rutina de las ligas menores, que implicará muchos más viajes largos en autobús y hoteles de segunda categoría. El diseño de la temporada de béisbol a cualquier nivel entraña que la mayor parte de tu vida sea a larga distancia.

Me presiono los ojos con las palmas de las manos. Mi dedo protesta cuando la bolsa de hielo cae sobre mi pecho.

No debería llamar a Mia.

Este viaje está imponiendo cierta distancia entre nosotros, y eso no es malo, sobre todo después de la pesadilla que tuve la otra noche. Los primeros segundos después de despertarme pensé que aún estaba soñando. Parecía un ángel a la luz de la luna, con el pelo cayendo sobre sus hombros desnudos y los perfectos y delicados rasgos de su rostro. Pero no era un sueño. Ella estaba allí y quería ayudar. Quizá fuera por la quietud de la noche, que siempre me hace sentir solo, aunque menos solo con ella allí, o porque estaba tan conmocionado por las imágenes que mi mente no paraba de proyectar, pero me desahogué con ella como nunca lo había hecho con nadie.

Desde que empezamos a liarnos de nuevo, he intentado contenerme lo justo para evitar albergar sentimientos que luego no quiero tener que aplastar, pero en ese momento le habría dado cualquier cosa en el mundo. Me habría arrodillado y le habría suplicado su amor. He fingido que lo que tenemos es suficiente, pero no

lo es. Nunca ha sido algo informal para mí, ni por un momento.

Me duele el pecho. Me lo froto mientras miro el techo. Está claro que alguien no recibió el aviso de que los techos de estuco debían quedar en el pasado.

Abro su contacto del teléfono. Mi pulgar queda suspendido sobre el botón de llamar.

¿Qué coño hice mal? ¿Qué hice para espantarla después de que las cosas fueran tan bien? ¿Por qué no soy suficiente para ella, cuando sé que la trataría mejor que a nadie en el mundo entero?

Aprieto el botón. El teléfono suena una vez. Dos veces. Tres veces.

—¿Sebastian?

Oír mi nombre de sus labios es un bálsamo para mi alma. Me siento y vuelvo a ponerme la bolsa de hielo en el dedo.

—Hola. ¿Estás ocupada?

—Estoy en el laboratorio.

—¿Haces horas extras?

Ella resopla. Nunca he estado en el laboratorio donde trabaja, pero me la imagino sentada en una silla de escritorio, con unos *leggins*, una camiseta holgada y las gafas de luz azul apoyadas en la nariz. Es probable que lleve el pelo recogido en un moño desordenado y apostaría a que lleva los aros dorados que tanto le gustan últimamente.

Froto la medalla de mi padre.

—No —dice ella—. Pero estuve media tarde en una reunión, así que ahora estoy intentando recuperar el tiempo. ¿Qué tal el partido?

—Ganamos. Y conseguí dos imparables. Una sencilla y una doble.

—Eso está bien.

—Sí. Me he hecho daño en el dedo, pero no es tan grave.

—¿En cuál?

—En el meñique.

—Al menos no es uno de los importantes —dice, con cierto tonillo provocador.

Sonrío, aunque ella no pueda verlo.

—A veces eres una chica muy traviesa, Di Angelo.

—Y a ti te gusta.

—Claro que me gusta. —Me acomodo contra las almohadas y estiro las piernas—. Aunque supongo que ahora estás demasiado ocupada para divertirte.

—¿Qué pasa? ¿Tanto me echas de menos?

—Sí. Eres lo único en lo que he podido pensar desde que salí del campo.

—Ah —dice ella.

Trago saliva para aliviar la incomodidad. Puede que no sea la mejor manera de sacar el tema de su promesa pendiente, pero no he podido sacarme de la cabeza que me ayudó tras esa pesadilla.

—Sé que lo he dejado estar —empiezo—. Y puedo seguir siendo paciente si lo necesitas. Pero me prometiste una cosa y no has cumplido tu parte del trato.

Se queda en silencio durante un largo rato. Sé que no me ha colgado porque oigo su respiración suave. Aunque ella está en el valle del Hudson y yo en Albany, parece que hay un hilo dorado entre nosotros, que brilla en la oscuridad. Me pregunto si solo brilla para mí o si ella también puede sentirlo.

No puedo ser solo yo. Sea lo que sea lo que hace que se reprima tanto, no es por falta de sentimientos. Si se abriera a mí, sabría cómo ayudarla.

—No puedo —asegura—. Así no. No por teléfono.

—Sea lo que sea —empiezo—. No te juzgaré.

Se hace de nuevo el silencio.

—No es eso —dice al fin.

—Entonces, ¿qué es?

—Mira fuera —dice.

Me levanto de la cama y me acerco a la ventana. Las pesadas cortinas están corridas, pero las aparto y miro hacia la oscuridad.

—¿Qué tengo que mirar?

—¿Puedes ver la luna desde donde estás?

Tardo un segundo, pero la encuentro.

—¿En qué fase está?

—En cuarto menguante. ¿Ves que solo es una finísima tajada? Pronto volverá a ser luna nueva.

—Es preciosa. —Paso suficiente tiempo despierto por la noche que cabría

pensar que me fijo a menudo en la luna, pero no recuerdo la última vez que la miré. Cuando juego partidos nocturnos, la luna y las estrellas están lejos, casi ocultas por los focos del estadio.

—Yo también la estoy mirando. —Se oye un ruido al otro lado de la línea—. Te echo de menos.

Mi corazón se acelera al oír sus palabras. Presiono el cristal con las yemas de los dedos. El trocito de luna brilla como una perla, parece lo bastante pequeño como para tomarlo en la palma de mi mano. Por un momento, casi me convenzo de que el hilo dorado está atado a la luna y que si tiro de él, ella podrá sentirlo. Que aunque ahora no nos digamos todo lo que queremos decir, ella captará el mensaje.

—Y yo también te echo de menos.

—¿Sebastian?

—¿Sí?

—¿Te quedarás al teléfono conmigo hasta que llegue a casa?

Me lo trago todo, los deseos, los sueños, el doloroso y ardiente anhelo, y espero que mi voz suene medianamente normal. Siempre puedo dar más cuando se trata de ella.

—Siempre, ángel.

31
Mia

—¿Ves? Algunas de estas preguntas son aleatorias, pero otras son demasiado personales.

Miro la pantalla del portátil de Sebastian. En ella hay una lista de preguntas que la periodista de *The Sportsman*, Zoe Anders, le envió para «hacerle pensar» antes de la entrevista. Es una mezcla extraña. La primera le pregunta si es fan de los Reds o si se pasó a los Mets o a los Yankees después de vivir durante años en Long Island, pero justo debajo se interesa por si ha tenido algún contacto con familiares de su padre y su madre.

En cuanto lo veo, mi mente empieza a sopesar las posibilidades. Supongo que es lógico que la periodista también se lo pregunte, pero es su pasado. No tiene por qué compartirlo con nadie, y menos con una revista.

—Puedes negarte a contestar, ¿verdad?

Se pasa la mano por el pelo y vuelve a colocarse la gorra de béisbol en la cabeza, con la visera hacia atrás.

—Supongo que sí. La respuesta corta es que no, no lo he hecho.

Lo miro de reojo. Yo también tengo curiosidad, pero me parece que es un interrogante sobre el que no tengo derecho a preguntar, teniendo en cuenta que solo somos amigos. A fin de cuentas, esto es lo que yo quería, aunque cada vez me cueste más recordar por qué.

—Tú dile que solo vas a responder preguntas que tengan relación directa con el béisbol.

—Imagino que puedo hacerlo. —Hace una mueca—. Pero no quiero que empiece a investigar por su cuenta y se invente una historia. La familia de mi madre no quiso adoptarme porque odiaban a mi padre. No es tan complicado.

No puedo contenerme.

—¿Por qué?

—La dejó embarazada antes de casarse. Pensaron que se estaba conformando, que podría haber encontrado a alguien mejor. —Me pone la mano en la rodilla y me da un ligero apretón. Se ríe con amargura—. Y luego él murió y sí que pensaron que podría haber encontrado a alguien mejor.

—Eso es horrible.

—En cualquier caso, no quiero tener nada que ver con ellos. —Cierra el portátil con firmeza y lo deja en la mesita junto al mío—. Hace años que no sé nada de ellos. Me encanta el béisbol, pero lo demás me supera. Según Izzy, esas estúpidas fotos están por todo Instagram.

—Eso es lo bueno de la astrofísica —digo en tono mordaz—. A mí nadie me va a pedir una entrevista.

Él me rodea la cintura con el brazo y me sienta en su regazo. Me coloco a horcajadas sobre él y me pongo bien la falda para que me cubra el trasero.

—Tengo algunas preguntas —murmura besándome el cuello. Sus manos recorren mis muslos desnudos, haciéndome estremecer—. Son de carácter personal.

—¿Ah, sí?

Me sube la falda unos centímetros.

—Tal vez una demostración sería más eficaz.

Se me encoge el estómago al sentir las yemas de sus dedos sobre mi sensible piel. La última vez que nos enrollamos fue por teléfono hace unos días; me llamó desde su habitación de hotel durante el viaje a Albany. Sigo sintiéndome mal por ello, pero lo distraje en lugar de darle la respuesta que le debo. Primero con la luna y una confesión que no me costó hacer, y más tarde, cuando volví a la casa, con una charla picante por teléfono. Fue la salida más cobarde, pero no me atreví a hablar de por qué lo había ignorado.

—Tendría que ser rápido. Penny dijo que volverían pronto.

Me muerde con suavidad la mandíbula antes de besarme como es debido. Sus dedos siguen el borde de encaje de mi ropa interior.

—Puedo ser rápido.

Quiero montarlo en el sofá. Quiero sus manos en mi culo, aferrándome con

fuerza, y sentir lo profundo que puede llegar en esa posición. Hace meses que no lo hemos hecho y sé que se ha estado conteniendo.

Me quito la camiseta por la cabeza y la dejo caer al suelo. Llevo su sujetador favorito, uno verde lima con un lacito entre las copas. Gime al verlo y hunde la cara ahí. Me desliza un tirante por el brazo y luego el otro.

—Hace mucho tiempo que no me follas. —No puedo evitar murmurar mientras me chupa el pezón a través de la fina tela.

Él reprime un gemido contra mi piel y yo deslizo las uñas por su espalda.

—Haré que lo disfrutes como nunca, cielo, por favor.

—Lo sé —dice con voz ronca. Me mete la mano por debajo de la falda y me da unos azotes. No con tanta fuerza como para hacerme daño, aunque la provocación es suficiente para que lo desee—. Me encantan tus gemidos cuando estoy dentro de ti. Ángel, los recuerdo todos.

Me balanceo contra él. Sonrío cuando se le entrecorta la respiración; noto el bulto creciente en sus pantalones. Sigo meciéndome con suavidad mientras le quito la gorra de béisbol de la cabeza, enredo las manos en su pelo y le doy un tirón.

—También me vendría bien un juguete en el culo.

—Me vas a matar.

Mi sonrisa se ensancha mientras lo beso. Está a punto de ceder.

—Si es demasiado, puedo parar.

—Ni se te ocurra.

Le subo la camiseta y recorro con los dedos las duras líneas de sus abdominales.

—¿Ah, sí? ¿Seguro que puedes soportarlo, Callahan?

Él arroja su camiseta al suelo, junto a la mía. Le brillan los ojos mientras me desabrocha el sujetador. Lo dejo caer. Desliza un pezón entre el pulgar y el índice y baja la cabeza para llevarse el otro a la boca. La sensación hace que contraiga los músculos internos. Mi cuerpo anhela más; ya tengo las bragas mojadas. Si al final tengo que contarle la verdad que le debo para que me penetre como he soñado, lo haré. Le rasco el cuero cabelludo y dejo caer la cabeza hacia atrás.

—Por ti, siempre, Mia Angel. —Puede que su voz suene burlona, pero sus ojos revelan una seriedad más profunda—. Aunque te niegues a decirme…

La puerta principal se abre.

¡Mierda! ¡Mierda, mierda, mierda!

—Venga ya. —Le oigo decir a Cooper—. Otra vez no.



Penny me inspecciona de arriba abajo mientras cruza los brazos sobre el pecho. Tiene la cara ligeramente quemada por el sol y el pelo, que se ha recogido en una trenza, encrespado. Lleva una camiseta del Gran Cañón y veo un tatuaje en su muñeca, pero no me atrevo a preguntarle por él. La última vez que la vi tan indignada fue…, bueno, fue cuando intentó hablar conmigo después de que Cooper y ella se dieran cuenta de que Sebastian y yo éramos más que amigos. En cuanto llegó al hotel de Florida, donde se celebraba el Frozen Four, me llamó y no fui capaz de hablar de todo lo que estaba pasando. En ese momento supe que iba a dejar plantado a Sebastian, y la última persona a la que quería confesarle eso era la novia de su hermano. Nadie te dice que a veces puede ser una auténtica putada que tu mejor amiga se enamore.

Me aclaro la garganta. En cuanto todos se dan cuenta de la situación (que Sebastian y yo nos estamos enrollando en el sofá del salón, sin camiseta, como idiotas) y consigo volver a vestirme, ella me arrastra escaleras arriba. Penny ya me había visto sin camiseta antes, gracias a los peligros de compartir piso, pero podría haber vivido perfectamente sin enseñarle nada a Cooper.

Ahora estoy sentada a los pies de la cama de Izzy, como si me acabaran de llamar al despacho de la directora. Y lo digo con conocimiento de causa, porque fui al despacho de la directora Donnelly demasiadas veces cuando estaba en el instituto. Aún me sorprende que no me expulsaran después del incendio accidental en el laboratorio de química.

Siento que me vengo abajo ante la mirada de Penny cuanto más me mira, así que empiezo a parlotear.

—Tienes que contarme todo sobre el viaje. ¿Qué pasó con ese poema que escribiste para tu madre?

—¿Hace cuánto, Mia?

Intento sonreír.

—Estás guapa, Pen.

—Mia. ¿Cuánto tiempo?

—Las fotos que has colgado en Instagram son muy bonitas. ¿Os habéis hecho

tatuajes a juego? ¿Fue idea tuya? Creía que habías dicho que te daban demasiado miedo las agujas como para hacerte uno.

—Mia…

Trago saliva y continúo:

—Te he echado de menos. No quería molestarte mientras estabas a solas en la otra punta del país con tu jugador de *hockey*, pero hasta que te fuiste no me di cuenta de lo mucho que hablamos. Tengo una anécdota graciosa sobre Mandarina…

—¡Maria Daphne Di Angelo! —exclama.

Yo parpadeo.

—Qué borde.

—Lo siento. —Se deshace la trenza y se sacude el pelo, respirando hondo. Después se sienta a mi lado—. Pero me dijiste que puedo usar tu nombre completo en caso de emergencia.

—¿Esto es una emergencia, Penelope Ann Ryder?

Pen se queda boquiabierta.

—¡Qué grosera!

—Tú has sido grosera primero.

—Yo diría que esto constituye sin duda una emergencia —refunfuña—. ¿Estás con Sebastian?

La verdad es que resultaba tan fácil fingir que las vacaciones de verano durarían para siempre y que nunca tendría que hablar con nadie de esta especie de relación que mantengo con Sebastian, que no ideé un plan para este momento exacto. Debería haberlo hecho, pero en lugar de eso me dejé llevar por el equilibrio que establecimos entre nosotros y ahora, al igual que en abril, me siento perdida. Y esta vez, no puedo bajar corriendo las escaleras y dejar a todos atrás. Ni siquiera tendría adónde huir, ya que aquí es donde vivo ahora.

—Vale, sí —admito—. Nos estamos acostando. ¿Contenta?

Ella parpadea.

—Pues sí. De hecho, estoy extasiada, pero eso es lo de menos. ¿Por qué no me lo dijiste? ¿Cuándo habéis vuelto?

—Un par de días después de que me mudara aquí.

—Vaya. Así que básicamente lleváis juntos todo el tiempo que hemos estado fuera.

—Supongo —digo con una expresión de impotencia.

Pen se echa hacia delante y me abraza.

—¡Es alucinante!

Escupo un mechón de su pelo y le devuelvo el abrazo en el acto. Penny es prácticamente la única persona que no me molesta que me abrace, aunque supongo que Sebastian también está en esa lista ahora.

—No estamos saliendo.

—Un momento. —Se echa hacia atrás—. Pero yo creía…

—Simplemente…, es como antes. —Hago una mueca—. Solo somos amigos, pero con derecho a roce.

—Ah —dice, frunciendo el ceño—. Mia…, ¿estás segura de eso?

—No le estoy obligando a nada. —Me apresuro a decir—. De hecho, fue idea suya.

Penny agita la mano con impaciencia.

—Quiero decir, ¿de verdad es lo que quieres?

Miro hacia un lado. La última vez que hice la cama de Izzy, coloqué las almohadas en forma de torre, pero no debía de estar estable, porque ahora la mitad está en el suelo.

Cuando Sebastian tuvo aquella pesadilla antes de ir a Albany, fue imposible fingir que no significaba nada. Mitigar su pánico o estrecharlo entre mis brazos no tenía nada de informal.

Me quedé despierta mucho después de que él se durmiera de nuevo, acariciándole el pelo, concentrándome en los latidos de mi corazón y en las mariposas imaginarias que revoloteaban en mi vientre. Jugué a un juego conmigo misma. ¿Preferiría estar en la habitación de la residencia en la que se suponía que debía estar ahora? Desde luego que no. ¿Preferiría estar en la Universidad de Ginebra? Tal vez con el tiempo, pero no en ese momento. Me alegré de estar a su lado y de que no tuviera que sufrir otra pesadilla solo.

Si vuelve a ocurrir, quiero ser yo quien esté allí, lista para ayudar.

Eso no tiene nada de informal. No es propio de dos amigos. Pero ayudarle a

pasar una noche difícil no es lo mismo que salir con alguien. Sentir que algo se me retuerce en el pecho al verlo usar mi estómago como almohada no significa que deba arriesgarme a que todo cambie.

Y no puedo explicarle todo eso a Penny, así que sacudo la cabeza.

—Háblame del viaje.

—Creo que deberíamos hablar de esto.

—No quiero —digo bruscamente. Odio ver que su rostro se ensombrece al oír mi tono—. No hay nada de qué hablar —añado, con más suavidad—. Somos amigos. Nos acostamos. No hay nada malo en ello.

—No he dicho que lo hubiera. Es solo que… —Su voz se apaga mientras sacude la cabeza—. Da igual. El viaje fue increíble. Cooper es… es el indicado para mí, Mia. Lo es todo para mí.

Me enseña la muñeca. Hay una frase corta escrita en negro en el interior, pero no reconozco el idioma.

—¿Es de *El señor de los anillos*?

Ella asiente, conteniendo una sonrisa.

—Pone «te quiero» en sindarin. Quería hacer algo especial con él, algo que nos uniera antes de que las cosas cambiasen. Sé que nos quedan dos semestres más, pero aun así, nuestras vidas van a ser muy diferentes cuando él esté en la NHL.

Trago saliva. Penny tiene suerte de estar tan involucrada en la pasión de Cooper. Ella también fue una deportista seria, así que sabe lo que cuesta, y su padre es el entrenador de Cooper, por lo que es imposible que se sorprenda por el nivel de compromiso que exige. Estoy segura de que no tendrá ningún problema en adaptar su vida a la carrera de él, como hizo la madre de Sebastian con su padre. Además, es una suerte que sea escritora. Puede ejercer su futura carrera en cualquier parte. Si Sebastian y yo intentáramos que nuestra relación funcionara mientras él juega al béisbol y yo estudio un posgrado, nunca nos veríamos. No sería tan solo echarlo de menos durante un viaje de tres días a Albany. Me sentiría sola y culpable, en vez de sentirme únicamente sola.

Consigo sonreír.

—Es precioso, Pen.

—¿Estás segura de que Seb y tú…?

Me levanto, alisándome la falda.

—Voy a ver si necesita ayuda con la cena. Creo que tiene pensado prepararnos algo.

—¿Cocinas con él? —pregunta mientras me apresuro a bajar las escaleras—. ¡Creía que odiabas cocinar!

Me muerdo el labio y contengo las ganas de contestar. Cuando Penny me obligó a subir para que mantuviéramos esta charla, Cooper y Sebastian estaban en el salón, sentados uno enfrente del otro, sumidos en un incómodo silencio. Ahora oigo voces procedentes de la cocina.

Estoy a punto de subir las escaleras de puntillas cuando oigo a Cooper decir mi nombre.

32

Sebastian

—Podrías haberme avisado, ¿sabes? —dice Cooper. Se aleja de la nevera, cerveza en mano, para que yo pueda sacar los ingredientes que voy a necesitar para los espaguetis a la carbonara. Es un poco pronto para empezar a preparar la cena, sobre todo un plato de pasta que se prepara en menos de media hora, pero cualquier cosa con tal de no encontrarme con los ojos de mi hermano. No es que me avergüence de lo que ha visto, aunque me siento mal por Mia, pero no pensaba volver a abordar así el tema de que estamos juntos otra vez—. No es que quisiera verle las tetas.

Me paso la mano por la cara.

—No hables de sus tetas.

Cooper suelta un bufido.

—No lo hago. No voy a decir una puta palabra, nunca, sobre los melones de la mejor amiga de mi novia. Aunque supongo que ahora estamos en paz.

—He intentado con todas mis fuerzas borrar de mi mente la imagen de Penny y de ti.

—Tienes un dormitorio en esta casa, ¿sabes?

—Como si eso te hubiera detenido antes. —Cojo una sartén y la pongo al fuego—. Habéis vuelto antes de lo que esperábamos.

Cuando vivíamos aquí solo nosotros dos, era fácil olvidarse de la vida normal. Podía fingir que nuestro juego de vivir juntos duraría para siempre. He pasado los últimos días pensando en el momento en que desperté de aquella pesadilla. El alivio que sentí al verla en la cama conmigo, a salvo y tan hermosa a la luz de la luna, apaciguó un profundo desasosiego siempre presente en mi pecho. No he sido capaz de concentrarme en nada más que en esa sensación. La eché de menos durante el viaje. Nuestra llamada telefónica estuvo bien, pero ojalá no

hubiera tenido que marcharme justo antes de que la vida normal volviera a aparecer en la forma de mi hermano.

Se sienta en uno de los taburetes de la cocina y apoya los codos en la encimera.

—Así que ibas a mentirme.

Añado un par de cucharadas de aceite de oliva y mantequilla a la sartén y subo el fuego.

—¿Qué? No.

—¿Por ella?

—Lo que pasa es que no era sí como me habría gustado que te enteraras, idiota.

Él bebe un trago de cerveza.

—En fin, ¿qué pasa? ¿Estáis juntos?

Ahora no puedo mirarle a los ojos. Corto una cebolla por la mitad y le quito la piel. Siento calor en la nuca.

—No.

—Entonces, ¿qué era eso? —dice—. ¿Un rollito sin importancia?

—Anda que no practicaste tú eso antes de conocer a Penny.

Cooper levanta las manos.

—No estoy juzgando lo que estabas haciendo. Solo con quién lo hacías.

—Tú la conoces.

—Sí, exactamente. Sé muchas cosas sobre ella. Por ejemplo, que te abandonó. Pero no sé nada de toda esa jodida situación, excepto que nunca te había visto tan afectado por una chica. ¿Y ahora qué? ¿Vas a volver a por más?

Me concentro en cortar la cebolla en dados. Cuando está lista, me pongo con la panceta que he comprado hoy en el supermercado. Cuando planeé esta comida, me imaginé cocinándola con Mia y luego sentándonos a la mesa los cuatro para oír hablar del viaje por carretera. Tengo una buena botella de Sancerre enfriándose en la nevera, además de *cupcakes red velvet* de la pastelería de la ciudad. Estaba preparado para fingir (solo amigos, nada más), como hicimos durante meses.

En vez de eso, todo ha salido a la luz, y aún no sé por qué Mia me dejó

plantado para empezar.

Solo espero que Mia no use esto como excusa para huir de nuevo.

—La invité a salir —admito—. El día que nos descubriste, la invité a cenar. Ya se lo había pedido una vez, pero no estaba preparada. Esta vez dijo que sí, pero en cuanto te vio, se echó atrás. Se fue. Le envié un mensaje sobre la cita de todos modos, pero me dejó plantado y decidió fingir que yo no existía.

Cooper hace una mueca.

—¿Por mi culpa?

—No lo sé. Tal vez se volvió demasiado real. Quizá hice algo sin darme cuenta. —Odio ese tonillo amargo en mi voz, pero no puedo evitarlo—. Y ahora mismo, nos estamos acostando otra vez. Solo eso. Somos amigos. No es para tanto.

—Pero aún quieres más.

Pongo las cebollas y la panceta en la sartén. Empiezan a chisporrotear de inmediato en la mezcla de mantequilla y aceite de oliva. Conozco tan bien esta receta que podría hacerla con los ojos vendados, pero ahora mismo desearía no haber planeado prepararla.

—Pues sí.

—Seb.

La voz de mi hermano es persuasiva y me insta a que lo mire. Vierto media taza de nata en un bol. Tengo que separar las yemas para batirlas con la nata, rallar el queso parmesano y picar el perejil para decorar. También añado siempre guisantes, aunque la receta con la que trabajo no lleva. Una receta como esta es fácil de hacer. Con paciencia y un poco de habilidad, todas lo son. Ojalá tuviera algo más en lo que centrarme, cualquier cosa para evitar esta conversación. Debería haber hecho el postre yo mismo.

—Sebastian, en serio.

Casco uno de los huevos contra el borde de la encimera.

—¿Qué?

—Te está dando largas.

Pincho la yema del huevo sin querer. Me resbala por toda la mano, mezclándose con las claras. La tiro y me limpio las manos.

—No es así.

—Tienes que dejarlo. Poner fin a esto. Te está jodiendo porque sabe que no vas a rechazarla.

—¿Me he perdido la parte de esta conversación en la que te he pedido consejo?

—Tío, vamos. Si de verdad quisiera estar contigo, lo estaría.

Esta vez consigo separar la yema y a continuación me encargo con rapidez de las otras dos. Remuevo la mezcla en la sartén con tanto ímpetu que un par de trozos de panceta saltan por los aires.

Tengo un nudo en el estómago del tamaño de la luna.

—Lo entiendo, ahora eres un tío de relaciones. Bien por ti, pero no todo el mundo tiene tanta suerte.

—Podrías tener eso con otra persona. Claro que Mia es atractiva, me gusta salir con ella y significa mucho para Pen, pero es imposible que no sepa lo que sientes. Lo está ignorando porque le gusta follarte. Está actuando como una…

—No lo digas, joder —digo—. Ni se te ocurra, Cooper.

Él rodea la encimera, pasándose la mano por el pelo.

—Estoy intentando ayudarte.

Me río con incredulidad.

—Sé lo que estás haciendo. Déjalo ya.

—¿Vas a permitir que juegue con tu corazón hasta que se aburra y pase página?

Aparto la sartén del fuego.

—Prefiero esto a nada.

—Mereces más. Al menos te mereces la verdad sobre por qué te dejó plantado.

—Y al final me lo va a decir.

Cooper enarca una ceja mientras bebe otro trago de cerveza.

—¿Ah, sí? ¿Te lo prometió antes o después de empezar a chuparte la polla otra vez?

Lo arrincono contra la encimera. La cerveza se le escurre de las manos y cae al suelo, pero ninguno de los dos se mueve para limpiarla. La adrenalina se apodera de mí y cierro el puño. Me duele el dedo magullado. Cooper me mira con esos

inquebrantables ojos azules, sin pestañear y sin mostrar la más mínima intención de echarse atrás.

La única vez que nos peleamos (una pelea de verdad en el jardín, con patadas y puñetazos), fue en el último año de instituto, cuando una chica que nos gustaba a los dos hizo que nos enfrentáramos. Yo creía que yo le gustaba, Cooper creía que le gustaba él y en realidad se acostaba con los dos. Richard nos dejó pelear hasta que a los dos nos comenzó a sangrar la nariz y empezamos a respirar con tanta dificultad que no podíamos hablar. Entonces nos dejó plantados y nos corrigió las formas. Juramos que nunca volveríamos a las manos, pero ahora mismo estoy tentado de darle un puñetazo en la puta boca. Lo agarro de la pechera de la camiseta y lo acerco a mí.

—Vamos, Sebby —dice, con una mueca—. Defiende a la chica con la que solo estás follando. Porque es todo muy informal, ¿verdad?

Lo agarro con más fuerza de la camisa y lo fuerzo a acercarse. Su cuerpo está relajado; soy el único aquí que está a punto de perder la cabeza. El nudo en la boca de mi estómago gruñe, enseñando los dientes. Podría darle un puñetazo en esa boca engreída y no haría nada. Dejaría que lo hiciera solo para demostrar que tiene razón. Me puse a defender a Mia al instante, de cero a cien. Sin pensar, sin dudar, solo una oleada de sentimientos.

Lo suelto. Respiro hondo.

—¡Que te den!

Odio ver que hace una mueca de desagrado.

—Ten cuidado —dice—. Una vez que los sentimientos están ahí, no desaparecen.

33

Mia

Durante mi infancia, la cena no era negociable.

No importaba lo que estuviera pasando, quién estuviera cabreado con quién o si cinco minutos antes mis padres se estaban gritando, porque en el momento en que la cena estaba lista, todo el mundo se sentaba a la mesa del comedor con las servilletas en el regazo. A veces, la tensión se propagaba por la habitación como una nube de tormenta, pero sin falta, mi madre servía un plato a cada uno, rezábamos y comíamos. Si las cosas iban especialmente mal, comíamos en silencio, pero la mayoría de las veces fingíamos que no pasaba nada.

Esta comida es igual. Apenas hemos hablado y Sebastian y Cooper no se miran a la cara.

En cuanto oí a Cooper decir mi nombre, se me paró el corazón. No podía moverme, aunque sabía que lo más educado y decente habría sido huir y fingir que no había bajado. Habría sido preferible lidiar con las preguntas de Penny que escuchar a Sebastian discutir con su hermano por mi causa. No vi nada, pero lo oí todo. Podía soportar que Cooper y Penny nos descubrieran, pero escuchar lo que Cooper pensaba de mí o el tono dolido de Sebastian mientras me defendía…

Siento náuseas.

Cooper tiene razón; no merezco que él me defienda. No lo merezco y punto. Y me aterraba tanto ceder a lo que Sebastian quiere, a lo que yo quiero, en los momentos en que soy completamente sincera conmigo misma, que lo he tenido de rehén, fingiendo que ser amigos con derechos es un compromiso aceptable. Puede que al principio lo fuera, pero ahora lo conozco mejor. He sido egoísta y no he querido dejarlo marchar, y maldito sea Cooper por hacer que lo vea con tanta claridad.

Jugueteo con la pasta de mi cuenco sin mucho interés. Frente a mí, Penny

frunce el ceño.

—Vale, ¿por qué todos os comportáis de un modo tan raro? —pregunta—. Creo que todos hemos visto unas tetas antes.

—Eso me da igual. —Intento esbozar una sonrisa, pero no lo consigo—. No te preocupes.

—¿Ha pasado algo? —insiste. Alarga la mano y aprieta la muñeca de Cooper —. ¿Cariño?

—No pasa nada. —Se apresura a decir Sebastian—. Háblanos del viaje.

—Sí —intervengo—. Estuvisteis un tiempo en el Gran Cañón, ¿verdad? La foto que colgaste en la roca era preciosa.

—Nos la hizo un simpático señor mayor que solía ir allí con su mujer —responde Penny—. ¿Verdad, Cooper?

—Sí —dice—. Parecían muy enamorados y unidos.

No me pasa desapercibida la mirada que me dirige. Me trago el vino sin probarlo. Sé que debería preguntar otra cosa, seguir con la conversación, pero tengo la mente en blanco. Soy demasiado consciente de la presencia de Sebastian. Su pie roza el mío debajo de la mesa y prácticamente puedo sentir el calor que emana de su cuerpo. Podría estirar la mano y entrelazar nuestros dedos sin problema. Es imposible ignorar la descarga que me recorre la espalda cada vez que estamos juntos, incluso con la tensión reinante en la habitación, que me atenaza el corazón como una banda de hierro.

Era mucho más sencillo cuando estábamos solos. Podría fingir que estábamos saliendo sin salir, pero las cosas no funcionan así. O te comprometes por completo o no te comprometes.

—Fue muy tierno —dice Penny—. Y el Gran Cañón en sí es impresionante. Sé lo mucho que os gustan a todos los Outer Banks, pero sería un lugar estupendo para unas vacaciones en familia.

—Me gustaría ir algún día —aduce Sebastian—. Seguro que allí las estrellas se ven superbién, ¿verdad, Mia?

—Oh, sí —digo—. Cuanta menos contaminación lumínica, mejor. El Observatorio Lowell es uno de los más antiguos del país. Siempre he querido visitarlo.

Cooper se recuesta en su silla y apoya el brazo en el respaldo de la de Penny. Me mira y yo le sostengo la mirada, conteniendo las ganas de moverme.

—Solo por curiosidad —dice con voz lánguida—. ¿Cuánto tiempo pensabas marear la perdiz, Mia?

Todo queda en silencio durante un momento. Penny mira a su novio con una expresión perpleja en sus ojos azules y, a mi lado, Sebastian aprieta con fuerza el tenedor. Se me seca la boca; cuando intento tragar, siento que me ahogo.

—Cooper —dice Sebastian al fin, su voz prácticamente rezuma tensión—. Ya basta.

—Un momento, ¿de qué estás hablando? —pregunta Penny.

La mirada de Cooper es penetrante, pero mantengo la cabeza bien erguida.

—¿Sabías que estaba ahí?

—Imaginaba que habías oído lo último que he dicho. —Bebe despacio un sorbo de su bebida y deja el vaso con un golpe seco sobre la madera—. No voy a disculparme por proteger a mi familia.

—No necesitas librar mis putas batallas por mí —dice Sebastian.

—¿Estás seguro de eso? —resopla Cooper—. ¿Cuánto tiempo planeabas que durara esto? Tanto como ella quisiera, ¿verdad?

—Ya te he dicho que cerraras la boca sobre…

—Tiene razón. —Parpadeo, intentando aliviar el repentino ardor en mis ojos —. Basta, Sebastian, tiene razón.

Me levanto de golpe y la silla araña el suelo de baldosas. Aprieto los dientes mientras abro de un empujón la puerta mosquitera. Alguien me llama, pero no puedo distinguir quién es porque la sangre ruge en mis oídos. Lo más probable es que sea Penny. Si arruino las cosas entre Cooper y ella, no me lo podré perdonar.

La mosquitera se cierra de un portazo y me separa del resto. Odio salir huyendo de nuevo, pero necesito un momento para respirar. Para pensar.

Es de noche y los últimos resquicios de luz solar se desvanecen en el horizonte. Una ligera brisa hace que se me ponga la piel de gallina. Cruzo los brazos con fuerza y me encamino hacia el árbol en el que Mandarina se quedó atrapada. Apoyando la frente en la áspera corteza, que desprende un ligero olor a

podredumbre. Respiro hondo y de forma entrecortada. Se me escapa una lágrima, que resbala por mi mejilla. Qué lejana parece aquella mañana. Tenía unas ganas locas de besarlo, pero me contuve. Tendría que haberme mantenido firme, pero en lugar de eso, sucumbí a mis propios deseos y todo se vino abajo.

Se acabó.

Es lo mejor.

Un futuro con él destruiría mi propio futuro. Tomé la decisión de no ponerlo en peligro cuando tenía dieciséis años, después de que mi madre me amenazara con repudiarme si de verdad decidía no casarme y tener hijos. Me prometí que si tenía que elegir entre mi carrera y el amor, siempre elegiría mi carrera. Un chico como Sebastian, un buen chico, se merece más de lo que yo puedo darle.

Es una noche clara y las estrellas empiezan a centellear. Parecen más lejanas de lo habitual. Distantes y frías, como le parecen a la mayoría de la gente, en lugar de amistosas. La luna nueva también hace que el cielo esté más oscuro.

Es apropiado que ahora no tenga ese consuelo.

Percibo la presencia de Sebastian antes de oírlo. Me rodea la cintura con un brazo y me aprieta.

—Aquí estás.

Me giro entre sus brazos. Debería separarme, poner distancia entre nosotros, pero no puedo moverme. Me acaricia la mejilla. Sus labios rozan los míos con ternura.

No merezco ternura en este momento. Logro alejarme un poco, pero él se queda cerca. La brisa despeina su cabello. Su presencia, que suele ser reconfortante, me resulta opresiva. No puedo concentrarme en otra cosa que no sea su mano, apoyada en la corteza del árbol junto a mi cabeza, y el limpio aroma cítrico de su fragancia.

Me clavo los dientes en el labio inferior. Alcanzo a ver el verde de sus ojos aun en la penumbra. Son una selva tropical, exuberante y repleta de matices.

Su mirada es demasiado penetrante. Me miro los pies. Hasta ahora no me había dado cuenta de que iba descalza. No sentía la hierba bajo mis pies, ligeramente fresca en la fría tarde de primavera.

—Habla conmigo —murmura.

No puedo evitarlo; busco de nuevo su mirada. Me encantaron sus ojos desde la primera vez que los vi, pero ahora mismo solo me causan dolor. Otra lágrima resbala por mi mejilla mientras mi corazón se rompe, justo por la mitad.

—No puedo.

—Claro que sí.

Sacudo la cabeza, mordiéndome el labio para no llorar. Prefiero hundirme en la tierra que revelar una flaqueza tan profunda.

—Tu hermano tiene razón.

Él frunce el ceño; su voz es prácticamente un gruñido.

—Ha sido un capullo.

—He sido una gilipollas contigo. Tienes derecho a estar molesto por eso.

—Mia…

—Tú has sido muy bueno conmigo —espeto. Respiro hondo, pero eso no calma mi corazón, que late desbocado—. Tiene razón, te he estado tomando el pelo. No…, no para hacerte daño. Pero tienes derecho a enfadarte por ello.

—Yo quería hacer esto. Si crees que me estás obligando a algo, déjalo ya.

Sacudo la cabeza.

—¿Sabes lo que me dijo Izzy cuando se enteró de que vivía aquí? Que te esfuerzas demasiado por ser amable. Por ser tú, esa versión de Sebastian que tiene una paciencia infinita y deja de lado sus propios deseos y necesidades. Me he aprovechado de eso y no lo soporto. Lo odio con todas mis fuerzas.

Él se pasa la mano por el pelo, tirando de las puntas.

—No te has aprovechado de mí.

—Reconócelo.

—No es verdad.

—¡Deja de mentirte durante cinco segundos! —Mi voz resuena con demasiada fuerza, pero no puedo evitarlo. Desde la tercera vez que me enrollé con él supe que quería algo más que sexo, y seguí insistiendo. Y sigo haciéndolo. No se lo merece. Él merece una novia que pueda dárselo todo ahora y en el futuro, y yo no puedo convertirme en esa chica.

—¡Vale! —No grita exactamente, pero oigo el dolor en su voz, y cada sílaba me golpea el corazón—. Sí, estoy cabreado. He intentado ser comprensivo y

aceptar lo que me has dado, pero no es lo que quiero, joder. ¿Estás contenta?

—Encantada —replico.

—Pero si yo me miento a mí mismo, tú haces lo mismo —aduce—. Mírame a los ojos y dime que no quieres más, Mia. Adelante. Miénteme a la puta cara si estás tan decidida a apartarme. ¿Por qué me dejaste plantado? Sé que no fue porque no quisieras más.

Es imposible mentir cuando miro sus ojos de color esmeralda. Me humedezco el labio con la lengua y después me lo muerdo, deseando que me duela. Deseando que me lo mordiera él.

—Quería más.

—¿Hice algo para estropearlo? —Se acerca lo suficiente para que pueda sentir el calor de su cuerpo—. ¿Te hice daño?

Sacudo la cabeza, pues no confío en poder hablar durante un momento.

—No —susurro—. Me estaba…, joder. Me estaba enamorando de ti.

Él encorva los hombros. Casi sonríe. Mi corazón da un traicionero vuelco al verlo.

—Lo sabía.

—Fue aterrador. —Intento tragar saliva, pero eso solo hace que tenga ganas de llorar—. Sigue siendo aterrador. Pensé que tal vez sería mejor para ti y para mí que pasaras página.

—No quiero pasar página. —Me coge la mano y me aprieta los dedos. Su tacto hace que un exquisito estremecimiento recorra mi espalda. Retiro la mano y él la agarra de nuevo, clavándome las uñas romas en la palma—. No quería hacerlo entonces y te aseguro que no quiero hacerlo ahora. Te quiero a ti, Mia. No solo que nos enrollemos o ser tu amigo. Quiero todo lo que podamos darnos porque yo también me estoy enamorando de ti.

—No puedo hacerlo. —Se me quiebra la voz—. No sé cómo hacerlo.

—Inténtalo —murmura—. Yo tampoco lo he intentado nunca y estoy muerto de miedo, pero quiero intentarlo contigo. Solo contigo. Di que lo intentarás conmigo también.

Le aprieto la mano.

—¿Y si no dura? ¿Y si…?

Empieza a sacudir la cabeza antes de que termine la frase.

—Nada de especulaciones. No pienses en el futuro. Piensa en el presente.

Algo se rompe dentro de mí.

Lo más probable es que esto salte por los aires, pero no puedo alejarme de él. No cuando siento el corazón lleno a rebosar cuando él está cerca. No cuando soy consciente de su presencia desde el momento en que entra en una habitación. No cuando mi corazón me suplica que me quede con él, y a la mierda las consecuencias futuras. Adiós al Proyecto OASMC.

Asiento, secándome las lágrimas que quieren escapar de mis ojos. Me sujeta el pelo detrás de la oreja y me da un suave tironcito del lóbulo.

—Me muero de ganas de besarte ahora mismo —dice.

Me pongo de puntillas. Mis labios están a un palmo de los suyos, tan cerca y tan lejos a la vez. Mi cuerpo vibra de impaciencia.

—¿Y a qué esperas?

34
Mia

Los labios de Sebastian chocan con los míos con la fuerza de la marea alta. Agarro su camiseta y tiro de ella hacia arriba. Él prácticamente se la arranca del cuerpo. Deslizo las manos por la dura línea de sus abdominales hasta posarlas en la cinturilla de sus vaqueros. Él enarca una ceja de forma inquisitiva y yo asiento. Deseo tenerlo aquí, en la hierba, con la brisa acariciando nuestra piel desnuda y las estrellas titilando en lo alto.

—De todas formas, supongo que deberíamos quedarnos aquí un rato más —murmura. Me río mientras me quita la camiseta y el sujetador—. Si no, la cosa podría ponerse incómoda.

—Esperemos que no aparezca nadie más esta noche.

Él resopla mientras me coge en brazos.

—Todavía no me puedo creer lo que ha pasado.

Echo un vistazo a mi alrededor.

—¿A dónde vamos?

—El césped aquí es más mullido. —Me deja en el suelo y se tumba a mi lado. Respiro el aire fresco, que huele a la madreselva silvestre que crece junto a la valla. Extiende su mano sobre mi vientre; un cálido peso que envía calor a todos los lugares adecuados—. Quiero asegurarme de que estás cómoda.

Me estremezco cuando me introduce la yema del dedo en mi ombligo.

—¿Cómo está tu meñique?

Roza con los labios un pezón, que se pone duro bajo el frío aire.

—Creo que nos las apañaremos.

Arqueo la espalda mientras él me lame el pecho, haciendo que mi piel se estremezca a su paso. Baja la mano hasta mi falda. Cuando levanta la cabeza, el pelo le cae sobre los ojos; se lo retiro de la cara y ahueco la mano sobre su

mandíbula. Él gira el rostro y me da un beso rápido en la palma. Luego desliza el dedo por la piel justo encima de la falda, consiguiendo que se me encoja el estómago.

—Levanta las caderas para mí, ángel.

Me da un vuelco el corazón y hago lo que me pide. Me baja la falda y las bragas a la vez y gime cuando ve mi coño, ya resbaladizo. Me estremezco al sentir el aire sobre mi piel expuesta, pero su tacto es tan cálido, tan perfecto, que merece la pena.

—Buena chica —dice con voz ronca. Frota mis pliegues con los nudillos—. Ojalá tuviéramos una manta.

Me río, levanto la mano y lo acerco para darle otro beso. El roce de sus dedos contra mi clítoris, ya excitado y pidiendo atención, me hace jadear.

—Tendremos que dejar el segundo asalto para la ducha.

—Qué lata —dice, sonriendo contra mi boca.

Le muerdo la mandíbula.

—Te deseo.

—Ya me tienes.

—Ya sabes a lo que me refiero. —Enredo los dedos en su cabello y tiro—. De la manera en en la que no hemos estado nunca.

Introduce la mano entre nosotros y se desabrocha los vaqueros, bajándoselos por las piernas.

—No tengo un condón aquí.

Acaricio con la mano el gran bulto de sus calzoncillos. Mi cuerpo arde por el desgarrador deseo de sentirlo a él, no sus dedos o su lengua, muy dentro de mí, alcanzando lugares a los que no puedo llegar yo sola. Quiero que se corra dentro de mí, que me reclame de la forma más primitiva.

—Llevo un DIU. Y di negativo la última vez que me hice las pruebas.

—Yo también. —Profiere un gemido de satisfacción cuando le aprieto la polla.

—¿Seguro que te parece bien?

El corazón me da un vuelco en el pecho. No sé el momento exacto en que empecé a caer en picado, pero de una forma u otra, crucé el límite. Otra persona pasaría por alto los detalles, y yo lo he vivido, pero Sebastian lo acepta con

naturalidad. Que se asegure así es muy sexi. Es parte de su manera de ser, no está fingiendo ni es algo a lo que se sienta obligado. Libero su polla de los calzoncillos y se la acaricio con firmeza, pasando el pulgar por el glande. Está casi por completo dura, tan gruesa y palpitante. Asiento y le doy un beso rápido en la mejilla.

En su boca se dibuja una pequeña sonrisa.

—Dímelo con palabras.

Ese pequeño empujón basta para hacerme sonrojar.

—Me parece bien. Vamos, cielo, fóllame.

Eso debe de satisfacerle, porque se quita el resto de la ropa y se acomoda encima de mí, aprisionándome con sus fuertes brazos. Me estiro, disfrutando de su calor mientras me acaricia las tetas, y lleva la otra mano a mi clítoris para juguetear con él. Me tira con suavidad del vello entre las piernas, haciéndome jadear.

—Qué fácil es provocarte —bromea—. Me encanta eso de ti.

Me besa de forma apasionada, enredando nuestras lenguas, evitándome así tener que pensar en una respuesta a eso. Luego me separa más las piernas e introduce dos dedos en mi interior mientras me acaricia el clítoris. Estoy lo bastante resbaladiza como para que entren con facilidad. Un gemido escapa de mis labios. Conoce tan bien mi cuerpo que no necesita mucho para ponerme a punto, haciendo que mis caderas se aprieten contra las suyas. Un aluvión de súplicas se agolpa en la punta de mi lengua. Nunca ha sido mejor que con él, y nunca ha sido mejor que ahora, aquí mismo, bajo el manto de estrellas y la luna oculta, con su polla presionándome el muslo mientras maneja mi cuerpo como si fuera su guante favorito. Encoge los dedos y yo jadeo, clavándole el pie en el costado. Deslizo las uñas por su brazo, dejando una larga marca roja.

Ha anochecido del todo, pero la luz de la casa alumbra lo suficiente para que pueda ver el blanco de sus dientes y el verde de sus ojos. Sigue frotando ese punto contra mi cuerpo hasta que estoy al borde, temblando mientras jadeo. La frialdad que notaba en el aire ha desaparecido, se ha tornado en lava. Su pulgar me acaricia el clítoris mientras introduce un tercer dedo en mi empapado sexo.

Me corro con tal fuerza que me tapo la boca con una mano. Él se ríe a

carcajadas y, al segundo siguiente, yo también suelto una carcajada. Saca los dedos y los sustituye por su polla antes de que tenga oportunidad de protestar. Amolda mi pierna alrededor de su cadera, profundizando el ángulo.

Nuestras miradas se encuentran. Se humedece los labios y embiste de forma tentativa. Aprieto con fuerza, arrancándole un gemido de la garganta. Vuelve a embestir, esta vez con más ímpetu, y comienza a imponer un ritmo. Por un instante no puedo respirar, no puedo provocar, no puedo hacer nada más que acogerlo dentro de mí. Me acaricia el cabello con la mano, enredándolo en su puño. Huelo su colonia, pero también el delicioso toque de su sudor.

—Eres mía —susurra.

Me siento tan bien que se me llenan los ojos de lágrimas. Cuando se escapa una, la lame, reclamándome de otra forma. Es asqueroso y me hace sonreír.

—Tuya —susurro—. Muéstrame, Sebastian.

Él sacude la cabeza como si no pudiera creerlo. Yo apenas puedo. Si pienso demasiado en ello, empiezo a entrar en barrena. Lo único que puedo hacer es no pensar en absoluto. Permanecer en el presente y esperar que el futuro sea amable. Ante mi insistencia, impulsa las caderas hacia delante, hundiéndose aún más profundo. Me aprieto contra él todo lo que puedo, haciendo que cada embate sea aún más tortuoso para él.

Deja caer la cabeza y suelta un gruñido posesivo mientras se corre. El sonido hace que mi corazón se dispare. Me estrecha en sus brazos para tumbarnos de lado y hunde la cabeza en el hueco de mi hombro. Gimo al imaginar su semilla dentro de mí, reclamando mi cuerpo como ya está reclamando mi alma. Quiero que me cubra por dentro y por fuera, una y otra vez. Yo también quiero dejarle marcas, mordiscos, arañazos y suficientes besos con pintalabios para que nadie se atreva a mirarlo dos veces.

Sus siguientes palabras son tan quedas que por poco no las oigo.

—Mi ángel. —Me besa el lugar donde late mi pulso, apretándome fuerte. Yo le devuelvo el apretón, lo suficiente como para saber que él lo siente—. Mi ángel bueno.

35

Sebastian

No había estado en Nueva York desde la gala de la Fundación de la Familia Callahan de Sandra hace unos meses, así que cuando el coche se detiene en la acera y salgo junto a Cooper y Richard, tengo que parpadear mientras me aclimato a la energía. Huele ligeramente a basura, aunque todavía no hace tanto calor, pero si me concentro, también puedo captar el olor a café recién tostado. Esquivo un charco mientras contemplo los altos edificios y me cubro la boca para ocultar un bostezo. Richard apareció en el todoterreno a las seis y media y ya son las ocho. Necesito un café si quiero mantener los ojos abiertos.

—Es solo un desayuno de trabajo. No tardaremos mucho —le dice Richard al conductor mientras mira su reloj—. Llamaré para que me recojan.

—Sí, señor —responde el conductor—. Que disfrute de la comida, señor Callahan.

Mientras cruzamos la calle hacia el restaurante (por suerte, la fuente del olor a café), Cooper trata de buscar mi mirada. Lo ignoro. Los últimos días han sido un incómodo suplicio, pero él no ha intentado disculparse por la forma en que trató a Mia, y hasta que no lo haga, no me interesa hablar. No esperaba que quisiera venir a esta reunión, pero justo antes de que el coche saliera de la entrada, se sentó en el asiento trasero junto a mí. Procuramos mantener una actitud cordial delante de Richard; le hizo un montón de preguntas a Cooper sobre su viaje y quiso saber qué tal me fue en Albany, aunque dudo que se lo tragara. Siempre ha sido capaz de calar nuestras mentiras con notable precisión.

Nos acomodamos en una mesa junto a la ventana y me coloco bien la camisa. Llevo unos pantalones de vestir y una camisa (Mia y yo decidimos que el azul claro era formal sin parecer exagerado) y me he peinado el pelo hacia atrás con gomina. También me he afeitado, así que tengo la mandíbula tan suave como el

culito de un bebé. Me meto la medalla de mi padre por dentro de la camisa. Cuando Cooper se sienta a mi lado, me desplazo unos centímetros más cerca de la ventana.

Él pone los ojos en blanco.

—¿En serio?

—No recuerdo haberte invitado.

—Le viene bien escuchar estas conversaciones —dice Richard mientras le ajusta el cuello de la camisa a Cooper—. ¿Tenías esta camisa en el fondo de tu armario?

—Está aquí por Seb, no por mí —dice Cooper, aunque se queda quieto hasta que Richard, aparentemente satisfecho, se aparta.

—Aun así. Has venido y estamos mostrando un frente unido. Tal vez aprendas algo.

—Como si fuera a prestar atención —murmuro.

Richard mira el reloj con aire reflexivo.

—Tenemos algo de tiempo antes de que llegue Andy. ¿Qué os pasa a vosotros dos?

—Nada —decimos al mismo tiempo.

—Lleváis toda la mañana intercambiando miradas intensas.

La camarera se acerca y saluda. Sonrío y pido un café y una tortilla. Pero en cuanto se va, frunzo el ceño.

—No tiene nada que ver con el béisbol. No te preocupes.

—Sebby tiene novia —dice Cooper—. Para que lo sepas.

Richard enarca una ceja.

—Enhorabuena, Sebastian. ¿Cuál es el problema?

—No hay ninguno —digo antes de que Cooper pueda responder—. Es…, no te preocupes por eso.

—Bueno, quiero conocer a esta joven —dice Richard—. ¿Cómo se llama?

—Es Mia, papá —dice Cooper—. Ya la conoces.

Como es natural, eso no hace más que confundir a Richard. Junta las manos y las apoya sobre la mesa.

—¿Mia, la amiga de Penny? No veo cuál es el problema. ¿Se han peleado?

—No. —Me paso la mano por el pelo y hago una mueca cuando el gel se me pega a los dedos. Me siento demasiado emperifollado y el cuello prácticamente me ahoga.

Hubiera preferido tener esta reunión, una charla con un agente sobre mis posibilidades en el *draft*, en el campo de béisbol, o al menos en una cafetería normal, pero Richard quería mantener cierto nivel de formalidad. Como este contacto es Andy Ross, colega de su agente Jessica, no pude oponerme.

Aun así, me siento como un perro de exhibición, lo que supongo que forma parte del juego. Las normas de la NCAA dictan que los jugadores elegibles para el *draft* no pueden tener agentes que negocien en su nombre, pero sí está permitido pedirles consejo sobre cómo llevar el proceso. La última vez que tuvimos una reunión de este tipo, yo acababa de terminar el instituto y decidimos que rechazaría el primer intento de la MLB de seleccionarme y que iría a McKee, con lo que mi próximo período de elegibilidad no sería hasta después de mi penúltimo año.

Ahora ese momento ha llegado, y no puedo calmar los nervios que me atenazan el estómago. Me encantaría clavarle el codo en las costillas a Cooper por haber sacado el tema de Mia antes de la reunión, pero a Richard no le haría ninguna gracia. Al fin y al cabo, este es un buen restaurante y estamos rodeados de elegantes neoyorkinos tomando café.

—Todo va bien con Penny, ¿verdad, hijo? —pregunta Richard.

—Sí —dice Cooper—. Ella es genial.

—Entonces, ¿por qué…?

No puedo contenerme.

—Si te disculparas por comportarte como un imbécil con Mia, no tendría ningún problema. La arrinconaste…

—Y gracias a eso acabasteis saliendo, así que de nada —interrumpe.

Suelto una risa incrédula.

—Si ni siquiera te cae bien.

—Odiaba cómo te trataba, que es muy distinto. —La camarera vuelve con nuestros cafés. Si nota la tensión, no lo demuestra. Cooper espera a que se vaya para añadir—: Pero ahora estáis saliendo, ¿no? No hay problema.

—Si no hay ningún problema, ¿por qué no te has disculpado?

—No es que no haya…

—Chicos —interviene Richard con tono de advertencia.

Se levanta con una sonrisa en la cara mientras tiende la mano.

—Andy. Encantado de conocerte en persona.

El hombre que debe ser Andy le estrecha la mano. Es alto y corpulento (apostaría cualquier cosa a que fue deportista), y tiene toda la pinta de ser agente, con su elegante traje negro combinado con unas impecables zapatillas de baloncesto. Lleva un AirPod en la oreja, pero se lo quita mientras nos sonríe. No sé mucho sobre cómo funciona el trabajo de agente, pero supongo que requiere mucha labia. Cooper y yo salimos del reservado y le estrechamos la mano.

—Por supuesto —dice—. Estoy encantado de hacer tiempo para ti. Creo que he visto todas las grabaciones disponibles, Sebastian. Tienes un *swing* clásico. Precioso. Un reflejo del de tu padre.

Reprimo una pequeña punzada de ansiedad y sonrío.

—Gracias.

—Debes estar emocionado —dice mientras se sienta junto a Richard—. Julio está a la vuelta de la esquina.

—Solo me centro en terminar lo que queda de temporada.

—Ha sido un tramo duro —dice—. Aunque aún hay posibilidades de que lleguéis a los *playoffs*, ¿no?

—Ese es siempre nuestro objetivo —asevero. En privado, no estoy seguro de que hayamos hecho lo suficiente para ganarnos ese puesto, pero aún hay tiempo para que la clasificación cambie.

Cooper me sorprende cuando añade:

—Creo que lo conseguirán. Sebastian es uno de los líderes del equipo. Sabe cómo motivar.

Ojalá fuera una disculpa directa, pero oigo algo de eso en sus palabras. Se me encoge el corazón. Estoy encantado de que Mia por fin haya accedido a darnos una oportunidad, pero no quiero que sea a costa de mi relación con mi hermano y mi mejor amigo.

—No soy el mayor experto en *hockey* —dice Andy—. Pero reconozco el

talento cuando lo veo en cualquier deporte. Enhorabuena por la victoria en la Frozen Four, chico.

Cooper asiente.

—Gracias.

Andy sacude la cabeza y suelta una pequeña carcajada.

—Qué familia —dice—. Talento y carisma al nivel de Manning. Richard, tendrás que reunir a tus hijos para las promociones cuando sean profesionales. Y también a Sebastian.

Siento que Cooper se pone tenso a mi lado. El corazón me da un vuelco. Andy no es la primera persona que insinúa que no formo parte de mi familia porque no comparto su sangre, y no será la última, pero eso no significa que sea agradable oírlo.

Richard y Sandra intentaron integrarme por completo en la familia Callahan desde el principio, pero no fue fácil. Yo tenía mi propia vida en Cincinnati, mis amigos, mi equipo de béisbol y, por supuesto, a mis padres, y cuando el accidente me lo arrebató todo de golpe, me sentí desamparado.

Fueron pacientes; me metieron de inmediato en un nuevo programa de béisbol, se aseguraron de que tuviera acceso a terapia para el duelo y me trataron igual que a sus otros hijos. Aun así, me metí en demasiadas peleas. Mis notas eran una mierda y mi rendimiento en el campo también. No sentí que pertenecía a la familia hasta casi un año después, cuando el dolor se mitigó un poco.

Sin embargo, la gente seguía actuando como si yo fuera solo un niño al que Richard y Sandra estaban cuidando en lugar de su hijo, así que cambié el apellido que lucía en mi uniforme para que coincidiera con el del resto de mi familia.

Mis padres adoptivos se esforzaron mucho desde el primer día para asegurarse de que me sintiera uno más, y lo mínimo que puedo hacer es compensárselo cumpliendo el sueño que mi padre tenía para mí.

—Sebastian es mi hijo —dice Richard. Su tono es sereno, pero no se me escapa la forma en que le brillan los ojos—. Tengo tres hijos.

—Lleva nuestro apellido en la espalda de su camiseta —añade Cooper.

—Por supuesto —se corrige Andy, aparentemente imperturbable por el

reproche. Nos sonríe—. Aún mejor. Piensa en el potencial publicitario.

—He oído hablar mucho de ello a lo largo de los años —aduce Richard. Mantiene su tono calmado, pero lo conozco lo suficiente como para afirmar con seguridad que no querrá que firme con Andy cuando llegue el momento de trabajar con un agente—. Sandra y yo no queríamos someter a los chicos a ese tipo de publicidad. Pero una vez que sea profesional, será otra historia.

—Sé que Jessica ha estado trabajando en algunas posibilidades enormes para James. —Le da las gracias a la camarera cuando le trae una taza de café y bebe un sorbo antes de volver a dejarla—. De todos modos, he traído algunas proyecciones, así que podemos discutir los detalles del béisbol. Yo diría que el planteamiento actual es acertado. Estás en el top diez, eso seguro, pero el puesto depende de los intercambios de última hora y de si algunos equipos deciden perseguir a las promesas de instituto. Por supuesto, no puedo hablar en tu nombre con ningún club, pero he estado escuchando los rumores y la recepción es excelente.

Saca una tableta y abre una hoja de cálculo. Se me hace raro ver mis estadísticas; el promedio de bateo, el porcentaje de bases y de bateo. Soy consciente de los números cuando juego, pero no son el centro de atención. Sin embargo, cuando se trata de los ojeadores de los clubes de las grandes ligas, es el idioma que hablan. Eso es lo que tienen en cuenta los Rangers, los Marlins y los Reds, todos ellos, cuando deciden cómo van a intentar conseguirme a mí y por todos los demás que son elegibles.

—¿Son las cifras más recientes? —pregunta Richard—. ¿Sebastian?

—Creo que sí —respondo. Intento sonreír, aunque mi cara no quiere cooperar —. Supongo que no está mal.

—Está siendo modesto —aduce Andy. Alarga el brazo y me da una palmada en el hombro—. Con estos números, por no hablar de tu pedigrí…, parece que todo el mundo habla de lo mucho que les recuerdas a tu padre, lo cual es bueno, tienes que exprimirlo…, no veo ninguna razón por la que no puedas estar entre los cinco primeros el día del *draft*. El valor de la posición en la quinta selección, por ejemplo, es de poco más de seis millones.

—¡Vaya! —dice Cooper con un silbido—. Suena genial.

Andy sigue hablando del margen de maniobra que debo dar a los equipos cuando me llamen. Intento prestar atención, pero la verdad es que me cuesta asimilar los detalles. La camarera se acerca con nuestra comida, pero ya no me apetece la tortilla. Empujo las patatas por mi plato mientras escucho a Richard hacerle preguntas a Andy. Mis músculos se tensan.

No son solo nervios. Hay algo más profundo ahí, arañando bajo la superficie. Este debería ser un momento emocionante. ¿Quién no quiere hablar de firmar un contrato millonario para ganarse la vida practicando un deporte?

—Disculpadme —digo—. Necesito un momento.

36
Sebastian

Le doy un empujón a Cooper. Se desliza fuera del asiento para que yo pueda salir.

—¿Estás bien? —pregunta en voz baja, mirando a Richard.

Asiento.

—Sí. Solo necesito un segundo.

Atravieso el restaurante esquivando a la camarera y a una mujer con un perrito en el bolso. Salgo a la acera, me apoyo contra el edificio y respiro hondo.

No es la charla sobre el dinero ni tampoco el trabajo que tengo por delante. No sé exactamente qué es, pero algo me retuerce las entrañas como si estuvieran atrapadas en un torno. Me pongo en cuclillas, junto los puños y me los llevo a la boca. Si solo fuera béisbol, si solo se trata de golpear la bola y hacer jugadas, sería muy diferente. Pero no se puede tener una cosa sin la otra, sin todo este rollo de los contratos, las comparaciones, las estadísticas y los patrocinios, y tarde o temprano, voy a tener que aceptarlo. Es un juego, pero también es un negocio, y una vez que firme un contrato, estaré aceptando convertirme en un empleado, no solo en un deportista.

No es miedo. Cierro los ojos, revisando mi instinto. No me da miedo no poder desempeñar bien mi futuro trabajo; sé que puedo manejar el nivel de competencia. Es esta profunda y persistente desazón que no me deja en paz. Una parte de mí, cada vez más insistente, que quiere decir: «No, gracias».

Suelto una breve carcajada. ¿Qué dirían los Andys del mundo? ¿Qué diría Richard? ¿O James y Cooper?, por poner un par de ejemplos. Nuestros respectivos deportes siempre nos han unido, y si me alejara de eso, sería tal y como insinuó Andy. Ellos dos, los verdaderos hijos de Richard, y luego yo.

Mia tiene una reunión con Alice esta mañana (ahora mismo, exactamente, si

no recuerdo mal la hora), pero no puedo evitar mandarle un mensaje. Escribo un pequeño resumen, una frase incoherente, y luego lo borro todo. No estoy preparado para tener esta conversación con nadie, ni siquiera con ella. Lo borro todo y me limito a preguntarle cómo está. Cuando se envía, miro el teléfono, esperando ver esos tres puntitos.

—¿Sebastian?

Levanto la vista hacia Richard. Él me está mirando con el ceño fruncido mientras se protege los ojos del sol y su reloj brilla bajo la luz.

—Hijo, ¿qué te pasa?

Me guardo el móvil en el bolsillo y me levanto. Me sacudo la camisa y me coloco bien el cuello.

—Lo siento, señor.

Frunce aún más el ceño y me agarra el hombro, apretando con fuerza.

—¿Por qué te disculpas?

—Supongo que por haberme ido. —Me muerdo el labio—. Sé que ha sido de mala educación.

—¿Te encuentras bien? —Me pone el dorso de la mano en la frente. Parpadeo rápidamente; el contacto hace que me ardan los ojos—. ¿Estás incubando algo?

Sacudo la cabeza, apartándome.

—No. Es que…, es mucho.

—¿Esto es por lo que sea que esté pasando entre Cooper y tú?

Me siento mal por echarle la culpa a Cooper, pero es más fácil hablar de eso que de los confusos pensamientos que pasan por mi mente cada vez que pienso en el béisbol, así que asiento.

—Ha sido todo este asunto con Mia.

Richard exhala un profundo suspiro.

—Supongo que he tenido suerte con vosotros dos —dice—. Tenéis la misma edad y os hicisteis amigos, no rivales. Veo mucho de mí en Cooper, y mucho de Jacob en ti. Jake y yo tuvimos nuestras broncas, ¿sabes?

—¿De verdad?

Se ríe con suavidad de algún recuerdo lejano.

—Lo echo de menos.

Tardo un momento en responder.

—Yo también lo echo de menos.

—Vamos —dice—. Terminemos con Andy. Luego, Cooper y tú arreglaréis las cosas. También quiero saber cosas de Mia. Por lo que recuerdo, esa chica viste mucho de negro.

Sonrío al pensar en ella con uno de sus característicos conjuntos oscuros.

—No voy a firmar con él.

Él suelta una carcajada mientras me da una palmada en la espalda.

—Por supuesto que no. Es un sinvergüenza. Aunque tiene buenos argumentos sobre la estructuración de los contratos.

—De verdad que esto no es necesario —dice Cooper.

—Sí —digo—. Estamos bien.

Richard se asoma por la ventanilla abierta del asiento trasero y nos mira a cada uno con su cara más seria. Cooper se niega a parpadear, pero yo desvío la mirada.

—Estaré fuera. Tomaos vuestro tiempo. Sube las ventanillas, Anderson.

En cuanto nos quedamos solos en el coche, encerrados para «resolver nuestros asuntos», como dijo Richard cuando llegamos a la casa, Cooper se asoma al asiento delantero con el ceño fruncido.

—El coche sigue en marcha —dice—. ¿Quieres que huyamos?

Me dejo caer contra el asiento con un gemido.

—Eso solo empeoraría las cosas.

—No tenemos que hablar.

—No. —Me froto las sienes. Aunque ahora estoy un poco menos cabreado con él, gracias a la conversación con Andy, eso no significa que me entusiasme la perspectiva de charlar con Cooper sobre Mia. No tenía derecho a meter las narices en nuestros asuntos, sin importar de qué forma acaben las cosas. Si hubiera presionado y Mia hubiera reaccionado cortando conmigo, en lugar de acceder a darme una oportunidad…, bueno, tendríamos problemas más graves que el que nuestro padre nos encierre a los dos juntos en un coche para que hablemos.

Cooper mira su teléfono.

—Podría mandarle un mensaje a Penny para que venga a rescatarnos. A ella no le da miedo papá.

Suelto una risa irónica. Si hay una persona a la que Richard Callahan no intimida, esa es Penny.

—No. No quiero que Mia se entere de esto.

—¿Le tienes miedo?

—No, imbécil. —Le doy una patada—. No quiero que se sienta mal.

Me devuelve la patada.

—¿De verdad planeaste toda una cita y ella te dejó colgado? ¿Eso es lo que tanto te negabas a contarme?

—Eso ya es agua pasada.

—Eso no significa que no te hiciera daño.

Suspiro y apoyo la cabeza en el asiento. Siento calor a pesar de que el aire acondicionado sigue en marcha, y el cuello me resulta rígido y asfixiante. Me desabrocho los botones superiores de la camisa.

—No estoy diciendo que no lo hiciera. Supongo que los dos teníais razón. Me guardaba lo que sentía para no agitar las cosas.

—Y de paso dejaste que te arrastrara.

Sacudo la cabeza.

—No lo hacía con maldad. Lo sé. Lo que pasa es que también tiene sus propios problemas que afrontar.

—¿Seguro?

—Sí. —No conozco los detalles, pero estoy seguro de que hay algo más. Algo que la hizo dudar de si quería involucrarse conmigo a un nivel más profundo cuando se dio cuenta de que sentía algo por mí. No es que yo no esté también acojonado. Solo tengo la esperanza de que juntos podamos hacer que funcione. Al fin y al cabo, no hay nadie más con quien quisiera intentarlo—. Estaba intentando ser paciente, al menos hasta que apareciste tú.

—Entonces no me arrepiento.

Pongo los ojos en blanco.

—Podrías haber sido más amable.

—Te merecías más de lo que ella te daba.

—Y como ya te he dicho, no es cosa tuya defenderme. Puedo ocuparme yo solo de mis problemas.

—Sé que puedes, pero eres mi hermano. Eres de la familia. A propósito de eso, ¿qué cojones le pasaba a ese imbécil?

No puedo contener la risa.

—No va a ser mi agente, eso seguro.

—Genial. Porque puedo aceptar lo de Mia, pero eso…, ni de coña.

—Me gusta, Cooper. —Él me sostiene la mirada y yo trago saliva, dejando

atrás la incomodidad que siempre conlleva la sinceridad—. Me gusta muchísimo. Tú te enamoraste de Penny nada más verla, ¿verdad? Sentiste que había algo diferente. Creo… creo que lo mismo nos está pasando a Mia y a mí. Necesito que te disculpes con ella.

Tras un momento, él asiente.

—Lo haré. ¿Cuándo os enrollasteis por primera vez?

—En enero. Justo después de las vacaciones de invierno. —Sonrío al recordar la expresión ceñuda y la forma en que se suavizó una vez que la tuve a solas—. Pero empezamos a hablar antes de eso.

—¿Lo has mantenido en secreto tanto tiempo?

—Era lo que ella quería.

—Así que en mi fiesta de cumpleaños, ¿estabais juntos?

—Por así decirlo.

—Uf. —Se rasca la barba—. ¿Sabes qué? Deberíamos tener una cita doble.

Lo miro con incredulidad.

—Jamás habría esperado oír esas palabras salir de tu boca.

37
Mia

—Simplifica la ecuación aquí —dice Alice señalando la pantalla de mi ordenador—. No necesitamos calcular la masa en estas condiciones.

Asiento con la cabeza y cojo un montón de notas adhesivas del cajón de mi escritorio.

—Tiene sentido.

—No debería tener que decirte cosas tan básicas —añade, porque tiene que pincharme, claro.

Mantengo una expresión lo más neutral posible, aunque me dan ganas de gritarle algo, y apunto sus comentarios en una nota adhesiva. La pego al borde del ordenador con más fuerza de la necesaria. Tampoco se iba a morir por dejar de hacer comentarios negativos. Cada día salta con alguna cosa.

La profesora Santoro está en una conferencia, pero antes de irse revisó el programa hasta el momento, y Alice y yo hemos pasado la mayor parte de la mañana analizando sus comentarios. En momentos como este es cuando me siento con más energía; cuando el amor por lo que hago, por los retos a los que me enfrento, me llena hasta tal punto que mi corazón se acelera mientras intento seguir el ritmo de los pensamientos que se agolpan en mi cabeza. Esta sensación repleta de posibilidades, que resulta embriagadora porque casi es mágica, es la razón por la que no puedo renunciar a esta carrera. Ni ahora, ni en el futuro, ni nunca. Ni aunque cada comentario que sale de la boca de Alice sea condescendiente y grosero.

Ella también anota algo.

—Esto es un poquito mejor que el último modelo que me enseñaste.

Vaya, gracias.

—Podrás tener los cambios listos para cuando regrese, ¿verdad? Ella cree que

podremos…

Mi teléfono empieza a sonar. Lo miro mientras ella sigue hablando.

—Lo siento. Es mi hermana. ¿Te importa si lo cojo?

Se coloca el lápiz detrás de la oreja mientras cierra el cuaderno.

—Supongo que puedo darte un minuto.

—También tengo lo del almuerzo en un rato.

Ella suspira y me mira.

—Podré tener los cambios a tiempo. Te lo prometo. —Acepto la llamada y me acerco el teléfono a la oreja. Me acomodo en la silla y cruzo las piernas—. ¿Giana?

—Mi-Mi —dice—. ¿Adivina qué?

Frunzo el ceño. Conozco ese tono de voz; significa que tiene algo que compartir y que está convencida de que a los demás también les va a entusiasmar.

—¿Va todo bien?

—Sí, sí. Estuve hablando con mi amiga April; ya sabes, la que enseña ciencias en el instituto. Va a ir a una jornada sobre pedagogía científica y cree que puede conseguirte una de las plazas para estudiantes. Ni siquiera está demasiado lejos de Moorbridge, ya lo he comprobado. ¿Quieres que te pase la información?

Me limpio las gafas con el dobladillo de la camiseta. Acerté con esto. ¡Mira qué bien!

—Um…

—Sería una gran oportunidad para hacer contactos.

—Sin duda —digo—. Deja que…, claro. Envíamela.

Tendré que estar misteriosamente ocupada ese día, y solo será una mentira a medias, porque de verdad estoy ocupada. Solo que no con una tarea docente. Cada vez queda menos para el simposio de la profesora Santoro, y por ende, para la fecha de entrega de su última revista. Alice me carga con nuevo trabajo todos los días. Cuando empiece con este trabajo de laboratorio además de las clases en otoño, apenas tendré tiempo para respirar.

—Es genial —dice—. Por cierto, estoy entusiasmada con la barbacoa. Mamá quiere echar el resto con el menú. El pedido que hizo en la carnicería

probablemente sea suficiente para alimentar al barrio entero y a un ejército.

—Ya sabes cuánto le gusta mandar a la gente a casa con sobras.

—¿Y qué más hay de nuevo? Apenas has dicho nada de los alumnos del instituto.

—Oh, ha estado bien. Mucho ajetreo. Desde luego quiero sacarme el título para dar clase en secundaria. —Odio cada falsa palabra que sale de mi boca. Sé que en algún momento tendré que sincerarme, pero la idea de confesárselo a Giana y al resto de mi familia es casi peor que enseñar—. Y… también he empezado a salir con alguien.

Giana jadea tan fuerte que tengo que apartarme el teléfono de la oreja.

—¡No puede ser! ¿Quién es? Si es una chica, no te preocupes, que te cubro las espaldas. Nana no lo entenderá, pero mamá y papá sí.

Trago saliva mientras me recorre un torrente de emociones. Mis padres se enteraron de mi sexualidad por accidente en mi último año de instituto, pero se lo conté a Giana a propósito. Tenía dieciséis años, acababa de descubrirlo y no tenía ninguna amiga íntima en quien confiar, así que la elegí a ella. Recuerdo tres cosas de aquel día; la nieve en el alféizar de la ventana; el glaseado real que tenía untado en su cara porque estábamos decorando galletas de Navidad; y la forma en que me abrazó, tan fuerte que casi me asfixia. Me aterrorizaba que no lo entendiera, que hubiera cometido un error de cálculo, pero me dijo que me quería y prometió guardar el secreto hasta que yo estuviera preparada para compartirlo con los demás.

Giana cumplió su promesa y ayudó a que mis padres lo entendieran, más o menos, cuando me pillaron besando a Chloe McDonald detrás de las gradas del campo de sóftbol después de un partido. Casi siempre fingen que nunca dije nada, pero gracias a ella fue mejor de lo que podría haber sido. Estábamos más unidas por aquel entonces, antes de que conociera a Peter, dejara la facultad de Derecho y empezara a ponerse del lado de mamá en casi todo.

No debería mentirle sobre lo que quiero para mi carrera, pero no es la misma Giana que me abrazó aquel día en la cocina. No puedo estar segura de que no vaya a darse la vuelta y a contárselo al resto de nuestra familia, causándome así un montón de quebraderos de cabeza.

—Gracias —digo con voz pastosa—. Pero se llama Sebastian. Es el hermano del novio de Penny.

—Dios mío —dice—. Es lo más bonito que he oído. ¿También juega al *hockey*?

—En realidad, al béisbol.

—A papá le encantará. Deberías traerlo a la barbacoa.

—Tal vez. Es casi el final de la temporada y está muy ocupado.

—Tráelo —me insta—. Y trae también a Penny y a Cooper; que ya sabes que comida no va a faltar.

—Supongo que sí. —Vuelvo a poner los pies en el suelo con un golpe sordo. Por el rabillo del ojo veo algo naranja. Penny está en la puerta, agitando los brazos como una loca—. Penny ha venido a recogerme para ir a comer. Nos vemos pronto.

—Me muero de ganas de saber más de él. —Giana suspira, contenta—. Estoy muy orgullosa de ti, Mi-Mi.

Cojo mis cosas, le mando un mensaje a Alice para avisarle de que me voy y me reúno con Penny en la puerta.

—¿Cómo has sabido a qué laboratorio ir?

—Simplemente he elegido el más friki. —Me abraza—. Puede que primero haya interrumpido sin querer a alguien que trabajaba con un microscopio de aspecto aterrador. ¿Con quién estabas hablando?

Choco mi hombro contra el suyo.

—Con Giana.

Penny baja las escaleras delante de mí.

—¿Cómo está?

—Quiere que lleve a Sebastian a la barbacoa.

—¿Todavía quieres que yo vaya?

Abro las puertas dobles al final de la escalera. Lleva lloviendo a cántaros todo el día.

—Sí. No creo que pueda librarme a estas alturas. ¿A dónde te apetece que vayamos comer?

—Hay un sitio nuevo cerca del cine en el que preparan cuencos de *açai*. —

Esquiva un charco—. ¿Siguen creyendo que vas a ser profesora?

Me dirijo a la camioneta de Cooper, que está colocada de cualquier manera en el aparcamiento de delante.

—Sí.

Penny se mordisquea el labio.

—Creí que moría cuando le dije a mi padre que iba a suspender la mitad de las asignaturas, pero al final no pasó nada.

—Hay una clara diferencia aquí —digo—. Tu padre es guay.

Ella suelta una carcajada y corre hacia el lado del conductor de la camioneta.

—Para nada.

—Nunca te amenazó con desheredarte. Para mí, eso ya le hace un tío guay.

Penny espera hasta que estamos sentadas dentro de la camioneta (justo a tiempo, porque otra vez empiezan a caer chuzos de punta) antes de responder:

—Te quiero.

—Pen…

—Solo pensé que merecías escuchar eso de alguien hoy. —Se acerca y me abraza. Me quedo quieta un momento, pero luego me zafo y le devuelvo el abrazo.

—Me sorprende que Cooper te deje su camioneta.

—De muy mala gana, créeme. —Arranca, mirando por el retrovisor—. Lo difícil no es conducirla, sino aparcarla. Este monstruo es un tanque. Y aun así verlo maniobrar con una mano mientras aparca en paralelo es tan sexi que supongo que tendré que aguantarme.

Giro el cuello mientras sale marcha atrás.

—Se te da bien.

Cambia de marcha y sale del aparcamiento.

—Se siente mal por lo que te dijo, ¿sabes? Te va a pedir disculpas.

Me suelto la coleta y me paso los dedos por el pelo. Claro que lo que dijo fue horrible, y odio cómo incitó a Sebastian, pero no puedo culparlo. En ese momento, me ayudó a ver las cosas con claridad; tenía que entregarme o dejarlo. Elegí lo primero, y no tengo ni idea de si podré hacer que funcione, pero quiero intentarlo. De una forma u otra, Sebastian me ha robado parte del corazón y no

quiero que me lo devuelva.

—No es necesario —digo—. Tenía razón.

Penny me mira.

—Sebastian me dijo más o menos lo mismo cuando empecé a salir con Cooper. No jodas a mi hermano.

Resoplo al oírla imitar la voz de Sebastian. No lo hace nada mal.

—El instinto protector de los Callahan es incomparable —añade.

—¡Pues qué bien! —replico con sequedad.

Penny tamborilea con los dedos en el volante.

—Bueno, ¿y qué tal el sexo?

Siento que el calor me sube a la cara como si me hubiera estallado una bola de fuego.

—¡Penny!

38
Mia

Tomo la mano de Sebastian y la aprieto mientras caminamos por el aparcamiento hacia la bolera. Cuando me dijo que Cooper quería que tuviéramos una cita doble, pensé que simplemente pasaríamos el rato en el Red's o tal vez iríamos al cine. Hace años que no voy a jugar a los bolos, aunque la bolera del pueblo es bastante popular entre la gente de McKee, gracias a las jarras de cerveza y a las noches temáticas.

Es absurdo que esté nerviosa, ya que solo vamos a tomarnos un par de cervezas y a jugar a los bolos, pero no puedo ignorar la explosión de mariposas que revolotean en mi estómago. Antes, cuando salía con alguien, siempre era el preludio de un rollo. Nunca he tenido una cita a la antigua usanza, en la que además hiciéramos una actividad.

Sin embargo, tengo un as en la manga. Soy la puta ama jugando a los bolos. Puede que Sebastian sea el deportista en esta relación, pero yo sé jugar a los bolos. A mi abuelo le gustaban los bolos y se aseguró de que yo supiera hacer un pleno. Por la forma en que Penny me sonríe cuando entramos en el edificio, sé que lo recuerda. Algo me dice que esto fue idea suya, aunque Cooper fuera quien se la propuso a Sebastian.

No hay mucha gente; aparte de un grupo de adolescentes en uno de los pasillos del fondo, tenemos el lugar para nosotros solos. Al lado de la barra hay un mini salón recreativo con luces parpadeantes, y un mural sobre el mostrador que, por la razón que sea, parece mostrar a Pie Grande haciendo malabares con bolas de jugar a los bolos. El olor a palomitas y a queso fundido, las anticuadas canciones de música pop que suenan por los altavoces y las hileras de zapatos azules y rojos detrás del mostrador me traen muchos recuerdos. De pequeña tuve una fiesta de cumpleaños en una bolera; recuerdo que me manché de tarta helada el

vestido rosa que mamá insistió en que me pusiera.

Sebastian me aprieta la mano.

—Mia, ¿por qué me agarras como si estuviéramos a punto de entrar en una casa encantada?

Penny intenta reprimir una sonrisa, sin éxito. Y yo frunzo el ceño, tratando de soltar mi mano.

—¿Qué?

Me agarra lo bastante fuerte como para que no pueda zafarme a menos que quiera estamparme contra la vitrina llena de trofeos de bolos.

—Solo bromeaba. ¿Estás bien?

—Nunca he… —Trago saliva—. Nunca he tenido una cita.

—Lo sé —dice con toda tranquilidad—. Por eso te dejamos puestos los ruedines, Di Angelo. Cooper quería meterte en el minigolf de inmediato, pero yo no quería asustarte. Los Callahan no nos andamos con tonterías cuando se trata de minigolf.

—En realidad, de cualquier juego —apostilla Cooper. Rodea a Penny con el brazo y le tira de la trenza. Ella le da un buen codazo en las costillas—. El Monopoly es el más despiadado. La partida siempre acaba con al menos una ventana rota, así que el límite es una vez al año. Los bolos son menos intensos que el billar, pero más que los dardos.

Miro a Penny, enarcando las cejas. Ella se encoge de hombros.

—La verdad es que estoy esperando la invitación para el Monopoly.

—Necesito la alianza, pelirroja —dice Cooper, y su voz es prácticamente un gruñido—. La unión de James y Bex estropeó por completo la estrategia.

—Todavía me debes una cena en el Vesuvio's —añade Sebastian, dirigiéndose al mostrador. El adolescente que está sentado detrás levanta la vista de su teléfono, suspira y viene hacia nosotros—. Pero aceptaré esto por ahora.

—Si te sirve de consuelo —añade Cooper, que parece un poco más tranquilo —. Nunca había tenido una cita antes de conocer a Pen.

—Te he traído una lista de temas de conversación —dice Penny con una sonrisa socarrona—. Asegúrate de preguntar por sus intereses.

—Te voy a dar una colleja —le advierto.

Ella se ríe.

—Tú te encargas de los zapatos. Nosotros, de la cerveza y los nachos.

En cuanto me quedo a solas con Sebastian, me siento incómoda, lo cual es ridículo porque he estado a solas con él muy a menudo en las últimas semanas. Cada vez que pienso en la etiqueta, que él es mi novio y yo soy su novia, me invade un calor tan intenso como para encender un fuego con mis propias manos. También me siento bastante excitada, lo que creo que es una buena señal, pero aun así, es diferente. Ahí hay un atisbo de compromiso, y es la primera vez para mí.

Como si supiera lo que estoy pensando, me besa mientras presiona la parte baja de mi espalda con la palma de la mano.

—Estás guapísima —murmura.

Me aliso la blusa. Cuando Penny y yo fuimos a comer, me convenció para que hiciéramos novillos después y fuéramos al centro comercial. Me di un capricho y me compré una blusa nueva, azul marino de tirante fino y bordados en el dobladillo. Combinada con unos vaqueros negros y mi cazadora de cuero, la nueva que él me regaló. Sabía que estaba guapa cuando salimos de casa, pero oír el cumplido me hace sonrojar.

Me arrimo para susurrarle al oído:

—Deberías ver la lencería.

Su mano rodea mi muñeca y me acaricia la piel con el pulgar.

—¿Alguna posibilidad de echar un vistazo?

Su aroma a cítricos me tranquiliza un poco. A fin de cuentas, es una cita doble con nuestros mejores amigos. Tengo que relajarme y divertirme. Lo beso y me estremezco cuando me pone las manos en las caderas.

—Ninguna —murmuro—. Pero si te portas bien, te haré un espectáculo más tarde.

—Vamos a ponerle un poco de emoción —sugiere—. El que tenga más puntos al acabar será el que esta noche tenga el mando.

—¿El mando?

Me pasa un dedo por la espalda.

—Si gano yo, tendré a una buena chica en mi cama. Pero si ganas tú…

—¿Puedo hacer lo que quiera contigo?

Sebastian sonríe de oreja a oreja.

—Algo así.

Está claro que no sabe lo buena que soy jugando a los bolos. Estoy a punto de sonreír y delatarme, pero consigo contenerme.

—Trato hecho.

—¿Crees que puedes seguirme el ritmo, cariño?

Le doy otro beso en los labios. Está especialmente guapo esta noche; lleva una camiseta y unos vaqueros ajustados, que resaltan su físico, y tiene la mandíbula bien suave y rasurada. Sentada en la encimera, balanceando las piernas al tiempo que me cepillaba los dientes, lo observé mientras se afeitaba en el baño antes de irnos a la bolera. Ya sé lo que haré por él cuando gane. Tengo la canción perfecta para bailar y un nuevo par de botas de ante que probar.

—Lo haré lo mejor que pueda.

—Hola —dice el chico detrás del mostrador—. ¿Vas a alquilar los zapatos o qué?



Media hora después, bailo un poco mientras me acerco a la línea.

—¿Crees que puedo hacer seis seguidos?

—¡Claro que sí! —dice Cooper. Sebastian le da un golpe en el hombro. Me río mientras separo un poco más las piernas. Los bolos brillan delante de mí, perfectamente colocados y listos para caer una vez más. Llevo dos cervezas que saben fatal y empiezo a sentirme relajada, y Sebastian se da cuenta de que estoy ganando nuestra apuesta.

Los dos primeros plenos los atribuyó a la suerte. Con el tercero, empezó a mostrarse un poco preocupado. Al cuarto, frunció el ceño y esa ha sido su expresión desde entonces. Les estoy dando una paliza a los tres. A Cooper no se le da mal, pero su bola siempre se desvía hacia la izquierda. Penny es pésima, pero le importan más los nachos que el marcador. Sebastian es bueno, pero sus dos últimas rondas han ido directamente a la canaleta. Con cada tirada, está actuando más y más como un lanzador paranoico que trata de sorprender al corredor en primera base en lugar de centrarse en eliminar al siguiente bateador.

Cierro los ojos, echo el brazo hacia atrás y suelto. La bola sale disparada por la pista, completamente recta, y choca con los bolos. Los diez caen al suelo. Me giro, hago una reverencia mientras Penny grita con entusiasmo. Sebastian gime, echando la cabeza hacia atrás.

Cuando vuelvo a nuestros asientos, me inclino lo suficiente para que las puntas de mi pelo le rocen la cara.

—¿Ya estás nervioso? Esas bolas a la canaleta te están costando caro y yo ya tengo el triple de puntos.

Él me da un beso rápido en los labios.

—Ni de broma.

—Podríamos poner las barreras —dice Penny, robando otro nacho de la canasta—. Como alguien que ha acabado en la canaleta en casi todos los tiros hasta ahora, abogo de forma oficial por las barreras.

—Ni de coña —dice Sebastian. Parece tan ofendido que empiezo a reírme—. Dame una bola.

—Prueba con la verde —digo con socarronería—. Creo que está mejor equilibrada.

—¡Sabotaje! —exclama Cooper con deleite—. Mia, estás empezando a entender cómo funcionan las cosas.

Penny empuja la cesta de los nachos en mi dirección. Me siento a su lado y cojo mi cerveza. Está caliente, pero me la bebo de todos modos.

—¿Están buenos?

—No —responde Penny—. Y sin embargo no puedo dejar de comerlos.

Cojo un nacho con mucho queso y me lo meto en la boca. Tiene razón, está asqueroso, pero es el tipo de comida que apetece cuando estás bebiendo de una jarra de cerveza. Veo que Sebastian coge una bola (por supuesto, no la que yo le he sugerido), y se prepara.

—Apunta con los pies —digo.

—Apunta tú con los pies —refunfuña.

Me llevo una mano a la oreja.

—¿Qué has dicho?

—Joder —dice Cooper—. Mia Di Angelo, despiadada jugadora secreta de bolos.

—Lo sé —dice Penny con afecto—. ¿Por qué crees que rechacé todas las otras ideas de citas dobles?

—¿Cómo? —repone Cooper—. Ya me parecía raro que no quisieras ir al cine a ver la proyección especial de *Cómo perder a un chico en diez días*.

—Hay tiempo de sobra —aduce Penny—. Vamos a repetir esto, ¿verdad, Mia?

Veo que la bola de Sebastian se descontrola y cae en la canaleta justo antes de impactar contra los bolos.

—Que no te quepa duda.

—¿Qué os jugáis? —dice Penny—. Tiene que haber una apuesta de por medio.

Me sirvo otra cerveza.

—Es un secreto.

Ella jadea.

—Eso significa que es algo picante. Mia, qué orgullosa estoy.

—No me extraña que Seb se comporte como un mal perdedor —dice Cooper.

Se deja caer sobre al menos tres de los diminutos asientos de plástico como si fuera un cachorro exhausto. Penny pone los ojos en blanco, pero sonríe.

Cuando Sebastian vuelve a la zona de asientos, Cooper levanta la mano para chocar los cinco. Sebastian le hace una peineta. Sonrío mientras bebo cerveza, viéndolos discutir sobre técnica. Se les tiene que hacer raro a los dos no ser buenos en algo que implica cierto grado de capacidad atlética. Sebastian dijo el otro día que, aunque su deporte es el béisbol, sabe lanzar bien el disco y tiene un buen lanzamiento en espiral en el fútbol americano.

Me pregunto qué le parecería jugar al fútbol en el césped con mi padre y con Anthony. Si viene a la barbacoa, lo obligarán, eso seguro. Y si mi padre se entera de que su hermano es el *quarterback* de su equipo favorito, se pasará toda la tarde hablando de las estadísticas de James. A lo mejor no consigo estar ni un solo segundo con Sebastian para presentárselo a Giana o al resto de la familia.

Se me hace raro imaginarlo a él en el patio de mis padres, riendo con mis primos y charlando con mis padres. Giana tiene razón, seguro que les va a caer genial. Pero es que resulta fácil quererlo, con esa encantadora sonrisa y esa sosegada intensidad. Es el tipo de hombre que siempre han querido para mí, salvo por el pequeño detalle de que no es italiano. Puede que hasta me gane un poquito de la aprobación de mi madre si me presento con él.

Penny choca su cerveza contra la mía.

—Esto es genial.

—Sí —digo. Reprimo la emoción que amenaza con aflorar a mi rostro con un trago de mi jarra—. Buena elección, Pen.

—Cualquier cosa por ti —dice. Vemos que Sebastian le hace una llave de cabeza a Cooper—. ¿Deberíamos separarlos?

Me encojo de hombros.

—Algo me dice que es mejor dejarlos a su aire.

Al final de la partida, estoy a punto de conseguir la puntuación perfecta; Sebastian me distrajo durante las dos últimas tiradas con besos. Un intento totalmente descarado de ganar ventaja, pero es demasiado divertido besarlo cuando es evidente que tiene que recordarse que no debe mostrarse demasiado sobón delante de los señores de avanzada edad que juegan dos pistas más allá.

Le sonrío por encima del hombro mientras empiezo la siguiente partida.

—¿Listo para lo que tengo planeado?

—Espera, espera —dice Penny. Agita la jarra de cerveza vacía—. Si me veo obligada a jugar otra partida sin los protectores en las canaletas, exijo algo de beber. Seb, vente conmigo a por otra ronda.

Sebastian se separa de mí, enarcando las cejas.

—¿Te parece bien?

—Creo que sobreviviré —digo con sarcasmo.

Cooper agita la mano a modo de despedida. Es evidente que esto es cosa de Penny, pero no me importa si eso significa aclarar las cosas con su novio. Ahora mismo es mi compañero de piso, además de todo lo demás. En los últimos días, ha sido extremadamente educado a la hora de llamar a la puerta. Creo que verme las tetas le ha traumatizado un poco, lo cual es gracioso teniendo en cuenta la reputación que tenía antes de salir con Penny. No es que lo juzgue; Sebastian tenía una reputación similar, y yo también. No hay nada malo en querer rollos sin ataduras, seas quien seas, pero tener una relación es muy diferente.

Supongo que las cosas cambian cuando la persona adecuada entra en tu vida. Sigo cagada de miedo de que todo se vaya al garete, pero si voy a intentar esto de tener una relación con alguien, es con Sebastian.

Penny se lo lleva a rastras a la barra. Me siento junto a Cooper y estiro el brazo sobre el respaldo del asiento. Él se pasa la mano por la bien recortada barba mientras hace una mueca.

—Mira —dice—. Siento cómo me comporté. Fui grosero contigo y no te lo merecías. Sebastian y tú tenéis vuestra propia relación y yo no formo parte de ella. Lo que pasa es que siempre voy a protegerlo. Probablemente más de lo que necesita, pero no puedo evitarlo. Es mi hermano para toda la vida.

Agacho la cabeza, sintiendo que mi cara enrojece.

—Gracias, pero tenías razón. No estaba siendo justa con él.

—Aun así. Siento haberte empujado a algo para lo que quizá no estabas preparada.

Suelto una carcajada. Todavía me resulta extraño pensar que le gusto a Sebastian; que le gusto desde que me vio a la salida del cine el otoño pasado.

Recuerdo aquella noche. Hacía frío, así que me puse mi bufanda negra favorita. Cooper y Penny estaban liados por entonces y andaban mareando la perdiz. El consolador con el que Penny me había golpeado accidentalmente había muerto prematuramente ese mismo día. Y un tipo con los ojos más verdes que jamás había visto y una sonrisa como una luna creciente no dejaba de mirarme.

—Tengo miedo —confieso.

—Porque es importante. —Se inclina hacia delante y me aprieta el hombro—. Siempre da miedo cuando es importante.

Esbozo una sonrisa.

—Sí.

—Para que lo sepas, creo que estáis bien juntos. Sé lo mucho que significas para Penny, y Sebastian se merece estar con alguien como tú. Eres brillante y divertida, y él nunca se ha permitido tener a alguien en su vida así.

Me sujeto el pelo detrás de las orejas.

—Gracias, Coop. Yo también creo que Penny y tú estáis bien juntos.

Por la forma en que sonríe, está pensando en ella. Doy gracias de nuevo al universo por darle esto a Penny. Se lo merece de todo corazón. Ha cambiado mucho desde el año pasado, y todo ha sido para mejor.

Se echa hacia atrás y se bebe el resto de la cerveza.

—No le rompas el corazón.

39
Sebastian

Ladeo la cabeza con los ojos cerrados, escuchando cómo la puerta de mi habitación se abre, se cierra y se bloquea. Cuando llegamos a casa de la bolera, Mia me dijo que subiera y esperara en mi habitación con los ojos cerrados. He sido paciente; a fin de cuentas, perdí la apuesta de forma limpia, aunque ella me ocultara su destreza en los bolos para asegurarse la victoria. Pero puedo palpar la anticipación corriendo por mi piel. Aún no me he tocado, pero ya tengo la polla medio dura. Quiero tocarla, saborearla, darle unos azotes por tomarme el pelo…, pero es su noche. Su victoria. Ya puedo sentir la electricidad que hay entre nosotros, ese cable dorado lleno de vida que danza en el silencio de la habitación.

Oigo sus pasos y entonces la siento. Con los ojos cerrados, me concentro en su cálida presencia y en su aroma a jazmín. Debe de inclinarse hacia mí, porque algo me hace cosquillas en la mejilla; apostaría a que es su pelo. Me cuesta mantener las manos quietas mientras mi polla se impacienta dentro de mis vaqueros.

—Ya puedes abrir los ojos —murmura.

Me quito las manos de los ojos y parpadeo varias veces. Cuando los cerré, la luz del techo de mi habitación estaba encendida, pero ahora está apagada y solo el resplandor de la lámpara de mi escritorio ilumina la estancia. Mia está delante de mí con una bata de seda negra y esas preciosas botas de ante. El largo cabello le cae sobre los hombros. Lleva las mismas joyas de antes, sus pequeños aros de oro con una cadena a juego, y también debe de haberse maquillado, porque le brillan los labios.

Se me seca la boca al instante. Nadie, absolutamente nadie, se acerca a su belleza. Sé que todos los hombres piensan que han conseguido a la chica más

hermosa del mundo, pero es que en mi caso es la pura verdad.

—Ángel.

Deja que la bata resbale de sus hombros, dejando al descubierto unos tirantes negros de encaje. Alargo la mano, pero ella sacude la cabeza. Aprieta los labios como si estuviera conteniendo una sonrisa.

—Tú siéntate y relájate.

—Me estás torturando —digo.

Me pone el dedo en los labios.

—Ni siquiera he empezado, cielo.

Da un paso atrás y se pasa una delicada mano por el pelo, apartándoselo de los hombros. La bata se desliza un par de centímetros más, mostrando sus tonificados brazos.

—Siri —dice—. Pon *My Heart Has Teeth.*

Me acomodo contra el cabecero y entrelazo los dedos detrás de la cabeza. Nunca he oído la canción que acaba de poner, pero el ritmo que inunda la habitación es oscuro y muy sexi. Mueve las caderas al ritmo de la música, jugueteando con el cinturón de la bata.

Si no tengo cuidado, me voy a correr en los pantalones antes de que me toque.

Siento el ritmo de la canción como la huella de una mano contra mi corazón. Me agarro los vaqueros con fuerza, obligándome a no sacar la polla y acariciármela. Una sonrisa perversa se dibuja en sus labios mientras se desata la bata. La deja caer lentamente, sin moverse con sensualidad. Cuando se desliza, dejando su cuerpo expuesto, no puedo evitar gemir en voz alta.

Lleva un bodi de encaje negro y malla. El escote se hunde entre sus pechos, y unas delicadas espirales de encaje apenas cubren sus pezones. La malla acanalada le envuelve su abdomen, descendiendo hasta un pequeño trozo de tela que deja ver el cuidado triángulo de vello entre sus piernas. Del bodi surgen unos ligueros que sujetan unas medias de cristal que sobresalen unos centímetros por encima de las botas de ante que le regalé.

Siempre está sexi, lleve lo que lleve, pero ahora mismo necesito toda mi fuerza de voluntad para no arrastrarla a mi regazo y lamer el fino encaje que cubre sus bonitos pezones rosados. Contraigo los músculos de las nalgas para contener la

enorme excitación que me recorre cuando ella desliza el dedo por su clavícula, que resalta gracias a su atuendo, hasta la costilla que desciende directamente a su entrepierna.

Se recoge el pelo con las manos y lo deja caer mientras se muerde el labio. Agita las pestañas.

—¡Joder! —digo, con voz baja y ronca. No puedo evitarlo; me aprieto la polla a través de los vaqueros.

Libera despacio su labio. No puedo apartar los ojos del brillo labial e imagino que es saliva y mi semilla lo que los cubre en su lugar.

—No hasta que te dé permiso —dice con voz susurrante.

La canción sube de intensidad. Apenas puedo prestar atención a la letra, no cuando tengo a un auténtico ángel bailando para mí, pero lo que capto suena tanto a Mia que sonrío. Ella gira despacio en un círculo, permitiendo ver que la tela apenas cubre la dulce curva de su trasero. Tiene un corte en forma de corazón justo en la parte baja de la espalda, y los ligueros bajan hasta la parte trasera de los muslos, como un par de tentadoras líneas que hacen que mi polla palpite. Quiero darle cachetes en el culo hasta hacerlo enrojecer, y puede que follármela también por ahí, pero es su espectáculo. Mendigaré lo que quiera darme, ya sea que la folle o que deje que me provoque toda la noche. Si quiere llevarme al límite hasta hacer que con una sola caricia me corra, dejaré que lo haga. Es mi ángel oscuro, y por la sonrisa que veo cuando me mira por encima del hombro, ella lo sabe.

Desliza las manos por los costados, por el trasero, y se da una pequeña palmada antes de darse la vuelta. Cuando la canción vuelve a empezar con el estribillo, se acuclilla y se levanta despacio, mientras mueve las caderas. Se baja un tirante y luego el otro, tirando del bodi hacia abajo lo suficiente para liberar sus pechos. Acto seguido, ahueca las palmas sobre ellos y echa la cabeza hacia atrás. Exhala un gemido, dejando que oiga la evidencia de su placer en él.

La tengo tan dura que me da miedo moverme. Mia me brinda una nueva sonrisa, esta vez de satisfacción porque sabe muy bien lo que me está haciendo, y se acerca con paso lento y provocativo.

Se sube a la cama, con el pelo cayéndole por los hombros y los ojos oscuros y

brillantes. Cuando se sienta a horcajadas sobre mi regazo, casi muevo las caderas. Se inclina, haciendo que sus labios queden suspendidos a un centímetro de los míos.

—Sigue mirando —dice—. Las manos quietecitas, pero quítate la camiseta.

Hago lo que me dice, esperando un beso, pero no me da el gusto. Me recorre el pecho con las uñas, trazando las líneas de mi tatuaje. Se mece contra mi entrepierna. Mis testículos se tensan, doloridos por la falta de su tacto; bastarían una o dos caricias para llevarme al clímax.

—Me encanta tu cuerpo —dice, y le falta el aliento al igual que a mí. Me aprieta el bíceps—. Eres tan fuerte.

Aunque ella tiene el control, veo lo difícil que le resulta mantenerlo; sé que tiene tantas ganas de besarme como yo. No hay nada más sexi que verla así, deseándome con la misma intensidad que yo, intentando seguir con su juego mientras lucha contra su propia pasión.

—Cariño —suplico—. Solo un beso.

Introduce la mano entre nuestros cuerpos y acaricia mi erección por encima de los vaqueros mientras la canción llega a su fin. Sus labios rozan los míos, apenas tocándolos. Su brillo de labios es de fresa ácida, un sabor inesperadamente dulce del que quiero más. Cuando intento profundizar el beso, ella se aparta y me empuja contra el cabecero.

Se pone de pie con cuidado, manteniendo el equilibrio encima de mí en la cama. No puedo evitarlo: levanto la mano y la deslizo por su larga pierna, por el suave ante de su bota. He soñado con estas botas, pero ninguno de esos sueños se aproxima ni por asomo a esto. Una descarga eléctrica recorre mi espalda y se apodera de mí. Qué difícil me resulta no tirar de ella y colocarla debajo de mí, besarla hasta robarle el aliento de los pulmones, reclamarla hasta que ninguno de los dos tenga la menor duda de que ella es mía y yo soy suyo.

Su sonrisa se torna felina. Levanta la pierna, apoya el tacón de la bota en mi tatuaje y aprieta.

El estallido de dolor hace que me corra en mis putos pantalones.

—¡Hostia puta! —Golpeo la pared con la cabeza y gimo mientras el orgasmo me atraviesa como un relámpago.

Ella jadea, como si verme llegar al clímax fuera suficiente para llevarla a su propio límite, y se deja caer en mi regazo. Enreda las manos en mi cabello y tira con fuerza mientras me besa, metiéndome la lengua en la boca. La rodeo con mis brazos, hundiendo los dedos en ese enloquecedor encaje, y la beso para calmar mi desbocado corazón. Me duele el pecho por el tacón.

Nunca me he sentido tan deseado. Jamás me había corrido con tanta intensidad en mi vida. Mia sabía qué hacer para pasar al siguiente nivel, para tomar el mando mientras me entregaba todo lo que tenía.

Se aparta después de un buen rato.

—Quiero montarte la cara.

Profiero un gemido.

—Me vas a matar.

Ella se ríe mientras me besa de nuevo.

—Ha sido increíblemente sexi.

Su risa es música para mis oídos. Me uno a ella y reímos juntos durante un momento, repletos de adrenalina. Mia tiene algo que hace que sea tan fácil pasar de la seriedad a la risa, dentro y fuera del dormitorio. Le retiro el cabello, le doy un beso en la mandíbula y la muerdo con suavidad.

—¿Ah, sí?

—He estado soñando con eso —murmura—. Verte perder el control me llevó al límite, cariño.

—No te quites las botas —digo mientras deslizo las manos por su espalda. Trazo el corte en forma de corazón y me invade la satisfacción al ver que se estremece—. No me canso de verte con ellas puestas.

—¿No se supone que ahora soy yo quien da las órdenes? —se burla. Aun así, se quita el bodi del todo. A pesar de lo sexi que está vestida de encaje negro, lo que de verdad me acelera el corazón es verla desnuda, con la cara sonrojada y los pezones duros en la fría oscuridad de la habitación. Me tumbo de espaldas y siento que mi polla vuelve a reaccionar cuando ella se sienta sobre mi cara.

Podría morir feliz en este preciso momento, con los suaves y fuertes muslos de Mia a ambos lados de mi cabeza y su prieto coño contra mi boca. Sin titubeos, sin pudor. Ella sabe lo que quiere y yo no quiero otra cosa que dárselo. Apoyo

las manos en sus muslos, respiro sobre su delicada piel y disfruto cuando se estremece.

—Eres preciosa —murmuro contra su piel. Jadea al sentir la vibración de mi voz—. Tu sabor es celestial, Mia Angel.

—Más bien diabólico —replica, terminando la frase con un jadeo cuando rozo su clítoris. Giro la cabeza hacia su muslo para darle un beso. Luego le agarro el culo y la insto a que apoye todo su peso.

—Nunca —digo sin aliento—. Siempre serás un ángel para mí. Puede que intentes ser un demonio para los demás, pero eres mi ángel.

Ella abre los ojos como platos.

—Sebastian.

Sonrío contra su piel. Hundo los dedos en sus firmes nalgas mientras lamo y chupo cuanto está a mi alcance. Una constante serie de gemidos y quejidos escapa de su boca, pero no me detengo, no cuando está tan cerca de llegar al clímax. Comienza a moverse contra mí, despacio al principio, pero luego va aumentando el ritmo, enroscando las manos en mi pelo y tirando con fuerza.

—Azótame —dice, gimiendo—. Por favor, necesito…

Le doy un cachete en el culo lo bastante fuerte como para que jadee.

—Estoy tan cerca.

Le doy otro cachete, esta vez en la otra nalga, al tiempo que la follo con la lengua. Su cuerpo se tensa y entonces se corre, gritando mi nombre tan alto que espero que Cooper y Penny estén demasiado ocupados con lo suyo como para darse cuenta. Sigo lamiéndola, deslizando los dedos por el pliegue de sus nalgas, hasta que gime, zafándose de mí. Se deja caer a mi lado.

Ninguno dice nada durante un buen rato. Nos quedamos tumbados en un cómodo silencio, escuchando el sonido de nuestra respiración. Me sigue doliendo el pecho y me muerdo el labio mientras sonrío. Espero que me salga un moratón. Quiero tener su recuerdo en mi piel durante días.

Al final, me quito los vaqueros manchados y me doy la vuelta para acurrucarme contra su calor. Me mira a los ojos, acariciándome el pelo de nuevo, solo que esta vez con suavidad.

Le echo el brazo por encima y sepulto la cara contra sus pechos. Le doy un

beso en la enrojecida piel, justo en medio del esternón.

—¿Me he portado lo bastante bien? —me burlo—. ¿He cumplido con mi parte de la apuesta?

—No tengo quejas. —Me acaricia el tatuaje con el pulgar. Me estremezco—. Estás bien, ¿verdad? ¿No ha sido demasiado?

—Estás de coña, ¿no? Ha sido lo más excitante del mundo. Me felicito por haberte regalado esas botas.

—Siempre he querido probarlo.

La beso en los labios, lamiendo el resto del brillo.

—Siempre puedes probar cualquier cosa conmigo.

40
Mia

La profesora Santoro hojea el artículo que tiene sobre el regazo mientras golpea el suelo con el pie. Recorre la sala con la vista, un aula llena hasta los topes de ayudantes de laboratorio, estudiantes de posgrado y los demás profesores de su departamento. Desde el momento en que llegó al campus esta mañana, antes de lo esperado, lo que puso a Alice de los nervios, todo el mundo dejó lo que estaba haciendo y se congregó a su alrededor para entablar un debate improvisado sobre el borrador de su último artículo.

Durante estos debates, sé cuándo es mejor mantener la boca cerrada y escuchar, pero conseguí colar un par de buenos comentarios, además de una pregunta que desencadenó una ronda de discusiones. Así que, en general, considero que la mañana ha sido un éxito.

Momentos como este son a la vez una cura de humildad, pero también inspiradores. Sé que no soy la persona con más conocimientos de la sala, y puede que tampoco la más inteligente, pero si hay algo que me caracteriza, es que soy testaruda y muy trabajadora. Algún día quiero estar al frente de la mesa como la profesora Santoro, investigando lo que importa.

—Creo que este es un buen lugar para terminar el debate —afirma. Se quita las gafas de leer, girándolas entre el pulgar y el índice mientras asiente—. Buenos aportes todos. Gracias por los comentarios. Mia, ¿puedo hablar contigo un momento?

Me enderezo en el asiento. Hasta donde sé, todavía tengo que hacer una presentación en el simposio, pero aún no la he empezado. El programa actualizado ya está casi listo, gracias a los comentarios de Alice, que aunque no fueron los más amables, sí fueron inteligentes. Pero tengo que ejecutar algunas simulaciones y procesar datos, por no mencionar que tengo que condensar todo

el tema en algo sobre lo que pueda exponer y defender, porque si hay algo que les encanta hacer a los científicos es preguntar. Si cuando presentas tus ideas no se genera un debate, es que has hecho algo mal.

Trago saliva, apretándome la coleta mientras intento ignorar la mirada que me lanza Alice antes de salir de la habitación junto con todos los demás. Al menos estoy presentable esta mañana; Sebastian intentó que me quedara en la cama mucho después de la hora a la que tenía que empezar a prepararme para ir a trabajar, pero me duché y me vestí en un tiempo récord. Aunque no lo culpo por querer quedarse en la cama. Hoy tiene esa entrevista con la periodista de *The Sportsman*, y tengo la sensación de que preferiría hacerse una endodoncia con unas pinzas antes que hablar con ella.

La profesora Santoro me sonríe y ladea la cabeza.

—¿Cómo han ido las cosas?

—Bien. —Me obligo a dejar de jugar con la coleta. Podría contarle lo de Alice, pero no tiene sentido darle más importancia de la que tiene, así que me limito a decir—: He estado trabajando en todo lo que me han asignado. Alice me ha estado proporcionando buena información con la que trabajar.

—¿Pero aún no has terminado con ello?

—No. —La miro a los ojos—. Solo necesito unos días más.

Ella asiente.

—Un par de días más y luego quiero verlo funcionando, Mia. Si hay que resolver algún fallo, prefiero hacerlo con tiempo suficiente para procesarlo y sintetizarlo. Has estado echando horas, ¿verdad? Sé que tengo que revisar el cuadro de horas que dejaste en el buzón.

—Por supuesto. —Me froto los nudillos con el pulgar—. He estado viniendo temprano todos los días. También me quedo hasta tarde cuando es necesario.

Técnicamente hablando, eso había estado haciendo, pero desde que las cosas cambiaron con Sebastian, he pasado más tiempo con él que en el laboratorio. Ayer fui a su entrenamiento, algo que literalmente pensé que nunca haría con una pareja, y me lo pasé muy bien. Me trajo recuerdos de cuando jugaba al sóftbol en el instituto, y verlo correr como un rayo con la ropa de entrenamiento tampoco me supuso ningún sacrificio. Ni lo fue bailar con él en la cocina en medio de otra

noche de insomnio mientras el curri se cocinaba a fuego lento.

Sin embargo, últimamente he estado tan centrada en él que mi atención no es tan buena como debería. Me prometí que jamás dejaría que una relación interfiriera con mis ambiciones, e independientemente de lo que sienta por él, no puedo transigir conmigo misma. No en esto.

Solo de pensarlo me entra un poco de pánico, porque Sebastian se merece una novia que esté a su lado. No solo para que vaya a un entrenamiento entre semana al azar o para ahuyentar malos recuerdos, sino para todas las cosas que de verdad importan en su vida y su carrera. Hacer frente a esa realidad es aterrador.

Solo necesito volver a comprometerme. No puedo dejar escapar esta oportunidad. El fracaso no es una opción en ninguna circunstancia, pero mucho menos ahora que la profesora Santoro cuenta conmigo y me juego un semestre en la Universidad de Ginebra. Si tengo una oportunidad de hacer entender a mis padres lo que quiero hacer, tengo que triunfar.

—Sé que es mucho —dice—. Pero quiero presionarte. Si vas a seguir en esto, tienes que acostumbrarte a trabajar con poco margen de tiempo. Nos encantaría tener todo el tiempo y el presupuesto del mundo para hacer nuestro trabajo, pero así no funcionan las cosas si quieres trabajar en estos grandes proyectos. Mantenerse al tanto de los pequeños hitos conduce siempre a los grandes avances de la ciencia.

—Por supuesto.

Me lanza una larga mirada pensativa. Debe aprobar lo que ve, porque asiente.

—Bueno. ¿Y cómo van las cosas con tu familia?

—Bien.

—¿Les has hablado del simposio?

—Todavía no.

La profesora Santoro frunce los labios.

—Necesito saber cuántos van a venir, Mia.

—No cuentes con nadie. —Admitirlo duele, pero es la verdad. Mi plan desde el principio ha sido confesar todo después de haber conseguido la plaza en el extranjero; verán hasta qué punto voy en serio cuando tenga la aceptación en la mano. Pero necesito el simposio para asegurar mi plaza y no quiero arriesgarme

a estropearlo implicando a mi familia—. A lo mejor mi… Tengo novio y puede que venga. Pero no es un buen momento para hablar con mis padres.

—¿Novio? —pregunta.

—Es reciente.

—Conocí a mi marido cuando estaba en la universidad —dice. Sonríe un poco al recordar algo—. Es difícil mantener relaciones en este campo. Muy difícil. Creo que funcionó porque él también estaba en el mundo académico…, en biología, claro…, pero entendía lo que exige.

—¿Alguna vez…? —Mi voz se va apagando porque aunque me he sincerado con ella sobre mi familia y ella ha compartido alguna información sobre la suya, no hemos hablado de cosas personales más allá de eso. Sabía lo de su marido; trabaja en el Departamento de Biología aquí en McKee, pero no sé mucho más —. ¿Habéis tenido que mantener la relación a distancia?

—Mi primer puesto como profesora fue en Stony Brook, en Long Island —dice—. Y Sam estaba en California, en Stanford.

—No puede ser.

—Fue duro, pero hicimos concesiones. —Juguetea con su alianza, un sencillo anillo de oro con un grabado floral—. La cuestión era elegir qué concesiones hacer. Había cosas que eran innegociables y otras que eran más flexibles. Al final quisimos vivir en la misma costa y lo conseguimos. ¿Tu novio estudia aquí?

—Sí. Está en el equipo de béisbol.

—Ah —dice ella—. Así que ahora está ocupado.

—Dando una entrevista mientras hablamos —digo con ironía—. No sé si el nombre de Sebastian Callahan te suena, estudia historia, pero…

—El hijo de Jacob Miller —repone.

Parpadeo.

—Sí. ¿Cómo lo sabes?

—Sam es de Cincinnati. Es un gran fan de los Reds.

—Entonces, al final querrá que esté en el equipo.

—No presto mucha atención a los detalles. Pero sí conozco ese nombre. —Se ríe ligeramente—. No te voy a mentir, Mia. Es difícil estar en dos sitios cuando

intentas tener una relación. Habrá que tomar decisiones y puede que no siempre te guste la respuesta. Sam y yo casi no lo conseguimos, aunque ahora somos más fuertes, después de haber superado la adversidad.

Aprieto las yemas de los dedos contra la palma de mi mano.

—No puedo renunciar a esto. Es… es todo lo que siempre he querido. Desde la primera vez que vi las estrellas a través de un telescopio.

Aquella noche, cuando estaba en la playa con mi abuelo, mirando el cielo nocturno, algo se abrió en mi corazón. Me sentía tan conectada con el mundo que me rodeaba, con aquella infinita negrura tachonada de diamantes, que mi mente se llenó de tantas preguntas que apenas podía pensar. Toda la ciencia comienza con una pregunta y yo tenía suficientes para varias vidas. En la parte más profunda, vulnerable y protegida de mi alma, sé que se me dio esta pasión por una razón.

—Tampoco creo que debas. Una mente como la tuya no aparece muy a menudo. Hacía años que no tenía un alumno tan prometedor.

Se me atasca el aliento en la garganta.

—Gracias.

Ella exhala un suspiro, recoge los papeles esparcidos a su alrededor y los vuelve a meter en una carpeta de color manila.

—Fijemos una hora para repasar las lecturas que te di antes de la conferencia y luego pongámonos a trabajar.

Cuando deja que me vaya, me acomodo en mi puesto de trabajo, me rehago la coleta y me pongo las gafas con filtro de luz azul.

Dudo un momento, pero apago el teléfono y lo guardo en el bolso. El mundo no se va a acabar si me concentro y me pongo al día con Sebastian más tarde. A fin de cuentas, él sabe que estoy trabajando tan duro como él. Demostrar que puedo cumplir con las expectativas de la profesora Santoro, de mi abuelo y de mis padres, cuando reúna el valor para confesárselo, es más importante que cualquier otra cosa.

Abro el programa y los apuntes que me dio Alice y me pongo manos a la obra.

No me imagino a mis padres viéndome trabajar, pero me gusta pensar que el abuelo es testigo de ello, allá donde el misterio del universo se lo llevara, y está

orgulloso de mí.

41

Sebastian

—Necesito que te quedes quieto —dice la ayudante de vestuario, una mujer alta y concentrada llamada Kat—. Quédate… quieto, ¿vale? Déjame ajustar los pantalones.

Me mastico el interior de la boca mientras intento convencerme de que soy una estatua. Es más fácil decirlo que hacerlo. Estar en el campo de béisbol me despierta el deseo de moverme; desde que llegamos hace una hora, he querido dar un par de vueltas alrededor del diamante. Correría desde el *home* hasta la zona de seguridad en el jardín central una y otra vez si eso significara evitar el montaje de cámaras que veo por el rabillo del ojo. Una vez, en torno al aniversario del accidente, estaba tan cabreado que le solté una impertinencia a mi entrenador y me hizo correr de un extremo a otro del campo hasta que vomité. Lo odié por ello, pero el esfuerzo físico me ayudó a despejar los pensamientos que se agolpaban en mi mente.

Me pregunto si ese es el tipo de historias que Zoe Anders espera sonsacarme con esta entrevista. Si quiere hablar de estadísticas o de mi juego, estupendo, pero del resto… Me resulta difícil pensar siquiera en ello, mucho menos decirlo en voz alta a otra persona. Y eso sin contar con una cámara de por medio.

Antes de salir hoy, Richard me llamó para ver cómo estaba y me recordó la única cosa que tengo que tener siempre presente, por encima de todo; se trata del legado de mi padre tanto como de mi futuro. Su equipo ha estado atento a todos los artículos, publicaciones en redes sociales y recuerdos que han surgido, especialmente en los últimos meses. Esta entrevista es una oportunidad para hacer llegar mis propias palabras.

—Así está mejor —dice Kat, dando un paso atrás para confirmarlo—. Y vas a sujetar el bate sobre el hombro en las primeras tomas…, eso es perfecto.

Su ayudante me entrega un bate de béisbol. Su peso me sorprende; es un poco más largo y pesado que el que suelo usar. Como la mayoría de los jugadores de béisbol, soy muy exigente con mi equipo. Un bate con el que no me sienta cómodo en las manos solo me llevará a fallar los bateos.

—Este no es mi bate —digo.

—Lo sé —repone Kat—. Queríamos el contraste del negro con el resto de tu ropa.

Miro a Zoe, que levanta la vista de su tableta.

—¿Te parece bien, Sebastian?

Zoe Anders está tan impecable como durante nuestra videollamada; lleva unos pantalones de lino color crema hechos a medida, una blusa rosa fucsia que cae con gracia en las zonas adecuadas, y aunque estamos justo al lado del *home*, unos caros mocasines de color cereza. Por lo visto, *The Sportsman* paga bien a sus empleados. También lleva un gran collar dorado imposible de ignorar. Voy a tener que esforzarme para mirarla a los ojos cuando hablemos.

Quiero regalarle a Mia una joya. Sé que ya le he hecho regalos antes, pero ahora que estamos saliendo significaría algo diferente. Nunca se pondría la monstruosidad que lleva Zoe al cuello, pero el otro día vi una delicada cadenita de oro con un colgante con forma de estrella y me acordé de ella.

Cuando llegue a casa, lo pediré. Me gusta la idea de que lleve puesto un colgante que yo le he regalado. Quedará bonito con esos aros dorados que tanto le gustan.

—¿Sebastian?

—¿Sí?

—He dicho que preferiríamos que usaras ese bate para estas fotografías, pero si quieres tu propio equipo cuando te fotografiemos con el uniforme de McKee, podemos hacerlo.

—Ah —digo—. Um, lo siento. Claro, lo que sea.

—¿Estás bien? —dice—. Hay mucho que hacer hoy, pero avísame si necesitas un respiro.

Intento sonreír mientras me coloco el bate sobre el hombro.

—Estoy bien.

—Vale. —Ella ladea la cabeza, observándome con atención—. Creo que está genial, Kat, pero vamos a consultar la opinión de Eddie.

Tras unos minutos más de ajustes, el fotógrafo, Eddie, da por fin su aprobación y empezamos la sesión. Me siento muy incómodo aquí, plantado en el *home,* con el bate sobre el hombro, que casi me echo a reír, pero consigo contenerme. Es media mañana y el sol brilla con fuerza. Ojalá pudiera ponerme unas gafas de sol, pero eso no iría con el «look».

Por cierto, el «look», lo que suelo ponerme normalmente; zapatillas, vaqueros, una camiseta. Tal vez un poco más arreglado que de costumbre, pero nada demasiado elegante. Gracias a Dios que Cooper decidió ir a ver a su compañero Evan en lugar de acompañarme, porque estaría descojonándose de la risa, seguramente sin poder contenerse. Una parte de mí desearía que Mia estuviera aquí. Aunque solo estuviera al fondo, sentir su presencia bastaría para calmarme los nervios. Cuando hacemos un descanso en la sesión fotográfica, le envío un selfi, pero no responde de inmediato.

Por último, pasamos al banquillo y allí me hacen un par de fotos más antes de que Kat me mande a ponerme el uniforme. Aunque es el que llevo en todos los partidos en casa, Kat se toma su tiempo para colocarme bien la camiseta morada con el nombre de McKee bordado en blanco en el pecho antes de la siguiente serie de fotos.

—Una más —promete Eddie—. Apoya los codos en las rodillas, sujeta el bate recto hacia abajo… Perfecto.

Cuando por fin terminamos, siento la imperiosa necesidad de meterme en un agujero, pero aún no hemos llegado a la parte difícil. Sigo a Zoe hasta el centro de entrenamiento, donde se reúne con nosotros el entrenador Martin. *The Sportsman* y la universidad tuvieron que coordinarse para hacer la entrevista en el campus, pero Zoe luchó para que fuera aquí y así tener una idea completa de dónde entreno y juego.

La respeto; parece buena en su trabajo. Lo que pasa es que temo la conversación en su totalidad.

—Es un placer conocerle en persona —dice, extendiendo la mano para estrechar la del entrenador Martin—. Sus comentarios sobre Sebastian fueron

muy reveladores.

—Seb es un trabajador infatigable —dice—. Uno de los mejores jugadores a los que he tenido el privilegio de entrenar.

—¿Cómo no iba a ser así teniendo los genes de Jacob? —bromea.

El corazón me da un vuelco cuando oigo el nombre de mi padre salir de su boca. Los sigo por el pasillo, pasando de largo por delante de las oficinas del personal. Hay una sala que usamos para las reuniones de cada puesto y el entrenador nos lleva allí.

—Es perfecto —dice—. Muchas gracias.

—Tómese su tiempo. —El entrenador me aprieta el hombro—. Haznos sentir orgullosos, chico.

Hago un esfuerzo por sonreír. Esta mañana ya ha sido un despliegue de sonrisas, pero claro, seguiré haciéndolo. Sonreiré todo el día, si con ello consigo que Zoe no indague demasiado en los detalles de mi vida.

—¿Quieres sentarte? —dice. Coloca su móvil encima de la mesa, junto con un cuaderno y un bolígrafo. Mientras me siento, empieza a grabar—. Gracias de nuevo por concederme esta entrevista. Estoy segura de que has estado muy ocupado.

¿Ya ha empezado la entrevista? Me acomodo en la silla frente a ella, intentando no agarrarme a los brazos con demasiada fuerza. Me siento como si llevara puesta una de las máscaras de Mia; la amabilidad trabajando a máximo rendimiento para ocultar mis verdaderos sentimientos.

Me tiro del cuello de la camiseta.

—El tramo final de la temporada siempre es intenso.

—No parece que vayáis a llegar a los *playoffs* de División Este —dice, con un perfecto deje compasivo en su voz.

—Es un grupo de equipos magnífico —respondo—. Todos ellos muy fuertes. Sabíamos que teníamos que mantener la presión para tener una oportunidad, y simplemente no ha salido bien, sobre todo en el bateo.

—¿Eso te pesa? Tu promedio de bateo es más bajo que en temporadas anteriores en McKee.

—Sí, desde luego. —Vuelvo a tirarme del cuello—. Soy fuerte en defensa,

claro, pero siempre me he enorgullecido de mi *swing*.

—Zurdo, igual que tu padre.

—Sí.

—¿Lo has intentado con la derecha?

—Empecé a batear antes incluso de saber lo que significaba zurdo o diestro —replico—. Creo que mi padre simplemente me enseñó como él lo hacía y funcionó.

—Tu *swing* es muy parecido al suyo. He hablado con muchos de tus antiguos entrenadores, y por supuesto con el entrenador Martin, y todos me han dicho que emulas a tu padre en el campo. Incluso tu movimiento de pierna es igual.

—Como he dicho, él me enseñó.

—¿Cuándo empezaste? ¿Con qué edad?

—Con tres, más o menos.

—Así que siempre lo has sabido. —Golpetea el borde de la mesa con el bolígrafo—. ¿Alguna vez pensaste en dedicarte a otro deporte?

—Practiqué un par de deportes más cuando era más joven —digo—. Todo el mundo lo hace, ya que es bueno para desarrollar habilidades en general. Pero nunca pensé que jugaría al fútbol americano a largo plazo, ni al fútbol, ni a nada de eso. Me encanta el béisbol desde siempre.

Coge el bolígrafo y lo apoya en el cuaderno.

—¿Por qué?

42
Sebastian

La conversación ha fluido mejor de lo que esperaba, pero esa simple pregunta me desconcierta.

¿Por qué? ¿Por qué el béisbol?

Últimamente, las respuestas habituales no me aportan esa misma sensación de calma y concentración. Podría hablar de la belleza del juego, de lo rápido que late mi corazón cuando corro hacia el campo o del momento perfecto en que mi bate conecta con la pelota y sé que he superado al lanzador. Está el olor del césped recién cortado, el ensuciarme el uniforme cuando me deslizo hasta el *home* y todos los apretones de manos, los puñetazos amistosos y las bromas internas con mis compañeros de equipo. Hay armonía en el béisbol. Es pura poesía, recitada sin necesidad de la palabra.

Si James es un general y Cooper un guerrero, yo soy un asesino, que espera el momento perfecto para atacar.

—¿Sebastian? —pregunta.

—Creo que al principio me encantaba porque mi padre lo amaba —digo—. Y más tarde lo amaba porque aún me conectaba con él.

—¿Y ahora?

Me encojo de hombros.

—Ambas cosas siguen siendo ciertas.

—Cuéntame un poco más sobre tu padre. Recuerdo verlo jugar.

—Yo también. —Me paso la mano por el pelo—. Era genial. El béisbol implica un horario duro, pero él aprovechaba al máximo el tiempo que pasábamos juntos. Aunque acabara de llegar a casa de un viaje por carretera o solo tuviera una hora antes de tener que ir al estadio, estaba allí, dispuesto a pasar tiempo conmigo.

—¿Y tu madre?

—La mejor cocinera de la historia. —Hago una pausa mientras Zoe se ríe—. No tenía hermanos, y no se hablaba con casi nadie de su familia, así que estábamos los dos solos cuando mi padre estaba de viaje. Menos mal que a ella le gustaba el béisbol tanto como a él, porque era la que me llevaba a todos los entrenamientos y partidos.

Durante un momento, casi puedo verla. Con vaqueros y sandalias, gafas de sol sobre la nariz enrojecida y una novela de misterio bajo el brazo. Solía robarle a mi padre sus viejas camisas de entrenamiento y se las anudaba en la parte de delante. Grababa tantos vídeos míos jugando para enviárselos a mi padre que podría haber sido documentalista.

Me pregunto dónde habrán ido a parar esos vídeos. Puede que Sandra los tenga guardados en alguna parte, junto con el resto de las cosas que aún no he tenido el valor de revisar.

—Y obviamente eso siguió igual después del accidente —dice, cruzando una pierna sobre la otra—. Pero antes de hablar de tu adopción, del accidente… ¿Tienes algo que decir personalmente al respecto?

Se me eriza el vello de la nuca.

—¿Qué quieres decir?

—Bueno —empieza, hojeando su cuaderno—. Cuando investigué un poco, descubrí que… hay cierta creencia de que tu padre podría haber estado conduciendo bajo los efectos del alcohol en el momento del accidente.

—Eso es mentira —replico.

—Tú estabas allí —dice, con voz suave—. Ibas en el asiento trasero del coche. ¿Notaste algo raro esa noche, Sebastian? ¿Qué crees que causó el accidente?

Me levanto de golpe y la silla sale despedida unos centímetros hacia atrás.

—Hablaré de mi familia, pero no de eso. No si vas a soltar mentiras.

Ella respira hondo.

—Vale. Lo siento. Siéntate.

—No estaba borracho —asevero con sequedad—. Sé que ellos dijeron eso, y también que se estaba peleando con mi madre, y cualquier otra gilipollez que intentaron sacar cuando se hizo público el accidente. Odiaban a mi padre desde

que mi madre lo conoció; habrían dicho cualquier cosa para desacreditarlo. ¿Los has entrevistado para esto? No he hablado con ellos desde el funeral.

—Estaba explorando todos los ángulos —alega.

Me quedo mirándola un momento más, pero al final vuelvo a sentarme.

—No publiques eso. No significan nada para mí. No son mi puta familia.

—Tienes una familia —prosigue, aparentemente sin inmutarse por mi tono acalorado—. Los Callahan. El mejor amigo de tu padre, su mujer y sus hijos.

Tengo que controlarme. Respiro hondo, intentando relajar los hombros. Aún recuerdo lo que el padre de mi madre le susurró a su mujer en el funeral; los oí hablar junto a su cadáver en el velatorio. Que era algo horrible, pero que al menos si ella tenía que irse, el cabrón también. Todo porque pensaban que mi madre podría haber encontrado a alguien mejor y que mi padre la mancilló al dejarla embarazada y convencerla para que se escapara con él.

—Sí —respondo.

—Richard mencionó que era un pacto que hizo con Jacob cuando eran jóvenes. La promesa de que cuidarían de la familia del otro si ocurría algo así.

—¿Qué pasa con eso?

—Teniendo eso en cuenta, ¿de verdad los considerabas tu familia? ¿Cómo ha sido crecer con los Callahan?

Aún recuerdo el momento en que Richard y Sandra me dijeron que se ocuparían de mí a partir de ahí en adelante. Fue antes del funeral, que ellos organizaron. Estaban en Cincinnati antes de que el hospital me diera el alta, encargándose de todo porque mi padre no tenía familia para hacerlo y la familia de mi madre amenazaba con hacerle un funeral aparte. Sandra, que a esas alturas era la mejor amiga de mi madre, luchó con uñas y dientes para que la enterraran con su marido.

Hasta entonces, los veía un par de veces al año; James, Cooper e Izzy eran como unos primos con los que pasaba las vacaciones. Dado que mi padre vivía en Ohio y Richard en Nueva York, era lo mejor que podían hacer. Pero aquella mañana, después de varios días ultimando los detalles, me sentaron en una silla en la entrada fuera de la iglesia con la trabajadora social que se había ocupado de mi caso. Richard llevaba un traje y Sandra, un vestido azul marino. Miró a su

mujer, esperando a que asintiera, antes de inclinarse y decirle: «Hijo, te vienes a casa con nosotros».

Sandra me abrazó en ese momento y recuerdo que me permití pensar que era mi madre. Solo una vez. Yo tenía once años, pero era lo bastante mayor para entender que no había vuelta atrás.

Paso los dedos por el falso cuero del brazo de la silla, incapaz de apartar la mirada del móvil de Zoe. Esa estúpida luz roja parpadeante está haciendo que mi corazón vaya a mil por hora.

—A veces es extraño pensar en ello —digo—. Ha sido una década viviendo una vida diferente a aquella en la que nací. En algunos aspectos, es muy parecida, y agradezco a Richard y a Sandra por hacer que las cosas siguieran siendo lo más normales posible y por no apartarme del béisbol. Pero no es lo que podría haber sido, y nunca dejaré de preguntarme cómo serían las cosas si todo hubiera sido diferente. Nunca dejaré de echar de menos a mi madre y a mi padre ni de desear que estuvieran en mi vida.

—Por supuesto —repone Zoe en voz queda—. Yo perdí a mi padre hace unos años y nada ha vuelto a ser igual. Esa herida nunca se cura del todo.

—No. —Parpadeo para contener unas repentinas y punzantes lágrimas—. Pero tengo una vida estupenda. Quiero a mi familia, y ellos son mi familia, más que a nada. James es el mejor hermano mayor que nadie podría pedir, Izzy es la mejor hermana pequeña y Cooper es mi mejor amigo. Richard y Sandra son mis padres, eso es así. Han apoyado mi carrera en el béisbol en todo momento, siguiendo los deseos de mi padre.

—Así que en realidad era el sueño de tu padre que jugaras al béisbol.

—Sí. Estaría muy emocionado con el *draft.* —Me río ligeramente—. He visto muchas cosas que la gente ha escrito y, si te soy sincero, no creo que a él le importara si estoy entre los diez primeros o en el último puesto de la última ronda. Solo querría que lo consiguiera.

—¿Y este es tu futuro? ¿Tu pasión de toda la vida, al igual que tu padre?

La miro durante un prolongado momento.

Sí. Siempre.

No hay otra opción.

Entonces, ¿por qué me cuesta tanto decirlo en voz alta?

Esa luz sigue parpadeando, imposible de ignorar. Se burla de mí. Me froto el pecho, justo sobre el tatuaje que me hice con James y con Cooper hace un par de veranos en OBX. El moratón que Mia me hizo con el tacón sigue ahí, como una reconfortante punzada de dolor cuando presiono. Ojalá pudiera ver si me ha contestado, pero no quiero ser maleducado.

Respiro hondo. Puedo terminar esto. No está tan mal.

Zoe nota que titubeo; me doy cuenta de ello por la forma en que descruza las piernas y se inclina hacia mí.

—Siento curiosidad por el apellido Callahan de tu camiseta. ¿Es por cuestiones prácticas? ¿Vas a cambiarlo por Miller una vez que empieces a jugar al béisbol de forma profesional?

—No estoy seguro.

—¿Has considerado lo que pensaría tu padre?

—Está muerto —respondo—. No sé lo que pensaría.

—¿Crees que tienes talento para igualar o superar sus récords? —Pasa a otra página de su cuaderno—. Tu padre no jugó el tiempo suficiente para entrar en el Salón de la Fama. ¿Crees que debería estar en él a pesar de todo, ya que ostenta el récord de jonrones de la Liga Nacional?

Siento una opresión en el pecho, me duele el corazón. Puedo sentir el comienzo de un dolor de cabeza en las sienes. Busco algo que decir. Cualquier cosa para desviar su atención de esta línea de interrogatorio y para calmarme a mí mismo.

—Tengo novia.

Ella coge su bolígrafo.

—¿Novia?

—Se llama Mia. —Me paso la mano por el pelo una vez más, tirando de las puntas—. Estudia astronomía y física. Es un genio. Quiere trabajar para la NASA algún día.

—¿Estudia aquí en McKee?

—Sí.

—Se te acaba de iluminar la cara —aduce—. Ella debe significar mucho para

ti.

—Es una de las mejores personas que he conocido. La más inteligente por lejos. Yo solo soy un deportista, pero ella es especial. Le agradezco que me dedique su tiempo, y mucho más que quiera estar conmigo.

—Qué bonito —dice—. ¿La veré en el partido de mañana por la noche?

—Sí —contesto, aunque no he hablado con Mia sobre asistir a mis partidos. No he querido presionarla, ya que está muy ocupada con su trabajo de laboratorio, pero sería bonito verla en las gradas al menos una vez antes…, antes de que acabe la temporada—. Ella estará allí.

La periodista sonríe, jugueteando con ese ostentoso collar.

—Estoy deseando conocerla.

43

Mia

Jamás imaginé que sería el tipo de chica a la que le gusta ir de la mano, pero resulta que me gusta mucho. Sebastian me coge de la mano mientras caminamos hacia el Vesuvio's. y la suya es tan cálida y grande que cuando toma la mía, me recorre un escalofrío por todo el cuerpo. Me pregunto cuánto durará, si siempre sentiré esto cuando nuestra piel se roce, o si se pasará con el tiempo.

Espero que no sea así. Espero que haya un futuro para nosotros, y que cada vez que mi mano roce la suya, sienta que algo encaja en mi corazón.

—¿Preparada? —me dice, apretándome los dedos con fuerza, como si supiera lo que estoy pensando—. Esta vez sin ruedines, preciosa.

Asiento y dejo que me conduzca al restaurante. Cuando me propuso cenar esta noche en Vesuvio's, lo primero que pensé fue declinar, pero había tenido un día duro con la entrevista, así que me puse el vestido que me compré en su momento para llevar en nuestra cita en este restaurante y dejé que Penny me hiciera ondas en el pelo. Por la forma en que Sebastian me miró cuando bajé las escaleras, cualquiera diría que me iba a llevar al baile de graduación. Casi esperaba que sacara un ramillete.

En lugar de ir a mi baile de graduación, fui a un concurso de robótica. Mi madre se puso furiosa (me compró un vestido y todo, e incluso me consiguió una pareja, que creo que era el hijo de una de sus amigas), pero no cedí. Odiaba la Academia St. Catherine y no me apetecía nada pasarme toda una noche bailando con un desconocido y con el resto de mi pequeña clase, un par de docenas de chicas que me odiaban y pensaban que era rara, en el mejor de los casos, o una zorra, en el peor.

La recepcionista nos lleva a una mesa junto a la ventana, y antes de que pueda apartar la silla, Sebastian lo hace por mí.

Contengo una sonrisa mientras abro la carta.

—Te morías de ganas de tener la oportunidad de hacerlo, ¿verdad?

Me rodea la muñeca con la mano y me aprieta con suavidad.

—Me conoces bastante bien ya —repone.

—Casi todo lo he aprendido en contra de mi voluntad.

Él sonríe y no puedo evitar devolverle la sonrisa.

—Lo acepto.

—Qué bobo eres a veces.

—Y bien que te gusta.

Exhalo un suspiro exagerado.

—Supongo que sí.

Bobo o no, esta noche está buenísimo, con su rubio cabello un poco húmedo y rizado en las puntas y la cara bien afeitada. La vieja medalla de su padre brilla en el hueco de su garganta, enmarcada por su camisa de estampado floral, desabrochada en la parte de arriba. Está más moreno que cuando empecé a vivir en su casa; los entrenamientos y los partidos por la tarde le están sentando bien. Después de un momento, me doy cuenta de que lo estoy mirando a él en vez de mirar la carta.

—Me estás mirando —dice con tono socarrón—. El concepto de quedar a cenar no puede serte tan extraño.

—Bien podría estar en Marte.

—Venga ya.

—¡Hablo en serio! Nunca me he sentado en una mesa tan elegante como esta, frente a alguien que me gusta. —Bebo un sorbo de agua—. ¿Y tú?

—Tuve algunas citas en el instituto. Hasta ahora, no había tenido demasiadas durante la universidad. —Deja su carta—. Por cierto, estás impresionante.

Miro mi vestido y me lo aliso de forma automática.

—Lo compré cuando me lo pediste por primera vez. Bueno, la segunda vez que me lo pediste.

Su sonrisa se suaviza.

—Me alegro de que lo conservaras.

Cuando llega el camarero, pedimos una botella de vino para compartir, un

entrante de burrata y los platos principales; ambos optamos por el pescado, aunque él elige salmón y yo mero. Es agradable estar sentada con él, disfrutando de una copa de vino blanco bien frío. Me viene de perlas el descanso después de las horas que he pasado concentrada en el trabajo. Por la forma en que suspira, acomodándose mejor en su silla, creo que está pensando lo mismo. Al fin y al cabo, no solo tenía la entrevista, sino también un partido por la tarde.

Al menos hoy han ganado, y él bateó dos de tres, con un jonrón.

Me aseguré de comprobarlo en cuanto terminó.

—¿Cómo te fue? —pregunto—. Siento no haber estado; la profesora Santoro volvió antes de su viaje y Alice estaba estresada tratando de impresionarla.

Me viene de nuevo a la cabeza la conversación que tuve con la profesora Santoro. Fue agradable contarle lo de Sebastian, pero me dolió la forma en que habló del futuro. Tiene suerte de que su marido también se dedique a la ciencia, así que al menos tienen eso en común.

—No pasa nada —dice. Se pasa la mano por la cara—. Pero no fue bien.

—Vaya —digo—. Lo siento.

—Y al parecer, las puñeteras fotografías de ese entrenamiento están por todo Twitter. Lo cual… no es negativo, ¿sabes? Estoy seguro de que algunos de los comentarios lo son, a pesar de que ni siquiera estoy haciendo nada, pero la mayoría no. Lo que pasa es que odio que estén ahí para empezar.

Empujo su pie por debajo de la mesa.

—¿Por qué no fue bien la entrevista?

—Es que… hizo un montón de preguntas invasivas. —Hace una pausa mientras el camarero nos trae el aperitivo—. Quería saber de mis padres, sobre todo de mi padre, y lo entiendo. No he hablado mucho de él públicamente. Pero también habló con la familia de mi madre y no dijeron nada bueno de él, así que tuve que defenderlo…, y odié tener que hacerlo.

—Me alegro de que no acabaras con la familia de tu madre tras la muerte de tus padres. —Me contó un poco más sobre ellos y parecen mala gente. Si alguna vez me los encuentro, más les vale que echen a correr en dirección contraria, porque protegeré a Sebastian con uñas y dientes.

Él resopla.

—Quién sabe cómo sería yo ahora.

Pincho una porción de comida con el tenedor y se lo ofrezco.

—Pruébalo. La buena comida siempre te pone de buen humor.

Sebastian sonríe, lo cual me llena de alivio.

—Quiero hacer algo con burrata. Quizá este fin de semana. Tengo ganas de experimentar con la berenjena.

Me echo a reír.

—Cielo.

—¿Qué? —dice—. Hablo completamente en serio. A la parrilla con un buen chorrito de aceite de oliva por encima, burrata caliente, hierbas, nueces para darle textura… Podría preparar una vinagreta con melaza aromatizada y darle un punto agridulce.

—Estamos cenando en un restaurante de lujo y tú estás reescribiendo la carta en tu cabeza —me burlo.

—Richard conoce al dueño de este lugar —repone—. Le pregunté si podía trabajar aquí, en primer año, pero él quería que me centrara en el béisbol.

Miro a mi alrededor. Nunca he trabajado en un restaurante; cuando estaba en el instituto, trabajé en una cafetería local, y sigo haciéndolo en McKee. Una parte de mí quiere entrar en el programa de estudios en el extranjero solo para descansar de Purple Kettle.

—¿De qué, de camarero? Tener un empleo en la universidad es una mierda. Odio preparar cafés con leche una y otra vez.

—Sé que no habría sido fácil. Pero yo quería estar en la cocina. Aunque fuera de lavaplatos, ¿sabes? Solo para vivirlo y aprender más sobre la comida.

—Está claro que sabes mucho de comida. Todo lo que cocinas está delicioso.

Él se encoge de hombros.

—Sí, lo intento cuando puedo, de vez en cuando. Pero el mundo de la restauración es algo muy diferente.

—Tal vez deberías ir a uno de esos concursos de cocina. Les encantaría; un jugador de béisbol a punto de ser profesional que sabe hacer un *filet mignon* perfecto.

Él sacude la cabeza.

—Ni de coña. Apenas puedo soportar la idea de que haya veinte personas que ven mis partidos cuando los televisan.

Bebo un sorbo de vino mientras reflexiono sobre eso.

—Siento decírtelo, pero los partidos de la MLB los ven muchas más de veinte personas.

Se pasa la mano por la cara de forma exagerada.

—No me lo recuerdes.

Le doy un golpecito en el brazo.

—Más vale que te prepares, hagas lo que hagas.

—Me pondré unas anteojeras de caballo, algo así de informal. No desentonará nada en el canal de deportes. —Simula que sus manos son unas anteojeras, provocándome un ataque de risa—. Quiero decir, está bien. Hoy ha sido una locura. En todo momento me he sentido como si estuviera desnudo y todo el mundo me mirara.

—Para ser justos, es difícil no mirar cuando estás desnudo.

Eso escapa de mi boca en el momento justo en que el camarero deja nuestros entrantes y me pongo roja como un tomate. Sebastian se queda con la boca abierta.

—Vaya. ¿Sabes qué? Gracias. Ahora me siento mucho menos avergonzado.

Busco su pie debajo de la mesa y se lo piso.

—Eres malo.

—¿Por eso volviste a meterte en la ducha conmigo el otro día? —Se echa hacia atrás, apoyando el codo en el respaldo de la silla, con una sonrisa engreída en la cara—. No tenía ni idea de que fuera tan irresistible para ti.

—Te odio.

—Vamos, cielito. —Desliza la punta de su zapato por mi pierna desnuda. No puedo evitar tragar saliva con fuerza y sé que él se da cuenta porque fija la mirada en mi garganta—. Sabemos que eso no podría estar más lejos de la verdad.

—Si insistes. —Sé que el rubor me delata, pero es demasiado divertido seguir con el juego. Él se aclara la garganta y bebe un trago de agua.

—Sé que ahora estás ocupada con el trabajo —empieza—. Pero mañana por la

noche hay partido. No quedan muchos en la temporada. Me preguntaba si… te gustaría venir. A verme jugar.

Esbozo una sonrisa, que disimulo poniéndome la mano delante de la boca mientras mastico.

—¿Quieres que esté en las gradas?

—Sí. Si a ti te apetece. Sé que mis primeros intentos de darte entradas fueron un fracaso total, pero me imagino que ahora…

Mi corazón late un poco más deprisa cuando sus palabras calan en mí.

—De hecho, ya tenía pensado ir.

—¿En serio?

—Esto probablemente te sorprenda, así que no digas nada, pero Izzy va a venir. —Bebo un sorbo de vino, disfrutando al ver que se le iluminan los ojos cuando menciono a su hermana pequeña—. Vamos a ir juntas. Puede que Cooper y Penny también.

Se levanta de golpe, haciendo retroceder la silla.

—¿Seb?

Me coge la cara entre las manos y me da un beso en los labios.

—Gracias. Te dejaré una camiseta.

Parpadeo cuando da un paso atrás.

—¿Tanta ilusión te hace?

—¿Ilusión? Siento que podría salir y batear un puto *grand slam*.

Una parte de mí se siente culpable por no haber intentado ir a ninguno de sus partidos hasta ahora, pero reprimo ese pensamiento. Antes las cosas eran diferentes. Lo que importa es el presente.

—Allí estaré.

Sebastian me acaricia la mejilla con los nudillos antes de volver a su asiento.

—Haré que valga la pena.

44
Mia

En cuanto Sebastian aparca el coche, me siento en su regazo.

Estoy un poco apretada hasta que reclina el asiento hacia atrás; emite un gruñido de sorpresa y me rodea con sus brazos en el acto. Durante todo el trayecto de vuelta del Vesuvio's, he sido incapaz de prestar atención a nada más que a sus fuertes y hábiles manos, que tan bien saben tocar todos los sitios adecuados. Probablemente deberíamos entrar, pero el beso que le doy en los labios sabe más dulce así. Aún noto el vino en su lengua y el caramelo del postre que hemos compartido. Se me encoge el estómago de felicidad cuando mi lengua se entrelaza con la suya. No nos hemos acabado toda la botella de vino, así que solo estoy un poco achispada, pero una parte de mí sigue sintiéndose embriagada. Embriagada de él y de la manera que me siento al estar a su lado.

De forma lenta e inexorable me estoy dando cuenta de que no hay nadie en el mundo como él. Nadie que haga que se me acelere el corazón como hace él. Estoy cayendo en picado, igual que un meteorito ardiendo en la atmósfera.

Me mordisquea el labio inferior mientras me acaricia la espalda con esas manos perfectas. Y gimo contra su boca cuando las posa en mi culo y me aprietan.

—Estoy demasiado cachonda —digo sin aliento.

—Ya lo veo. —El tonillo divertido en su voz normalmente me cabrearía, pero ahora mismo me dan ganas de abrirme de piernas. Sebastian pasa las yemas de los dedos por mis bragas ya húmedas, arrancándome otro gemido estrangulado de la garganta.

—¿Qué te tiene tan alterada, ángel?

—No juegues. —Enredo las manos en su cabello y tiro con fuerza—. Sabes muy bien lo que es.

Describe pequeños dibujos en mi espalda por encima del vestido.

—Estás aún más guapa cuando te domina el deseo.

—Sebastian…

Juguetea con la cremallera.

—Eres tú la que se ha subido a mi regazo.

Intento agarrar la cinturilla de sus pantalones, pero me detiene con una de esas manos fuertes. Exhalo un suspiro.

—¿Qué?

—Deberíamos entrar.

Me arrimo de nuevo y le muerdo la mandíbula.

—O podrías follarme en el asiento trasero.

—Tentador —dice—. Pero voy a follarte el culo y te quiero en mi cama para eso, ángel.

Sus palabras provocan un cortocircuito en mi mente. No solo por lo que sugiere, aunque me apetece mucho, sino por el tono seguro con el que lo dice. No le falta seguridad en sí mismo, pero nunca lo había usado para parecer tan sexi.

—Ah.

—¿Te parece bien?

No cabe duda de que se está divirtiendo con esto. Me echo hacia atrás, pongo mi expresión más severa y cruzo los brazos.

—Pareces seguro de que diré que sí.

Me mira los pechos durante un buen rato. Sonrío de forma arrogante, pero entonces me agarra la mandíbula y me presiona los labios con el pulgar.

—Sé lo que necesitas ahora mismo —dice. Le lamo el pulgar, satisfecha cuando eso hace que su mirada se oscurezca—. Necesitas sentirte saturada y sentirme muy dentro, y he pensado que la mejor forma de conseguirlo sería metiéndote un juguete en tu bonito coño mientras yo hundo mi polla en ese culito respingón que no puedo dejar de mirar.

Enfatiza esto último con un cachete en el culo, lo bastante fuerte como para que sienta el escozor. Jadeo y me mezo contra su regazo mientras cierro los ojos. No puedo mirarlo ahora; sería como mirar directamente al sol.

Él me alza la cara.

—Abre esos preciosos ojos dorados para mí.

Escucho, en parte porque nunca nadie había dicho que mis ojos son dorados, y me estremezco. Sus ojos son verdes, pero es él quien elogia los míos. Se me encoge de nuevo el estómago mientras el rubor me tiñe las mejillas.

—¿Es eso lo que quieres, Mia Angel? ¿Lo he entendido bien?

—Sí —digo—. Joder, sí, lo quiero. Lo necesito.

Me recompensa con otro beso, largo y perezoso. Lo disfruto, pero antes de que pueda intentar sacarnos a los dos del coche, busco a tientas el tirador de la puerta y la abro de un empujón. Salgo, esquivando por los pelos el volante, y me tomo medio segundo para serenarme antes de echar a correr.

—¡Mia!

Espero que oiga mi risa. Subo corriendo las escaleras del porche, abro la puerta en un tiempo récord y la cierro de golpe.

Casi he llegado al segundo piso cuando Sebastian irrumpe. Me quedo paralizada en la escalera como un conejo al que acecha un zorro. Parece debatirse entre gruñirme o reírse, así que me limito a saludar con la mano antes de subir corriendo el resto de la escalera.

Lo oigo pisándome los talones. Me alcanza justo cuando estoy abriendo la puerta de su habitación y la cierra de golpe, presionándome contra ella. Gimo al sentir su cuerpo contra el mío, su sólido peso. Tiene razón, necesito esto. Lo necesito a él. Nunca he estado con nadie capaz de lograr que me evada de todo como él, y ahora mismo es lo único que me apetece. No quiero pensar en nada más que en él y en lo bien que encajamos juntos. Ni en el pasado, ni en el futuro, solo en el presente, aquí mismo, mientras su tacto hace arder todo mi cuerpo. Me pongo de puntillas y lo beso. Me lo he ganado, después del trabajo que he hecho hoy.

—¿A qué coño ha venido todo eso? —pregunta contra mis labios.

Lo acerco aún más.

—Me apetecía correr.

—Correr —repite—. Has hecho trampa.

—Pero me has atrapado de todos modos. —Le rodeo el cuello con los brazos y

lo arrastro hacia otro intenso beso—. Me gusta que me hayas pillado.

Algo se suaviza en su mirada. Busca a tientas el pomo de la puerta sin apartar su cuerpo del mío y hacer que entremos en su dormitorio. Se abalanza sobre mí y me coge en brazos antes de que pueda escapar, depositándome en la cama y tendiéndose a mi lado.

Me acurruco a su lado y busco sus labios y el dobladillo de su camisa a la vez. No nos molestamos en desvestirnos; en cuestión de treinta segundos, nuestra ropa está tirada por el suelo. Introduzco la mano entre los dos y envuelvo su erección con un giro lento, disfrutando al sentirlo estremecerse.

—Me ha gustado pillarte —murmura mientras enmarca mi rostro con las dos manos. Me besa la sien, las mejillas y por último, la boca; desliza la lengua entre mis labios hasta que los abro—. Me ha gustado que me dejaras.

—Fóllame —susurro. Paso el pulgar por el glande para que sisee—. Tal y como has dicho. Dámelo todo.

Se aparta lo suficiente para buscar en el cajón de la mesilla el lubricante, un condón y a Cleo, que ahora vive en su dormitorio. Cuando lo estrecho de nuevo en mis brazos, nos besamos durante unos minutos, hasta que nos quedamos sin aliento antes de volver a lanzarnos de lleno. Resulta cómodo, tan natural como respirar, y nuestros cuerpos encajan como si alguien los hubiera tallado de la misma pieza de madera. No recuerdo haberme sentido nunca tan cómoda en la cama con otra persona, ni tan confiada.

—Apóyate en los codos y las rodillas —susurra por fin, dándome un pequeño mordisco contra la parte inferior de mi pecho para enfatizar su orden—. Ábrete para mí, cariño.

Cuando estoy en posición, me da un beso en la parte superior de la espalda y desliza los dedos entre mis piernas unas cuantas veces, mojándomelas. Luego recorre mi trasero con su mano húmeda y resbaladiza por el lubricante. Giro la cabeza hacia un lado, respirando contra la almohada. Estoy a su merced, pero lo único que siento es impaciencia, pues deseo que siga tocándome. Me da varios cachetes en el trasero con la otra mano, arrancándome más gemidos. Sebastian es un buen chico, y me encanta eso de él, pero ahora mismo está mostrando ese lado intenso y dominante que saca en el campo de béisbol, y en la cocina, y es

muy sexi.

—Estamos solos en la casa —dice, dándole más énfasis con otro azote—. Quiero oírte. No te reprimas.

Me permito gritar más fuerte cuando frota mi ano con la mojada yema de los dedos. Jadeo cuando introduce un dedo despacio, pero con firmeza, aferrándome a las sábanas.

—¡Joder! —gimoteo.

—Relájate para mí —dice—. Como la última vez, mi niña buena.

El recuerdo me arrolla como si fuera un tren. Allá por marzo, nos duchamos juntos y nos liamos contra el lavabo, con mi mano apoyada en el espejo empañado. Cuando los dos estábamos temblando, me llevó a la cama y mi pelo mojado empapó la almohada mientras me daba un beso negro y luego me follaba el culo. La vulnerabilidad de aquel momento me llevó al borde de las lágrimas.

No sé si esto me llevará de nuevo a ese estado, pero una parte de mí espera que así sea. Si voy a llorar delante de alguien, quiero que sea Sebastian.

Me dilata con cuidado, susurrándome elogios en todo momento mientras con la otra mano me acaricia la cadera de forma reconfortante. Sus dedos son tan grandes que me abren de una forma tan extraña como maravillosa. Mi clítoris palpita, suplicando atención, y el interior de mis muslos está pegajoso por mis propios fluidos. Intento acariciarme el clítoris para aliviar la tensión, pero él me aparta la mano.

—Yo me encargo —susurra, acariciándomelo.

Mi vientre se contrae al sentir sus ásperos dedos en ese punto sensible, convirtiéndose en una apretada goma elástica. Justo cuando estoy a punto de suplicarle que vaya más rápido, él saca los dedos. Cuando los sustituye por su glande, enfundado en un condón y lubricado, ahogo un gemido y empujo contra él sin el más mínimo pudor. Me da igual lo que parezca ni si me hace quedar como una desesperada. Simplemente lo necesito.

—Es perfecto —dice—. Qué bien lo estás haciendo. Dios, Mia, no puedo soportar lo hermosa que eres.

Pega su pecho a mi espalda y me rodea con el brazo para sujetarme. Me besa el omóplato mientras se hunde un centímetro, luego dos y después tres. Cuando

está completamente dentro de mí, me estremezco y los gemidos escapan de mi bica en un inexorable torrente. Me está follando con fuerza, dilatándome de una forma muy íntima. Sigue acariciándome el clítoris mientras permite que me haga a la sensación, sin dejar de susurrarme al oído lo hermosa que cree que soy.

Se me saltan las lágrimas. Tal vez sean las sensaciones, o sus palabras, que suenan tan tiernas y sinceras. Tal vez sea la vulnerabilidad del momento, pero sea lo que sea, respiro hondo y suelto un sollozo.

—Háblame —dice—. ¿Estás bien?

—Sí —susurro—. Muy bien. Continúa.

—Qué chica tan buena —dice, también en voz queda—. Qué bien acoges mi polla, sin importar dónde te la meta.

Hace que nos tumbemos de lado, elevando mi pierna hacia el pecho para profundizar el ángulo, y empuja a modo de prueba. Grito, abrumada por la nueva posición, por su lenta penetración.

—Sebastian…

Él coge el vibrador, lo enciende y lo presiona contra uno de mis duros pezones.

—Es perfecto, ángel. Eres maravillosa. Absolutamente maravillosa.

—Dios —jadeo, retorciéndome entre sus brazos mientras el vibrador tortura mi sensible piel. Una oleada de placer se propaga hasta mi entrepierna, lo que hace que le apriete aún con más fuerza, a juzgar por su gemido. Me pasa el vibrador por el otro pecho y luego desciende. Lo humedece con mi fluido, sin dejar de mover las caderas, y me lo mete en el coño hasta el fondo.

Suelto un sollozo que es en parte un grito. Mantiene el vibrador dentro de mí mientras me penetra; las sensaciones se combinan para apoderarse de mí hasta que me corro de forma espontánea y mi cuerpo se estremece. Casi de inmediato empieza a apoderarse de mí un nuevo orgasmo, que me catapulta otra vez a la cima. Ante mi insistencia, Sebastian sigue penetrándome a un ritmo profundo e imperioso. Noto que se tensa y luego se relaja cuando se corre, con su nombre en mis labios, y eso me lleva de nuevo al límite mientras vuelvo a pronunciar su nombre.

Llevo la mano hacia atrás cuando él saca el vibrador. Me agarra la mano con

fuerza, entrelazando nuestros dedos.

—¡Hostia puta!

Me río, con la respiración entrecortada por otro sollozo.

—Sí.

Sebastian se retira. Yo me tumbo boca arriba, enjugándome los ojos.

—Estás llorando. —Me enjuga una lágrima con el pulgar—. ¿Estás bien? ¿He sido demasiado brusco?

Sacudo la cabeza, sin atreverme a hablar. La habitación huele a sexo, y él está lo bastante sudoroso como para que quiera lamerlo. Noto mi pecho mucho mejor, como si hubiera tenido una grieta en el corazón y no me hubiera dado cuenta de que él la estaba arreglando hasta que ya lo había hecho.

—Mia.

—Ha sido perfecto. —Lo miro y me muerdo mi labio tembloroso—. Muy intenso y tan perfecto.

Me atrae a sus brazos y me estrecha con fuerza hasta que puedo sentir el latir de su corazón. Durante unos cálidos y cómodos minutos, que parecen eternos, ninguno de los dos dice una sola palabra. Puede que mi cuerpo esté saciado, pero mi mente sigue en marcha y mi imaginación gira en una órbita cada vez más amplia. Discurre en torno a mi investigación, a mis lecturas, a las preguntas a las que he estado dando vueltas, algunas desde hace un día, otras desde hace meses.

—Sebastian.

—¿Sí?

—Quiero vivir lo suficiente para ver imágenes de alta definición de exoplanetas. —Lo miro a los ojos—. Quiero investigar el universo y ver los detalles, no solo el panorama general. Los planetas individuales, ocultos a la luz de sus soles. Quiero ver los cielos que escupen diamantes. Los mares de niebla y las montañas abandonadas desde hace milenios. Los cráteres del tamaño de nuestra luna, los bosques de amatista, los océanos rojos. Algunos piensan que es imposible, pero yo no. Tiene que haber una forma de hacerlo realidad.

—Eso sería increíble. —Sus ojos buscan los míos—. ¿Es esto lo que quieres hacer en el futuro?

—Quiero…

Me interrumpo cuando una idea aterriza de golpe en mi mente. Un fragmento de pensamiento, pero aun así lo bastante grande como para retenerlo, generado gracias a los comentarios de Alice. El último problema de nuestro programa, convertido en algo irrelevante.

—Espera —digo, levantándome de la cama—. Tengo una idea.

45

Mia

—Deja de toquetearla —dice Izzy, apartándome la mano del lazo en el pecho de la camiseta—. Está genial.

—Me siento rara —refunfuño.

—Bueno, pues siéntete sexi. Porque estás muy sexi. —Ella inclina su gorra de béisbol de McKee hacia mí—. Tan sexi que le va a ser imposible concentrarse en el partido.

—Esperemos que eso no ocurra —dice Cooper con ironía mientras me tiende una gorra de McKee—. ¿La quieres o no?

Le arrebato la gorra y me la pongo en la cabeza. No recuerdo la última vez que me puse una gorra de béisbol, probablemente cuando aún jugaba al sóftbol. También fue la última vez que asistí a un partido, aunque el campo de béisbol principal de McKee es mucho más grande que cualquier otro en el que haya jugado. Penny me sonríe y enlaza su brazo con el mío mientras cruzamos las puertas.

Es una calurosa noche de junio, así que solo llevo un sujetador debajo de la camiseta, además de unos pantalones cortos vaqueros y unas sandalias. Sebastian consiguió dármela esta mañana, bien doblada y con una nota encima, justo antes de que saliera corriendo por la puerta.

La nota está ahora en mi bolso, escondida en mi agenda. La he mirado al menos veinte veces a lo largo del día, aunque no he tenido tiempo de soñar despierta. Me moría de ganas de compartir con la profesora Santoro el avance que había logrado y ella me recompensó dándome el visto bueno para hacer los cambios en el programa, lo que significa más trabajo a contra reloj antes del simposio.

Ángel:

¿No te alegras de que nos hayamos hecho amigos?

Con amor,

S

P.D.: Gracias.

Con amor. «Con amor». ¿Qué clase de amor es? ¿Pensó en ello antes de escribirlo? ¿Usó la palabra de manera desenfadada, como suele hacer la gente, o lo meditó a fondo? ¿Y desde cuándo la palabra «ángel» está tan arraigada en la forma en que me ve que se decidió a ponerla por escrito? Una parte de mí quiere agarrar la nota con tanta fuerza que jamás pueda arrebatármela de la mano y otra parte quiere fingir que nunca la he visto.

Aun así, me puse la camiseta cuando salí del laboratorio para reunirme con todos en el estadio. Es una camiseta local de McKee, morada con letras blancas en el pecho y su apellido en letras mayúsculas en la espalda, encima del número 17. Huele a limpio, pero está claro que está usada, y aunque jamás lo reconocería, la he olido un par de veces para ver si podía captar algo de su aroma.

—¿En qué estás pensando? —pregunta Penny.

—¿Eh?

—Pareces algo distraída. —Me empuja hacia la izquierda—. Estamos sentados en el lado de la tercera base.

La sigo entre la multitud hasta nuestros asientos. La verdad es que hay más gente de lo que imaginé. Dado que la mayoría de los estudiantes de McKee todavía están fuera por las vacaciones de verano, la ciudad de Moorbridge se ha puesto las pilas. Un par de niños pasan corriendo, con un guante en la mano. Un grupo de hombres mayores ríen juntos mientras toman asiento. Una familia con camisetas a juego de Perrin (debe de ser un jugador del equipo) reparte carteles para animar. En los altavoces se escucha música pop, interrumpiendo las conversaciones de todo el mundo.

Sebastian se merece este tipo de ambiente cuando juega y me alegro de que lo tenga, aunque esta temporada haya sido dura. Debería haber venido antes. Si me las arreglé para ir a los partidos de *hockey* de Cooper (aunque lo hiciera para apoyar a Penny), debería haber estado aquí para apoyar a Seb desde que comenzó la temporada. Aunque solo fuera como su amiga.

Contemplo el campo. Los focos están encendidos, iluminando la hierba segada de forma impecable. Más allá de la valla, se extiende prácticamente un bosque, y

las hojas de los árboles, de un intenso color verde en verano, susurran con el viento. Todas las instalaciones con las que cuenta McKee son buenas, pero este estadio, con los arcos que conducen a los asientos de las gradas superiores, los detalles de ladrillo y la combinación de colores morado y blanco, es muy especial.

Ambos equipos están en el campo, calentando. Sebastian se está pasando la pelota con un tipo que me parece que es Hunter Kirby. Me invade una cálida sensación al verlo en su elemento. Cualquiera que le prestara atención a Sebastian sabría al instante que el béisbol siempre ha estado presente en su vida.

Me pregunto si estará tan nervioso como parecía ayer ante la perspectiva de jugar en un estadio más grande. No cabe duda de que la entrevista lo puso nervioso.

—Esto está muy bien —digo mientras ocupamos nuestros asientos. Estamos en la primera fila de la grada inferior, junto a la tercera base, lo que nos proporciona una buena vista de todo el campo. Sebastian estará en el jardín, no muy lejos de nosotros, y ya sé que lo veré de frente cada media entrada.

Penny echa un vistazo.

—Sí. Hace un par de semanas fuimos a un partido en el que las entradas estaban agotadas y solo quedaban de pie.

—¿Cuándo?

—Entonces no os hablabais. —Se encoge de hombros—. Sabes que ahora no importa.

—Claro. —Agacho la cabeza mientras me sonrojo.

—No puedo creer que no hayas venido a tomar algo conmigo antes del partido —dice Izzy a mi otro lado. Me da un codazo para que levante la vista y me ofrece una botella de agua—. He tenido que apañármelas.

—¿Eso es vodka? —pregunta Cooper.

—Tequila —responde Izzy.

Él mira a su hermana, enarcando las cejas.

—¿Has traído una botella de agua llena de tequila al partido de tu hermano?

—Venga ya. Como si no bebiéramos en todos tus partidos.

—No tienes edad para beber.

—A veces eres muy gracioso, Coop —replica con dulzura—. ¿Quieres un trago o no?

—Vale —dice, arrebatándole la botella. Hace una mueca y bebe un trago.

Cuando me llega, le doy un sorbo, ignorando el sabor a gasolina. Es alcohol barato, pero da igual. Hará que animar sea más divertido, y pienso gritar a pleno pulmón por Seb.

Al cabo de un par de minutos, empiezo a sentir calor por la bebida y los cuatro estamos hablando al mismo tiempo. Me parto de risa cuando Izzy provoca otra reacción sobreprotectora por parte de Cooper. Se le da tan bien que debería ser un delito.

—¿De qué te ríes? —pregunta alguien.

Sebastian está inclinado sobre la barandilla a unos metros de nosotros, con el guante bajo el brazo mientras se pasa la mano por el pelo.

Se me seca la boca al verlo de uniforme. El púrpura armoniza muy bien con su pelo rubio. Los pantalones blancos se ciñen a su cuerpo de maravilla y sus brazos parecen más musculosos con las mangas cortas de la camiseta. La pintura negra de las mejillas y el cinturón completan un conjunto perfecto. Incluso la codera que lleva me provoca una extraña sensación, lo cual es ridículo. Y ahora mismo me importa un bledo.

Me apresuro a acercarme a él y meto los dedos por la malla que nos separa. Sé que es por seguridad, pero me gustaría poder besarlo ahora mismo.

—Estás preciosa, cielo —dice—. Me alegro de que estés aquí.

—Yo también. —Miro por encima del hombro a Penny y a sus hermanos. Se quedan atrás, dejándonos espacio, pero Izzy saluda con entusiasmo a su hermano. Sebastian le devuelve el saludo—. Siento no haber venido a ningún partido.

Él se encoge de hombros.

—Me alegro de verte ahora.

—¡Callahan! —grita alguien.

—¡Enseguida voy! —responde. Vuelve a mirarme.

—Disfruta del partido, ¿vale? Vendré a buscarte después.

—Buena suerte.

Él me lanza un beso mientras corre hacia atrás.

—¡Voy a tener que evitar mirarte entre lanzamientos, Mia Angel!

—¡Uf! —dice Izzy—. Es tan tierno que voy a vomitar.

—Por favor, no —dice Cooper, con un tono de alarma—. No puedo repetir lo de la última vez que me vomitaste encima.

Cuando llega la cuarta entrada, McKee va ganando por dos carreras. Sebastian bateó un doble en su primer turno, llevando a su compañero de equipo en la tercera base al *home* para la primera carrera del partido. No me di cuenta de que bateaba el cuarto hasta ahora. No es de extrañar que haya estado tan estresado por tener problemas en el plato.

Es divertido verlo batear (tiene un buen *swing*, del que todo el mundo parece no poder dejar de hablar), pero el jardín es un juego totalmente distinto. Es increíblemente rápido y preciso en sus lanzamientos. En la segunda entrada, cuando un jugador de Binghamton se volvió codicioso con un sencillo e intentó llegar a segunda base, el fulminante lanzamiento de Sebastian lo mandó directamente al banquillo.

Cuando el pícher de Binghamton elimina al jugador de McKee en el plato, poniendo fin a la entrada, me dirijo al baño con Penny. Mientras me lavo las manos, entran dos chicas riéndose y cayéndose una encima de la otra.

—Dios —dice una de ellas mientras intenta cerrar la puerta del retrete—. Está tan bueno que solo quiero lamerlo.

—¡Lo sé! —parlotea la otra—. ¿Por qué no se abre esta maldita...? Ya está. Y es un Callahan. Bueno, más o menos. Lo bastante cerca, ¿verdad?

—Si no puedo tener al padre, me quedo con él.

Ambas chicas estallan en carcajadas. Penny enarca las cejas y me mira.

—¿Richard? —dice—. Ay, por Dios.

Me dirijo con paso firme a uno de los cubículos y golpeo la puerta con el puño. No sé qué me cabrea más: que hablen de Sebastian como si fuera un juguete sexual o que insinúen que solo es en parte miembro de su propia familia.

—Estás hablando de Sebastian mientras su novia está aquí de pie. Para que lo sepas.

—¿Tiene novia? —pregunta una de ellas.

—¡*Nooo*! —dice la otra—. ¡Qué tragedia!

—Dejad de hablar de mi novio, joder. —Hago una pausa—. Y de su padre. Eso es raro de cojones.

Penny me choca los cinco.

—Mírate, pero qué dominio del compromiso.

—Algo sí que domino —replico, con un toque de ironía—. Puede que el cabreo.

—Venga —dice Penny—. Vamos a por palomitas saladas. ¿O palomitas de caramelo? Necesitamos absorber el alcohol.

—Por cierto, es un Callahan —repongo mientras salimos del baño—. No «más o menos». Idiotas.

Apenas hemos doblado la esquina cuando alguien dice:

—¿Eres la novia de Sebastian?

Una mujer, quizá de unos treinta años, con el pelo rubio oscuro y los labios pintados de un rojo claro, me tiende la mano. Lleva un traje pantalón azul marino con una blusa de seda y un collar verdaderamente atroz cuelga de su cuello.

—Soy Zoe Anders, de *The Sportsman*.

—Ah —digo, estrechándole la mano de mala gana. Espero no oler a tequila. ¿Estaba acechándome fuera del baño?—. Tú eres la periodista con la que Sebastian habló ayer.

—Sí —responde ella—. ¿Y tú eres Mia Di Angelo? ¿Su novia?

—Lo es —dice Penny con recelo—. ¿Qué estás haciendo aquí?

—No puedo escribir un artículo sobre el futuro del béisbol sin verlo jugar algunos partidos —dice—. ¿Quién eres? ¿Una amiga de Mia?

—Mi mejor amiga, Penny —intervengo—. Esto…, ha sido un placer conocerte. Espero que estés disfrutando del partido.

—Me preguntaba si podría saber tu opinión sobre Sebastian —dice antes de que podamos escapar—. Y me encantaría tener una foto tuya para el artículo. Eres muy importante para él, ¿sabes? Ayer no paró de hablar maravillas de ti.

—Yo no…

—Tardaremos solo unos minutos y será de gran ayuda. Quieres ayudarle, ¿verdad? Este artículo reforzará su valor en el *draft*, acabe como acabe la temporada de McKee.

Miro a Penny, que se está mordiendo el labio.

—Volveré en un par de minutos.

—¿Seguro?

—Sí. Está bien. Envía a un equipo de búsqueda y rescate si no he vuelto para la séptima entrada. —Sonrío, esperando parecer despreocupada, pero Penny frunce el ceño antes de volver a los asientos.

—Eres un encanto —repone Zoe—. Incluso te has puesto su camiseta, es adorable. Yo salí con un jugador de béisbol en la universidad.

—¿Y sigues con él?

—No —responde con despreocupación. Saca el móvil del bolsillo—. Un segundo, déjame enviarle un mensaje a mi fotógrafo.

46
Mia

Cuando por fin consigo librarme de Zoe, ya estamos en la sexta entrada. De camino a los asientos me doy cuenta de que Sebastian está a punto de salir a batear, así que me detengo donde estoy, detrás de las filas frente al *home*, para verlo entrar en la caja de bateo.

Como la mayoría de los jugadores de béisbol, se toma un momento para adoptar su postura de forma cómoda. Separa los pies, gira la cintura varias veces y se golpea con el bate la punta de las botas antes de colocárselo sobre el hombro. Deja pasar el primer lanzamiento, una bola exterior, y se coloca de nuevo para el siguiente. Otra bola.

—¡Lanza un *strike*! —le grita al lanzador, un tipo con una camiseta de Binghamton.

Coloco las manos a ambos lados de la boca para hacer bocina y grito:

—¡Vamos, Seb!

Le lanzan otra bola. El pícher no le da nada bueno para batear. Ya hay un corredor en segunda base, así que tal vez está siendo cauteloso, tratando de esquivar a Sebastian para enfrentarse a un bateador más fácil que al que le toca batear más adelante.

El tipo me mira y yo me encojo de hombros.

—Deberes de novia.

—Tu novio es un paquete —dice.

Le lanzo mi mejor mirada de malota.

—¿En serio quieres ir por ahí?

—Ahí estás —dice Penny, agarrándome del codo y arrastrándome hacia nuestros asientos. El pícher lanza una cuarta bola y Seb se quita la espinillera antes de correr hacia la primera base—. Estaba empezando a preocuparme. Te

has dejado el móvil en el asiento y acabo de ver que Giana ha llamado un montón de veces.

El ruido del juego se desvanece por un momento.

—¿Qué?

—Seguro que todo va bien.

—Puede que sí. —Aprieto el paso. Giana no llamaría más de una vez a menos que hubiera una emergencia—. O puede que no.

Penny se apresura a bajar los escalones detrás de mí. Cuando llego a los asientos, Izzy me tiende el teléfono enseguida.

—Empezó a mandar mensajes —dice—. Pero no hemos mirado ninguno, no te preocupes.

No me molesto en escuchar sus mensajes, sino que la llamo y me acerco el teléfono a la oreja. El equipo de Sebastian vuelve al campo para empezar la séptima. Me doy la vuelta y vuelvo a subir las escaleras hacia un lugar más tranquilo mientras Giana contesta.

—Ah, qué bien. Llevo llamando los últimos quince minutos, ¿sabes?

—¿Qué ocurre? —Me meto en un pequeño pasillo entre los asientos inferiores y las escaleras que llevan a la grada superior—. ¿Están todos bien?

—Todo el mundo está bien. ¿No has leído mis mensajes?

—Estoy en el partido de Sebastian. Acabo de ver que has estado llamando, no me he parado a mirar los mensajes.

—Oh, estás en el partido ahora mismo.

—¿Qué quieres decir?

—¿Te acuerdas de mi amiga April, con la que ibas a ir a la conferencia? Por cierto, al final no llegaste a llamarla.

—¿Qué pasa con ella? —pregunto, apenas absteniéndome de estallar.

—Me ha enviado esta foto por Instagram. ¿O era un tuit? Espera, creo que era un tuit. De todos modos, sales tú con una camiseta de béisbol, y estás monísima, por cierto…

—Giana —la interrumpo—. ¿Qué te ha hecho llamarme cinco veces seguidas?

—Es que es muy raro —repone—. En el pie de foto dice que estás intentando trabajar para la NASA.

—¿Qué?

—Mia Di Angelo, la novia de Sebastian, tiene tanto talento en el laboratorio como él sobre el terreno. Tiene una doble licenciatura en astronomía y física y aspira a trabajar algún día para la NASA —recita Giana.

Me paso la mano por la cara. No se lo mencioné a Zoe cuando hablamos hace un momento, así que Sebastian debe haber dicho algo durante la entrevista. ¡Joder! Ni siquiera puedo enfadarme con él, porque no sabe que he estado ocultando cosas a mi familia, pero esto podría alterar el delicado equilibrio que he estado manteniendo. Si Giana ya ha empezado a largárselo a los demás, estoy acabada. No hay manera de que no llegue a oídos de mis padres.

—Giana —empiezo.

—Esto es cierto, ¿verdad? —dice—. ¿Es lo que quieres hacer? Jamás tuviste intención de ser profesora.

—Sí —reconozco.

—Me di cuenta de que algo pasaba cuando no me contaste nada sobre las prácticas que supuestamente estabas haciendo —aduce—. O cuando no llamaste a April.

Guardo silencio. No sé qué decir. Me muerdo el labio mientras veo a una pareja que pasa de la mano.

—¿Eso es todo? —dice al fin—. ¿Ninguna explicación? ¿Ninguna disculpa?

—No quería mentir —alego. Trago saliva para contener el dolor que me recorre—. Es que…, ya sabes que es imposible hacer algo con lo que mamá no esté de acuerdo.

—¿Así que se te ocurrió que era mejor mentirle a toda tu familia sobre algo tan importante? ¿Todo porque no querías disgustar a mamá?

—¡No quería decepcionar a nadie! —Me quito la gorra de béisbol de la cabeza y me paso la mano por el pelo, sin duda despeinándome—. Pensé…, iré a la universidad y me… me las arreglaré, y luego, una vez que tenga algo que pueda mostrar como prueba de que estoy hecha para este campo, lo explicaré todo.

—¿Y cómo va eso?

—Este verano estoy trabajando para una profesora —respondo—. Y con suerte me va a meter en un programa de estudios en el extranjero de alto nivel. Así que

diría que me va bastante bien.

—No puedo creer que seas tú la que se pone a la defensiva ahora. —Se ríe brevemente—. Te das cuenta de que nuestros padres ayudan a pagar esa universidad privada, ¿verdad? Sé que tienes una beca, pero no es que no aporten nada. Todo para que pudieras ir a un programa de enseñanza intensivo.

Mierda. Olvidé que uno de mis falsos argumentos a favor para McKee era la posibilidad de obtener por la vía rápida el máster de enseñanza necesario para la certificación en un solo programa, en lugar de ir a una escuela de posgrado distinta después de terminar la carrera. Para ser sincera, apenas pensé en ello entonces, y ahora he estado demasiado ocupada soñando con tesis doctorales y proyectos de la NASA y coordinando con ingenieros como para volver a considerarlo.

—¿Tú te estás oyendo? Hablas igual que mamá. Ella dijo tantas cosas negativas sobre la facultad de derecho que te rendiste e hiciste justo lo que ella quería.

—Esto no es sobre mí y mis decisiones. —Su voz es tan dura como el granito —. Se trata de que me he dado cuenta de que mi hermana es una mentirosa desagradecida.

Las lágrimas me anegan los ojos, pero no voy a llorar. No aquí y no por mi hermana.

—¿Se lo has dicho ya a alguien?

—No. Quería que me lo contaras tú primero. —Exhala un profundo suspiro—. Pero tienes que decírselo, Mia. Pronto. Díselo en la barbacoa.

—¿Estás loca?

—Aparte de eso, nunca vendrás a casa. —Oigo el dolor en su voz, y se me parte el corazón, aunque quiera reñirle por lo injusta que está siendo—. ¿También pensabas faltar a la barbacoa? ¿Mentir sobre tu falso trabajo?

—No —digo, luchando para que mi voz no se vea afectada—. No, claro que iré.

—Cuéntales la verdad a mamá y a papá. Guardaré tu secreto hasta la barbacoa, pero solo hasta entonces. Me tengo que ir.

—Espera, Gi…

Cuelga antes de que pueda terminar.

47

Sebastian

Era muy difícil concentrarse en el partido cuando sabía que tenía que buscar a Mia en las gradas.

Conseguí meterme en el partido después de unas cuantas entradas, pero tuve que echar mano de todo mi autocontrol. Hice una buena jugada defensiva al principio del partido y terminé bateando tres de cuatro, y lo más importante es que ganamos el partido y por lo tanto la serie, así que valió la pena. Pero también fue una tortura. Una tortura autoinfligida muy especial porque fui yo quien le dio la camiseta para que se la pusiera. El sentimiento de posesión que se apoderaba de mí cada vez que miraba hacia las gradas debería ser ilegal.

En cuanto el entrenador Martin deja que nos vayamos, me dirijo a las gradas. La mayoría de los chicos van directamente a los vestuarios a ducharse y cambiarse de ropa, pero yo no puedo esperar tanto para verla. Si no la tengo en mis brazos dentro de un minuto, podría volverme loco.

Al primero que veo es a mi hermano, que me abraza y me palmea la espalda.

—Buen partido, tío. Fantástico de principio a fin.

—Gracias —digo mientras doy un paso atrás, dedicándole una sonrisa exhausta—. Me alegro de que hayamos ganado otro partido de la serie.

Penny e Izzy se unen a nosotros. Les doy un abrazo y miro a mi alrededor en busca de Mia.

—¿Dónde está Mia?

—Le surgió algo con su hermana —responde Penny—. Estaba hablando con ella por teléfono.

Frunzo el ceño.

—¿De qué se trata?

—No estoy segura. —Señala una de las escaleras—. Se fue por ahí. ¿Puedes ir

a buscarla? Me da que querrá hablar contigo ahora, no conmigo.

—Sí, claro. —Me quito la gorra y me la guardo en el bolsillo trasero—. Nos vemos en la casa más tarde, ¿vale?

Después de despedirme de ellos, me dirijo hacia donde me señaló Penny. Un par de personas me paran para saludarme. Le firmo una pelota de béisbol a un niño y le doy la mano a un tío que dice haber jugado en las ligas menores con mi padre antes de que logre localizarla. Está acurrucada en un pequeño rincón junto a un armario de suministros, con los brazos cruzados y mordiéndose el labio inferior.

Sé la cara que pone cuando intenta no llorar, y es justo la que tiene en este preciso momento. ¡Mierda!

—¿Mia?

Ella levanta la vista al oír mi voz.

—Hola.

—Penny me ha dicho que ha pasado algo. ¿Estás bien? —Le tiendo la mano, pero ella se encoge de hombros.

—¿Le dijiste a Zoe Anders lo que quiero hacer en el futuro?

—¿Qué?

—Ha publicado que yo quería trabajar para la NASA.

—Oh. —No tengo ni idea de por qué iba a molestarle eso, así que me ando con cautela—. Sí, hablé de ti. ¿Qué pasa?

—¡Joder, Seb! —espeta—. ¿Por qué tuviste que hacerlo?

La miro mientras me paso la mano por la frente aún sudorosa.

—¿Porque estoy orgulloso de ti? ¿Acaso es un secreto?

Se limita a mirarme, con los dientes clavados en el labio y ese fuego siempre presente ardiendo en sus ojos.

—Espera —repongo—. ¿De verdad es un secreto?

—Mi familia no lo… sabía, Seb. —La frustración en su voz retumba como un trueno—. Les dije que estaba estudiando magisterio. La universidad, la NASA…, no saben nada de eso. Pero ahora, gracias a ti y a Zoe, mi hermana lo sabe todo.

—No lo entiendo. ¿Por qué les dijiste eso?

—Es complicado —aduce de forma sucinta. Se enjuga los ojos con cuidado—. Mi familia no es como la tuya. No podía…

—¿Hacer lo que se te da bien? ¿Lo que te apasiona?

—No lo digas como si fuera fácil.

—A mí me parece bastante fácil.

Ella sacude la cabeza.

—Siento haberme perdido parte de tu partido. Primero Zoe quería hablar conmigo, luego me llamó Giana, y ahora ya ha terminado.

—No pasa nada.

—Pero la temporada casi ha terminado. —Las lágrimas brillan en sus ojos de color castaño dorado—. Te mereces algo mejor.

La estrecho en mis brazos.

—Mia. Vamos. Has venido y te lo agradezco. Gracias.

Se queda inmóvil durante un momento, pero luego me rodea con sus brazos.

—No quiero pensar en eso ahora —susurra—. Siento haberte gritado. No te había contado nada.

—Y yo siento haber hablado de ti con la periodista sin que me preguntara. —Me aparto lo suficiente para mirarla a los ojos. Le retiro el pelo de la cara y le doy un beso en la frente. Tengo un millón de preguntas, pero si no quiere hablar de ello ahora, no la presionaré—. No dejaba de preguntarme por mi padre y era… de ti de quien quería hablar.

Ella esboza una pequeña sonrisa.

—¿En serio?

—Pues claro. Pienso aprovechar la más mínima oportunidad para presumir del genio que tengo por novia.

Su sonrisa se ensancha. Lo tomo como una victoria y enlazo mi mano con la suya.

—Sabes, todavía no me has enseñado tu lanzamiento de sóftbol.

Empezamos a caminar en dirección a la salida.

—¿Por qué siento que se avecina un reto? —dice.

La acerco más a mí y le revuelvo el pelo. Ella chilla y trata de darme un pisotón.

—No es un reto —sentencio—. Es una aventura.



—No puedes reírte si lo hago como el culo —me advierte Mia—. Lo digo en serio, Seb.

Finjo que me cierro la boca con una cremallera.

—Te lo prometo. Lanza la pelota.

Técnicamente hablando, no se nos permite entrar en el campo de entrenamiento si no hemos reservado hora, pero decidí arriesgarme y traer a Mia aquí, junto con mi equipo y un cubo de pelotas de sóftbol. Este campo está detrás del estadio, así que se filtra suficiente luz para poder ver, pero está completamente desierto salvo por nosotros. Supongo que si está enfadada, sean cuales sean los pormenores de la situación, no estaría de más resolverlos con un pequeño partido. Devolveré el equipo de sóftbol a su sitio en cuanto acabemos.

Mia hace una mueca mientras mira la pelota de color amarillo neón.

—Te repito que no he lanzado una pelota en años.

—Creo que conseguiré darle de todos modos —asevero. Me apoyo el bate sobre el hombro y me coloco bien el casco. El metal es más ligero que la madera de mi bate. Va a hacer un sonido muy satisfactorio cuando golpee la pelota con él—. Vamos. No tengas miedo.

Mia me fulmina con la mirada.

—Qué borde.

—¿O es que tienes miedito? En ese caso, supongo que no estás preparada para mi aventura.

—¡Borde! —repito. Se prepara y lanza la pelota.

Giro y…, fallo por completo. Casi pierdo el equilibrio. Oigo la risa de Mia al otro lado del diamante.

—Vaya, tienes razón —dice—. Ahora me siento mucho mejor.

Sacudo la cabeza y levanto el bate.

—Otra vez.

Mia lanza de nuevo. Demasiado bajo para que yo la golpee; pasa de largo el *home*. Sacudo la cabeza.

—Vamos, Di Angelo. Puedes hacerlo mejor.

Ella coge otra pelota y se coloca en posición. No puedo distinguir bien sus rasgos debido a la escasa luz, pero a juzgar por su lenguaje corporal, está lista. Se prepara y lanza. Esta vez hago contacto con un golpe satisfactorio. La pelota vuela por encima de su cabeza, perdiéndose en la noche. Lanzo el bate al aire de forma exagerada, lo que hace que se ría de nuevo.

—¡Y el público enloquece! —grita ella.

Corro hacia el montículo del lanzador y le tiendo el bate.

—Te toca.

—Ay, Dios —dice—. No se me daba bien batear.

—Prueba —le digo, agitándolo delante de ella—. A veces sienta bien golpear cosas.

—Tienes suerte de que lo haya oído en su contexto —se burla, cogiendo el bate. Me quita el casco de la cabeza y se lo pone—. Se aplican las mismas reglas. No puedes reírte si lo hago como el culo.

—Voy a estar animando. —Cojo una pelota de sóftbol. Parece gigantesca en mi mano, como si fuera un pomelo en lugar de una naranja. Qué raro. Izzy jugó al sóftbol durante un tiempo antes de decidirse por el voleibol, y recuerdo lo extraño que se me hacía practicar con ella—. Porque la vas a reventar.

Mia pone los ojos en blanco.

—La única razón por la que jugué al sóftbol fue porque estaba colada por una chica del equipo. Y seguí jugando después de que ella se fuera porque quedaba bien en mis solicitudes para la universidad. A las universidades les gustaba ver que no era solo una empollona.

—¿Conseguiste a la chica?

Ella sonríe.

—Obviamente.

—Cuánta seguridad en ti misma —digo, adoptando una voz grave para que suene como la de un comentarista—. Pero ¿puede Di Angelo demostrarlo en el plato?

Corre hacia el *home* sujetando el bate por encima de la cabeza como si fuera una espada.

—¡Sí que puede!

—¡Claro que sí! —Lanzo la pelota al aire y la atrapo—. Eres diestra, qué bien.

Arrastra el extremo del bate por el plato antes de colocarse en posición.

—Había olvidado lo raro que es esto.

—Saca más el culo.

—¿Es una sugerencia sincera o solo estás actuando como un cerdo?

Vuelvo a lanzar la pelota.

—Totalmente legítima. La fuerza viene de la mitad inferior.

Ella pone los brazos en jarra, ladeando la cadera.

Levanto las manos.

—Oye, que solo intento ayudar. Si de paso muestra atributos que aprecio, eso escapa a mi control.

Ajusta su postura, separando ligeramente los pies, y levanta el bate sobre el hombro.

—Codo arriba, buena chica. —Me acomodo en el montículo y hundo las punteras en la arcilla. No tengo ni idea de cómo lanzar una pelota de sóftbol, pero creo que un suave lanzamiento bajo debería ser lo suficientemente fácil como para que ella lo golpee—. ¿Lista?

Ella asiente, así que doy media vuelta y lanzo la pelota. La golpea con suavidad, pero demasiado tarde; apenas la toca y la pelota se va fuera.

—Intenta hacerlo más rápido —digo mientras cojo otra pelota—. ¿Listo?

Esta vez, la golpea con cierta fuerza. Me quito de en medio de un salto y la pelota sale disparada justo por el centro del campo. Ella hace un bailecito en el *home*.

—¡Hazlo otra vez!

Le lanzo una tercera, que golpea justo donde estaría el jardín, y una cuarta que llega hasta el jardín. En la última, sale corriendo y pierde el casco a mitad de camino hacia primera base. Yo la animo con entusiasmo mientras ella rodea la segunda y luego la tercera. Corro a su encuentro mientras ella se dirige al *home*. Chocamos en el plato y caemos entre risas sobre la tierra. Está encima de mí, su cabello cubre mi cara, y sus ojos brillan tanto como las estrellas sobre nuestras cabezas. Le rodeo la espalda con los brazos, la estrecho con fuerza y la insto a que deje caer todo su peso sobre mí.

—Y el público enloquece —murmuro.

Su corazón late con fuerza contra el mío. Me besa de forma tan apasionada que nuestros dientes casi chocan mientras me tira del pelo. El calor de su cuerpo hace que el mío arda en los lugares adecuados y se me seca la boca cuando se quita la camiseta. Lleva un sujetador morado, del mismo color que la camiseta, que realza a la perfección sus pequeños pechos. Su cadena de oro se balancea con suavidad.

—Ángel —digo con voz ronca.

La pequeña sonrisa torcida en sus labios significa más para mí que cualquier otra cosa en el mundo. Mi Mia es valiente. Hace falta mucho valor para luchar por lo que quieres en lugar de hacer lo que se espera de ti, y parece que ella tomó esa decisión hace mucho tiempo, cuando hubiera sido más fácil ceder a la presión y a las expectativas. Aún no conozco toda su historia, pero algún día lo haré, y cuando llegue ese momento, eso es lo que le diré. Que es valiente. Que no deja que nadie dicte su futuro salvo ella, y eso es lo más admirable que he conocido.

—A lo mejor lo nuestro es el sexo al aire libre —dice de forma burlona. Sus dedos recorren mi pecho, jugando con los botones del uniforme—. ¿A ti qué te parece?

Mi mente va a mil por hora, pero no me dejo llevar por los pensamientos. No ahora, cuando tengo a Mia sentada encima de mí, y está para comérsela. No cuando permitir que entren significaría reconocer lo que ya no puedo ignorar.

Tengo un futuro, pero no en el béisbol.

Aunque me ha encantado el partido de esta noche, aunque me encanta jugar todos los partidos, el legado de mi padre le pertenece a él. Mi vida no puede ser una imitación de la suya solo porque era lo que él quería para mí antes de morir. Tengo que labrarme mi propio futuro, aunque eso signifique renunciar al deporte en torno al cual he girado mi vida desde que tengo uso de razón.

Y eso me da auténtico pavor.

Así que, en vez de eso, atraigo a Mia hacia mí con otro beso arrollador.

—Ven aquí, preciosa.

48

Mia

En algún momento entre robar el *home* y llevarme al banquillo en brazos al estilo nupcial, Sebastian se queda reflexivo. No sé muy bien qué ha pasado, pero no deja de besarme, ni siquiera para hablar un momento, y me abraza tan fuerte que me pregunto si mañana estaré dolorida.

Me encanta, pero también me preocupa.

Este banquillo no se parece en nada al del estadio principal, ya que consta solo de un largo banco con un escalón y una barandilla. No es nada cómodo, pero eso no es lo importante ahora, no cuando cada beso es como una gota de agua después de vagar muerta de sed por el desierto. Cuando entre nosotros flota algo tan delicado y a la vez irrompible como un hilo de seda, que rodea su corazón y el mío, brillando en la quietud de la noche. Si no fuera porque las luces del estadio iluminan el cielo, apenas podría verlo.

Es una buena noche para cazar planetas, como diría el abuelo.

Dejo escapar un jadeo mientras arqueo la espalda cuando Sebastian me muerde el pezón. Desliza la mano por mi costado, dibujando la curva de mi cadera antes de posarla en mi muslo desnudo. En cuanto llegamos al banquillo, hizo una manta improvisada con las camisetas y me desvestí por completo sin ceremonias. Me cogió de nuevo en sus brazos, con su pecho pegado al mío, y nos besamos contra la pared de hormigón hasta que le supliqué que aumentara el contacto. Me dio lo que le pedí, pero Sebastian sigue estando demasiado callado. Normalmente me siento abrumada por los elogios, las bromas y las risas. Esto parece diferente. Algo serio. El placer está presente, pues mi clítoris palpita, deseo con toda mi alma que me toque y sé que está empalmado, pero no es él mismo.

Levanto la mano y le acaricio el pelo. Siento que se estremece mientras me

besa entre los pechos.

—Cariño —murmuro.

—Mia. —Mi nombre surge de sus labios como una plegaria.

—¿Estás bien?

Sus ojos brillan incluso en la oscuridad.

—¿Y tú? ¿Tienes frío?

Me incorporo un poco.

—Estoy bien. Es solo que…, estás muy callado, supongo.

Me atrae hacia su regazo y me rodea con sus grandes brazos. Yo le envuelvo el cuello con los míos, agradecida de sentir su contacto. Después entierro la cara en el hueco de su garganta, sintiendo el roce de la medalla de su padre mientras aspiro su sudor.

Es muy tierno que lleve siempre esa medalla. Me gustan mis pendientes de aro porque mi abuela me los regaló de su joyero personal y me gusta mi cadena porque mi abuelo me la regaló a juego con los pendientes. Sebastian no ha hablado mucho de ello, pero sé que la medalla tiene el mismo significado para él.

—Lo siento —dice—. Solo estoy pensando en lo mucho que te admiro.

De todas las cosas que esperaba oír, esa no era una de ellas.

—¿En serio?

—Eres increíble —asevera—. Tu ambición es… es algo increíble. Es muy sexi Mia.

Sacudo la cabeza, riendo ligeramente.

—Sebastian.

—¿Qué? Es la pura verdad. —Su mano me recorre la espalda—. Soy un hombre afortunado.

Trago saliva, intentando deshacer el repentino nudo que se me forma en la garganta.

—Gracias.

—Y puede que esta noche esté pensando en eso. —Me acaricia la mejilla con la mano—. En ti, en mí y en nosotros.

Le sostengo la mirada durante largo rato. Antes me horrorizaba solo de pensar

en vivir momentos así, pero ahora deseo vivir en este para siempre. Me molestaría de cualquiera que no fuera él. Es formal y serio, y sé que no hay ni una sola pizca de falsedad en lo que dice. No necesita regalarme los oídos para llevarme a la cama. Ya me tiene. Solo está siendo tal y como es, y eso lo hace aún más especial. Me han dicho muchas cosas sobre lo centrada que estoy en el futuro, pero nadie lo ha calificado nunca como algo sexi.

—¿Puedes hacerlo mientras estás dentro de mí?

Sebastian se echa a reír, sorprendido.

—Te quiero.

Mi corazón empieza a latir tan rápido que temo que se me vaya a salir del pecho.

—Así que eso es lo que significaba la nota.

—¿Qué…? Ah, la nota en la camiseta. —Me agarra la nuca y me masajea la parte superior de la columna con el pulgar—. Sí, Mia Angel. Te quiero.

—Cuando me mudé a tu casa, me impuse una misión. —No estoy segura de por qué le estoy contando esto ahora, pero mis pensamientos son un caos, y esto es un hilo al que puedo aferrarme—. El Proyecto OASMC. Olvidar a Sebastian Miller-Callahan.

Él sigue abrazándome. No me aparta.

—¿Y qué tal te ha ido?

—Ha sido un estrepitoso fracaso. —Deslizo el dedo por su mejilla—. La ciencia lo es en gran parte.

—También el béisbol. Vas al plato y fallas más veces de las que golpeas la puñetera bola.

Esbozo una sonrisa.

—Mi proyecto no solo fracasó, sino que los objetivos cambiaron por completo —susurro—. Y ahora estamos aquí.

Tengo el resto de la confesión en la punta de la lengua. Nunca lo había dicho de forma romántica, y si soy sincera conmigo misma, pensaba que nunca lo haría. Pero si hay alguien que merece oírla, ese es Sebastian.

Antes de que pueda armarme de valor, Sebastian me empuja contra la manta improvisada, aprisionando mi cuerpo con el suyo. Me besa, deslizando la mano

entre nuestros cuerpos para frotarme el clítoris, reavivando el placer que me había estado consumiendo. Jadeo en su boca mientras me introduce un dedo y luego otro, curvándolos dentro de mí para llegar a todos los lugares sensibles.

Su polla sigue dura, apretada contra mi muslo, y no tardo nada en arquear la espalda, deseando algo más que sus dedos. Más que sus caricias. Enreda la lengua con la mía mientras me acaricia el clítoris.

Me separo con un gemido.

—Por favor —suplico.

Él no espera ni un momento más. Deslizo las uñas por sus brazos mientras él me penetra despacio pero sin detenerse. Profiere un gemido cuando está dentro del todo y apoya la frente contra la mía, haciendo que el pelo le caiga sobre los ojos. Durante un momento nos limitamos a respirar, pero entonces lo rodeo con las piernas y los brazos, y él lo toma como una señal para darme todo lo que tiene.

Cada embate es una tortura exquisita. Le ciño con fuerza y sonrío cuando eso lo hace gruñir. Él sepulta el rostro en mi hombro, rozándome la piel con los dientes. Jadeo, muy cerca ya del precipicio. Nunca me había follado tan a fondo, ni tan completamente. Estoy temblando. Le clavo las uñas en la espalda con tanta fuerza que estoy segura de que duele. El placer crece en mi bajo vientre, abriéndose paso entre un deseo tan profundo que sé que va a consumirme.

—Córrete para mí —murmura—. Justo así. Puedes hacerlo, preciosa.

Gimo al llegar al orgasmo, pero él me silencia con un beso. Todo mi cuerpo se contrae y se relaja, hasta que no soy más que una criatura temblorosa. Siento un hormigueo en el cuero cabelludo, se me encojen los dedos de los pies, y Sebastian me mantiene a salvo y oculta todo el tiempo, para que pueda romperme en mil pedazos solo para él. Únicamente para él. Unas danzarinas lucecitas aparecen en mi campo de visión mientras de mi garganta emerge un sollozo entrecortado. Sebastian me abraza tan fuerte que me siento unida a él, y sigue moviéndose dentro de mí, catapultándose a la misma cima.

No confío en que pueda hablar sin echarme a llorar, pero clavo las palmas de mis manos en su espalda y lo beso con más fiereza que nunca, sabiendo que entiende mi súplica silenciosa. Quiero que se corra dentro de mí, que me

reclame, que deje en mí una marca tan profunda que nada pueda borrarla.

Siento el momento en que se deja llevar, pues su cuerpo se relaja. Le acaricio el pelo mientras recuperamos el aliento.

Solía estudiar las estrellas e imaginaba planetas con montañas, tan recortadas como cuchillos. Océanos en ebullición. Lluvia de metal. Ahora imagino algo diferente. Colinas ondulantes. Un lago, que resplandece como una joya. Una selva tropical, rebosante de vida, tan verde como los ojos del hombre que me mira como si yo fuera el centro mismo del universo. Una parte de mí siempre deseó poder escapar a uno de esos mundos, pero ya no quiero eso. Mi lugar está aquí, con él, y eso es más hermoso que cualquier cosa que pudiera soñar mirando por un telescopio.

Es extraño. Es aterrador. Es hermoso.

—Te quiero —susurro.

49
Sebastian

Resulta que el mundo no cambia automáticamente después de tomar una decisión trascendental que te cambia la vida. En los días transcurridos desde que decidí dejar el béisbol, he ido a entrenar, he hecho *pierogi* yo mismo, he visto tres películas más con Mia (*Esto es la guerra*, *Contact* y *Clueless*), he jugado dos partidos contra Connecticut, he ido al Red's con Hunter, Rafael, Cooper y Evan, y he investigado, aunque de forma breve, programas de cocina en Europa. También intenté hacer suflé, pero fue el mayor fracaso desde mi infame debacle con la *creme brûlée*. Tengo que refrescar mis conocimientos de repostería. Quizá debería llevar un postre mañana a la barbacoa de la familia de Mia.

Pensándolo bien, envenenar a mis futuros suegros no sería una decisión inteligente.

También tengo que encontrar la puñetera forma de hablar sobre dejar el béisbol. Han surgido algunas buenas oportunidades, pero cada vez que estoy a solas con alguien y tengo las palabras en la punta de la lengua, siempre encuentro una excusa para mantener la boca cerrada. Quiero decírselo primero a Mia, conocer su opinión antes de hablar con mi familia, pero ha estado tan ocupada trabajando en su presentación para el simposio que no he querido presionar. Cuando me envió un mensaje hace un rato, pidiéndome que la rescatara del laboratorio, estuve a punto de soltar un grito de alegría.

En este momento, Mia está mirando las hileras de comida basura, con sus envases de llamativos colores, con los brazos cruzados sobre el pecho.

—¿Qué ha sido de la importancia de comer comida de verdad? Ayer despotricabas sobre por qué todo el mundo debería comprar huevos ecológicos.

Me ajusto la gorra de béisbol. De camino al laboratorio, tracé un plan; una aventura nocturna, con un juego de verdad o atrevimiento incluido. Si ella me

dice una verdad, yo también le diré una. La correcta, la única en la que he podido pensar desde que tomé la decisión.

Es la decisión correcta, pero necesito su apoyo si quiero hacerla realidad.

Le doy un empujón con la cadera.

—La clave de una vida feliz es el equilibrio.

—Pareces una galleta de la fortuna.

—Gracias.

Ella pone los ojos en blanco.

—¿Este es tu gran plan? ¿Abastecernos de aperitivos?

—No es todo el plan. Necesitaremos energía allí adonde vamos.

—¿Y cuál es ese sitio?

—Es un secreto, claro.

Ella me mira con los ojos entrecerrados.

—Estás siendo más enigmático de lo normal.

—Por ejemplo, me pierden los Doritos. —Echo una bolsa de Doritos en la cesta. Nos costó un poco encontrar una tienda que estuviera abierta tan tarde, pero conseguimos dar con una farmacia abierta las veinticuatro horas a las afueras del centro de Moorbridge. Somos los únicos aquí, aparte de la mujer que atiende el mostrador, que está entretenida viendo TikToks en su móvil a todo volumen, y un tipo que prepara una taza de café en el pasillo de al lado—. También me pirran las pasas cubiertas de chocolate.

Mia arruga la nariz de forma adorable. La besaría, pero teniendo en cuenta el estado de ánimo en que la encontré, lo mejor será darle tiempo para que se relaje. Suena cursi decirlo, pero ella es como si se fuera a otro planeta cuando trabaja. Aún no sé por qué les ha estado mintiendo a sus padres sobre lo que está estudiando, pero espero que me lo cuente esta noche, ya que voy a conocerlos mañana. Mi familia es complicada, pero la de Mia parece estar en un nivel completamente distinto.

—¿Las pasas con chocolate? —dice—. ¿Es que eres un *abuelete*?

—Me han dicho que tengo un alma vieja.

Me da un empujoncito y estira la mano para echar una caja de Junior Mints a la cesta.

—Si vas a comprar chuches, al menos elige algo bueno.

—¿Y los Doritos? ¿Qué me dices de eso?

—Los Doritos son aceptables. —Ella se dirige a la sección de refrigerados—. La elección de los refrescos es lo que te va a salvar o a hundir, Seb. Ya estás en la cuerda floja con las pasas con chocolate, así que elige bien.

—Oh, eso está claro; Dr. Pepper. No hay discusión.

Mia se queda boquiabierta, sorprendida.

—¿Puedo romper nuestra relación por diferencias irreconciliables?

Alargo la mano para añadir una botella de Dr. Pepper a la cesta.

—No se aceptan devoluciones. Esto no funciona así.

Se mete una botella de Coca-Cola bajo el brazo.

—A lo mejor no me habría rendido si hubiera sabido que no había salida.

La arrincono contra la puerta de la nevera. Ella se estremece, pero sigue sonriendo. Desde el primer momento, intuí que Mia es de esas personas que preferirían morir antes que echarse atrás una vez que han tomado una decisión. El truco está en sorprenderla, provocarla de una forma que no pueda ignorar. Puede que esté jugando conmigo, pero tiene sus propios puntos débiles. Picarla para que ella me devuelva el golpe y podamos pelearnos hace que me sienta más vivo que en toda mi vida.

Así que la beso.

Y como siempre, hay un segundo de sorpresa. Espero que nunca desaparezca, porque es demasiado adorable. Noto que frunce el ceño contra mis propios labios y luego su sonrisa mientras me rodea con los brazos. La Coca-Cola fría se me clava entre los omóplatos.

—Mocosa —murmuro—. Dijiste que me querías. Te oí.

—Disculpen —dice alguien.

Nos separamos de golpe. El tipo que estaba preparando el café se interpone entre nosotros y coge una botella de agua. Mia abre los ojos como platos. La luz del techo hace que le brillen. Su sonrisa me deja sin aliento.

Cuando el tipo se va, le digo:

—Catalogo tus sonrisas.

—¿Qué?

No quería que se me escapara, pero que le den. Vamos a seguir con ello.

—Si es una sonrisa auténtica o es fingida. Si es una sonrisa para intentar que me calle, una invitación o de pura felicidad.

Su sonrisa se ensancha.

—¿Esta de qué clase es?

—Es sincera.

—Pareces muy seguro.

—Siempre sonríes de forma sincera después de que te beso.

Me da un fuerte golpe en las costillas.

—Bicho raro.

—No lo estás negando.

Pasa a mi lado, echándose el pelo por encima del hombro. La sigo hasta el mostrador, pero no veo a la mujer de antes.

—¿A dónde crees que ha ido?

Ella se encoge de hombros mientras mira a su alrededor.

—Mira, un intercomunicador.

—Te reto a que digas algo.

Ella suelta una risita.

—¿En serio?

—O puedes contarme qué pasa con tu familia.

Ella da otra vuelta, pero al parecer decide que no hay moros en la costa, porque pulsa el botón del control, se acerca el micrófono y dice:

—Número diecisiete, Sebastian Callahan, también conocido como Papichulo, listo para batear.

Su ridículo apodo casi hace que me caiga de la risa.

—Mia.

—Mide 1,90 y pesa 80 kilos, y su bate es la parte más grande de…

—Señorita —dice la mujer mientras vuelve al mostrador—. No toque el intercomunicador.



—¿Era esa la gran aventura? —pregunta Mia cuando volvemos a mi Jeep—. ¿Un asalto a la tienda de chuches, además de que me echaran de…? —Estira el cuello para mirar el letrero de neón—. ¿De la farmacia?

Arranco el coche y miro por los retrovisores antes de salir del aparcamiento.

—Ni de coña. Una aventura nocturna siempre tiene múltiples partes. Ni siquiera hemos empezado el juego de forma oficial.

—¿Qué juego?

—Verdad o atrevimiento, por supuesto.

Se vuelve hacia mí. Mantengo la vista en la carretera, pero disfruto al sentir que su mano me agarra el muslo.

—¡No me has dado a elegir!

—Claro que sí. Podrías haberme dicho la verdad, pero elegiste atrevimiento.

—Tienes suerte de que te quiera. —Me frota el vaqueros con el pulgar en un pequeño gesto inconsciente—. ¿A dónde vamos?

—Depende de si eliges verdad o atrevimiento la próxima vez.

—¿No puedo preguntarte primero?

—No.

Ella hace un mohín.

—Eso no es justo.

En cuanto me detengo en un semáforo en rojo, la miro.

—Fuiste tú quien aceptó la aventura cuando te saqué del laboratorio.

Ella se encoge de hombros. El tirante de su sujetador, de color amarillo fosforescente y capaz de distraer al más templado, se desliza por su brazo. Vuelvo a mirar al frente y reprimo la parte de mí que quiere aparcar y comprobar cuánto se pueden reclinar los asientos del Jeep. Aún no hemos tenido ocasión de llevar ese experimento hasta el final.

—Pues te lo pregunto de todas formas —declara.

—¿De veras?

—Tú no eres mi jefe.

—No, solo el Papichulo.

—¡Sebastian!

Me paso la mano por el pelo mientras sonrío.

—¿Qué? Me lo has puesto a huevo.

Su risa suena como la primera canción que escuchas en un largo viaje en coche; esperada y muy agradable.

—¿Verdad o atrevimiento?

—Vale. —Tamborileo con los dedos sobre el volante mientras giro a la derecha. Ya casi hemos llegado al campus, y desde esta entrada, solo queda un poco más para llegar al edificio que tengo en mente—. Um…, verdad.

—¿Cómo has dormido? No te he oído levantarte.

No puedo evitarlo; echo un vistazo.

—Directa al grano, ¿eh?

—He estado preocupada.

—No he tenido más pesadillas desde aquella última, aunque tampoco he dormido mucho. He estado viendo *MasterChef* con el volumen quitado mientras dormías.

—Supongo que es un avance.

Hago una mueca.

—Podría ser peor. ¿Verdad o atrevimiento?

—Verdad.

—¿Qué pasa con tu familia?

Ella exhala un suspiro.

—¿Cuál es el reto?

—Sé cómo llegar a lo alto del campanario de la biblioteca.

—¿Qué…? Ah.

—¿Te sientes valiente esta noche?

Sus ojos brillan a la luz de la farola.

—Está bien. Adelante.

Típico de Mia. Tengo la sensación de que ella habría elegido atrevimiento aunque las opciones fueran tragarse una espada o responder a esa pregunta. Pero está bien, puedo ser paciente. Al fin y al cabo, esto es una aventura y no puedo quejarme de cómo decide jugar a mi juego.

La biblioteca Bassett-Kennedy es uno de los edificios más altos del campus. Tiene forma de medialuna, con dos alas que se extienden desde el centro. En medio se alza un viejo campanario, ahora en desuso, como la aguja de una iglesia. Aunque está mal visto, un par de fraternidades hacen novatadas que consisten en subir a hurtadillas a lo alto de la torre. Para la constante frustración de la administración universitaria, la campana aún resuena si la golpeas. A principios de los 2000, el rector intentó quitarla, pero demasiados exalumnos adinerados se quejaron, así que se ha quedado donde está, como una irresistible tentación para los universitarios.

Casi todas las fraternidades del campus querían que Cooper y yo nos uniéramos a ellas, pero esa vida no nos atraía a ninguno de los dos. Así que en nuestro primer semestre nos colamos nosotros solos a escondidas y nos tomamos una copa. Desde aquí se puede ver la mitad del campus; los viejos edificios de ladrillo, las suaves colinas, los árboles arreglados con sumo esmero.

Paro en el aparcamiento más cercano.

—¿Estás segura?

Ella ya está abriendo la puerta del pasajero, con los aperitivos y las bebidas metidos en su infaltable bolsa de la NASA.

—En verano también hay seguridad en el campus, ¿sabes?

Me meto las llaves y la cartera en el bolsillo de los vaqueros.

—Ve por detrás.

Podríamos entrar en el edificio, que tiene acceso durante todo el día, y subir por la escalera hasta la azotea. La cerradura de la puerta de la azotea a la torre no es tan difícil de forzar y la cámara de seguridad nunca funciona. Pero hay una escalera de servicio que sube por todo el lateral del edificio y esto, al fin y al cabo, es un reto.

Es hora de ver lo testaruda que es mi chica.

Mia mira la escalera como si fuera una pared de fuego.

—Tienes que estar bromeando.

—¿Te estás rajando?

Ella prácticamente me enseña los dientes.

—No.

Doy un paso hacia ella y la obligo a levantar la cabeza para mirarme a los ojos. Le cojo la barbilla con la mano.

—No te presionaré si es demasiado.

En sus ojos brilla la más absoluta determinación.

—¿Quieres conservar esos dedos?

La suelto y abro los brazos.

—Después de ti, ángel.

Mia se sube a la escalera y su trasero se contonea de forma adorable mientras ajusta su peso.

—Si me caigo, salva mis Junior Mints.

—Ni hablar.

Mia me saca la lengua.

—Qué borde.

—No mires al suelo. Estarás bien.

Me coloco en la parte inferior y observo mientras sube. Cuando ha subido unos cuantos peldaños, yo también subo.

—¡Vaya! —la oigo decir cuando llega a la cima—. Esto es increíble.

—Pues ya verás cuando entres en la torre. —Me uno a ella en el tejado, limpiándome las manos en los vaqueros—. Solo tenemos que abrir la puerta.

—Ah —dice ella—. Puedo forzar la cerradura.

Sonrío.

—Iba a hacerlo yo.

—No. —Saca una horquilla de su bolso. Su sonrisa se parece a la mía; deslumbrante, desenfrenada y bastante embelesada—. ¿Verdad o atrevimiento?

50
Mia

—Al final vas a tener que elegir verdad —dice Sebastian.

Me tumbo a su lado. En la última hora, más o menos, le he gastado una broma telefónica a Penny, he hecho el pino sin pared, un truco que hacía tiempo que no utilizaba, he señalado de forma correcta y sin usar el móvil todas las constelaciones visibles en el cielo y he posado como Rose en *Titanic* en la cornisa de la torre. Creo que esto último asustó a Sebastian más que a mí, porque ha tirado de mí para estrecharme en sus brazos.

¿Por qué tenía miedo a las alturas? No me acuerdo. Me sentí tan bien ahí de pie, con los brazos en cruz, sin barandilla, y con el corazón a punto de salírseme del pecho. Me giré en sus brazos cuando me agarró y lo besé hasta que no pude respirar, no pude pensar, no pude concentrarme en nada que no fuera el sabor a refresco y chocolate de su lengua. Todavía tengo la respiración agitada mientras giro la cabeza hacia él. Su masculino aroma calma mi acelerado corazón.

No tengo ni idea de cómo supo que necesitaba esto cuando le mandé un mensaje para que fuera a recogerme, pero se lo agradezco.

—O podrías seguir poniéndome retos ridículos. —Me incorporo sobre los codos. Él me quita una hoja marchita del pelo—. Aún no me has retado a que me quite la ropa.

Sebastian desliza los dedos por mi brazo desnudo.

—Lo tendré en cuenta.

—Me toca a mí. A lo mejor debería retarte a que te la quites tú.

Él se ríe.

—Tienes una sobredosis de azúcar.

—Había olvidado lo buena que está la Coca-Cola. Mi abuelo solía llevar monedas de veinticinco centavos en los bolsillos para comprarnos una y

compartirla si encontrábamos una máquina expendedora.

—¿Ya no lo hace?

Trago saliva y siento como si me hubiera comido un trozo de cristal. Han pasado años desde su muerte, pero no hace falta mucho para revivir los sentimientos. Ese vacío en mi corazón está más que dispuesto a abrirse, liberando decenas de recuerdos. Unos buenos, como las monedas y las Coca-Colas un poco tibias en la playa. y otros malos, como el momento en que mi padre me recogió de clase, algo poco habitual, y se volvió hacia mí con una expresión de pesar para darme la noticia.

—Falleció cuando yo tenía quince años. De un infarto.

—Lo siento, Mia.

Me siento bien.

—No pasa nada. Ya ha pasado mucho tiempo.

—Eso no significa que los sentimientos desaparezcan —dice con suavidad—. ¿Cómo era él?

—¿Qué?

—Háblame de él. Sabes más de mi familia que yo de la tuya.

—No hay mucho que contar.

Él enarca una ceja.

—¿No lo hay o no quieres?

Hago trocitos la hoja que me ha quitado del pelo.

—Supongo que ambas cosas.

—Podríamos jugar a otro juego.

—¿Ah, sí?

—Una verdad por una verdad.

—¿Cansado de los retos?

—Quiero saberlo todo sobre ti, Mia. —Habla en voz queda, a pesar de que no hay nadie alrededor que pueda oírnos—. Quiero entenderte. La otra noche, en el partido…

Los trozos de hoja caen al suelo.

—Sebastian…

—Puedes elegir qué contarme. Y también cuándo y cómo. Pero al final quiero

saberlo todo. Todo sobre ti, las cosas importantes y las que no lo son tanto. Hasta esta noche no sabía que te gustaban la Coca-Cola y los Junior Mints. Quiero saber esas cosas tanto como quiero saber sobre tu familia. Cuéntame tu pasado y lo que quieres para tu futuro, y yo te contaré el mío.

Alarga la mano y entrelaza nuestros dedos. Me mira como si yo fuera la aurora boreal. Una hermosa fuerza de la naturaleza, un rayo de luz que se contentaría con contemplar eternamente. Lo quiero. Puedo confiar en él. Si hay alguien con quien quiero hablar de mi abuelo, es con él.

—Mi abuelo fue quien hizo que me interesara por el espacio. Él no fue a la universidad, ni siquiera terminó el instituto, pero siempre le interesó el mundo; la historia, la filosofía, la ciencia. Tenía un telescopio y aún recuerdo la primera vez que miramos juntos las estrellas. Él hizo que quisiera explorarlas y me animó a seguir adelante. Continué con ello después de su muerte. Conseguí entrar en McKee con una gran beca.

—No lo sabía.

Me encojo de hombros.

—Era McKee o el MIT, y McKee me ofreció más dinero.

—Y aun así me dices que no eres un genio.

—En realidad no lo soy. Supongo que solo soy curiosa y cabezota.

—Seguro que estaba orgulloso de ti.

Se me corta la respiración.

Una parte de mí sabe que Sebastian me ha traído aquí porque sabía que no habría distracciones. Ni trabajo en el que esconder la cabeza ni otras personas con las que hablar. El resentimiento que esperaba sentir no aparece; quiero darle más. Dejamos las cosas de una forma un tanto precaria después del partido contra Binghamton, a pesar de que la noche terminó siendo tan perfecta.

—Es el único de mi familia que intentó comprenderme, y hace años que se fue. Como he dicho, mi familia piensa que estoy aquí para obtener mi título de maestra. Creen que voy a enseñar ciencias durante unos años antes de casarme con algún chico, sentar la cabeza y tener un montón de críos, como todas las mujeres de mi familia. No hay otra opción. Eso es todo.

Sebastian me acaricia la rodilla de forma reconfortante.

Me muerdo el interior de la mejilla.

—No saben que estoy tratando de entrar en un programa de estudios en Suiza, que quiero sacarme el doctorado ni que quiero trabajar para la NASA.

—Pero tú…

—Y ni siquiera puedo odiarlos por ello, porque son buenas personas y me quieren, y sé que quieren lo mejor para mí. Su idea de lo que es mejor para mí difiere de la mía. Cada vez que hablo con mi madre, me dan ganas de gritarle, porque me quiere mucho, pero de forma equivocada.

Las palabras se me escapan de golpe, como si estuviera sacando el veneno de una herida. No le he contado nada de esto a nadie más que a Penny, y eso después de varias copas.

—Sería un desperdicio. —Se inclina hacia delante y me sujeta el pelo detrás de las orejas, primero una y luego la otra. Roza sus labios con los míos. Es el beso más tierno que hemos compartido nunca, y sin embargo, desearía que durara para siempre—. No es que tenga nada de malo ser maestra, pero sería un puñetero desperdicio. Tienes una mente increíble, Mia. Está destinada a ayudar a descubrir el futuro. Eres la persona más inteligente que he conocido.

Me río, algo llorosa.

—Vamos.

—Lo digo en serio.

Sorbo por la nariz.

—Pensé que si podía… demostrar de alguna manera que estoy destinada a hacer esto, todo iría bien cuando me sincerara. Por eso me he esforzado tanto por entrar en este programa en el extranjero cuyo director va a estar en el simposio. Pero Giana se enfadó mucho cuando se enteró. Sé que tengo que contárselo, pero me da miedo que no lo entiendan. O que ni siquiera intenten entenderlo.

—Mia.

Siento el ardor de las lágrimas en los ojos, pero parpadeo con cuidado para que no se derramen por mis mejillas.

—Dime una verdad.

—Creo que deberíamos…

—Dime una verdad, por favor. —Cada vez que imagino la cara de mi madre

durante esta horrible e inevitable conversación, me dan ganas de llorar—. Quiero una de las tuyas.

Algo se quiebra en su expresión.

—Por favor —susurro—. No hagas que sea vulnerable sola.

Él me abraza y yo le devuelvo el abrazo, saboreando el olor de su colonia, sintiendo el calor de su cuerpo en el ahora frío aire nocturno. Apoya la barbilla en mi hombro y le dice a la noche, en voz tan baja que tengo que aguzar el oído para escuchar:

—Dejo el béisbol.

—¿Qué? —Intento apartarme, pero él me retiene. No sé lo que pensaba que iba decir, tal vez algo sobre sus padres o sobre su pasado con los Callahan, pero jamás se me pasó por la cabeza que quisiera dejar el béisbol. Lo he pensado por él algunas veces, pero no se me habría ocurrido sugerírselo.

—Pero es tu vida.

—Lo era para mi padre. —Sigue susurrando, como si temiera que el aire que nos rodea nos escuche—. Sé que tengo talento, pero no es lo que quiero hacer con mi futuro. No puedo hacerlo solo porque es lo que mi padre imaginó para mí.

Mantengo mi voz tan suave como la suya.

—¿Qué quieres hacer en su lugar?

—Cuando me gradúe, tendré acceso a mi herencia. —Siento que traga saliva contra mi hombro—. Estaba pensando en viajar. Simplemente…, experimentar todos los lugares que aún no conozco. Aprender a cocinar de verdad, abrirme camino en el mundo de la restauración. Podría dejar McKee después del próximo semestre; tengo los créditos. Cocinar me hace más feliz que cualquier otra cosa. Para mí es un arte. Es… es una especie de poesía. Todo lo que has dicho sobre el espacio, es lo mismo que siento yo por la cocina. Quiero estar en una cocina, no en el campo de béisbol. Ya no.

Renunciar al béisbol, a una carrera que algún día le reportará millones de dólares y puede que incluso lo lleve a ocupar un lugar en la historia, para lavar platos en un restaurante hasta que decidan que está listo para preparar las verduras.

Consigo zafarme de sus brazos para poder mirarlo a los ojos.

Sebastian se está mordiendo el labio, con los ojos muy abiertos por culpa de los nervios.

Es entonces cuando me doy cuenta. Nadie más lo sabe. Apostaría a que es la primera vez que ha dicho esas palabras en voz alta. La entrevista con Zoe Anders, las expectativas no solo del mundo del béisbol, sino también de su familia y de sus difuntos padres, el *draft* de julio…, todo ejerce presión sobre él y sabe que prácticamente cualquier persona con la que hable le dirá que persevere. Que se olvide de la cocina, de viajar, o de cualquier otra cosa que pueda desear, solo porque está bendecido genéticamente, igual que lo estaba su padre.

En el momento en que empecé a presentar solicitudes a programas universitarios, supe que no podía seguir adelante y convertirme en maestra. No podía permitírmelo por el bien de mi familia. Cuando todo se derrumbe, será un infierno, pero valdrá la pena, porque tendré el título que necesito para mi futuro. Incluso si Sebastian pudiera jugar al béisbol a nivel profesional, no debería sentirse obligado a hacerlo.

—Deberías hacerlo.

Sebastian parpadea. Lo más probable es que haya tenido esta conversación en su cabeza un millón de veces, sé que yo la tuve, y estoy segura de que la persona con la que practicaba no reaccionaba como acabo de hacerlo yo. Entiendo su preocupación. Su familia está llena de deportistas. James ya juega profesionalmente y Cooper también va por ese camino. Esto sería un paso gigantesco en una dirección completamente diferente, y sé mejor que nadie lo difícil que puede ser aceptar algo así.

—¿Estás segura? —dice.

—Sí —digo—. Eres increíble cocinando y te apasiona. Es un buen plan, Seb. Quiero verte con esa chaquetilla de chef.

Oigo el alivio en su risa alto y claro.

—Eres increíble.

—Solo te digo la verdad.

—Fuiste tú, ¿sabes? —Me da otro beso en los labios—. Estás totalmente

centrada y comprometida y me di cuenta de que yo también quería sentirme así. Pero no por el béisbol. Por algo que sea solo mío. Gracias, Mia.

El corazón me da un vuelco al oír sus palabras. Sé exactamente cómo se siente y estoy orgullosa de él por atreverse a dar el salto. No es nada fácil, pero si es lo que le dicta el corazón, es lo que tiene que hacer.

—A lo mejor deberías ir a ese concurso de cocina —le digo con picardía, dándole un codazo en las costillas.

Él resopla.

—Primero veamos cómo decírselo a mi familia.

51
Sebastian

—Es la que está al final de la calle cerrada —dice Mia—. Con las contraventanas azules.

—Es una casa bonita —digo mientras aparco el coche entre un garaje y un todoterreno. Toda la calle está abarrotada de coches, a pesar de que apenas es mediodía—. Ya hay mucha gente aquí.

Mia tiene una expresión seria en la cara.

—Te dije que estaría a reventar.

Le aprieto la mano y miro a Cooper y a Penny, que se están desabrochando los cinturones de seguridad en el asiento trasero.

—No es demasiado tarde para irnos. Podríamos ir a comer a algún sitio o irnos pronto a casa de James y Bex.

Mia sacude la cabeza antes de que termine la frase.

—Le dije a Giana que vendría. Quiero cumplir al menos esa promesa.

—Nosotros te cubrimos las espaldas —interviene Penny—. No me importa plantarle cara a mamá Di Angelo si las cosas se ponen raras.

—Es su especialidad —aduce Cooper.

Mia se baja del lado del pasajero del coche, colgándose el bolso al hombro.

—Gracias, chicos.

—Si quieres irte antes, di algo sobre los bocadillos de ternera de Filadelfia —dice Penny. Se alisa la parte delantera de su vestido de verano mientras mantiene el equilibrio en el bordillo. Ante la mirada de Cooper, añade—: ¿Qué? Tu hermano vive en Filadelfia. Pensé que eso tenía todo el sentido del mundo.

—Te quiero —dice Cooper, con un tono que suena a la vez afectuoso y exasperado.

Le tiendo la mano, aliviado cuando Mia la toma, y dejo que me lleve en

dirección a casa de sus padres. Todavía no me he recuperado de la ropa que lleva puesta; cuando bajó hace un rato, casi tuve que mirar dos veces. Lleva un vestido rosa claro con una rebeca a juego y sandalias con lazos blancos. No sé de dónde lo ha sacado, pero lleva un bolso rosa a juego e incluso una pinza en el pelo del mismo color. Cuando la miré, enarcando las cejas, me hizo una peineta. Se parece mucho a Izzy con este atuendo, pero no soy tan tonto como para decírselo.

Cuando llegamos a la puerta, se detiene y me atusa el pelo.

—A lo mejor deberías haberte puesto la camisa azul.

—Seguro que esto está bien —repongo. Llevo unos vaqueros y una camiseta de los Eagles, porque pretendo respetar las reglas del terreno en el que voy a entrar, y además de las galletas que he hecho para la mesa de postres, tengo un montón de camisetas y gorras firmadas por James Callahan para los familiares de Mia. Su padre es un gran aficionado al fútbol, así que Cooper y yo estamos preparados para un partido de fútbol improvisado. No tenemos una familia demasiado numerosa, así que esto es algo extraño para mí, pero sé cuándo tirar del encanto. Al final del día, la familia de Mia me adorará y, con suerte, eso ayudará a aliviar cualquier tensión. Puede que no vaya a ser jugador de béisbol durante mucho más tiempo, pero eso no tienen por qué saberlo ahora, y tengo la intención de exprimir al máximo esa imagen del perfecto chico estadounidense.

Mia suspira, dando un paso atrás.

—Supongo que estás pasable.

—Ese es su cumplido favorito —digo, sonriendo a nuestros amigos.

Ella pone los ojos en blanco mientras les echa un vistazo a Cooper y a Penny.

—Y supongo que tú también estás bien.

—Hola —dice Penny—. ¿Quién se ha pasado una hora en el baño contigo antes de que nos fuéramos?

—Cierto —reconoce Mia—. Vale, vamos a…

La puerta principal se abre y sale una mujer que parece una versión de Mia con un par de años más; el mismo pelo y los mismos ojos oscuros, la tez aceitunada y la cara en forma de corazón. Lleva un vestido color verde primavera y un delantal manchado de harina.

—Mi-Mi. ¿Vas a dejar a tus amigos en la puerta todo el día?

Mia sonríe. Es una sonrisa fingida, que reconozco de la época en que intentaba alejarme. Se acerca para abrazar a la mujer.

—Hola, Giana.

—Giana —dice Penny, aceptando un abrazo de su hermana—. Me alegro de volver a verte.

También nos da a Cooper y a mí sendos abrazos con aroma a romero.

—Déjame adivinar —dice, haciéndome un gesto—. Tú eres Sebastian.

—Culpable —digo—. ¿Y tú eres la hermana de Mia? Encantado de conocerte.

Ella nos indica con un gesto que entremos en la casa.

—Vaya, qué guapo eres. La tía Carmela va a flipar más que nadie. Lástima que no seas italiano, pero nadie es perfecto.

Mia no bromeaba cuando dijo que tenía una gran familia. En la última media hora, ya que tardó ese tiempo en presentarnos a todo el mundo, he conocido a su abuela, a sus padres, a su hermano mayor, Anthony, y a su mujer, Michelle, además de a sus dos hijos, a Peter, el marido de Giana, y a la familia de este, a su familia por ambas partes, y a lo que debe ser la mitad del vecindario.

Saludo a todos con un apretón de manos, pero la mayoría de las veces me dan un abrazo, y no me cabe duda de que tengo pintalabios en la mejilla. Giana no bromeaba sobre la tía Carmela. (Familia por parte de madre de Mia, aunque en realidad no es tía de Mia, sino prima de una prima). No tenemos ni un momento a solas hasta que Giana nos da un refresco y nos dice que nos pongamos cómodos junto a la piscina, aunque le pregunta a Mia si quiere ir a echar una mano en la cocina.

Ella hace una mueca mientras su hermana vuelve a la casa, deteniéndose en el camino para arreglar el bufé.

—A lo mejor puedo ir por el camino más largo hasta la casa.

—Iré contigo —se ofrece Penny.

Echo un vistazo al patio trasero. Es un gran jardín inclinado, rodeado de árboles, que en este momento está lleno de sillas de plástico y mesas decoradas con jarrones de flores. Un par de niños chapotean en la piscina, el padre y los tíos de Mia acaparan la parrilla y las risas salen de la cocina, mezclándose con la música *rock* de fondo. Cuando llegamos, la madre de Mia me miró, me besó en ambas mejillas y me dijo que tenía que entrar corriendo para terminar de preparar la bandeja de los quesos.

—Esto es muy agradable —digo, señalando con mi lata de refresco el soleado césped. Me ha gustado conocer a todo el mundo, pero me mantengo alerta, pues sé las expectativas tan altas que tienen puestas en ella. Si las cosas iban tan mal que ni siquiera quería ser sincera con ellos acerca de lo que quería estudiar, tengo que mantenerme en guardia y protegerla si es necesario.

—Sí —dice Cooper—. Gracias por invitarnos, Mia. Lo que está cocinando tu padre huele de maravilla, sea lo que sea.

Ella suelta un bufido.

—Caótico, sin duda. Agradable, no lo sé.

—No, sí que lo es. —Veo a dos niños pasar corriendo con pistolas de agua—. Me ha gustado conocerlos a todos.

Ella se lame el pulgar y me limpia la mejilla.

—Por supuesto que todos te adoran.

—¿No es eso lo que quieres?

Mia se rodea con los brazos, mordisqueándose el labio inferior. Está preciosa, aunque no sea así como se viste normalmente.

—Claro.

Dejo el refresco en la mesa más cercana y la estrecho entre mis brazos.

—Oye, ¿qué pasa? ¿Quieres que nos vayamos?

Se queda inmóvil en mis brazos, negándose a relajarse y a devolverme el abrazo. De todos modos, aprieto los labios contra su frente y comienzo a mecernos despacio. Cooper me mira por encima de su cabeza, con el ceño fruncido.

La voz de su madre llega desde el jardín.

—¡María, ven a ver a tu pobre madre! Trae el postre que tu novio ha tenido la cortesía de hacer. ¿Es que no te he enseñado nada de cocina?

—Estoy bien —dice Mia, alejándose—. Estoy bien. Ve a hablar con papá, ¿vale? Anthony es fan de los Mets, si quieres hablar de béisbol.

—¿Estás segura?

Ella asiente.

—Sí. Ve y diviértete. Sigue causando buena impresión.

La beso en la mejilla.

—Vale. Te quiero.

Su sonrisa es fugaz.

—Lo sé.

52
Sebastian

—¡Me cago en la puta! —dice Anthony, sacudiendo la cabeza—. Sois los hermanos de James Callahan.

—Sí. —Cambio de peso de un pie al otro mientras bebo otro trago de cerveza. Por suerte para Cooper y para mí, lo primero que hizo Anthony cuando nos acercamos a la parrilla fue quitarnos los refrescos de las manos y darnos una cerveza en su lugar. El padre de Mia está enfrascado en una conversación con dos personas mayores, pero Anthony nos recibió con los brazos abiertos; creo que se alegró de indicar a sus hijos la dirección de la piscina—. ¿Ya lo has visto jugar en persona?

—No he tenido tiempo —dice, sacudiendo ligeramente la cabeza—. Los niños, tío. Te joden la vida entera. Oye, Rick, ven aquí. El novio de Mia es el hermano de James Callahan.

El hombre que debe ser Rick, uno de los primos de Mia, se acerca.

—¿El *quarterback* de los Eagles?

—Sí. Los dos. Sebastian y… ¿Cómo te llamas, tío?

—Cooper —responde Cooper en un tono un tanto seco.

Anthony no se da cuenta o no le importa porque simplemente le da una palmada en el hombro a Cooper.

—Cooper, claro. El jugador de *hockey*. Y Sebastian juega al béisbol. ¿Verdad que es una locura?

—Tu padre era Jake Miller —dice Rick, chasqueando los dedos y señalándome—. Recuerdo haber leído algo sobre que los Callahan te adoptaron.

—Sí —repongo, porque no sé qué más decir en este momento. Siempre es raro cuando alguien te cuenta un hecho de tu vida como si esperara que fuera una novedad para ti también—. Hemos traído algunas camisetas firmadas por él.

Pensé que podría ser una buena…

—Este tío… —empieza Anthony, golpeándome en la espalda—. Este tipo sabe lo que hay que hacer. ¿Se te da bien el fútbol o solo juegas al béisbol? Vamos a jugar al rugbi dentro de un rato.

—La pequeña Mia por fin ha hecho algo bien —comenta Rick—. Aunque tenías el listón muy bajo, tío…, al menos no eres una chica.

Él se ríe y Anthony se ríe con él.

—¿Qué quieres decir? —pregunto, esforzándome por mantener la voz neutra mientras siento un cosquilleo en la nuca. Cooper me lanza una mirada de advertencia, pero lo ignoro.

—Pasó por una fase en la que decía que le gustaban las chicas —repone Anthony—. Que era tortillera o lo que sea. No sé los detalles de esa movida. Si está contigo, es evidente que no lo es.

La ira recorre mi cuerpo con la fuerza de una ola. Si este es el tipo de gilipolleces que tiene que aguantar Mia cuando vuelve a casa, no me extraña que no quiera estar aquí.

—No era una fase.

—¿Eh?

—No era una fase —repito, bajando la voz—. Es bisexual. Así que sí, podría estar con una chica ahora mismo, o con una persona que se identifique de otra manera. Pero no es así. Está conmigo, y estoy muy agradecido por ello.

—¡Joder! —exclama Rick—. No era más que una broma.

—Ya basta. —Me acerco un paso, agradecido de que mi corpulencia respalde mis palabras—. No tiene gracia. Es de tu familia, deberías respetarla, sin importar con quién salga.

En su favor hay que decir que Anthony parece avergonzado.

—Lo que pasa es que estamos sorprendidos —aduce—. Apenas nos habla y de repente se presenta aquí contigo. ¿Es en serio? ¿Estás con mi hermana pequeña?

—Sí —digo de forma escueta—. Es…

—Sebastian —dice el padre de Mia—. ¿Sabes cocinar a la parrilla, hijo?

Hago una pausa, mirando por encima del hombro.

—Se me da bastante bien, señor.

—Está siendo modesto —repone Cooper—. Es fantástico.

—Ven a ayudarme con las salchichas —dice—. Anthony, trae más hamburguesas de la nevera, ya casi no nos quedan.

Me pregunto si nos habrá oído, y si es así, qué pensará. Sé que los padres de Mia saben que es bisexual, pero no es lo mismo saberlo que aceptarlo, y no quisiera empeorar las cosas para ella. En cualquier caso, no me vendría mal hablar con él y causar aún mejor impresión. Al fin y al cabo, puede que algún día acabemos siendo familia. Eso espero de verdad.

—Por supuesto, señor. —Me vuelvo hacia el hermano y el primo de Mia—. Es mi novia. Es en serio. Cuidado con lo que decís delante de mí.

Me quedo mirándolos un rato más antes de dirigirme a la parrilla. El padre de Mia, que también se llama Anthony, aunque la mayoría de la gente parece llamarle Tony, es un hombre grande, de hombros anchos y fornido. Me pregunto si jugó al fútbol en su día. Empuja las salchichas con unas pinzas, me mira y gruñe antes de volver a concentrarse en la parrilla. Me yergo un poco más. El hermano idiota de Mia era una cosa. Tony Di Angelo es un desafío muy distinto.

—Así que estás saliendo con Mia, ¿eh? —dice al fin—. Nunca ha traído a nadie a casa.

—Sí, señor —respondo.

Él me mira de nuevo.

—¿Has dicho que eras jugador de béisbol?

—Sí, señor. —Trago saliva y miro a Cooper. Está hablando con un par de tíos de Mia; uno de ellos se ríe a carcajadas de algo que acaba de decir—. Ahora mismo estoy en el equipo de béisbol de McKee.

—¿Vas a ser profesional, como tu padre?

—Lo estoy pensando —digo, porque de ninguna manera pienso hablar de este tema con un desconocido, y menos con mi hermano a metro y medio de distancia.

—Últimamente he oído mencionar tu nombre bastante a menudo —aduce—. En la radio y todo eso. Estás haciendo algo más que pensarlo. Eso es bueno. Bueno para Mia estar con alguien como tú, alguien que puede cuidar de ella.

—Por supuesto.

Da la vuelta a las salchichas con cuidado. El humo empieza a elevarse y él tapa la parrilla.

—¿Eso es lo que estás haciendo? ¿Cuidando de ella?

—Hago lo que puedo.

Él asiente, como si necesitara un momento para reflexionar.

—Si vas a estar con ella, asegúrate de que sea algo serio. Sé cuánto tiempo pasan los deportistas en la carretera. Sobre todo los de béisbol.

La idea de engañarla me parece tan ridícula que casi me da la risa, pero pongo una expresión neutral.

—Es algo serio, señor. Yo la quiero. Nunca le haría daño de ese modo, ni siquiera se me ocurriría.

Vuelve a gruñir.

—Mia siempre ha sido una chica especial.

Casi suspiro de alivio. Por fin, alguien que lo reconoce.

—Sí, es increíble. Es la persona más inteligente que he conocido, le juro que…

—Siempre se ha resistido a lo que es mejor para ella —me interrumpe.

Sus ojos castaños, del mismo tono que los de ella, se clavan en mí como una marca.

—Las cosas nunca han sido fáciles para ella. Un buen chico como tú que la mantenga a raya… es lo que necesita. Me alegro de que por fin lo tenga, así que no la cagues.

Me quedo mirándolo durante un instante. Si pensaba que el hermano de Mia y el primo gilipollas me habían cabreado, no es nada comparado con esto. A juzgar por su tono, habla muy en serio.

Cree que hay que controlarla.

Cree que entra dentro de mis deberes como su novio.

Me meto las manos en los bolsillos para no cerrar los puños y me aclaro la garganta. Una parte de mí quiere entrar corriendo, coger a Mia y marcharse ahora mismo, pero no puedo. Su familia es importante para ella, aunque está claro que no saben nada de ella ni de lo que le conviene. Si tengo que soportar esto con una sonrisa en la cara, lo haré, pero no puedo dejarlo pasar por completo.

—Con el debido respeto, señor —empiezo—. No es mi trabajo mantenerla a raya. La quiero, la apoyo, pero no soy su guardián.

Él me da una palmada en la espalda, sobresaltándome y prorrumpe en carcajadas mientras me señala con las pinzas.

—Me caes bien, chico. Tienes fuego en las tripas.

Parpadeo. No sé qué esperaba que dijera, pero desde luego no era esto.

—Yo solo…

—Estoy seguro de que trataría de arrancarte la cabeza de un bocado. A veces está tan loca como su madre. —Sacude la cabeza, haciendo un gesto con las pinzas—. Amo a esa mujer, pero es más terca que una mula. La hermana de Mia ha salido a mi familia. Es más tranquila, ¿sabes? Pero Mia es una auténtica Pancheri.

—Hola —grita alguien. Creo que es uno de los tíos de Mia por parte de la madre; tiene canas en las sienes y más patas de gallo de las que puedo contar—. ¿Qué has dicho de los Pancheri?

—Lo suficiente para que entienda la situación con la señorita Mia Pancheri —responde Tony con otra carcajada—. Ven aquí a conocer a su noviete, viejo cabrón. Es el hijo de Jake Miller.

—¿El jugador de los Reds?

Contengo un suspiro y alzo la mano a modo de saludo. Ni soy pequeño ni soy un crío, pero tengo la sensación de que diga lo que diga, se tergiversará, así que lo mejor es seguir por la corriente. Está claro que no entiendo toda la dinámica en juego en esta familia.

—Sí. ¿Cómo le va, señor?

53
Mia

Una miríada de recuerdos me asalta al entrar en la cocina.

Hacer los deberes en la mesa de la cocina mientras mamá preparaba la cena, con el canal de cocina de fondo en la tele. Gritar a mi hermano porque me tiraba del pelo cuando iba a coger algo de la nevera. Robar entremeses antes de llevarlos al comedor durante las cenas. Reír con mi hermana mientras hablábamos de los chicos que nos gustaban con un cuenco de helado en la mano. Subir a toda prisa para cambiarme después de intentar modificar el uniforme de la escuela católica y llevarme una reprimenda de mi abuela. Despedirme de mi padre con un abrazo mientras me daba las llaves del coche. Sentarme en silencio con mi abuelo mientras él se tomaba un café expreso y leía el periódico, con una caja de pasteles abierta en la encimera entre nosotros.

Algunos de los recuerdos brillan como joyas, pero otros son tan oscuros y nítidos que hieren. La cocina es un lugar especial en todas las familias; sin duda representa mucho para Sebastian, que desarrolló una auténtica pasión por la comida junto a su madre. La mía siempre ha sido el centro de todo, el hogar en el sentido más tradicional. A pesar de todos los defectos de mi familia, la comida siempre es impecable. Estoy segura de que ayer mi madre fue a la carnicería italiana a comprar salchichas y *mozzarella*, pan y *arancini*, aceitunas y champiñones marinados. Conoce al dueño de la tienda desde antes de que yo naciera.

Ahora mismo, la cocina es un completo caos. La mesa del desayuno está cubierta de fuentes y entre ellas hay montones de vasos y platos de plástico. Los cinco fuegos están encendidos y el horno también, por lo que en la habitación hace al menos el doble de calor que en el resto de la casa. Mi madre está en la encimera, preparando una gigantesca ensalada, y mis tías y mis primos mayores

revolotean alrededor, charlando a voces mientras cocinan.

—Vaya —dice Penny, aplastándose contra la pared cuando pasa la tía Carmela con una bandeja de perritos calientes—. ¿Cuánta gente más va a venir?

—¡Chicas, ahí estáis! —Mi madre se limpia las manos en un trapo antes de correr a abrazarnos, sin importarle que ya nos hubiéramos saludado cuando le presenté a Sebastian antes. No sabría decir si estaba más sorprendida por el hecho de que volviera a casa con un chico o por mi estúpido vestido rosa. La última vez que asistí a una reunión familiar, llevaba unos vaqueros y una camiseta de Metallica, y ella me dijo que iba fatal, así que esta vez cogí prestado un vestido del armario de Izzy.

—Nos vendrían bien más manos aquí; no dejan de llegar vecinos —dice mi abuela.

—No te olvides del amigo de Rick, Paul —interviene mi prima Raquel—. Atrás, tengo que abrir el horno. Creo que los canelones ya deben de estar.

—Paul y su novia —apostilla la tía Dottie, haciendo una mueca.

—¿Habéis visto cómo se viste?

Mi madre me acaricia la mejilla, estudiándome con esos perspicaces ojos a los que no se les pasa por alto ni un solo detalle. He intentado sonsacarle muchas cosas a lo largo de los años, pero tiene un increíble don para detectar las mentiras.

—¿Estás comiendo lo suficiente?

No estoy segura de cuándo pasó de decirme que no comiera demasiado a preocuparse por si como muy poco, pero me encojo de hombros.

—Estoy bien.

—Pareces cansada. —Me gira la cabeza de un lado a otro y me toquetea la chaqueta—. Cuéntanos más cosas de Sebastian, cariño. Parece un buen chico. Muy educado.

—Um…

—Y menos mal que es un joven —me interrumpe mi madre en voz baja mientras sigue alisándome el vestido—. Lo que hace que todo sea mucho más fácil.

Me contengo las ganas de apartarme. Penny me lanza una mirada, con los ojos

muy abiertos, pero la ignoro.

Esta tarde va a ser tortuosa.

—Qué chico tan guapo —dice la tía Carmela mientras entra de nuevo en la cocina—. Y además es deportista, ¿no?

—No me extraña que tenga tantos músculos —aduce Raquel mientras menea las cejas, provocando las carcajadas de media cocina. Hasta la abuela, que está sentada en un taburete de la encimera mientras coloca con sumo cuidado un plato de antipasti, se ríe entre dientes.

—Juega al béisbol —dice Giana. Está en el fregadero, lavando una olla gigante—. ¿Verdad, Mia?

—No solo juega —interviene Penny, chocando su cadera con la mía de manera sutil—. Sino que además se va a dedicar a ello.

Me alegro de que esté aquí, aunque una parte de mí desearía haber venido sola a la fiesta, sin Penny, sin Cooper y sin Sebastian. Si Giana cumple su amenaza de contarle a mi madre qué es en realidad lo que he estado haciendo en la universidad, las consecuencias serán catastróficas. Intenté hablar con ella cuando llegamos, pero me ignoró.

—Sí —digo. Por lo que sé, Sebastian no le ha contado a nadie más su decisión, y a él le corresponde dar la noticia, no a mí—. Falta poco para el *draft*.

Mamá junta las manos.

—Es perfecto. Me alegro mucho de que por fin entraras en razón y buscaras a un buen chico, María.

El resto de mis tías y primos expresan su aprobación. No suelo ser yo quien recibe este tipo de reacción, ya que siempre he sido objeto de miradas de exasperación y reprimendas, y me resulta extraño. No estoy haciendo nada para merecerlo; no estoy saliendo con Sebastian porque juega al béisbol. Me obligo a seguir sonriendo.

—Un jugador profesional de béisbol —dice la tía Carmela—. Tendrás la vida resuelta.

—Puede que ni siquiera necesites enseñar —se burla mamá—. Ven a ayudar a llevar todo esto afuera.

La sigo al patio con la ensaladera en la mano. Cuando miro hacia la parrilla,

me relajo un poco. Sebastian está hablando con mi padre y con uno de mis tíos. Giana está más unida a nuestros padres que yo, pero aun así, significa mucho para mí que se tome el tiempo de conocer a mi padre.

Las reacciones hacia Sebastian no me han sorprendido lo más mínimo. Es encantador y guapo, un chico de oro de arriba abajo. ¿Quién no lo querría? Pensé que a una parte de mí le produciría satisfacción, pero en lugar de eso, me siento como si estuviera caminando por el borde de una cornisa y que un paso en falso hará que caiga en picado.

Cuando volvemos a la cocina, mamá me atusa el pelo como hacía cuando era pequeña.

—Esto es maravilloso, María —dice, bajando la voz para que mis tías y primos no puedan oírla—. Espero que entiendas lo que significa estar con un hombre con esa profesión. Tienes que estar preparada para apoyarlo. Si quieres conservarlo, tienes que asegurarte de que sea feliz y esté cuidado.

Por un momento, me la quedo mirando. Ha hablado con Sebastian una sola vez y ya está pensando en cómo podría estropear las cosas.

—Cierto —digo—. Somos…, bueno, somos felices.

—Tu tía tiene razón —prosigue—. No todos los días se tiene la oportunidad de estar con un triunfador así. Recibirá mucha atención vaya donde vaya, así que dependerá de ti conservar la suya.

Miro a mi alrededor. Penny está charlando con mi abuela, mis tías discuten sobre cómo servir los canelones, aunque siempre los preparan en todas las fiestas, y dos de mis primos entran corriendo a por más refrescos. Nadie nos mira, salvo Giana, cubierta de jabón hasta los codos y con el ceño fruncido.

—Confío en él —le digo.

Mi madre agita la mano con impaciencia.

—No es una cuestión de confianza. Se trata de hacer sacrificios. Dios sabe que nunca has entendido ese concepto en lo que a nuestra familia se refiere, pero tal vez con él…

—¿En serio? —la interrumpo—. Ni que yo sea…

—Tampoco se trata de nosotros —dice, subiendo un poco el tono—. No se trata de eso. Se trata de reconocer que podrías tenerlo todo, María. Es un buen

hombre, querrá una novia y, con el tiempo, una esposa que esté a su lado. Tal vez, en lugar de atarte a un distrito escolar después de que te gradúes, podrías dar clases particulares y viajar con él.

—Bueno, no importa porque de todas formas no voy a sacarme el título de maestra.

Las palabras salen de mi boca antes de que pueda pensar mejor. Hago una mueca; he levantado tanto la voz que todos los presentes me han oído.

—¿Qué? —pregunta alguien en medio del silencio.

Mi madre me agarra del codo y me arrastra hasta el salón. No al pasillo de la escalera, ni al estudio, ni siquiera a mi habitación, sino al salón formal en la parte delantera de la casa, con los impecables sofás en los que solo nos sentamos durante las fiestas. Es su lugar favorito para echar sermones, y me siento otra vez como una adolescente de diecisiete años a la que han pillado cometiendo cualquier estupidez.

Me zafo de su mano.

—Para, mamá. No soy una niña.

—¿Esto lo consideras maduro? ¿Decir tonterías delante de media familia? ¿De tu amigo?

—No es ninguna tontería. —Me aliso la falda de mi horrible vestido, deseando rasgarlo en dos—. Quería hablarte de ello.

—¿Todavía estás en la universidad?

—Sí. Por Dios. —Respiro hondo—. Es que…, me estoy especializando en astronomía y física. Quiero obtener el doctorado. Dedicarme a la investigación, tal vez incluso trabajar para la NASA. No enseñar y ser ama de casa.

Ella me mira como si de verdad acabara de arrancarme el vestido.

—¿Y cuándo piensas tener tiempo para casarte? ¿Para tener hijos? ¿Y qué pasa con Sebastian?

—Esto no tiene nada que ver con él.

—Así que te cambiaste a una nueva carrera y convenientemente olvidaste mencionárnoslo a tu padre y a mí.

—No es nueva.

—¿Qué?

—No es nueva —espeto, incapaz de mantener la voz firme—. Es lo que siempre he querido hacer, pero tú nunca me has escuchado.

Giana aparece en la puerta con los brazos cruzados sobre el pecho. Mamá la mira y luego me mira a mí con una expresión de decepción que casi hace que me tiemblen las rodillas.

—Tu padre y yo hemos trabajado muy duro para que pudieras asistir a esa lujosa universidad privada —dice. Da un paso más hacia mí. Aunque la alfombra amortigua el sonido de sus tacones, percibo la intención que hay detrás de ese movimiento—. Para que pudieras obtener un título de enseñanza acelerado, como acordamos.

—No acepté. —Me cruzo de brazos, resistiendo el impulso de dar un paso atrás—. Tú lo decidiste por mí y esperabas que yo lo aceptara. El abuelo es el único que me entendía, me animó…

—Mi padre era muchas cosas, pero realista no era una de ellas —interviene—. Por Dios, Mia, vamos. Deja de soñar.

—No es un sueño sin más. —Siento que en mi garganta empieza a formarse un sollozo y trago saliva para contenerlo—. Es lo que estoy destinada a hacer.

—¿Y qué pasa con lo que Sebastian está destinado a hacer? ¿Y lo que él se merece? Una esposa que lo apoye a él y a su carrera. Que cuide de sus hijos. No puedes hacer eso si estás trabajando todo el día.

—¡Eso da igual! —Levanto las manos—. Te lo dije hace años. Ni siquiera sé si quiero casarme y tener hijos.

Se queda callada un momento. Luego, con una voz que se quiebra como el hielo, dice:

—No puedo creer que haya criado a una hija tan egoísta.

Una lágrima resbala por mi mejilla. Me la limpio con brusquedad.

—Me alegra saber que las cosas no han cambiado.

—¿Qué?

Me río con tristeza.

—La última vez que te lo dije, me invitaste a dejar a la familia si decidía no casarme ni darte nietos.

En su rostro se ve una sincera confusión que pugna con la ira.

—Yo nunca he dicho eso.

—Lo hiciste. Amenazaste con repudiarme si no me convertía en una buena esposa.

—No me hables así.

No puedo creer que ni siquiera lo recuerde. He recordado esa noche un millón de veces, pero a ella ni siquiera le importó lo suficiente como para que permaneciera en su memoria. Lo que para mí fue un golpe demoledor, para ella no significó nada.

Nada.

Se me revuelve el estómago. Giana dice algo, pero no la oigo por el zumbido de mis oídos. ¿Cómo he podido pensar que habría un camino a seguir? ¿Que mi familia me vería tal y como soy?

Paso junto a Giana, a mis tías, a mis primas, a Penny y a todos los que están escuchando, y abro la puerta mosquitera.

Se cierra de golpe detrás de mí.

—¡Sebastian! —grito.

Él levanta la vista, junto con la mitad de la gente del patio. Sé que es de mala educación irse, pero ahora mismo eso me trae sin cuidado.

Solo necesito llegar al coche sin llorar.

—Necesito irme.

54
Sebastian

Mia no ha dicho una palabra en todo el viaje a Filadelfia.

Lo intenté cuando nos montamos en el coche, pero me lanzó una mirada tan cortante que me mordí la lengua a mitad de la frase. Un par de lágrimas resbalaron por sus mejillas, pero no me dejó enjugárselas. Ni besarla. Ni cogerle la mano. Ignoró cualquier cosa que pudiera ofrecerle consuelo. Cuando le pregunté si aún quería ir a visitar a James y Bex, asintió y giró el cuerpo para apoyar la cabeza en la ventanilla del copiloto.

Las cosas con su hermano y su padre fueron incómodas, pero algo debió pasar con su madre. Algo tan grave como para convertir a mi normalmente fogosa Mia en una apática versión de sí misma.

Ha sido angustiante conducir en lugar de acribillarla a preguntas. Puse *rock* para intentar sacarla de su tristeza, pero ni siquiera Pink Floyd ayudó. El otro día, mientras limpiábamos la casa, cantó a gritos la letra de *Young Lust* mientras utilizaba un plumero como micrófono. Me reí tanto que casi me caigo por las escaleras. Y hoy ni siquiera ha seguido el ritmo de la canción con el pie.

Cuando lleguemos a casa de James y Bex, espero encontrar un momento a solas con ella para hablar. Seguro que lo primero que querrá hacer es quitarse ese vestido. Me sorprende un poco que no se haya cambiado allí mismo, en el asiento del copiloto, sin preocuparse por los pasajeros del asiento de atrás ni por los demás conductores.

—Ya casi hemos llegado —digo mientras giro hacia la calle de James y Bex —. A lo mejor tenemos suerte con el aparcamiento.

—Es un barrio precioso —murmura Penny desde el asiento trasero. Miro por el retrovisor y veo que va cogida de la mano de mi hermano. Llevan mucho tiempo con los móviles encendidos durante el trayecto y apostaría mi coche a

que están mandándose mensajes sobre lo que ha pasado en la barbacoa—. Yo también tengo ganas de volver a ver su casa. Mia, hay como cinco pisos diferentes.

—Y una terraza en la azotea —dice Cooper—. Quizá podamos usar la hoguera más tarde.

Mia se aparta lentamente de la puerta. Se pasa una mano por el pelo.

—Eso estaría bien.

Su voz carece de inflexión. No hay emoción en ella, ni buena ni mala. Coge el bolso rosa que tiene a los pies, saca un neceser de maquillaje y baja el parasol para usar el espejo.

Echo un vistazo rápido mientras empieza a retocarse el maquillaje.

—¿Seguro que estás bien para ir de visita? Siempre podemos volver a Moorbridge.

Ella sacude la cabeza.

—No, está bien. Tu familia es tranquila en comparación con la mía.

—¿Quieres hablar de lo que ha pasado?

—No —contesta. Su rostro se descompone en cuanto la palabra sale de su boca y el rubor tiñe sus mejillas—. Lo siento, es que…, no, gracias.

—Está bien. —Encuentro un sitio no muy lejos de la casa y aparco—. Si necesitas espacio, tómalo.

Por alguna razón, eso hace que se muerda el labio con tanta fuerza que temo que se haga sangre. Intento cogerla de la mano mientras caminamos por la acera, pero ella me esquiva y va por el bordillo.

Sé que no debo dejar que esto me hiera. Mia es una gata negra a veces, siempre dispuesta a sacar las uñas. Si le doy espacio, vendrá a mí. Si hay algo que no quiero hacer ahora mismo, es pelearme con ella, y con su estado de ánimo actual, no estoy seguro de cómo reaccionaría si la presiono.

En la puerta, Cooper da un paso adelante y llama al timbre. Recuerdo la puerta de color amarillo chillón del anuncio que James nos enseñó, cuando estaba considerando si hacer la inversión. Es una casa preciosa, digna de un *quarterback* superestrella, pero no quería vivir solo en ella. Su compromiso con Bex el verano pasado le ayudó a tomar el trato, y por lo que sé, han sido felices

desde entonces. Se aseguró de que dondequiera que viviera, hubiera espacio para un buen estudio de fotografía. Beckett Callahan Photography ha despegado en el último año, igual que la carrera de James con los Eagles.

Es bonito que ella use nuestro apellido, aunque aún no estén oficialmente casados. Creo que ha encontrado un hogar en la familia, igual que yo. Lo mismo que quiero para Mia, si soy sincero conmigo mismo. Ella se merece algo mejor que la familia que el universo le dio.

Bex abre la puerta con los brazos abiertos, lista para abrazar al que esté más cerca.

—¡Chicos! ¡Llegáis pronto!

—Hola, Bex —dice Cooper. La besa en la mejilla—. ¿Cómo estás?

—Ahora mejor —repone, abrazando a Penny a continuación—. Mia, me alegro mucho de volver a verte. Estamos encantados de que hayáis ven…, Kiwi, quieto ahí. —Un dulce y desgarbado cachorro de pelaje moteado en blanco y marrón asoma la cabeza por la puerta. Bex bloquea la entrada con su cuerpo, dejando que el perro ladre de forma lastimera—. Cariño, el perro está intentando…

—Ya voy, ya voy. —James coge al cachorro, brindándonos a todos una sonrisa —. Lo siento, aún estamos intentando que entienda lo que son las puertas.

—¿Cuándo has adoptado un perro? —exige saber Cooper.

El cachorro, Kiwi, se retuerce, intentando lamerle la cara a James. Cuando estamos todos dentro, cierra la puerta y lo deja en el suelo. Enseguida se pone a corretear en círculos a nuestro alrededor, olisqueando con entusiasmo nuestros pies y nuestras bolsas de viaje.

Penny se arrodilla y coge al perro en brazos.

El cachorrito le lame la cara, pero ella ni se inmuta.

—¿Se llama Kiwi? Me muero, es demasiado mono. Mia, ven a acariciarlo.

Mia parece recelosa durante medio segundo, pero entonces Kiwi se deja caer justo delante de ella y rueda para mostrarle la panza, algo a lo que ella no puede resistirse. Creo atisbar la sombra de sonrisa mientras se agacha, gracias a Dios. Para ser justos, no hay muchas cosas que un perro adorable no pueda arreglar, y este es adorable a rabiar. No tengo ni idea de qué tipo de perro es, pero su

energía y sus ojos brillantes son contagiosos.

—No puedo creer que no nos lo dijeras —dice Cooper—. Creo que has roto el código de hermanos al no enviarnos fotos en el momento en que lo adoptaste.

—Lo secundo —le digo a James—. Me siento personalmente ofendido de que no lo hayas presentado a sus tíos de inmediato.

—¿Cuántas fotos de mi hija gatuna te envío a la semana? —pregunta Cooper —. ¡Al menos diez!

—Más bien veinte —dice Penny. Ahoga un grito—. Un momento. Acabo de darme cuenta de que también tiene nombre de fruta. Esto es increíble.

—Es reciente —alega Bex, con tono seco—. Espera a que os cuente por qué lo tenemos.

—¿Vas a contarlo ya, princesa? —se burla James.

Bex se pone de puntillas y le besa la mejilla.

—Antes que nada, ¿qué queréis beber? He preparado una tabla de quesos.

—Yo me ocupo de todo —dice James—. Enséñales el salón, cariño.

Él nos guía escaleras arriba y continúa:

—Bex está trabajando en una preciosa pared de la galería, tenéis que verla. Estamos coleccionando algunas piezas, pero por supuesto su trabajo es la estrella.

Cuando llegamos al salón, Bex ya está roja como un tomate. Se sujeta detrás de las orejas el pelo, que está un poco más corto que la última vez que la vi. No va nada arreglada; lleva unos *leggins* y una holgada sudadera de los Outer Banks, pero está tan guapa como siempre. Su anillo de compromiso de diamantes y zafiros brilla en su dedo. Espero que la gente me vea mirar a Mia del mismo modo que mi hermano mira a Bex.

Nos sentamos en los cómodos sofás del salón. No sé si contrataron a un decorador de interiores o si lo eligieron todo ellos mismos, pero toda la habitación es luminosa y está decorada en blanco y azul. Da a la calle, con grandes ventanales que dejan entrar mucha luz, y en la pared del fondo ya empieza a tomar forma la galería. Reconozco el trabajo de Bex de inmediato; la fotografía de la antigua cafetería de su madre, la playa de Kitty Hawk por la mañana y un primer plano de lo que deben ser las manos de James, sujetando un

balón de fútbol.

Doy una palmadita en el asiento de al lado, pero Mia levanta su bolso.

—Oye, Bex. ¿Tienes algún sitio donde pueda cambiarme? —pregunta—. Me encantaría quitarme este vestido.

—Oh, por supuesto —responde Bex—. Si subes, hay un dormitorio de invitados a la izquierda. Pensamos que Sebastian y tú podríais quedaros ahí, y Penny, Cooper y tú podríais quedaros con la habitación de la derecha.

Mia le sonríe.

—Gracias. Por cierto, tu casa es preciosa. Estoy deseando ver el resto.

—Y yo estoy deseando conocerte —dice Bex—. Te recuerdo de Purple Kettle. Siempre me pareciste muy guay.

—Sí, es muy curioso que tú también trabajaras allí —aduce Mia.

—Es la más guay, lo confirmo —interviene Penny—. Por cierto, ¿cómo va el estudio? Tu Instagram ha crecido como la espuma en los últimos dos meses.

—Creo que sobre todo es porque todo el mundo se ha enterado de con quién estoy prometida —repone Bex. Sube a Kiwi a su regazo y le acaricia entre las orejas—. Aunque…

Me apresuro a seguir a Mia. Veo que pone los ojos en blanco al oír las palabras de Penny, pero también que su expresión se apaga.

La alcanzo en la siguiente planta y le tiendo la mano.

—Cariño.

Mia abre la puerta de la habitación de invitados, alejándose de mí. Así que entro tras ella y cierro la puerta. Ella deja el bolso sobre la cama, que tiene una alegre manta amarilla doblada a los pies y cojines a juego en la cabecera, y se quita el vestido por la cabeza.

—¿Qué ha pasado? ¿Se ha enterado tu madre de lo que estás estudiando?

Mia se quita la pinza del pelo y coge los zapatos.

—Te vi hablando con mi padre.

—Sí. Es…, bueno, para serte sincero, no me gustó nada la forma en que hablaba de ti. Ni tu hermano, fue bastante grosero.

Ella suelta un bufido.

—¡Es genial!

—Intenté poner fin a la conversación, pero parecían decididos a ignorarme.

Mia se pone una camiseta por la cabeza y unos pantalones vaqueros cortos.

—No te preocupes. Es… es su forma de ser.

Hago una mueca, pero sé que no debo profundizar en el tema. No ahora y no aquí. Si dependiera de mí, no tendría que volver a hablar con ninguno de ellos nunca más.

—Entiendo perfectamente si necesitas un momento para…

—¿Sebastian? —me interrumpe con brusquedad—. Estoy bien. De verdad. Dame cinco segundos a solas.

55
Sebastian

—¿Va todo bien? —pregunta Penny cuando me siento de nuevo, agradeciéndole a James el cóctel que me acaba de dar. A juzgar por la jarra de cobre, es un Moscow mule.

Bebo un sorbo para disimular una mueca. Está un poco cargado de cerveza de jengibre, pero se puede perdonar.

—Si te soy sincero, no estoy seguro.

—¿Debería subir?

—Ha dicho que quería estar sola.

—Parece estresada —dice Bex. Se acerca un poco más a James en el sofá y le rodea con el brazo.

—Su familia está llena de gilipollas —dice Cooper con aire serio—. Eso explica muchas cosas.

—¡Oye! —espeto.

—No me refería a ella —explica—. Dios, me refiero a por qué ha mantenido las distancias. Lo de su hermano y el idiota de su primo… Me impresiona que lo hayas manejado tan bien.

—Créeme, quería darles un puñetazo —digo—. Simplemente pensé que no quedaría muy bien en mi primera reunión con mis futuros suegros.

Bex junta las manos.

—¿Tan en serio vais?

—Eso espero —digo, pasándome la mano por el pelo—. La quiero.

—Voy a llorar —dice. Se le saltan las lágrimas—. Es lo más bonito que he oído nunca.

—No voy a entrar en eso, pero las cosas no fueron bien con su madre —dice Penny. Remueve su bebida, mordiéndose el labio—. Todo el asunto fue…, eh,

Mia.

Mia se sienta a mi lado, con la cara totalmente desmaquillada y el pelo recogido en un desordenado moño. Le ofrezco el brazo y ella me lanza una mirada, algo que no logro descifrar del todo pasa de manera fugaz por su expresión, y se acurruca a mi lado. Kiwi, al darse cuenta de que hay alguien nuevo en la habitación a quien «aterrorizar», salta a su regazo. Ella se sobresalta, pero lo abraza con fuerza.

—Es una monada —dice en medio del silencio—. ¿Por qué lo adoptasteis?

Si le importa que todos la miremos con preocupación, no lo demuestra. Ojalá no se pusiera esa coraza ahora mismo, pero también lo entiendo. Estoy seguro de que quiere caerles bien a James y a Bex tanto como yo quería caerle bien a su familia. Bueno, al menos hasta que la he conocido.

Cada vez que me acuerdo de su padre, tengo que respirar hondo para calmarme. Si cree que voy a cortarle las alas a Mia solo porque tengamos una relación, está delirando. ¿Cómo coño debió ser para ella crecer en esa casa? No me extraña que la muerte de su abuelo le afectara tanto. Si él era el único que se molestaba en escuchar lo que Mia quería y lo perdió a los quince años, tuvo que soportar sus tonterías durante años antes de abrirse camino hasta McKee.

—¿Qué quieres decir? —pregunta James.

—Bex ha dicho que nos contaría por qué tenéis el perro. —Sigue acariciándolo, apartando la muñeca cuando intenta mordisqueársela. Me pregunto si algún día querrá tener un perro. Si nos vamos a vivir juntos de verdad después de la graduación, quizá podamos ir a un refugio y adoptar uno—. Me muero por saberlo.

—Ah —dice Bex, mirando a James de nuevo—. Es que…, bueno…

Él le da un pequeño apretón.

—Adelante, princesa.

Ella esboza una amplia sonrisa, que hace aparecer sus hoyuelos.

—Estoy embarazada.

Tardo medio segundo en asimilarlo, pero me pongo en pie de un salto y la abrazo. Cooper hace lo mismo y se le ilumina la cara con una sonrisa.

—¡Joder! —exclama—. ¡Felicidades!

—¡Es genial! —añado, meciéndola un momento antes de estrechar a James en un fuerte abrazo.

—Un bebé —repone Cooper—. Vais a tener un bebé.

Bex se enjuga las lágrimas que brillan en sus ojos.

—Sí. Los dos vais a ser tíos.

Cooper me lanza una mirada de puro entusiasmo.

—¡Vamos a ser unos tíos de la leche!

Le choco los cinco.

—¡Lo vamos a petar!

—¡Felicidades! —dice Penny, acercándose para abrazarlos a los dos también —. ¿De cuánto estás? Estás fantástica.

—Sí, estás genial —aduce Mia. Kiwi ladra, moviendo el rabo mientras corre en círculo a nuestro alrededor—. Para que quede claro, no me di cuenta de que esta era la razón.

Bex se ríe.

—No, no, está bien. Queríamos contároslo a todos esta noche. Estoy de quince semanas, así que oficialmente he entrado en el segundo trimestre, gracias a Dios.

—El primero ha sido un poco duro —interviene James con una mueca.

—Podía comer unas tres cosas sin vomitar —dice—. Y todo me hacía llorar. En realidad, sigo llorando por todo. El otro día vi un TikTok sobre un patito que pensaba que un gato era su mamá y lloré tanto que James pensó que ocurría algo.

Él nos mira a Cooper y a mí con los ojos como platos, haciéndonos reír a los dos.

—Por favor, no vuelvas a asustarme así.

—Y luego me regaló a Kiwi, porque me preocupaba mucho ser una mala madre. —Se ríe un poco—. Porque es evidente que la solución era darle más responsabilidades a la embarazada.

—Obviamente —dice Penny, con cierto tonillo mordaz.

—Y está funcionando a las mil maravillas —dice James—. Él te adora y tú lo cuidas muy bien.

—Un momento —digo—. ¿Cuándo sales de cuentas?

Bex hace una mueca.

—En diciembre.

—Todo irá bien —asevera James, con voz tranquilizadora.

—Queríamos tener nuestro primer bebé fuera de temporada —dice—. Diciembre no es fuera de temporada.

—Tenía que ser así —dice James—. Solo tenemos que adaptarnos.

Está claro que ya han tenido esta conversación antes. Bex frunce el ceño y mira a James. Cooper y yo compartimos otra mirada. Sé que todo saldrá bien, pero en diciembre es cuando la NFL está en pleno apogeo, justo antes de los *playoffs,* así que no culpo a Bex por estar estresada. Dependiendo de cuándo se ponga de parto, es posible que James tenga que irse corriendo en mitad de un partido para encontrarse con ella en el hospital.

No he decidido dejar el béisbol por Mia ni por lo que espero que tengamos en el futuro, pero no puedo negar que me gusta la idea de hacer que las cosas nos resulten más fáciles a los dos. No podría imaginarme jugar toda una temporada de béisbol, viajes por carretera incluidos, mientras Mia está embarazada o sola en casa con un bebé. Ella también tendrá su propia carrera, y lo último que querría es hacerle sentir que tiene que sacrificarse por mí.

—Os ayudaremos en todo lo que podamos —dice Cooper—. ¿Se lo has dicho ya a mamá y papá? ¿Y a Izzy?

—En realidad, Izzy ya lo sabe —confiesa Bex—. Almorcé con ella hace un par de semanas y se dio cuenta de inmediato.

—Eso es tan raro y a la vez es justo lo que esperaría de ella —aduce Mia con un bufido.

—Lo sé, ¿verdad? —repone Bex—. De todos modos, teníamos pensado decíroslo a todos una vez que estuviéramos seguros de que todo iba bien.

—Y está muy bien —dice James—. Está sana y el garbancito también. Se lo diremos pronto a mamá y a papá, solo queríamos decíroslo a vosotros primero.

—Mamá va a volverse loca —comenta Cooper—. Estoy deseando oír lo que va a decir.

En eso tiene razón. Sandra lleva entusiasmada con la perspectiva de tener nietos desde que James y Bex se prometieron, aunque no los habría presionado, ni a ellos ni a ninguno de nosotros, para que lo hicieran. Más vale que se

preparen para la cantidad de regalos que les va a hacer.

—Vais a ser unos padres estupendos —aseguro—. Me muero de ganas.

Bex me abraza de nuevo, con los ojos brillantes.

—Gracias —me susurra al oído—. No he olvidado lo mucho que querías que formara parte de esta familia.

La abrazo con fuerza.

—Te mereces esto.

Recuerdo aquel día nevado en la vieja cafetería de su madre tan vívidamente como ella. Le dije que esperaba que algún día se convirtiera en mi cuñada, y lo dije en serio. No solo por el bien de mi hermano, sino por el suyo. Se merecía una familia y un futuro que la ilusionara. Igual que Mia…, y yo.

La vida es demasiado efímera para conformarse con algo menos.

56
Mia

—¿Os vais a casar antes de tener al bebé? —pregunta Penny—. Si me estoy entrometiendo demasiado, dímelo.

Bex se ríe con suavidad mientras echa un vistazo al horno para ver cómo va el pollo asado que está preparando.

—Sí. James ha insistido. A mí me da igual, pero él quiere asegurarse de que dejemos todo bien atado antes de que llegue el bebé.

Tengo que esforzarme para no quedarme mirando demasiado su preciosa cocina. Puede que no sepa sacarle partido, pero reconozco la calidad cuando la veo, y esta cocina es de primera. Los armarios son de un azul intenso, las encimeras de un blanco níveo, y los electrodomésticos son de acero inoxidable y están tan limpios como una patena. Un colorido mosaico de azulejos detrás de la enorme cocina aporta al espacio un toque extra de color, y un juego de sartenes de cobre cuelga de la pared como si fuera una obra de arte.

Me pregunto si Sebastian ya habrá cocinado aquí. Se ofreció a ayudarla, pero ella insistió en que se quedara en el salón poniéndose al día con James. Penny y yo terminamos en la cocina con ella, charlando, y ha sido agradable. Nuestros horarios no coincidían mucho en Purple Kettle, pero me cayó bien en la fiesta de cumpleaños de Cooper. Ahora que la estoy conociendo un poco más, entiendo por qué Penny habla tan bien de ella. Es divertida y guapa, y encaja con los Callahan tan bien como Penny.

Bebo otro sorbo de mi bebida, intentando no fruncir el ceño. Esto es tan diferente de la cocina de mi familia que me da la risa. Estoy tan agotada que parece que lo de hoy haya ocurrido en otra vida. Comparado con ese caos, esto es ordenado y perfecto. Pollo asado con patatas y ensalada. Cócteles Moscow mule y una tabla de quesos que parece sacada de Whole Foods.

Penny balancea los pies mientras termina su cóctel.

—Me parece lógico.

—Estamos planeando algo pequeño, probablemente para agosto —repone—. Lo ideal sería después de la pretemporada, pero antes de que empiece la temporada. Les va a preguntar a Richard y a Sandra si podemos celebrarlo en su casa.

—Estoy segura de que dirán que sí —dice Penny—. Vas a ser una novia preciosa.

Bex resopla mientras saca lechuga de la nevera.

—No lo sé.

—Estarás perfecta. ¿Verdad, Mia?

Asiento, intentando esbozar lo que espero que sea una sonrisa lo bastante natural. Ojalá tuviera a Kiwi para distraerme, pero se ha quedado en el salón.

—Estarás impresionante.

Bex nos brinda una sonrisa.

—Sois un cielo.

—Yo no sé qué tipo de boda quiero —empieza Penny—. Una parte de mí quiere celebrarla en Arizona. A Cooper le encantó aquello tanto como a mí.

—¿Habéis hablado de ello? —pregunta Bex. Echa la mezcla de lechugas en el bol y luego lava el resto de los ingredientes de la ensalada.

—Deja que te ayude —dice Penny, observando mientras Bex saca también un aguacate y pipas de girasol.

—Y yo también —digo—. Al menos sé lo suficiente para picar verduras.

—Sebastian estaría muy orgulloso —bromea Penny. Choca su cadera contra la mía mientras me pasa un cuchillo y los pepinos—. Y sí, algo hemos hablado, pero no vamos a prometernos pronto. Los tatuajes nos bastan por ahora.

—¡Sí! —exclama Bex—. Espera, enséñamelo. Sé que vi la foto, pero seguro que es aún más bonito en vivo.

Agradezco que Penny esté tratando de quitarle hierro al asunto, pero si soy sincera, solo me está haciendo sentir peor. No quiero oír hablar de su relación perfecta con el hermano de Sebastian. No cuando tengo que lidiar con el embarazo de Bex. No se trata de mí y lo sé, pero eso no significa que no me

duela oír lo mucho que le va a gustar a su futura suegra tener un nieto cuando hace un rato le he dicho a mi propia madre que no esperara eso de mí.

Observo mientras Bex exclama al ver el tatuaje de Penny, su compromiso definitivo con Cooper, aunque aún no sea un anillo de compromiso, y casi me corto con el cuchillo. Tomo aire con los dientes apretados, apartando la mano y mordiéndome el interior de la mejilla.

He estado ignorando el futuro, pero ahora mismo, me está mirando de frente.

¿Acaso espera Sebastian que esté en este mismo punto vital dentro de un par de años? No lo sé.

¿Se lo merece? Sin duda.

—¿Qué pasa con los niños? —pregunta Bex—. Tal vez más adelante, ¿no?

—Sin duda —dice Penny—. A Cooper le gusta la idea. Aunque lo del embarazo se me hace superraro. ¿De verdad vomitabas todo el tiempo?

—Sí —responde Bex—. Hubo un par de días en los que no podía comer nada más que galletas. James llamó al médico tres veces; estaba muy preocupado. Pero luego la cosa mejoró y ahora me siento bien. Parece que el segundo trimestre es mucho más fácil.

—Mi cuñada también dijo eso —intervengo. Recuerdo demasiadas cosas de su primer embarazo, aunque les dije a todos que no me interesaba conocer los detalles. Quiero a mis sobrinos, pero no me apetecía oír toda la historia del parto, que duró treinta y dos horas.

¡Treinta y dos horas! Gemelos. Me estremezco solo de pensarlo. Algo me dice que a Bex no le agradaría que le contara esa historia.

—Ah, eso significa que ya eres tía —dice Bex.

Rallo el apio en la ensaladera.

—Sí. Tengo dos sobrinos, pero creo que mi hermana no va a tardar mucho en ponerse manos a la obra con su marido.

—Imagínate quedarte embarazada a propósito —dice Bex riendo—. Dios, ojalá pudiera beberme una copa de vino ahora mismo. ¿Puedo abrir una botella para vosotras?

La casa de James y Bex es increíble. Mientras el pollo terminaba de hacerse en el horno, Bex nos llevó de *tour*, y por la forma en que hablaba de ello, se nota que disfrutó de lo lindo trabajando con el decorador de interiores. Pero la terraza de la azotea es algo excepcional.

Las plantas colocadas de forma estratégica aportan privacidad, pero aún se puede disfrutar de una vista increíble de la ciudad. En un rincón hay un conjunto de cómodas sillas de exterior y una hoguera, y en otro, una zona para hacer yoga y levantar pesas al aire libre. Bex había colocado una amplia mesa en el centro antes, que está preciosa, repleta de comida y con un centro de flores veraniegas de vivos colores. Debe de haber un equipo de sonido, porque James pone música mientras Bex enciende las velas.

—Qué bonito es esto —comenta Penny mientras nos pasamos la comida—. Gracias de nuevo por invitarnos.

La comida huele tan bien que se me hace la boca agua en cuanto la tengo en el plato. La crujiente ensalada que ayudamos a preparar a Bex, con un buen aliño de limón y aguacate del que sé que Sebastian querrá la receta, el jugoso pollo asado y las patatas cocinadas en su punto justo en la sartén. El otro día Sebastian me habló de las maravillas de la grasa del pollo y juro que nunca lo había visto tan entusiasmado. Me sentí como si estuviera hablando con una versión estadounidense y más amable de Gordon Ramsey.

—Sí, Bex, estoy impresionado —dice Sebastian—. ¿Qué lleva el aliño para ensaladas? Me encanta la idea de utilizar el aguacate para aportar cremosidad.

Penny me dedica una pequeña sonrisa.

—Lo has adivinado —susurra.

Me encojo de hombros.

—A veces es muy predecible.

Bex y Sebastian charlan sobre cocina durante unos minutos y los demás nos limitamos a disfrutar de la comida. Me tomo mi copa de vino mientras contemplo las luces de la ciudad, que comienzan a cobrar vida ahora que cae la noche.

—Escuchad todos —empieza Sebastian—. Quiero anunciar una cosa.

Levanto la cabeza.

—¿Cielo?

—Y esperaría para hacerlo, porque estoy emocionado por lo del bebé y también un poco asustado de que Bex tenga oculta una faceta de embarazada un tanto intensa —continúa—. Pero es urgente y yo… quiero decíroslo a todos aquí y ahora, mientras estamos juntos.

Ay, por Dios.

—Sebastian —digo, dándole un codazo en el costado—. ¿Estás seguro…?

—No pasa nada —interviene Bex—. No nos importa.

—Para nada —dice James, aunque tiene el ceño fruncido. Espero que sea de preocupación, no de enfado—. Aquí todos somos familia. ¿Qué pasa? ¿Va todo bien?

Una vez que las palabras salgan de su boca, no podrá retractarse. Ahora mismo, su decisión de dejar el béisbol solo existe para nosotros dos. Una vez que su familia se involucre, la situación cambiará. Sea cual sea su reacción, lo que piensen de su plan, eso se le quedará grabado en la memoria para siempre. Dejo la copa de vino en la mesa, con un miedo irracional a romperla por sujetarla con demasiada fuerza.

Tal vez no debería haberlo animado. Tal vez debería seguir con el béisbol. Tal vez hay una parte de él, aunque no lo reconozca, que está haciendo esto por mí, y le estoy arruinando la vida.

Mi madre tiene razón. Se lo merece todo, y el béisbol puede dárselo. Está renunciando a una vida estable, por mucha que sea la presión, por una mucho menos segura. Puede que ahora piense que esto es lo que quiere, pero ¿qué pasará dentro de cinco años? ¿Y cuando le diga que no estoy segura de querer casarme y tener hijos? ¿Y si esta decisión acaba siendo un compromiso para estar conmigo, cuando podría conseguir algo mucho mejor?

—Se trata del béisbol —dice. Mira alrededor de la mesa y sus ojos se detienen en mí. Intento sonreír, pero tengo la cara paralizada—. Voy a dejarlo. Me voy a retirar del *draft*.

Nadie dice nada durante un momento.

—¡Joder! —empieza Cooper, rompiendo el silencio—. ¿Hablas en serio?

—Sí. —Sebastian alarga el brazo, me coge la mano y aprieta con fuerza—. Me he dado cuenta de que… no puedo hacerlo solo porque era lo que mi padre quería para mí ni porque siempre ha sido lo que se esperaba. Me sigue encantando y no me arrepiento de haberme centrado en ello durante tanto tiempo, pero no quiero dedicarme a ello.

—¿Qué vas a hacer en su lugar? —pregunta James. No parece decepcionado ni disgustado, solo pensativo.

—Voy a graduarme después del próximo semestre —responde—. Tengo los créditos para hacerlo. Quiero averiguar si el sector de la alimentación es lo mío. Creo que… quiero ser chef. Si me gradúo antes, podré emplear parte de la herencia de mis padres en viajar y tal vez acompañar a Mia a Europa para su programa de estudios en el extranjero, si me acepta. Hasta podría estudiar cocina si tiene sentido.

Le aparto la mano y me levanto, haciendo que mi silla salga despedida hacia atrás. Kiwi se sobresalta y sale corriendo de debajo de la mesa.

—¿Mia? —pregunta mientras su sonrisa se desvanece.

—Lo siento —digo. Todo el mundo me mira, y estoy montando una puta escena, como en la barbacoa, pero siento que estoy a punto de romperme en mil pedazos, y el último sitio donde eso puede pasar es aquí—. Es que…, no puedo estar aquí.

Prácticamente corro hacia la puerta de la terraza y bajo las escaleras a toda prisa. Oigo que Sebastian me sigue, pero no me detengo hasta llegar a la puerta de la habitación en la que se supone que vamos a quedarnos esta noche. La abro de un tirón y él entra detrás de mí antes de que pueda cerrarla.

—¿A qué coño ha venido eso? —pregunta.

Me giro hacia él.

—Estás cometiendo un gran error.

—¿Qué? —El dolor en su rostro me corta como un cuchillo—. Pero dijiste…

—¿De verdad quieres renunciar a todo esto? No vas a tener una vida así… —Gesticulo, abarcando la habitación decorada de forma exquisita de esta hermosa casa—. Si eres cocinero en algún restaurante.

Odio su expresión dolida, pero no puedo parar. Me estoy consumiendo, y para cuando me estrelle, no quedará nada. Mi corazón late tan rápido que puedo oírlo en mis oídos.

—Sabes que no voy a poner en peligro mi futuro porque te lo he repetido hasta la saciedad desde el principio, así que en vez de eso tú estás arriesgando el tuyo. Estás tomando un camino más fácil para mí, y yo ni siquiera valgo la pena.

—Mia, más despacio —dice—. ¿De qué cojones estás hablando?

—No quiero tener hijos —digo a bocajarro—. Nunca he querido. Ni siquiera sé si quiero casarme, Sebastian.

—Vale —dice—. Pues no nos casaremos ni tendremos hijos.

—¡Deja de hacer esto! —Las lágrimas se derraman por mis mejillas—. Te conozco. Tú quieres esas cosas. No intentes mentir, lo sé.

Da un paso hacia mí y me tiende la mano como si quisiera enjugarme las lágrimas, pero no se atreve a intentarlo.

—¿De dónde coño viene esto? ¿De tu familia? Me importa una mierda lo que piensen, Mia. No puedes seguir permitiendo que te influyan.

Eso hace que pare en seco.

—Son mi familia.

—Tienes que distanciarte de ellos. Te están destrozando.

—¡Son mi familia! —Mi voz retumba en la pequeña habitación, demasiado alta y chirriante—. No hables mal de mi familia.

—¡Menuda familia! —dice, con tono amargo—. Tu hermano se toma tu sexualidad a broma, tu padre quiere que te controle como si fueras una muñeca, y sea lo que sea lo que pasó con tu madre, te está hundiendo tanto que ahora mismo apenas te reconozco. Aléjate de ellos. Si no quieren ayudarte a pagar el resto de la universidad, ya lo solucionaremos.

—Puede que a ti te pareciera bien deshacerte de la familia de tu madre, pero yo no puedo hacer eso. —Doy un paso atrás, poniendo más distancia entre nosotros. La ira se apodera de mí, tan rápida y punzante como la mordedura de una serpiente—. Y el hecho de que pienses que es así de fácil es triste, Sebastian. No todos tenemos la suerte de tener dos familias perfectas. Algunos tenemos que quedarnos con la que nos ha tocado, por mucho que duela.

Él se queda helado.

—Yo no me deshice de ellos. Ellos se deshicieron de mí. Se deshicieron de mi madre como si fuera basura porque no hizo lo que ellos querían que hiciera con su vida. Tú, más que nadie, deberías entenderlo.

Me tiembla el labio y me cuesta respirar.

—No es lo mismo.

—¿No lo es?

—No. Ni siquiera estás intentando…

—No puedes dejar que te sigan haciendo daño cuando mereces mucho más —me interrumpe—. Santo Dios, Mia, vamos.

Un sollozo sale de mi garganta, demasiado repentino para que pueda detenerlo.

—Pero yo no lo merezco. No lo merezco. Ahora no lo sabes, pero lo sabrás. Fui egoísta, me permití tenerte de todos modos, pero sabía que iba a acabar así.

—¿Te estás escuchando? ¿Por qué nos haces daño a los dos sin ninguna razón?

Intenta estrecharme entre sus brazos mientras sus ojos buscan los míos, pero me aparto. Si dejo que me consuele, caeré en la tentación de ceder, y no puedo. Debería haberme mantenido firme cuando rompí la relación la primera vez. Para empezar, no debería haber dejado que me atrajera. Aquella tarde en la biblioteca, aquella mañana en su habitación, aquella noche estrellada en el campo de béisbol… Nada de eso debería haber ocurrido.

—No lo hagas.

Algo en sus ojos se rompe.

—Ángel, vamos.

—Matrimonio, hijos, alguien que encaje en tu vida…, te mereces eso, Sebastian. Vuelve con tu familia perfecta. —Me seco las lágrimas bruscamente —. Esto iba a terminar así tarde o temprano. No puedo ser tu ángel.

Él me besa y no puedo evitar devolverle el beso. Una última vez. Un beso más, fugaz en su perfección, que me hace arder incluso mientras caigo en el frío abrazo del espacio. Se separa lentamente y su contacto me deja una herida abierta.

—Eres parte de esa familia —susurra.

Mi corazón se parte en dos.

—No lo entiendes.

—Sabes que me importa una mierda cómo sea mi vida mientras te tenga a ti, ¿verdad? —Se le quiebra la voz; también está conteniendo las lágrimas.

Cierro los ojos, obligándome a pensar en el futuro. Es mejor que todo se desmorone ahora, antes de llevar su apellido. Un tajo mortal en las tripas en lugar de un millón de pequeños cortes que nunca cicatrizarían.

Lo empujo hacia la puerta.

—Necesito estar sola. Por favor.

—No hemos terminado con esta conversación —dice mientras se acerca al pomo de la puerta.

Le cierro la puerta en las narices. Acto seguido me deslizo hasta el suelo. Un sollozo, luego otro. Me seco la cara y arranco un trozo de papel de mi cuaderno.

Cuando termino, saco el móvil del bolsillo y bajo las escaleras de puntillas.

El Uber se detiene en la acera justo cuando abro la puerta principal.

57
Sebastian

No quiero volver a la cena. No hay una sola parte de mí que desee sentarse a responder las preguntas de mis hermanos sobre mi futuro en este momento. Pero he sido yo quien inició esta conversación y es evidente que Mia quiere estar sola, así que es mi única opción. Puede que cuando terminemos le lleve un plato y podamos hablar. Hablar de verdad, no lanzar palabras como dardos envenenados. Soy tan culpable de ello como ella, pero hablaba en serio cuando le dije que esta conversación no había terminado. Tenemos que resolver esto, aunque nuestras palabras nos hieran en lo más hondo.

Un futuro sin ella no es futuro.

Me detengo en la escalera, respirando hondo para tranquilizarme. Las lágrimas se niegan a desaparecer, así que me presiono los ojos con las palmas de las manos. Mis sentimientos son un caos absoluto ahora mismo, una mezcla de ira y tristeza que luchan en medio de una enorme preocupación. ¿Qué más da si nos casamos o tenemos hijos? Me importa mucho más mi futuro con ella que los hipotéticos hijos que pudiera tener.

Tal vez debería intentar hablar con ella de nuevo.

Sacudo la cabeza, aunque estoy solo, y me paso las manos por la cara. Eso solo empeoraría las cosas. Está escuchando todas las cosas equivocadas, todas las tonterías que salieron de mi boca en lugar de lo que de verdad es importante. Y la forma en que aceptó mi beso y luego me echó de la habitación de un empujón…

Jugueteo con la medalla de mi padre, repasándolo todo en mi cabeza. Nunca pensé que querría poder retirar un beso de Mia Di Angelo, pero ahora mismo desearía que nunca hubiera sucedido.

Penny levanta la cabeza en cuanto vuelvo a la terraza. Algo en mi expresión

debe hacerla dudar, porque abre la boca, pero no dice nada. Me siento en la silla, pero la comida ya no me apetece nada. Se me encoge el estómago. Todo el esfuerzo que Bex puso en hacer esta deliciosa cena, estando embarazada, y yo lo he estropeado todo.

No debería haber dicho nada sobre mi decisión de dejar el béisbol por el momento.

¿De verdad Mia cree que es una mala idea o solo era presa del pánico? Cuando se lo conté por primera vez, se mostró comprensiva. Tengo que creer que esos son sus verdaderos sentimientos al respecto.

Me froto el pecho. Independientemente de su intención, lo ha conseguido. Tiene que saber que no aspiro a convertirme en cocinero de un restaurante cualquiera. Sueño con The French Laundry, no con el Outback Steakhouse. Quiero aprender de los que dominan sus respectivas cocinas, en todo el mundo. Quiero llevar la chaquetilla blanca de chef con orgullo y tener un buen puesto en una cocina cuando me lo haya ganado. Con el tiempo, puede que quiera tener mi propio restaurante, o quizá todo un grupo de restaurantes.

No he perdido mi espíritu competitivo ni mi afán de superación; simplemente he decidido encauzarlos hacia algo que es enteramente mío.

Conozco a Mia. Si creyera que no era una buena idea, me lo habría dicho. Solo está molesta, sobre todo porque la presioné demasiado con respecto a su familia. La presioné hasta el punto de que me criticó por la mía.

Joder. Debería haberlo sabido. Me ha dicho una docena de veces lo mucho que su familia significa para ella, incluso con toda la mierda.

—¿Estás bien? —Cooper me da un pequeño empujón con el pie—. ¿Qué ha pasado?

—No quiero hablar de ello.

—¿Debería bajar? —pregunta Penny.

Sacudo la cabeza.

—Dale algo de espacio.

—Por si sirve de algo, creo que es un buen plan —dice Cooper.

Mis hombros casi se relajan de alivio.

—¿En serio?

—Pues claro. ¿Verdad, James?

—Cooper y yo estábamos hablando —dice James—. Si no es lo que quieres, no lo hagas. No te ates a ello solo porque sientas que es tu obligación. Después de haber jugado al fútbol profesionalmente durante una temporada, sé que si no fuera lo que quiero hacer, estaría perdido.

—Y eres increíble cocinando —dice Cooper—. Sabemos lo mucho que te gusta. Tendrás éxito hagas lo que hagas con ello.

Agacho la cabeza mientras siento que me sonrojo.

—Gracias, chicos.

—Eres nuestro hermano —repone James. Se lleva el puño al corazón, al tatuaje que comparte conmigo y con Cooper—. Siempre te apoyaremos.

Mi corazón se acelera en mi pecho mientras las emociones positivas luchan con las negativas.

—¿Aunque ya no sea… deportista? ¿Como vosotros?

—Para que quede claro, seguiré retándote en el gimnasio cada vez que pueda —dice Cooper—. Y por supuesto estaré triste si te vas un semestre antes.

James sacude la cabeza con afecto hacia nuestro hermano.

—Seb, no eres de la familia porque practiques un deporte. Eres de la familia porque te queremos.

Bex sorbe por la nariz, sin duda a punto de ponerse a llorar otra vez.

—Qué bonito.

James le aprieta la mano.

—Es la pura verdad. ¿Recuerdas la pelea que tuviste la primera semana en Albright?

—Fue una buena pelea —recuerda Cooper—. Desde luego valió la pena el sermón de mamá y papá.

—Me metí en la refriega por ti entonces —dice James—. Y lo haría ahora y siempre.

Hay un momento de silencio mientras trato de encontrar las palabras. No sé por qué estaba tan preocupado por sus reacciones. Supongo que es imposible calmar la ansiedad cuando se trata de momentos como este, aunque me hayan aceptado como su hermano desde el primer día.

—Gracias.

—Espera —dice Cooper—. ¿Mamá y papá conocen tu plan?

—Todavía no —digo—. Quería contároslo a vosotros dos primero.

—Pobre Richard —aduce Penny, aunque no suena demasiado apenada—. Enterarse de que va a ser abuelo y de esto a la vez.

—Te apoyaremos —dice Cooper—. Cuando quieras decírselo, estaremos contigo.

James asiente.

—Supongo que tiene que ser pronto, ya que el *draft* es dentro de unas semanas. ¿Qué hay que hacer para retirarse, escribir a la oficina del comisario?

Penny se levanta y se lleva el teléfono a la oreja.

—Hola. ¿Estás bien? ¿Quieres que te lleve un plato?

Es Mia.

Yo también me levanto y me acerco a Penny. Ella me lanza una mirada mientras se pasa una mano por el pelo. Abre los ojos como platos mientras asimila lo que Mia le está diciendo.

El corazón me da un doloroso vuelco.

—Ah —dice ella—. Quiero decir, joder, ¿hablas en serio?

—¿Qué? —exijo saber—. ¿Está bien?

—Claro. Llamaré antes y le diré a mi padre que estarás allí. —Hace una pausa —. Sí, claro. ¿Estás segura de que esto es lo que…?

No pierdo más tiempo escuchando. Corro hacia el dormitorio, me paro en la puerta y la abro de golpe sin molestarme en llamar.

Está vacío. Las maletas de Mia no están.

Y sobre la cama hay una nota.

S:

Gracias por todo. Por favor, tienes que saber que yo creo en ti. Vas a ser un chef maravilloso.

Siento todo esto. Quererte ha sido muy fácil.

Adiós,

M

P.D.: Siempre fuimos amigos.

58
Mia

Cierro el portátil y me deslizo hasta quedar tumbada en la cama de Penny.

Una parte de mí quiere gritar. Gritar parece una opción aceptable, teniendo en cuenta que Alice no deja de bombardearme con mensajes sobre la presentación, la profesora Santoro no para de pedirme cosas, Giana no ha captado la indirecta de que no quiero volver a hablar de la barbacoa con ella y hace más de una semana que no veo a mi novio.

Exnovio.

Ya no es mío. Me aseguré de eso cuando le escribí esa nota.

Eso no significa que no duela. No sé por qué pensé que el desamor no sería tan profundo si era yo quien lo iniciaba, pero era mentira. Me he volcado en el trabajo desde que volví a Moorbridge, porque en cuanto me tomo un respiro, no puedo pensar en nada ni en nadie más que en Sebastian. Puede que me esté quedando en casa del padre de Penny, pero hay recordatorios de él por todas partes. Cuando el otro día encontré en mi bolso la nota que dejó en el jersey, me encerré en el baño del laboratorio e intenté respirar entre lágrimas…, hasta que Alice aporreó la puerta.

Cada vez que dejo que mi mente divague, revive todos los recuerdos, grandes y pequeños, y lo echo tanto de menos que siento como si acabara de clavarme un cuchillo oxidado en la garganta. Le he hecho daño. Sé que es ambicioso, sé que va a tener éxito en lo que acabe haciendo. Probablemente habrá un imperio de restaurantes Sebastian Callahan algún día. Y lo que dijimos sobre nuestras respectivas…

Es mejor para él que yo no forme parte de su vida. Con el tiempo encontrará a otra, una mujer con una familia a la que quiera y de la que sea feliz formando parte. Una mujer que encaje tan bien en su vida que se reirá al recordar que hubo

un tiempo en el que creyó que yo podría ser esa persona.

Solo tengo que gritar hasta que estos sentimientos desaparezcan.

Cuando Sebastian regresó a Nueva York, yo ya había trasladado todas mis cosas de su casa a la del padre de Penny. El señor Ryder y su prometida, Nikki Rodríguez, que además es la jefa de Penny en la pista de patinaje de la ciudad, han sido muy generosos al permitir que me quede aquí. Es lo que debería haber hecho para empezar, aguantarme y pasar unas noches aquí, y luego mudarme al nuevo alojamiento que me ofreció McKee. Si me hubiera mantenido firme, no me habría vuelto a liar con Sebastian.

No me habría enamorado.

No habría tenido que recuperar mi corazón.

Cojo una almohada y la aprieto contra mi cara. Grito, pero al final mi voz se acaba quebrando en un sollozo. Mi teléfono vuelve a sonar. Cada vez que lo miro es como jugar a la ruleta rusa. ¿Será Giana? ¿Alice? ¿Izzy? ¿Sebastian?

Llaman a la puerta.

—¿Mia? ¿Puedo entrar?

Tiro la almohada a un lado y me incorporo.

—Es tu habitación.

—Bueno, por si acaso estabas desnuda o lo que sea —dice Penny mientras abre la puerta. Frunce el ceño al verme. He estado demasiado ocupada para hacer otra cosa que no sea comer y darme una ducha rápida. Tengo el pelo lacio, me faltan trozos de esmalte en las uñas y llevo días con la misma sudadera—. ¿Va todo bien?

—La presentación es un desastre.

Penny se sienta a los pies de la cama.

—Ni de coña. Es increíble.

—Alice me ha echado la bronca por etiquetar mal un diagrama.

—Que se vaya a la mierda.

Suelto una carcajada.

—Pero tiene razón. Trabajo a destajo y no paro de meter la pata. El simposio es la semana que viene y apenas he practicado.

—Trabaja más tarde —dice—. He pedido pizza.

Me ruge el estómago ante la mera mención de la comida. No sé cuándo comí por última vez. Tal vez fuera la barrita de proteínas del laboratorio que me comí antes.

Sebastian no lo permitiría. Ya estaría en la cocina, preparando algo increíble.

Algo que le dije que no debía hacer.

Vuelvo a tumbarme en la cama, con la respiración entrecortada.

—He pensado que quizá podríamos arreglarnos las uñas la una a la otra —dice Penny. Oigo la preocupación en su voz y me muerdo la mejilla para contener las lágrimas—. Y elegir otra película para ver. Mi padre y Nikki van a salir a cenar, así que tenemos la tele grande del salón para nosotras.

—Vale.

—Esta vez no voy a sugerir una comedia romántica.

—Me da igual, Pen. Pon lo que quieras.

Ella me mira con el ceño fruncido.

—Sebastian ha vuelto hoy de su viaje. El último de la temporada.

—Por favor, no…

—Quiere venir a hablar contigo.

Cierro los ojos. Al día siguiente de que me fuera, vino a la casa a buscarme para hablar conmigo. Penny se lo quitó de encima, cosa que le agradezco, aunque estoy segura de que no fue cómodo para ella. Tengo que esforzarme por ser más amable con ella, porque es la única que está en medio entre los Callahan y yo. Seguro que Cooper está encantado conmigo.

—No puedo.

La voz de Penny suena vacilante.

—Está bien, le diré que deje las cosas en el porche.

—¿Qué cosas?

—Un par de zapatos y tu chaqueta. Supongo que te los dejaste en casa.

—Deberías devolverle su camiseta.

—No creo que la eche de menos.

Me inclino sobre el borde de la cama y rebusco en mi bolso hasta encontrarla. Se me encoge el corazón al verlo. La única vez que me la puse, me lo quitó con suma ternura.

—Toma. Dásela o tírala, me da igual. No quiero volver a verla.

Su expresión se torna triste. Su bondad y la de su padre están ayudando a mantener vivo mi sueño en este momento. Necesito recordarlo.

—Por favor —añado, tendiéndosela.

Ella la coge.

—Vale. Pero que conste que sigo pensando que deberíais hablar.

—Tomo nota.

—También erais amigos, ya sabes.

Me río a carcajadas.

—Créeme, lo sé.

—Así que, aunque no os vaya bien como pareja, a lo mejor podríais…

—No nos ha ido bien —la interrumpo—. Sebastian cree que debería apartar a mi familia de mi vida.

—Estaba frustrado —dice—. Todos vimos cómo se comportaron en la barbacoa. Tampoco tú crees que sean perfectos.

—No somos compatibles —alego, aunque ya hemos hablado de esto una y otra vez. Sé que intenta ayudarme, pero me estoy cansando de dar explicaciones —. Habría terminado mal de todas formas.

—No has conseguido lo que querías —repone, con un tono un poco cortante —. Va a dejar el béisbol de todos modos.

—Eso es lo que quería.

Después de la conversación que tuvimos en el campanario, yo no quería que siguiera con el béisbol, ni siquiera por un momento. Ahora que he tenido tiempo de pensar, sé que no lo deja por mí. Puede que yo le haya dado un pequeño empujón, pero lo está haciendo única y exclusivamente por él. Aun así, eso no cambia el hecho de que tarde o temprano tendría que renunciar a algo por mí, ya sea al matrimonio, a tener hijos o a cualquier otra cosa, o acabaría siendo yo la que cediera por él. Eso nos destrozaría, y la única variable sería cuánto tiempo tardaría en suceder.

Penny se pasa la trenza por encima del hombro.

—¿De verdad? Querías que fuera desgraciado porque tu madre te metió miedo.

—Necesito que dejes de ser la novia de Cooper por un segundo y seas mi amiga.

En el momento en que las palabras salen de mi boca, desearía poder retirarlas. Su expresión cambia y algo se apaga en su mirada.

—Vaya. Vale.

—Pen…

—No lo decía como su novia, sino como tu amiga y la de Sebastian.

—No quería decir… —Me quedo callada cuando suena mi móvil. Lo miro con una mueca antes de cogerlo—. ¿Alice?

—Dijiste que estarías en el laboratorio hace media hora —dice—. ¿Dónde estás?

He perdido por completo la noción del tiempo, pero ni loca pienso reconocérselo.

—Estoy cerca. Lo siento, llego en unos minutos.

—Mia —dice Penny mientras me levanto de la cama y empiezo a meter cosas en mi bolso a toda prisa.

—Lo siento. Tengo que ir al laboratorio.

—Deberíamos seguir hablando de esto.

—¿Qué quieres que te diga? Tú encajas con ellos, Penny. Algún día tendrás una boda preciosa con Cooper y unos hijos preciosos. Si hasta tu padre es el entrenador de Cooper. Es como si hubieras nacido para ser una Callahan.

—Sebastian no te está pidiendo que hagas ninguna de esas cosas.

Me calzo las sandalias y guardo el móvil en el bolso. Tengo un aspecto horrible, pero no hay nada que pueda hacer al respecto en este momento. Alice tendrá que ignorarlo. Ella tampoco tiene buen aspecto últimamente; debe hacer al menos unas cuantas semanas que no se ha teñido.

A lo mejor debería cortarme el pelo antes del simposio.

El hecho de que un corte de pelo me parezca tan buena idea ahora mismo es más deprimente que la sudadera manchada de McKee que llevo puesta.

—Me gusta pensar que lo conozco bastante bien —dice Penny mientras yo abro la puerta—. Igual que te conozco a ti. Y para que conste, no creo que Sebastian haga nada que no quiera hacer de verdad. Si el tema del matrimonio y

los hijos fueran un impedimento para él, lo habría dicho.

Le dedico una sonrisa tensa.

—¿Lo dejamos para otro momento?

Me pregunto si habrá un par de tijeras en el laboratorio.

59

Sebastian

No llegamos a los *playoffs*.

Aunque ganemos los tres últimos partidos de la temporada, la única serie que nos queda contra la Universidad de Norfolk State, no será suficiente. Acabaremos en el último puesto de la Conferencia Este. Y si bien me da pena por mis compañeros, sobre todo por los veteranos, no siento más que alivio.

Ya hay una fecha final definitiva. Un último adiós.

Mia no estará, pero empiezo a acostumbrarme.

Cuando se fue de casa de James, dejando una nota que me hizo desear no haberle escrito nunca ninguna de las mías, al principio tuve la esperanza de que recapacitara y habláramos. Pero no ha sido así. No quiere verme ni hablar conmigo, ni siquiera un momento. Tengo que contenerme para no seguir preguntándole a Penny cómo está. Sé que se siente mal, pero era amiga de Mia antes de serlo mía.

No ha venido a casa con nosotros este fin de semana, pero James y Bex están aquí, tal y como prometieron que harían para este anuncio. También Cooper e Izzy. Aunque preferiría hacer cualquier otra cosa en el mundo antes que decirles a Richard y a Sandra que dejo el deporte al que he podido jugar todos estos años gracias a sus esfuerzos, tiene que ser ahora. Ya he empezado a escribir la carta al comisario Scofield para pedir que me liberen de la lista de reclutamiento y también tengo que contárselo a Zoe. Me envió el borrador del artículo el otro día, pero no lo he leído.

No dejo de repetirme que no quiero leer lo que ha escrito sobre la muerte de mis padres, y en parte es por eso, pero lo que de verdad me aterra es leer lo que dije sobre Mia. Sentía de verdad cada palabra y todavía lo hago, pero eso solo lo hace peor.

Cooper me coge del hombro y se sienta enfrente de mí. Estamos en el salón, la habitación de la casa con los sofás más cómodos y todos los juegos de mesa. Me encanta esta habitación; siempre que estoy aquí, me vienen a la memoria las partidas de Monopoly en Navidad y las batallas nocturnas de Mario Kart. Tartas de cumpleaños y el karaoke. Discusiones y risas, todo mezclado. Esta es la habitación familiar privada, lejos del espacio de revista de la parte delantera de la casa, y aquí atesoro una década de recuerdos.

Cuando les conté mi plan a James y a Cooper, hubo una fracción de segundo en la que quise dar marcha atrás. No porque dudara de mí y de mi decisión, sino porque no quería romper el vínculo entre nosotros. Los chicos Callahan, todos deportistas, igual que Richard. Pero su reacción me dio fuerzas para este momento. Puede que sea el hijo de Jacob y Danielle Miller, pero soy un Callahan.

No por el béisbol, sino porque son la familia que me eligió a mí y yo los elegí a ellos.

—¿Cómo estás? —pregunta.

Sé que no se refiere solo al béisbol. Sacudo la cabeza.

—No lo sé.

—Todavía podría entrar en razón.

—No lo creo. —Jugueteo con la medalla y la observo en vez de mirar a mi hermano a los ojos—. Tuve una oportunidad y la desperdicié.

—Está asustada. Puede que no dure para siempre.

—La amo.

—Lo sé —dice en voz baja.

—Creía… que ella también me amaba. Pensé que lo nuestro era para siempre. —Me río. Es un sonido solitario y hueco—. Pensé que estaría a mi lado en esto.

—Nosotros lo estamos —aduce James, sentándose a mi lado en el sofá—. Te apoyamos.

—Si papá te lo hace pasar mal, aunque sea un momento —interviene Izzy, sentándose al otro lado—, le enseñaré la investigación. Tengo una presentación lista por si acaso. Hasta te he puesto una chaquetilla de chef con Photoshop.

La verdad es que no sé si está bromeando. Vuelvo a sacudir la cabeza, la

abrazo y le doy un beso en la coronilla.

—Gracias.

—Y después de esto hablaremos de Mia —dice—. Puede que esté ignorando todas mis llamadas, pero al final entrará en razón. Puedo ser muy persuasiva.

—Me llamó el otro día —dice Bex—. Para disculparse por irse tan de repente.

Parpadeo.

—No me lo habías dicho.

Ella se encoge de hombros.

—Creo que Penny le dio mi número. Parece simpática, Seb. Siento que no esté yendo como querías.

—Sí —dice Sandra, entrando en el salón con Richard—. Oh, cariño, ven aquí.

Kiwi, que al parecer ha decidido que Richard es su dios, trota tras ellos.

Me abraza, con su característico olor a menta, y me besa en la mejilla.

—¿De qué querías hablar con nosotros? ¿Es sobre Mia?

—No. —Respiro hondo—. Es… es sobre el béisbol.

—¿Algún gilipollas ha intentado hacerte fotos otra vez? —exige Richard. Kiwi salta a su regazo y le muerde los botones de la camisa. Él lo regaña suavemente y Kiwi lo mira indignado un momento antes de ponerse cómodo.

Respiro de nuevo. Puede que necesite hacer ejercicios de respiración para superar esto.

—No.

—¿Es por no haber llegado a los *playoffs*? Duele, pero es algo que se pasa —dice Richard—. Has jugado bien, sé que lo has dado todo.

—Cariño —dice Sandra—. ¿Por qué no le dejas hablar?

Me siento más erguido. Cooper me llama la atención y asiente.

Puedo hacerlo.

—Voy a dejar el béisbol —digo de forma apresurada—. Voy a retirarme del *draft*.

Sandra abre los ojos como platos. El codo de Richard resbala en el brazo de la silla.

—Voy a graduarme un semestre antes —añado, ahora que he empezado a hablar. Sigo mirando a Richard, a esos profundos ojos azules que cada uno de

mis hermanos ha heredado, e ignoro el tamborileo de mi corazón—. Después del próximo semestre, tendré los créditos. Voy a utilizar parte de mi herencia para viajar, explorar diferentes cocinas, y abrirme camino en la industria de la alimentación. Como chef.

—Un chef —repite Richard.

—Me apasiona —digo, antes de que él articule otra palabra—. Y tengo la energía y el instinto. Me he dado cuenta de que a pesar de que amo el béisbol…, y lo amo de verdad, no digo que no…, no quiero dedicarme a eso. Aunque sea lo que mi padre quería para mí. Aunque tenga talento. Aunque… aunque tú fueras un atleta profesional, James también lo sea y Cooper vaya a serlo.

Richard se sienta, considerando todo eso con el ceño fruncido.

—¿Tiene esto algo que ver con Mia?

—No —me apresuro a decir—. A ver, ella me ayudó a darme cuenta de qué es lo que quiero. Pero no lo hago por ella. Lo hago única y exclusivamente por mí.

—Y lo has pensado —dice—. Lo has pensado bien. Porque es mucho a lo que estás renunciando, hijo.

—Sé que mi padre quería que jugara al béisbol profesionalmente —digo—. Y estoy muy agradecido de que mamá y tú…, de que ambos hicierais que siguiera jugando al béisbol. Pero esto es lo correcto para mí.

Aunque sea un futuro que no incluya a Mia, sigue siendo el que quiero. Prefiero una cocina estrecha que la vasta extensión del jardín izquierdo. Tener la oportunidad de hacerme un nombre por méritos propios, en lugar de preocuparme por estar a la altura de la reputación de otra persona.

Sandra mira a su marido, con los ojos brillantes.

—A Danielle le hacía mucha ilusión —declara—. Le encantaba cocinar.

—Ya lo creo —dice Richard. Con la mirada perdida en algún punto lejano—. ¿Recuerdas aquella vez que Jake la sorprendió con ese pavo gigantesco para Acción de Gracias?

Ella se ríe.

—Estaba tan preocupada de que no se descongelara a tiempo.

—El mejor pavo que he comido en mi vida. —Se enjuga los ojos—. Oh, Sebastian. Hay tanto de ellos en ti.

Las lágrimas me anegan los ojos, pero no me molesto en secármelas. James me frota suavemente la espalda, ofreciéndome consuelo.

—Gracias —digo, con la voz quebrada—. Entonces…, ¿os parece bien?

—No recuerdo que me hayas pedido permiso —aduce Richard, con un leve tono irónico—. Pero por supuesto que está bien.

—Es que sé lo mucho que mi padre quería esto para mí.

—Lo que él quería era que fueras feliz —dice Sandra—. Y eso es lo que nosotros queremos también para ti.

—Estarían muy orgullosos de ti. —Me arrimo para encontrarme con los brazos de Richard a medio camino. Su abrazo es fuerte, reconfortante, y durante un momento me permito respirar, con la cara aplastada contra su cuello—. Jake estaría muy orgulloso de ti. Te has convertido en un joven maravilloso.

En el pasado, habría cambiado cada uno de los abrazos de Richard por uno solo de mi padre, aunque solo fuera por un momento. Pero ahora mismo no quiero eso. Quiero quedarme aquí, en el presente, con este hombre que también es mi padre.

Mia tenía razón. Tengo suerte de haber tenido no una buena familia, sino dos.

—¿Y tú? —susurro—. Supongo que me preocupaba no ser… tan Callahan como el resto de vosotros. No quería perder esta familia.

—Eres mi hijo —dice. Se aparta para que podamos mirarnos a los ojos, con la voz más seria que le he oído jamás—. Eres mi hijo, sin importar lo que decidas hacer con tu vida.

—No necesitas el béisbol para tener nuestro amor —apostilla Sandra. Una lágrima resbala por su mejilla mientras sonríe—. Eres el hijo de Jake y Danielle, pero también lo eres nuestro.

Las palabras que están a punto de salir de mi boca no son «Richard» y «Sandra». He querido decirlas durante años, pero siempre me he contenido. Siempre encontraba una excusa para mantener esa distancia.

Ya no.

Son mi familia. Soy un Callahan.

Soy hijo de mi padre y de mi madre, pero también soy hijo de Richard y de Sandra.

Miro a mi familia, mi familia, y siento tanto amor que casi puedo olvidar que falta alguien. Mia se me escapó de las manos, como un puñetero sueño fugaz, pero esto es para siempre.

—Gracias, mamá y papá.

Más tarde esa noche, tengo la carta al comisario redactada y lista para enviar. Richard me ayudó con parte de la redacción y después llamamos a Zoe y le dimos permiso para dar la noticia una vez que termine mi temporada. Izzy también prometió publicarla en mi Instagram.

Me sentiría más ligero que el aire, si no fuera porque lo único que deseo es hablar con Mia.

Busco su contacto en mi teléfono por centésima vez en una semana. Si la llamara, ¿me cogería el teléfono? ¿Me respondería si le enviara un mensaje?

Seguro que sigue en el laboratorio. Falta muy poco para el simposio.

Mientras yo juego mi último partido, ella hará su presentación. Es probable que en este momento esté analizando datos, ajustando diapositivas y ensayando lo que va a decir. Durante medio segundo, la siento tan cerca que juraría que podría alargar la mano y tocarla. Seguro que lleva el pelo recogido de cualquier manera en un moño y las gafas sobre la nariz. Si se equivoca en algo, hace una mueca y echa un vistazo a sus notas antes de empezar de nuevo, desde el principio.

Antes de que todo sucediera, le prometí que la escucharía practicar tantas veces como lo necesitara.

En vez de eso, estoy en el patio trasero de la casa de mi familia, contemplando las estrellas.

Estoy seguro de que hay muchas otras escondidas en el cielo nocturno, igual que esos miles de millones de exoplanetas, pero las estrellas que puedo ver se esparcen por el negro manto como purpurina sobre terciopelo. Puede que ella también las esté mirando, como aquella noche en Albany, cuando me dijo que buscara la luna.

—Bonita, ¿verdad?

Izzy me da un leve empujón en la cadera cuando me giro. Antes llevaba pantalones cortos y una camiseta, pero ahora lleva unos *leggins* y un holgado jersey desgastado. Su pelo oscuro, suelto sobre los hombros, brilla a la luz del patio.

—Te traigo un chocolate caliente.

—Oh, gracias. —Cojo la taza que me tiende. El chocolate caliente es una elección extraña en una cálida noche de finales de junio, pero bebo un sorbo de todos modos—. ¿Qué estás haciendo?

—Bueno, al principio iba a trabajar —responde—. Este fin de semana hay una boda en los Hamptons que Katherine está convencida de que va a ser un desastre, así que me está haciendo repasar todos los detalles otra vez. Pero luego he pensado que debía hacer vida social, así que fui a pasar un rato con mamá y con Bex, solo que estaban hablando de lo doloroso que es el parto y yo no puedo lidiar con esa energía hasta que tenga por lo menos veinticinco años, así que se me ocurrió preparar chocolate caliente y supuse que tú también lo necesitabas. Si alguna vez hubo un momento ideal para beber chocolate caliente, es este. Estás literalmente mirando las estrellas como un cachorrillo enamorado.

Solo parpadeo. La mejor manera de entender los pequeños discursos de Izzy es empezar por el principio e ir avanzando.

—¿Quién es Katherine?

—Katherine Abney. Mi jefa.

—Claro. ¿Y por qué chocolate caliente?

—Es la bebida más reconfortante. —Da un sorbo, como para enfatizar sus palabras.

—Ya casi es el Cuatro de Julio.

—¿Y qué? —Choca nuestras tazas. En la mía pone «McKee Royals» y la suya tiene pequeños corazones—. Tú bebes cerveza en invierno y la cerveza está mejor fría.

Supongo que tiene razón. La mayoría de las veces la tiene, aunque no sea la que yo hubiera esperado.

—¿De verdad parezco un cachorrillo enamorado?

Ella levanta la mano y coloca el pulgar y el índice a medio centímetro de distancia.

—Solo un poco. Pero sobre todo es adorable.

—Mientras parezca adorable —digo con ironía.

—Penny me explicó un poco lo que pasó —dice. Se pasa la mano, adornada

con finas pilas de anillos, por el pelo—. ¿No te ha dicho nada?

—No quiere verme.

Ella hace un ruido silencioso.

—Supongo que las palabras no servirían de nada de todos modos.

—¿Qué quieres decir?

—Mia es científica, Seb. —Ladea la cabeza mientras mira al cielo—. Los científicos necesitan pruebas para creer en las cosas. No puedes decir algo y esperar que lo crea sin cuestionarlo, ¿sabes? Tú sabes lo que sientes, pero a menos que le des algo concreto que no pueda rechazar, no va a permitirse asimilarlo.

Me quedo callado un momento, considerando sus palabras.

Una vez le dije a Mia que lo que merezco es lo que quiero, y sigo creyéndolo. Una parte de ella siempre ha sentido que no es lo bastante buena para mí, y que estaría mejor con alguna hipotética mujer que pudiera darme más que ella. Más apoyo profesional, o hijos, o lo que ella crea que espero de mi pareja, sin cuestionarlo ni hacer concesiones.

Eso es una tontería. Ella es más que suficiente para mí, lo es todo y más, pero Izzy tiene razón. Con o sin hijos, con matrimonio o sin él, que le den a su familia porque ella lo es todo para mí. Necesita pruebas, o de lo contrario seguirá fingiendo que no oye lo que le digo.

—Izzy —digo—. ¿Alguna vez te han dicho lo inteligente que eres?

60
Mia

No estoy acostumbrada a llevar el pelo tan corto.

Lo arreglo frente al lavabo, haciendo una mueca. Quizá debería recogérmelo. Ahora me llega a los hombros, quince centímetros más corto que antes, y más difícil de sujetármelo detrás de las orejas. No quiero que se venga a la cara mientras estoy en el escenario.

Ahora mismo, Sebastian se está preparando para jugar su último partido.

Y yo estoy al otro lado del campus, a punto de entrar en el auditorio del simposio.

Aparte del pelo, me veo bien. Pantalones negros ajustados, mocasines, una camisa de seda azul claro y una americana negra. Mis pendientes de aro y mi cadena de oro son piezas extra de mi armadura. Estoy a punto de entrar en una sala abarrotada de científicos, la mayoría hombres, y para que me tomen en serio hay que vestir como es debido. Jugueteo con un pendiente y respiro hondo.

Aunque siguiéramos saliendo, no habría ido al partido de hoy. Él no habría dejado que me perdiera este momento, y la verdad es que yo tampoco me habría ofrecido. En todo caso, él estaría entre el público, renunciando a otra cosa más por mí.

Eso es lo que tengo que recordar cada vez que me duele tanto como si alguien me hubiera clavado una estaca oxidada en las costillas.

Lo nuestro no está escrito en las estrellas.

Ni siquiera estamos en la misma galaxia.

—¿Mia? —dice Alice mientras abre la puerta—. ¿Dónde coño…? Ahí estás. Bien. Llegas tarde.

Termino de colocarme bien la chaqueta antes de mirarla. Hoy ha optado por un vestido y unos zapatos planos, y está claro que en algún momento entre la última

vez que la vi y ahora, ha ido a la peluquería.

—Hola, Alice.

—Sigo sin poder creer que Beatrice quiera que hagas una presentación de semejante relevancia. —No se molesta en ocultar la envidia que destila su voz —. Un verdadero experto debería hablar de esto.

—Ese siempre ha sido el plan.

—Y tú eres solo una estudiante. Esta es mi tesis doctoral. Apenas sabes de lo que estás hablando.

—Buena suerte defendiéndola —murmuro mientras intento pasar por su lado.

Ella se pone delante de la puerta para impedirme salir.

—¿Cómo dices?

Podría fingir que lo que he dicho era de corazón. Pero ella lleva semanas menospreciándome solo porque se siente insegura y yo me he mordido la lengua porque soy una profesional. Ella puede pensar lo que quiera, pero yo me he ganado el derecho a hacer esta presentación. Estoy nerviosa y tengo el corazón roto en pedazos, y no voy a dejar que me pisotee. Ya no. No hoy.

He escondido las garras hasta ahora, pero ha elegido el día equivocado para meterse conmigo.

—He dicho que buena suerte defendiéndola. Sobre todo porque yo he reescrito la mayor parte de tu código.

Ella se sonroja.

—No seas ridícula.

—Sabes que es la pura verdad. —Doy un paso más—. Alice, eres inteligente, pero no cuando se trata de los detalles técnicos. Intenté ayudarte, pero tú no quisiste que trabajáramos en equipo.

—Yo no le pedí a Beatrice que te trajera al laboratorio.

—Echa un vistazo al público que hay ahí fuera —digo—. Casi todos son hombres. Podríamos habernos apoyado mutuamente todo este tiempo, como dos mujeres en un campo que sigue dominado por los hombres, y, en lugar de eso, te has portado como si yo fuera una idiota a la que tenías que aguantar. He mejorado el programa. El próximo artículo de la profesora Santoro será mejor gracias a eso. Tu tesis será mejor gracias a eso. Me merezco hacer esta

presentación.

Alice se pone roja como un tomate, abriendo y cerrando la boca antes de encontrar las palabras para responder.

—Si la cagas, todo recaerá sobre mí.

La rodeo para coger el pomo de la puerta.

—Menos mal que lo tengo todo controlado.

Una vez en el pasillo, no me entretengo; no quiero seguir discutiendo con ella. Me meto en un aula y miro la hora.

Quedan diez minutos antes de que tenga que estar en el auditorio.

No hay duda de que Robert Meier estará en primera fila, con las preguntas preparadas. Hay vídeos en Internet de cómo aborda estos actos, y siempre tiene un cuaderno abierto sobre el regazo, lleno de observaciones y preguntas. A veces, interrumpe la presentación para formularlas, exigiendo obtener más información, más análisis. Si logro entrar en su programa la próxima primavera, me enfrentaré a un nivel de exigencia como jamás he afrontado hasta la fecha.

La idea me pone nerviosa y me emociona a la vez.

Aparte de Penny, que insistió en venir al simposio, a pesar de que le dije que no me importaría si prefería ir al partido de Sebastian, no habrá ni una cara amiga a la que mirar. No he hablado con mi familia desde la barbacoa. Sé que pronto tendré que hacer de tripas corazón y tenderles la mano, porque cuanto más se alargue esto, peor me sentiré, pero una parte de mí no pierde la esperanza de que Giana sea la primera en disculparse. Si soy aún más sincera conmigo misma, espero que mis padres estén dispuestos a escucharme y a dejar que les explique mi plan en profundidad, en lugar de ignorarlo y desaprobarlo desde la distancia.

Mi teléfono vibra al recibir una serie de mensajes.

BEX

¡Buena suerte hoy, Mia!

JAMES

¡Buena suerte, Mia!

COOPER

Vas a arrasar :)

PENNY

Qué ilusión <3 ¡Vas a estar increíble!

IZZY

A por ellos, genio del espacio <333

Me muerdo el labio mientras miro mi teléfono, pero el mensaje que realmente quiero no llega.

En vez de eso, Izzy me manda otro mensaje, esta vez en privado.

Pensé que querrías ver esto antes de que se haga público.

Le hice prometer a Penny que te haría una foto en el escenario <333

Hago clic en la imagen que me ha enviado. Es una captura de pantalla de una carta.

La carta de Sebastian a la Major League Baseball.

Al Comisionado Scofield y a quienes corresponda:

Ahora que se acerca el día del draft *de la MLB, quiero agradecer a los treinta equipos de las grandes ligas su interés tanto en mí como jugador y como persona. El béisbol ha sido una parte importante de mi vida desde el principio y sé lo mucho que significaba para mi padre, la leyenda de los Reds Jacob Miller. Algunos de mis primeros recuerdos incluyen jugar a la pelota con él y escuchar a Marty Brennaman gritar: «¡Esta es de los Reds!» tras las victorias. Ha sido un honor y un privilegio seguir sus pasos, y siempre amaré este deporte.*

Sin embargo, al considerar mi futuro, me he dado cuenta de que necesito seguir un camino diferente. Por lo tanto, retiro mi nombre de lista de candidatos para el draft *de la MLB, ahora y en el futuro. Estoy agradecido por todo lo que el béisbol me ha dado, pero es hora de dedicarme a mis propias pasiones.*

Además, me graduaré de la Universidad McKee un semestre antes, por lo que esta será mi última temporada. Los últimos tres años han sido algunos de los más desafiantes y emocionantes de mi vida, y agradezco al entrenador Martin, al personal y a mis compañeros de equipo por ayudarme a convertirme en el hombre que soy hoy.

Me gustaría dar las gracias a mi familia por su apoyo, así como a Mia Di Angelo por enseñarme que tengo que definir mi propio futuro. No sé lo que me deparará, pero estoy deseando descubrirlo, y sé que mis padres estarían orgullosos de mí.

Atentamente,
Sebastian Callahan

Las lágrimas me nublan la vista cuando termino la carta. Sus palabras reflejan tan bien quién es Sebastian que siento que podría tocarlo a través de la pantalla del teléfono. Echo de menos poder abrazarle siempre que quiero, algo que pensé que nunca diría sobre nadie. Me seco los ojos con cuidado de no estropearme el rímel.

Me da las gracias. A pesar de todo, a pesar de dejarlo, de amarlo y de volver a dejarlo, él me da las gracias.

Ojalá pudiera asistir al partido, aunque solo fuera como amiga. Estoy segura de que significa mucho para él, una última vez haciendo lo que aprendió a amar de su padre. Aunque me alegro de que su familia esté allí para animarlo, a mí también me gustaría estar. Pero igual que él está definiendo su futuro, yo tengo que definir el mío.

Los astros no se alinean para nosotros. Estoy siendo devorada por un agujero negro que quiere aplastarme hasta reducirme a la nada, pero este sufrimiento, por muy profundo que sea, no es nada comparado con el sufrimiento que nos

habríamos causado el uno al otro en el futuro. Aquella noche en casa de James y Bex fue solo un aperitivo.

Tengo que convertirlo en un recuerdo, a partir de este mismo instante.

Entro en el auditorio por la parte de atrás. La profesora Santoro está abriendo el simposio con un discurso de bienvenida y una presentación propia. Ya está en el podio, hablando por el micrófono, y su plateado cabello reluce bajo las luces del escenario.

—Una de las mejores cosas de ser profesora es descubrir a un estudiante que tiene lo que hace falta para llegar lejos —dice—. Alguien que sabes que algún día te superará, porque francamente es más lista que tú. —Esto provoca algunas risas en la sala. Ella hace una pausa para sonreír, mirando al público. Luego vuelve la cabeza hacia mí, que estoy esperando entre bastidores.

»Esto me ha ocurrido en algunas ocasiones especiales a lo largo de mi carrera, y desde el momento en que conocí a Mia Di Angelo, supe que era alguien excepcional —continúa—. Ella tiene la pasión, la inteligencia y, sobre todo, la curiosidad necesarias para hacer grandes cosas en este campo. Ha sido para mí un gran orgullo tenerla como investigadora de pregrado este verano y estoy deseando que todos la conozcáis.

Me doy cuenta un poco tarde de que esa es mi señal y me apresuro a subir al escenario, dirigiéndome al podio. Mi primera diapositiva está en el proyector detrás de mí, lista para comenzar. Mis pasos resuenan con tanta fuerza en el escenario de madera que no puedo concentrarme en nada más.

La profesora me sonríe cuando nos cruzamos y me da un suave apretón en el brazo.

—Levanta la cabeza. Habla claro. Tú puedes.

No es la primera presentación que hago ni será la última. Esto no es más que el principio. Así que asiento mientras me acomodo en el podio.

Miro al público y casi vuelco el micrófono.

Mi familia está sentada en primera fila.

Giana. Mi madre, mi padre y mi abuela. Penny está al final de la fila, junto a mi hermana, con una sonrisa de oreja a oreja.

Miro a mi madre y ella asiente con suavidad.

Yergo la espalda y empiezo.

61
Sebastian

Me ato las zapatillas con un doble nudo y remeto los lazos. Medias, cinturón, camiseta. La medalla de mi padre debajo de la camiseta, la gorra de béisbol, las gafas de sol. Las piezas de mi uniforme se unen como siempre una última vez. Me pinto dos gruesas rayas negras en las mejillas y luego ayudo a Rafael a hacer lo mismo.

No se respira la animación habitual en el vestuario. Nos hemos repartido los dos partidos anteriores de esta serie y sería estupendo terminar con una última victoria, no solo para mí sino para el equipo, pero no sentimos el entusiasmo que deberíamos. No importa lo bien que juguemos, no nos llevará a los *playoffs*. Este es el final de mi carrera en el béisbol. La última vez que corra hacia el jardín izquierdo. La última vez que entre a la caja de bateo. La última vez que salga del campo al final con mis compañeros de equipo a mi lado, gane o pierda.

Estoy conforme con eso. La carta ha llegado esta mañana a la Oficina del Comisario, y al final del partido, Zoe Anders habrá publicado la noticia. Aún quiere hacerme la entrevista en vídeo pero voy a declinar. Ya he dicho todo lo que tenía que decir en esa carta. No le debo más explicaciones a nadie.

Y quién sabe, puede que algún día los aficionados al béisbol de todo Estados Unidos me reconozcan por mi comida.

Es un día perfecto de finales de junio en Nueva York, caluroso y despejado; de esos que describen en las películas, ideal para jugar al béisbol. Mi familia está detrás del *home*, lista para verme jugar. Aunque logre 0 de 4 o cometa un error, no me importará. Lo habré dado todo una vez más.

Ojalá Mia estuviera aquí.

Miro la hora. Seguro que está haciendo los últimos preparativos para su presentación. Espero que no esté demasiado nerviosa; no me cabe la menor duda

de que lo va a petar. He visto lo duro que ha trabajado en este proyecto, día tras día, noche tras noche. Al final, antes de que todo se torciera, se quedaba despierta en mitad de la noche conmigo, trabajando en la mesa de la cocina, iluminada por el resplandor azul del ordenador, mientras yo cocinaba.

El día de hoy supone un final para mí, pero un principio para ella. Solo espero que su familia cumpla su promesa y haga acto de presencia.

—¿Listo? —pregunta Hunter en voz baja. Él es el único que sabe la verdad de hoy, aparte del entrenador Martin.

Me calo la gorra.

—Me siento bien. No me arrepiento.

—Entonces eso es lo que importa. —Me da una palmada en la espalda—. Te echaré de menos la próxima temporada.

—Tendrás que mantenerme informado.

—¿Aún crees que irás a Europa? Incluso sin…, ya sabes.

Asiento.

—Empezaré por ahí y veré dónde acabo.

—Deberías abrirte una cuenta de Instagram dedicada a la comida o algo así.

Suelto un bufido.

—Ser el centro de atención sigue sin ser para mí.

—Sebastian —me llama el entrenador desde el otro extremo del vestuario—. Si quieres hablar con los chicos, ahora es el momento.

Paso junto a mis compañeros de equipo, la mayoría de los cuales miran con interés gracias al anuncio, y me sitúo junto al entrenador Martin, al lado de la puerta. Cuando le comuniqué mi decisión hace un par de días, se quedó callado durante mucho tiempo, incluso más que mi padre, antes de abrazarme y decirme que me deseaba suerte.

Ahora, me palmea la espalda mientras me sonríe. Quería asegurarse de que tuviera la oportunidad de dirigirme al equipo en mis propios términos antes de que Zoe publique la carta.

Respiro hondo. El púrpura y la madera oscura de los vestuarios siempre me han parecido un refugio cálido y seguro para mí. Los vestuarios de los Reds también eran así; recuerdo vagamente la emoción que sentía cuando me soltaban

en el vestuario. Mi padre me columpiaba sobre sus hombros si me ponía a curiosear demasiado en las otras taquillas, y me hacía cosquillas hasta que nos partíamos de risa.

Me quito la gorra, me paso la mano por el pelo y me aclaro la garganta.

—Último partido de la temporada —empiezo.

Los chicos asienten, murmurando entre ellos. Se me encoje el corazón de cariño. Los voy a echar de menos a todos, incluso a los que son un incordio, como Ozzy. Al marcharme, renuncio a los entrenamientos, a los viajes y a los partidos en casa. A los portazos en las taquillas y a los bates rotos, pero también a las celebraciones, a todos nosotros coreando e inventando saludos especiales.

—También es mi último partido. —Mi mirada se detiene en Hunter y Rafael. Hunter me sonríe y Rafael me levanta el pulgar—. Me retiro del *draft* y me graduaré después del próximo semestre, así que este es oficialmente mi último partido de béisbol.

Los chicos empiezan a hablar, pisándose unos a otros.

El entrenador levanta la mano y el ruido se apaga poco a poco.

—Dejémosle terminar.

—Quiero daros las gracias a todos —digo—. Gracias por ser los mejores compañeros de equipo que un chico puede pedir. Gracias, entrenador, por su orientación. He disfrutado mucho jugando con todos vosotros, y siento que se haya acabado, pero esto es lo que necesito hacer.

—¡Diles a todos lo que vas a hacer ahora! —grita Hunter.

Sacudo la cabeza, sonriendo.

—Quizá después del partido. Vamos a hacer esto, ¿vale? Acabemos la temporada con fuerza. Puede que nos hayamos perdido los *playoffs*, pero podemos marcar la pauta para la próxima temporada aquí y ahora. Cuelgo el guante, pero sigo siendo un Royal.

—¡Acercaos! —grita Rafael—. ¡Royals a la de tres, dirige Seb!

Nos reunimos en el centro de la habitación y juntamos las manos. Ya echo de menos esto, pero como se echa de menos a un viejo amigo. Los recuerdos son agridulces. Te preguntas qué podría haber sido, y al mismo tiempo, agradeces lo que has tenido.

Al otro lado del círculo, Ozzy me hace un gesto con la cabeza.
—Echaré de menos verte en las ligas mayores, Callahan.
Le devuelto el gesto.
—Buena suerte, tío. Estaré esperando oír tu nombre el día del *draft.*
Dirijo la cuenta atrás para mi equipo por última vez.

62
Mia

Nunca me he sentido tan agradecida de terminar una presentación.

Cuando por fin acabo de responder a todas las preguntas que tenía la audiencia, salgo del escenario con las piernas tan temblorosas que no sé si podré llegar al pasillo. He lidiado con todo lo que me han echado, sobre todo con Robert Meier, que juro que ha hecho más preguntas que todos los demás juntos, pero, sinceramente, el debate en sí no ha sido nada comparado con saber que mi familia lo estaba viendo todo.

He hecho todo lo posible por no mirarlos, pero era difícil. Era consciente de su presencia de una forma imposible de ignorar. No tenía un foco sobre mí de forma literal, pero lo parecía.

Apenas he salido del auditorio cuando ellos irrumpen por la puerta, hablando todos al mismo tiempo como una bandada de gaviotas. Mi padre lleva un ramo de zinnias de distintos colores en los brazos, sujetas con una cinta negra. Penny es la primera en encontrarme y me abraza tan fuerte que no puedo respirar, pero yo le devuelvo el abrazo. Ojalá pudiera esconderme aquí todo el día, con la cara hundida en su pelo. Cualquier cosa con tal de evitar lo que va a pasar cuando mi familia llegue hasta mí.

—¡Guau! —susurra—. Eres un puto genio.

Suelto una mezcla de risa y sollozo. La adrenalina que corre por mis venas empieza a desvanecerse, dejándome completamente agotada.

—¿Cómo… cómo es que están aquí? ¿Qué pasa?

—Mia —oigo decir a mi madre—. ¿Qué te has hecho en el pelo?

—Está mucho mejor así —dice la abuela—. No me gustaba nada tan largo.

—¡Abuela! —la reprende Giana.

—Parece más madura —dice la abuela con firmeza—. Eso es bueno.

Me río de nuevo, con lágrimas en los ojos, y me aparto de Penny.

—¿Tú has sido quien ha hecho esto?

—No —dice ella—. Ha sido…

Se interrumpe, abriendo los ojos como platos, cuando Robert Meier se acerca a nosotros.

—Es aterrador —susurra.

—Señorita Di Angelo —dice, tendiéndome la mano—. Ha sido un placer conocer por fin a la alumna de la que Beatrice habla tan bien.

Se la estrecho.

—Encantada de conocerle también, señor.

Es un hombre alto y delgado, con unos ojos que parecen carámbanos de hielo, el pelo peinado con esmero y un ligero acento. A pesar del calor de junio, lleva pantalones de vestir y un jersey. Espero que no haya oído lo que acaba de decir Penny. No da miedo, lo que pasa es que es muy serio.

Miro a mi alrededor; mi familia está de pie a un lado, afortunadamente en silencio, pero escuchando con manifiesta curiosidad.

—Tengo entendido que te interesa mi programa internacional de licenciatura —dice.

—Sí, señor.

—El año que viene quiero acoger a diez estudiantes —empieza—. Solo aquellos que demuestren seriedad y pasión por la investigación, y está claro que tú tienes ambas cualidades de sobra. Prestas atención a los detalles, y eso es más difícil de encontrar de lo que imaginas.

La profesora Santoro se acerca, con una taza de café en la mano y una pequeña sonrisa en la cara.

—Veo que ya os conocéis.

—Sí —dice—. Le estaba diciendo a la señorita Di Angelo que tiene una plaza en mi programa, suponiendo que esté dispuesta a aceptar.

Creo que mi corazón deja de latir por un momento.

—¿Habla en serio?

—No se trata de un programa de estudios en el extranjero típico, pero creo que eso ya lo sabes. La investigación que haremos ya forma parte en tu área de

interés, así que quizá podría ser incluso el comienzo de lo que un día se convertirá en tu tesis doctoral.

La profesora Santoro arquea una fina ceja.

—Vas a entrar en un programa de doctorado cuando acabes la carrera, ¿no?

Asiento con la cabeza.

—Por supuesto.

—Bien —dice Robert—. Por favor, no quiero quitarte más tiempo con tu familia. Pronto me pondré en contacto para informarte de los detalles del programa.

—Me encantaría presentarte a Alice Farley —le comenta la profesora Santoro, aunque me sonríe a mí—. Es una de mis alumnas de posgrado; luego escucharás su presentación.

Me quedo mirando a los dos mientras se dirigen a la mesa de los refrescos. Penny intenta darme otro abrazo, pero Giana se le adelanta.

—Mi-Mi —dice—. Siento mucho haber sido tan borde contigo.

—Oh —digo—. No pasa nada, de verdad…

—Fue horrible —repone. Toma mi cara entre las manos y me mira con sus grandes ojos castaños llenos de lágrimas—. Lo que dije de ti no iba en serio.

La cabeza me da vueltas. El subidón de la presentación, Robert Meier, y ahora esto…, es un momento perfecto.

Casi perfecto.

—Gi-Gi —digo—. No es que no me alegre de verte, pero ¿por qué estás aquí? ¿Por qué estáis todos aquí?

Ella me acaricia la mejilla un segundo antes de dar un paso atrás.

—Sebastian.

Oír su nombre en los labios de mi hermana hace que me duela el corazón.

—¿Qué?

—Nos llamó —dice mi madre, acercándose para darme un abrazo—. ¿Cuántas veces, cariño?

—Al menos una docena —refunfuña mi padre, besándome la coronilla—. Y también vino a hablar con nosotros en persona.

—Dos veces —añade la abuela, con cierta sequedad—. Es un buen chico, pero

muy insistente.

—Anthony no ha podido escaparse, pero habría venido si hubiera podido —dice mamá—. Salió con Sebastian el otro día.

—No lo entiendo —digo—. ¿Qué os dijo a todos?

—Nos dijo que teníamos que venir a verte —aduce Giana—. Dijo que teníamos que verte trabajar para entender lo brillante que eres. Y tenía razón. Eres increíble. Apenas te reconocí en el escenario.

—Nos dijo la verdad —añade mi madre, con la voz llena de emoción. No sé si alguna vez la he oído así de conmovida—. Nos mostró el trabajo que has estado haciendo y lo mucho que significa para ti. Y siento no haberte escuchado antes, cariño. Siento no haberme tomado en serio tus ambiciones.

Me siento como si hubiera caído por una trampilla directa al País de las Maravillas. Eso sería más fácil de creer que lo que está pasando ahora. Intento responder, pero las palabras se atascan en mi garganta, como un revoltijo que no consigo descifrar.

Sebastian los convenció para que vinieran a verme. A pesar de sus sentimientos personales hacia ellos, los trajo de vuelta a mi vida. Se dio cuenta de lo mucho que los necesitaba aquí, y lo hizo posible, incluso después de que yo le hiciera daño.

La nostalgia se apodera de mí.

Lo aparté, y aun así él sigue tendiéndome la mano.

Mi madre me quita el pelo de la cara. Una lágrima rueda por mi mejilla y ella la enjuga. Siento el frío peso de su alianza de casada contra mi mejilla.

—De verdad que pareces muy mayor.

—Estamos orgullosos de ti —dice mi padre. Me da el ramo de flores que tiene en los brazos—. María, un genio secreto. ¿Quién lo iba a decir?

—Siempre ha sido un poco diferente —repone la abuela.

Si eso es lo mejor que conseguiré de ella, por mí está bien. No puedo dejar de mirar a mis padres. Los ojos de mi padre rebosan de orgullo y mi madre no deja de arreglarme el pelo y la chaqueta, un gesto que destila amor. No borra años de discusiones, malentendidos y dolor, pero tengo la esperanza de que pueda ser el comienzo de algo bueno. Siempre han significado muchísimo para mí, incluso

cuando las cosas eran difíciles. Nunca seré el tipo de persona que los abandona por completo, y la idea de un nuevo comienzo, sin mentiras, significa más de lo que podría expresar con palabras. Los abrazo a los dos.

Y sin embargo, por mucho que me guste que mi familia esté aquí, falta alguien. Alguien a quien quería ver entre el público, incluso más que a mis padres.

Dijo que éramos una familia.

Tenía demasiado miedo para permitírmelo, pero así somos.

Familia.

—Tengo que verlo —susurro mientras me separo.

Mi madre entiende lo que quiero decir al instante.

—Esperaba que dijeras eso. Los hombres como él no aparecen tan a menudo, ¿sabes?

Respiro hondo y me tranquilizo. Ya que estamos siendo sinceros, hay una cosa más que tengo que sacar a la luz.

—Mamá —empiezo—. Esto no me cambia. Ni mi sexualidad ni lo que siento por el matrimonio y los hijos. Y necesito que me escuches. Que esta vez me escuches de verdad.

Ella no aparta la mirada de la mía.

—Te escucho.

—No sé a ciencia cierta cómo será el futuro. Pero sé qué es lo que pienso sobre eso ahora y no creo que vaya a cambiar pronto. Necesito… necesito saber que soy suficiente para ti. No por un futuro marido o hijos. Solo… por ser quien soy.

Mi madre, mi maravillosa, testaruda y difícil de complacer madre, exhala un suspiro que suena sospechosamente lloroso. Me quedo inmóvil, con el corazón prácticamente parado, pero entonces ella asiente y se lleva la mano al corazón.

—Eres suficiente para mí, María. Tal y como eres. —Saca un pañuelo del bolso y se seca los ojos con cuidado—. Lo has sido desde el primer momento en que te tuve en mis brazos. —Hace una pausa y me aprieta el brazo con sus largas uñas de color rojo vino. No dudo del amor del gesto, y otra lágrima resbala por mi mejilla. Voy a estar hecha un desastre cuando llegue al estadio—. Pero dime

que vas a ir a ver a ese chico.

Miro a Penny.

—¿Todavía están jugando?

Comprueba su teléfono rápidamente.

—Cooper me ha estado mandando mensajes diciéndome cómo van. Están en la octava entrada.

—Te llevaremos allí para la novena —promete papá.

63
Mia

La entrada de hoy no lleva un nombre ni un apodo especial. Solo pone MIA DI ANGELO en la parte superior, escrito con la letra de Sebastian. Billy se toca la visera de su gorra de béisbol a modo de saludo mientras la escanea y me deja pasar por la puerta, con Penny pisándome los talones.

Subimos corriendo hasta la planta principal. Está hasta arriba de gente, incluso para ser el último partido de una temporada que no va a ninguna parte, y no sé qué equipo está bateando. Localizo el marcador, que brilla como un letrero de neón desde el jardín.

Estamos al comienzo de la novena entrada y McKee va ganando, 5-3.

Echo a correr.

No es una decisión consciente. Ni siquiera un pensamiento. Es una sensación que vibra dentro de mí y me impulsa. Casi choco con una pareja, pero giro a tiempo y esquivo a un anciano. Creo que me grita una palabrota, aunque me da igual. Penny grita mi nombre, pero no miro atrás.

Una vez pasada la red que protege el espacio detrás del *home* y las líneas de falta, salto la valla levantando una nube de polvo. Hace calor aquí, sin sombra; el cielo es de un azul intenso y sin nubes. Oigo a lo lejos los gritos de la gente que se da cuenta de lo que está pasando, pero no doy a nadie la oportunidad de alcanzarme. Me quito los zapatos y corro descalza por la hierba.

Julio se queda mirando cuando paso corriendo.

Rafael silba.

Un árbitro me grita que me salga del campo, pero no vuelvo la cabeza, y mucho menos le hago caso.

No presto atención a nadie, excepto al hombre que está en el jardín izquierdo, mirándome.

Mi hombre. Mi amor. Mi futuro.

Cuando estoy lo bastante cerca, me lanzo sobre él, haciéndole retroceder mientras me atrapa. Su guante cae al suelo, junto con su gorra de béisbol. Le quito las gafas de sol, tomo su rostro con las dos manos y lo beso con toda la fuerza de la que soy capaz. Sabe a bálsamo labial y a sudor, mi combinación favorita, y su piel está tibia por haber estado al sol. Se queda inmóvil un instante, lo suficiente para que me invada una oleada de pánico, pero luego enreda la mano en mi pelo y me devuelve el beso, y algo encaja en mi alma.

No quiero pasar ni un solo día más sin uno de sus besos. Jamás.

—Lo siento —susurro contra sus labios—. Lo siento por todo.

—No lo sientas —murmura.

—Sí, lo siento. Te abandoné. Dejé que el miedo me controlara. —Paso el pulgar con suavidad por la pintura negra de los ojos mientras ahueco una mano sobre su mandíbula y le doy otro beso en los labios—. Pero te quiero, Sebastian Callahan. Te quiero y jamás volveré a dejarte. Ven conmigo a Europa y vivamos una aventura.

Los ojos verdes de Sebastian brillan mientras me sujeta el pelo detrás de la oreja, con una deslumbrante sonrisa en los labios.

—¿Te han aceptado en el programa? —pregunta, y yo asiento, demasiado emocionada para hablar. Me da otro abrazo y me hace girar—. ¡Claro que sí, Di Angelo! Estoy muy orgulloso de ti.

—Quiero que vengas conmigo —digo entre risas, con lágrimas en los ojos—. Empieza tu carrera en Suiza conmigo. Por favor.

—¡Callahan! —grita alguien—. ¡Venga, tío!

—¡Mi novia acaba de entrar en un programa de estudios en el extranjero de puta madre! Dame un segundo —vocifera.

Toma mis manos entre las suyas y las aprieta con fuerza.

—Por supuesto. Podemos empezar a planearlo ahora mismo. ¿Sabes por qué?

Sonrío. Siento tanto calor que podría arder.

—¿Por qué?

—Porque yo también te quiero. —Se inclina para darme otro beso y sus labios se demoran contra los míos—. Siento como si te hubiera querido siempre,

¿sabes?

—Ahora lo sé. —Me seco los ojos con la palma de la mano. Esbozo una sonrisa temblorosa, pero no me importa—. Sé que lo dices en serio.

—Más que nada en el mundo, ángel. —Se inclina un poco y me tira de las puntas del pelo—. Sabes que todo el estadio nos está mirando, ¿verdad?

—Por supuesto. —Me muerdo el labio mientras sonrío—. Es muy probable que me expulsen de por vida, así que menos mal que este es tu último partido.

Sebastian se echa a reír.

—¡Esta es mi chica!

Recoge su gorra y su guante y luego me coge en brazos. Yo le rodeo el cuello con mis brazos mientras él empieza a caminar por el campo. Es ridículo, no puedo evitar sonrojarme, pero al mismo tiempo, no me importa lo suficiente como para zafarme de él. Quiero que todo el mundo sepa que soy suya.

—El partido no ha terminado, ¿sabes? —Estiro el cuello para ver el marcador —. Aún nos quedan dos.

—Alguna vez tendrán que empezar a seguir adelante sin mí. —Me aprieta aún más contra su cuerpo—. Quiero que me lo cuentes todo sobre el simposio. Y sobre el corte de pelo. Por cierto, te queda bien.

—No puedo creer que convencieras a mi familia para que asistieran.

—Te quieren. —Se detiene un momento, mirándome con seriedad—. Siento haberte sugerido que los apartaras de tu vida. Sé lo mucho que significan para ti y quería que tuvieran la oportunidad de ver lo increíble que eres. ¿Han ido todos?

—Anthony no se pudo escapar, pero sí. Incluso la abuela.

Me da un beso suave en la frente.

—Qué mujer tan maravillosa.

—Bueno, no nos emocionemos demasiado.

—No es por interrumpir la fiesta del amor —grita Rafael—, pero ¿acabamos el partido o qué?

Sebastian lo ignora y me conduce hasta el banquillo. Le lanza el guante a un chico que estaba allí.

—El puesto será tuyo la próxima temporada, ¿no? ¿Por qué no lo intentas

ahora?

Acto seguido entra en el vestuario conmigo aún en brazos.

Cuando llegamos a su taquilla, por fin me deja en el suelo. Me siento en el banco, echando un vistazo al espacio que ha sido suyo desde que empezó la universidad. Todo está ordenado y organizado, como él, y el número 17 de latón clavado encima brilla bajo la tenue luz.

—Solo tenemos unos minutos antes de que lleguen los chicos —murmura. Se arrodilla frente a mí y se pasa una mano por el pelo sudoroso. Le vuelvo a meter la medalla de su padre dentro de la camiseta—. Solo quería verte a solas un momento, antes de que acabe el partido y mi familia venga a buscarnos.

—La mía también —digo, jugando con las puntas de su pelo. Lo tiene más largo que cuando empezamos a vivir en la misma casa, y rizado en las puntas por la humedad. El sudor le resbala por la cara. Se lo seco de forma cuidadosa con la yema de los dedos—. Me han traído en coche hasta aquí.

—Entonces, deberíamos irnos todos juntos a cenar.

—Ay, Dios.

—Hablo en serio. Será agradable.

—A mi padre le encantaría conocer a James.

—James es genial con sus fans. Muy entusiasta, siempre y cuando ninguno de ellos haga nada raro en presencia de Bex. —Suspira—. Va a ser peor que un *bulldog* cuando ella esté demasiado embarazada para ocultarlo. Ya me lo imagino quejándose.

—¿Sebastian?

—¿Sí, amor?

Le empujo el hombro hasta que se ríe.

—Te odio.

—Eso jamás. —Me da un beso rápido en los labios—. Ni siquiera un poquito.

Esbozo una sonrisa. Me fastidia tener que aguar la fiesta, pero tengo que asegurarme de que realmente estamos de acuerdo. Está muy bien todo lo que ha dicho, y que hablara con mi familia es maravilloso, pero para que esto sea para siempre, no puede quedar el más mínimo resquicio de duda.

—Sé que has dicho que estás seguro, pero ¿de verdad lo estás? ¿Sobre los

hijos y todo eso?

Me pone la mano en las rodillas y aprieta con suavidad.

—Eres mi brújula, mi norte, Mia Angel.

Siento que se me corta la respiración.

—Sebastian.

—Lo leí el otro día y no he podido dejar de pensar en ello, ¿sabes? No sé una forma mejor de describir lo que siento por ti. —Me acaricia la mejilla con los nudillos—. Vaya donde vaya, o haga lo que haga, te quiero a mi lado como mi compañera, mi igual, porque no esperaría ni querría nada diferente. No me importa el resto; si nos casamos, si tenemos hijos, si nos quedamos en un sitio o si viajamos por el mundo. Sea lo que sea lo que nos depare el futuro, quiero hacerlo contigo. Suiza es solo el principio. Y sé que solo son palabras, así que te he comprado una cosilla para demostrártelo.

Entrecierro los ojos.

—¿Qué?

—No es eso. No tiene por qué ser eso, nunca, y lo digo en serio. —Se da la vuelta, rebusca en la taquilla y saca una cajita de terciopelo negro—. Pero me encantaría que te pusieras esto alguna vez.

Me entrega la caja.

En su interior hay una cadena de oro con un colgante en forma de estrella con diamantes engastados.

—¡Guau! —Lo saco, admirando cómo brilla. Por mucho que me guste mi cadena de oro, sé que una vez que me ponga esto en el cuello, no volveré a quitármelo. El colgante es pequeño, nada ostentoso, y perfecto—. ¿Otro regalo?

Sebastian se encoge de hombros.

—Y desde luego no será el último.

—Me encanta. —Le beso la mejilla con ternura—. Gracias.

—¿Te ayudo a ponértelo?

—Por favor.

Se lo ofrezco y él lo coge con cuidado. Me giro de lado y él me aparta el pelo de un hombro para ponérmelo alrededor del cuello. Después de abrochármelo, me doy la vuelta y lo beso en los labios como es debido.

Todavía nos estamos besando unos minutos después, cuando sus compañeros de equipo llegan en tromba al vestuario.

—¿Interrumpimos algo? —pregunta Hunter.

Me aparto de Sebastian.

—Él está aquí para celebrarlo con todos vosotros una vez más.

64
Sebastian

—¿Puedo sacar ya el gazpacho? —pregunta Izzy—. Nos hemos comido toda la fuente de quesos.

Cojo los guantes de cocina de la isla.

—Déjame sacar el asado. Necesita reposar para que los jugos se redistribuyan.

Izzy arruga la nariz.

—¿Jugos?

Pongo la fuente sobre el fuego. El lomo de cerdo asado tiene un aspecto y un olor perfectos, bien dorado y con una aromática costra de ajo y romero. Las crujientes patatas que se cocinan a su alrededor están cubiertas de pequeñas gotitas del jugo. Acompañado de una ensalada de rúcula salpicada de trocitos de melocotón y almendras fileteadas, será un plato impecable.

—Era una tabla de quesos.

—Esa cosa era una fuente. ¿Siete tipos diferentes de queso?

—Quería que hubiera variedad para todos. —Compruebo la temperatura de la carne y, una vez satisfecho, miro a mi hermana—. ¿Les está gustando el cóctel?

Izzy levanta su vaso medio vacío.

—No me importaría rellenarlo si vas a hacer otra jarra. ¿Qué lleva? *¿Bourbon?*

—Sí, es el favorito de Mia. Es limonada de moras con *bourbon* y sirope de azúcar moreno.

—Pues está de muerte.

—Cariño —dice mi madre—. ¿Quieres que te ayude a servir el gazpacho?

Me da un beso en la mejilla cuando entra en la cocina. Yo estoy hecho un desastre, todo sudado después de pasarme el día cocinando, pero ella está preciosa con su vestido rosa y un par de pendientes nuevos que le ha regalado mi

padre, brillando en las orejas.

—Huele que alimenta aquí.

—Gracias. —Examino la comida que tengo delante. La ensalada está lista, pasaré el asado y las patatas a una fuente en cuanto estén listos, y los cuencos de sopa fría de calabacín con *crème fraîche* y cilantro son perfectos. La tarta helada de fresas está en el congelador, lista para más tarde—. Sí, tú saca la sopa y yo preparo otra jarra del cóctel mientras reposa el asado. Sacaremos eso y la ensalada juntos.

—¡Sí, señor! —dice Izzy, cogiendo dos cuencos de sopa y llevándolos fuera.

Sacudo la cabeza con afecto mientras la veo alejarse.

—Creo que está hablando con alguien —dice mi madre.

Casi resbalo mientras me giro hacia el congelador para sacar más hielo.

—¿Un chico?

—Ha estado riéndose frente a su teléfono toda la tarde.

—Supongo que está bien —digo, aunque mi mente empieza a barajar posibilidades de inmediato. No ha mencionado a nadie, pero podría haber conocido a prácticamente cualquier chico del mundo durante sus prácticas de este verano. Al fin y al cabo, Nueva York es enorme.

Mi madre se ríe.

—James ha puesto mala cara cuando le he dicho lo mismo.

—Es nuestra hermana pequeña. Es un asunto muy serio.

Ella me da un apretón en el antebrazo.

—¿Por qué no subes a cambiarte? Yo me encargo de los cócteles.

—¿Seguro?

—Será un placer. Así te pones guapo como todos los demás, que el patio está precioso.

—¿Se está divirtiendo Mia?

—Está tomando un delicioso cóctel cortesía de su novio y hablando con su mejor amiga. Yo diría que está feliz.

Le doy otro beso en la mejilla a mi madre.

—Vale. Nos vemos en un rato.

Me apresuro a subir a mi habitación, la que Mia y yo compartimos este fin de

semana, su primera noche en casa de mis padres. Me pongo una camisa de manga corta con estampado de hojas de palmera, me peino y me lavo la cara. Cuando bajo, mi madre ya está lista con la jarra de cóctel.

—¿Por qué no sirves el asado fuera? —dice—. Así puedes sentarte y disfrutar. Llevas todo el día trabajando sin parar.

Paso el asado y las patatas a una fuente.

—He disfrutado mucho preparando esto.

—He probado el gazpacho y está perfecto, cariño. Tienes mucho talento para la cocina. —Mi madre mira hacia el patio, donde está sentada nuestra familia. Unos girasoles decoran el centro de la mesa, que está adornada con azules y blancos; Izzy se ha pasado una hora asegurándose de que todo estuviera perfecto. Mi padre está sentado en la cabecera de la mesa con Kiwi en el regazo, enfrascado en una conversación con James, Cooper y Penny. Bex, Izzy y Mia se ríen juntas por algo que Izzy les está enseñando en su móvil.

Mi madre me mira mientras contemplo a Mia.

—Es maravillosa.

Desvío la mirada hacia ella.

—¿Verdad que sí?

—Me alegra verte tan radiante —dice—. Y es evidente que ella te hace muy feliz.

Mantengo la mirada fija en Mia mientras salgo. Lleva el cabello ondulado, que le llega a los hombros. Tiene puesto su colgante de estrella y sus aros de oro, además de un vestido blanco que resalta su bronceado. Más tarde, seguramente iremos a nadar en la piscina, y eso despertará mi deseo por ella de una forma totalmente nueva. Sin embargo, ahora mismo me conformo con sentarme a su lado y poner la mano en su rodilla, apretando ligeramente. Sigue hablando con Bex, pero me da un beso rápido en mitad de la frase.

Estar aquí con mi familia significa mucho para mí, pero tener la oportunidad de cocinar para ellos es aún mejor. Hace unas semanas, el *draft* pasó sin más, y para mí fue un día felizmente normal. Fui a trabajar a mi nuevo empleo en el Vesuvio's, preparé la cena con Mia, y terminé la noche viendo una película con Cooper, con Penny y con ella. Mi padre me llamó, y estuvimos recordando los

viejos tiempos cuando jugaba al béisbol durante un rato antes de hablar de programas de cocina. Todavía no he decidido qué voy a hacer el año que viene en Europa, pero cuanto más investigo y más trabajo en el Vesuvio's, más seguro estoy de que mi futuro está en la industria de la gastronomía.

—¿A quién envías mensajes? —le pregunto a Izzy mientras bebo un sorbo de mi copa. Tiene la cabeza enterrada en su móvil, pero al oír mi pregunta levanta la vista con rapidez.

—A nadie —responde.

Enarco una ceja.

—¿De veras?

Ella resopla.

—Créeme, es mejor mantenerlo en secreto.

Me vuelvo hacia Mia, pero si lo sabe, no me lo dice. Come una cucharada de gazpacho y me aprieta el muslo por debajo de la mesa. Vuelvo a besarla, solo porque puedo.

—¿Por qué en secreto? —pregunto.

Izzy mira hacia el otro extremo de la mesa y se arrima a mí.

—Cooper fliparía en colores.

Antes de que pueda replicar, mi padre se aclara la garganta.

—Deberíamos brindar —dice—. ¿Todo el mundo tiene una copa?

Levanto la mía. Mi padre mira a cada uno de los presentes y me deja a mí para lo último. Enderezo un poco más la espalda.

—Me hace muy feliz verlos a todos reunidos alrededor de esta mesa —empieza—. Mi preciosa esposa, mis hijos y sus parejas, y el pequeño de Bex que viene de camino. Cuando Sandra y yo compramos esta casa, esperábamos llegar aquí algún día y poder presenciarlo es una alegría. Una alegría completa.

Sandra le dedica una sonrisa.

—Es maravilloso.

—Y, Sebastian, gracias por esta comida. Tiene una pinta increíble.

Me ruborizo.

—Gracias, papá.

—¿Puedo añadir algo? —pregunta Mia.

—Por supuesto —dice mi padre.

Se vuelve hacia mí con los ojos rebosante de amor y una sonrisa llena de orgullo.

—Solo quería darte las gracias —comienza—. Por supuesto a ti, Sebastian, pero también a todos vosotros. Gracias por acogerme en esta familia. Nunca imaginé esto, pero estoy agradecida de estar aquí.

Mi padre alza su copa.

—¡Salud!

Mientras todos seguimos su ejemplo, levanto la vista al cielo. Es temprano, así que las estrellas aún no han salido, pero distingo una porción de luna. Las luciérnagas parpadean sobre el césped.

Cuando caiga la noche, llevaremos el viejo telescopio de Mia a la playa. Cogeré una manta para que podamos quedarnos allí toda la noche.

Y escucharé a mi ángel hablar del universo mientras la tengo en mis brazos.

65

Mia

Epílogo

15 de enero

Jugueteo con mi colgante de estrella mientras espero en el mostrador del Starbucks. A primera hora de la mañana, incluso en el aeropuerto John F. Kennedy reina la tranquilidad y el silencio.

No se corresponde en absoluto con mi energía. Prácticamente vibro de emoción, aunque nos espera un largo vuelo.

Nunca he montado en un avión. Nunca he visto el mundo desde el cielo.

Esto es un comienzo y tengo a Sebastian a mi lado.

La camarera nos trae nuestros cafés. Un café helado con leche de avena para mí y un café con leche entera para él.

—Gracias.

—No te vas a beber los dos, ¿verdad? —Se inclina sobre el mostrador, reajustándose el delantal. Si tuviera que adivinar, diría que es un par de años mayor que yo. Se ha recogido el pelo negro y liso en un moño y las pecas que tiene en la cara parecen salpicaduras de pintura. Me recuerdan a Penny. Ya la echo de menos, pero al menos Cooper y ella vendrán a visitarme durante las vacaciones de primavera—. ¿Con quién viajas?

—Con mi novio. —Doy un sorbo a mi café. No necesito el subidón de cafeína, con un vuelo tan largo por delante, pero el sabor es reconfortante. Espero encontrar una buena cafetería cerca de la universidad. A decir verdad, podría ser mediocre, y me alegraría de no tener que prepararlo yo—. Ha ido a por tacos para desayunar.

—Qué bien.

—¿Cómo te llamas?

—Aadhya. ¿Y tú?

—Qué bonito. —Bebo otro sorbo de café—. Yo soy Mia.

—También es bonito. —Agarra un trapo y limpia la encimera—. ¿A dónde vais?

—A Suiza. Me han aceptado en un programa de estudios en el extranjero. Astrofísica.

—¿Él también?

—Eso sería un desastre —bromea Sebastian mientras se acerca. Me da un beso, lánguido y despreocupado, pero también posesivo, y luego un leve golpecito bajo la barbilla al retroceder—. Dejé de prestar atención en clase de Ciencias después de noveno.

Lleva unos pantalones de chándal color gris y una sudadera de McKee, la mochila colgada del hombro y un colgante nuevo alrededor del cuello. Es mi regalo de Navidad, que le di después de ganar al Monopoly a sus hermanos en Nochebuena. Una brújula dorada a juego con la estrella que él me regaló el verano pasado.

—Y yo te repito una vez más que la cocina es una ciencia —digo.

—No —replica él, sonriéndome mientras me quita el café con leche de la mano—. Cocinar es un arte. La repostería es una ciencia.

—Hacéis una pareja tan mona —dice Aadhya.

—Bueno, algo así —digo con sequedad al mismo tiempo que Sebastian dice: «Gracias».

Pongo los ojos en blanco. Él tiene una sonrisa de oreja a oreja que no se le va de la cara. Le daría un codazo en el estómago, pero no quiero arriesgarme a que le pase algo a mi preciado café en la batalla que se avecina.

—A veces le cuesta expresar lo que siente por mí —aduce. Se lleva la mano al corazón de forma dramática—. Su forma favorita de pedirme sexo es decir que me queda bien lo que llevo puesto.

No puedo evitarlo; le doy un pisotón.

—¡Sebastian!

Su risa resuena en el aire como unas campanillas.

—Te quiero, ángel.

Intento pisarlo de nuevo, pero es demasiado rápido.

—Tienes suerte de que te quiera —refunfuño.

—Lo sé, créeme. —Me coge la mano—. Venga, vamos a comer antes de que se enfríe.

—Buena suerte —dice Aadhya—. Espero que tengáis un buen vuelo.

—Gracias —digo—. Espero que luches con éxito contra la horda zombi de viajeros con poca cafeína.

Su risa nos sigue mientras caminamos por el largo pasillo hasta nuestra puerta de embarque. El sol de primera hora de la mañana entra a raudales por los grandes ventanales, iluminando un sendero que seguimos paso a paso.

—Estoy orgulloso de ti —dice.

—¿Por qué?

—Por todo. —Se para en seco, aunque no hemos llegado aún a la puerta, y me alza el rostro. Está tan serio que se me corta la respiración—. Pero ahora mismo lo estoy por confiar en mí para que haga este viaje contigo.

Me pongo de puntillas y lo beso. Huele a menta y sabe a café expreso. Me permito recrearme un instante. Me encantan estos besos nuestros, tan profundos e indolentes. Sigo pensando que me acostumbraré a ellos, pero aún no lo he hecho, y espero no hacerlo nunca.

Al final doy un paso atrás y él me tiende la mano.

—¿Estás lista?

Agarro su mano y entrelazo nuestros dedos sin reservas. Sin miedo. Sin nada que no sea el amor que corre por todo mi ser, conectándonos como planetas que orbitan el mismo sol.

Nuestras estrellan se alinean.

Esbozo una sonrisa, mi verdadera sonrisa, la que solo uso con una lista muy reducida de personas encabezada por él, y sé que Sebastian ve todo lo que necesita saber en ella. Él es mío y yo soy suya, y esta aventura es solo el comienzo de un futuro largo, cargado de propósito y de pasión. Un futuro que nos pertenece a nosotros, juntos, y a nadie más.

—Estoy lista.

Agradecimientos

Si *Primer down* fue un salto de fe y *Breakaway. Rompiendo el hielo* un torbellino de inspiración, *Punto robado* fue como extraer la historia poco a poco, arañando la roca con las yemas de los dedos. Estoy muy orgullosa de haber compartido esta historia con vosotros, ¡pero no lo he hecho sola!

A Anna, Moira y mis padres: ¡gracias por estar siempre dispuestos a escucharme hablar de los Callahan! Cat, Shelby y Kristen, muchas gracias por vuestros perspicaces comentarios como lectora beta; este libro no habría llegado tan lejos sin vosotras. Gracias a Brittany, Stephanie y Bruce por ser los mejores colegas/amigos a distancia.

Gabby, gracias por ilustrar la portada de mis sueños, y a Sarah, por darle forma y lograr que fuera acorde a la serie. Emma y Sierra, gracias por vuestros detallados y perspicaces comentarios editoriales. Jen, gracias por llegar a mi vida en el momento justo.

Muchísimas gracias a mi ayudante, Ally; ¡sin tu apoyo y tu enorme dedicación, este libro no existiría! Y gracias a mi maravillosa agente, Claire, que ha defendido a capa y espada mi trabajo y me ha apoyado desde el momento en que le dije que quería probar suerte en la autoedición.

Las conmovedoras memorias de la astrofísica del MIT Sara Seager, *Las luces más diminutas del universo*, me sirvieron de base esencial para desarrollar la historia de Mia.

Si te interesan el espacio y la búsqueda de vida en otros planetas, te lo recomiendo encarecidamente.

Por último, pero no por ello menos importante, gracias a mis increíbles y apasionados lectores. Ha sido un honor y un privilegio compartir mi trabajo con vosotros, y vuestro apoyo significa mucho para mí y me ayuda a seguir adelante, sobre todo en los días difíciles. Con todo mi cariño, ¡y muchos libros más por venir!



#SíSoyRomántica